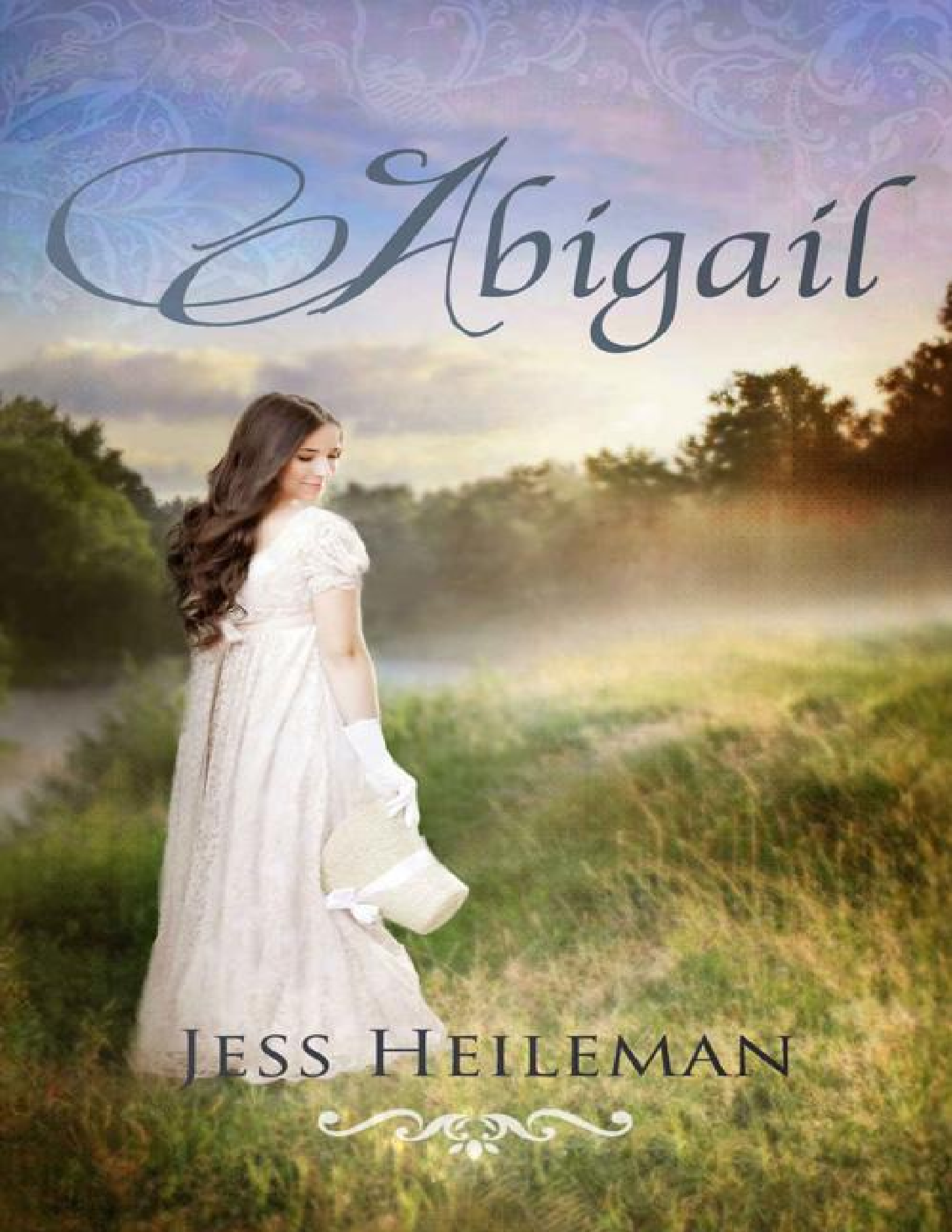


A woman with long, dark, wavy hair is standing in a grassy field, looking down and to her right. She is wearing a long, white, short-sleeved dress with a lace bodice and a full skirt. She is holding a white, wide-brimmed hat in her left hand. The background is a soft-focus landscape with trees and a body of water, bathed in the warm light of a sunset or sunrise. The sky is a mix of orange, yellow, and blue. The overall mood is romantic and nostalgic.

# Abigail

JESS HEILEMAN



Abigaíl

Jess Heileman

# Índice

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

# Copyright

Primera edición en inglés: *Abigail: A Novel*.

Copyright © 2019 Jess Heileman.

Reservados todos los derechos.

Para obtener más información sobre la autora visite: [www.JessHeileman.com](http://www.JessHeileman.com)

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso por escrito de la autora, Jess Heileman, o de la editora. Las opiniones y puntos de vista expresados aquí pertenecen únicamente a la autora y no necesariamente representan la posición de la editora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares y eventos son creación de la imaginación de la autora, o están representados de manera ficticia.

Diseño de la portada: Ruth Nickle.

Imagen de la muchacha: Jess Heileman.

Fondo de la portada: Yanika Panfilova©123RF.com.

# Dedicatoria

Para Tim,  
El protagonista de mi historia de amor.

## Prólogo

Mi mano temblaba sobre el frío pomo de metal de la puerta. Respiré profundamente para aliviar la opresión, en mi pecho, antes de abrir la pesada puerta de madera y echar un vistazo al interior.

—Abigaíl. —La voz de mi padre era tranquila, haciéndome señas.

Observé la escena familiar y permití que mis ojos se acostumbraran a la habitación con poca luz. Poco había cambiado desde la noche anterior: el fuego todavía parpadeaba en la chimenea, alargando las sombras que dominaban la gran habitación; las cortinas todavía estaban corridas, aunque el resplandor del amanecer ahora se colaba por los bordes; y mi padre seguía desplomado en su lugar cerca de la cama.

—Abigaíl —repitió mi padre, extendiendo su brazo hacia mí—. Es la hora.

Di un paso adelante, luego me detuve y sacudí la cabeza. No tenía fuerzas.

Laurence caminó a mi lado y pasó su brazo alrededor de mi hombro.

—Ven, Abigaíl, iremos juntos.

Busqué los ojos afligidos de mi hermano, sintiendo como si estuviera contemplando mi propio reflejo. Fue el dolor que compartíamos lo que se manifestó en mí, y parpadeé para alejar lo parecidos que éramos, lo cual no es común.

Laurence me guió hasta el lado de la cama con dosel donde nos esperaba mi padre. Los aromas de agua de rosas y flores recién cortadas persistieron en el aire, pero no hicieron mucho para brindarnos el consuelo habitual.

Al ver a la mujer que yacía frente a mí, las lágrimas nublaron mi visión. Había poco parecido con quien había sido apenas unas semanas antes. Su rostro estaba cetrino y hundido, las sombras alrededor de sus ojos hacían que pareciera como si la muerte ya la hubiera arrebatado de nuestras involuntarias garras. Observé la pequeña forma debajo de las mantas, y la extraña quietud aceleró mi corazón apesadumbrado.

Un ligero levantamiento de las mantas y el sonido de una inhalación dificultosa me permitieron una extraña sensación de alivio. Todavía no había perdido a mi madre.

—Cariño —susurró mi padre—. Los niños están aquí.

La frente de mi madre se arrugó, pero sus ojos permanecieron cerrados.

Mi padre dio un paso adelante y le acarició el brazo. Sus ojos se abrieron ante su toque.

—Cariño, los niños han venido a despedirse.

Ella le sonrió débilmente a mi padre, antes de centrar su mirada en nosotros. Cuando extendió la mano, rechacé mi desesperación. Entrelacé nuestros dedos y me senté junto a ella en la cama. El peso de nuestras manos descansaba sobre mi regazo y Laurence se colocó detrás de mí, poniendo su mano sobre las nuestras.

—Mis preciosos hijos... —La voz de mi madre era apenas audible y entendí que el simple acto de hablar requería la poca energía que le quedaba. Quería decirle que parara y conservara sus fuerzas, pero, ¿con qué propósito? Un momento más en este estado no le parecía beneficioso. Su voz se quebró y el dolor consumió sus hermosos rasgos. Ella logró respirar superficialmente —. ¡Qué privilegio ha sido ser vuestra madre!

Las lágrimas finalmente escaparon y bajaron por mis mejillas, pero me negué a soltar su mano para secarlas.

—No nos dejes, madre —supliqué—. ¡Te necesitamos! ¡Te necesito!

La mano de mi padre llegó a mi hombro y no estaba segura, si esto era un acto de apoyo o una suave corrección. No tenía intención de hacer que mamá se sintiera culpable por dejarnos. Simplemente, no podía soportar pensar en la vida sin ella.

—Me temo que esa no es mi elección. —Mi madre hizo una pausa y dejó escapar otro arduo suspiro—. No dudes de ti misma, Abigaíl. Eres infinitamente más capaz de lo que tú misma crees.

Asentí, aunque realmente no le creí.

Sus ojos oscilaron entre nuestros tres rostros afligidos.

—Cúidense el uno del otro. Confíen en el amor, confíen en el bien y confíen en que Dios tiene un plan para cada uno de ustedes. —Todos asentimos al unísono y ella cerró los ojos—. Los amo más de lo que saben. —Su voz se apagó—. Enviaré su amor a Grace y a los demás...

Observé con horror cómo su respiración pesada y dificultosa disminuía y luego se detuvo. A pesar de la expresión de paz, que se había apoderado del dolor en sus rasgos, el vacío me consumía. Me desplomé en la cama junto a ella, mi cuerpo temblaba incontrolablemente.

—¡Todavía te necesito! —Lloré—. ¡Todavía te necesito!

—¿Qué seremos sin ti, querida? —Un fuerte sollozo siguió a la pregunta de mi padre, quien inclinó la cabeza y lloró, como nunca antes había oído llorar a un hombre adulto. Laurence se puso de pie y ambos se abrazaron en un abrazo desgarrador. Quería unirme a ellos, pero no pude. No podía dejar el lado de mi madre, no cuando el calor de su cuerpo pronto se enfriaría.

Coloqué su mano sin vida contra mi mejilla húmeda, empapándome de la sensación de su toque por última vez. ¿Cómo podía cambiar tan rápidamente la bendita vida que me habían entregado? ¿Tan drásticamente? Sin ella aquí, nunca sería la misma. Una vez más, yo estaba destrozada.

## Capítulo uno

Examiné el pasillo. Estaba satisfecha que no hubiera sirvientes presentes para presenciar mi acto poco femenino, me agaché y pegué la oreja al ojo de la cerradura. Escuchar a escondidas no era un talento del que estuviera orgullosa, pero esto siempre me había servido para lograr mis propósitos bastante bien.

Unas voces apagadas se aclararon, cuando me posicioné correctamente.

—Padre, creo que es crucial que aceptemos.

—Ella ha dejado bastante claro que no está preparada. No quiero obligarla, mientras no se sienta preparada.

—Pero, ¿deseas volver a hablar de la invitación?

Prevaleció el silencio.

—Ella es una excelente joven, pero...

—¿O una bella dama? Más que eso... ¡Laurence, ella es excepcional! —La voz de mi padre se hizo más fuerte. Casi nada le emocionaba más que el tema de su familia, y yo tampoco me cansaba de esto.

—Padre, sabes que no quise darte a entender lo contrario. Pero Abigaíl necesita demostrarse a sí misma que es una persona capaz. Ha retrasado su primera temporada y no podemos permitir que se pierda la siguiente. Debes darte cuenta que la única forma en que estará preparada será interactuando con otras personas de nuestra posición social.

Un zumbido pensativo llegó a mis oídos.

—Entonces, ¿invitamos a una pequeña fiesta aquí? ¿Quizás sus primos, cuando terminen sus obligaciones?

—Es probable que nuestros primos estén comprometidos, durante todo el verano. ¿Y otros caballeros? ¿Qué caballeros estarían en tu lista? No sabemos nada de entretenimiento. Si mamá estuviera aquí, sería diferente... —La voz de Laurence se volvió más tranquila. Reduje mi respiración para poder escuchar sus palabras por encima del latido reverberante de mi corazón—. Pero no es así, por lo que debemos prevalecer sobre el buen juicio de otras mujeres notables para organizar tales oportunidades.

—Ni siquiera conozco a los Stanton. Abigaíl detestará que la envíen a casa de extraños. —¿Stanton? El nombre me sonaba familiar, pero no recordaba dónde lo había oído ni quién lo había mencionado.

—La invitación llega a petición de la tía Marianne. Helena y Hannah estarán allí como compañeras. —Gemí interiormente al darme cuenta de dónde provenía el nombre Stanton. Hannah había escrito durante toda la temporada para convencerme de lo que me estaba perdiendo. El nombre Stanton estaba entre sus divagaciones, aunque no recordaba lo que me había dicho. Me aseguraría de revisar mis cartas más adelante—. Además, ya te he asegurado que los Stanton son una familia respetable. Me presentaron a su hijo, el señor Edwin Stanton, en Oxford y, aunque no lo conozco bien, creo que es un caballero distinguido. Del tipo que tiene conocidos con los que esperamos que Abigaíl interactúe.

—Me doy cuenta de la necesidad —dijo mi padre de mala gana—. Pero a ella no le gustará eso.

—A ella no le gustará nada que la aleje de la seguridad de Easton Manor, pero piensa en cuánto de la vida se perderá, si seguimos permitiéndolo.

—A veces creo que ella ya ha visto suficiente de lo que puede ser la vida...

—Hay tantas cosas buenas que ella no ha visto.

Mi padre soltó una exhalación audible.

—Le hemos dado todo lo que podemos, padre. Ella necesita más.

Él estuvo en silencio durante demasiado tiempo y una sensación inquietante se abrió paso a través de mí.

—Supongo que tienes razón —destacó mi padre, ratificando mi temor—. ¿La traerás?

—Por supuesto. —Los pasos de Laurence se dirigieron hacia la puerta. Me enderecé con la esperanza de alejarme a una distancia menos incriminatoria—. Una última cosa... —La voz de Laurence estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarme, era apagada pero distinguible. No pude resistirme y me acerqué de nuevo, volviendo la oreja al ojo de la cerradura—. Debes resistir sus encantos, padre. Ella necesita reconocer que estás dispuesto a tomar una decisión.

La risa de mi padre llegó a mis oídos, cuando giró el pomo de la puerta. Me enderecé justo a tiempo para que la puerta pasara a mi lado y revelara el rostro boquiabierto de mi hermano en la entrada.

Laurence intentó no parecer sorprendido.

—Escuchar a escondidas es un hábito irritante, Abbie.

—Me aseguraré de tener más cuidado en el futuro. —Mis mejillas se calentaron.

—¿Y de no escuchar las conversaciones privadas de los demás? —La ceja de Laurence se arqueó.

—Para que no me pillen haciéndolo. —Ofrecí una sonrisa traviesa, cuando pasé junto a él.

La risa de Laurence me siguió al interior de la habitación y él cerró la puerta detrás de nosotros.

Mi padre estaba detrás de su gran escritorio, observando el divertido intercambio con una expresión de satisfacción en su rostro.

—¿Escuché que deseabas hablar conmigo, padre?

—Me atrevo a decir que sí, y debería corregirte por ello, o nunca aprenderás la lección. —Sacudió la cabeza con una sonrisa en los labios y salió por detrás de su escritorio, alcanzando mis manos. Por un momento no habló, pero acercó mis manos a su rostro, y frotó con sus pulgares las líneas descoloridas que marcaban mi piel—. Me alegra que tú estés al tanto de lo que deseo discutir. A veces, ciertos temas son más fáciles de abordar, si nos familiarizamos con ellos, ¿no es así? —Ante esa pregunta retórica, asentí, y él volvió a mirar mis manos. Dudó, miró a Laurence y volteó hacia mí—. Tu hermano cree que es hora de que te alejes de tu autoritario padre.

—Pero no deseo dejarte.

—Y no deseo que te vayas, querida, pero tu hermano tiene razón. —Le envié a Laurence una mirada penetrante que lo hizo moverse incómodo—. Es hora que te aventures más allá de las puertas de Easton Manor...

—Quizás si esperamos...

—Me temo que no podemos, si deseamos tenerte preparada para la próxima temporada. Recuerda el acuerdo que hicimos, hija mía: te permití retrasar tu primera temporada, pero solo si emprendías voluntariamente los preparativos para garantizar tu preparación para la siguiente.

Bajé los ojos al suelo. Había hecho esa promesa desesperada de quedarme en Easton Manor y no ser expulsada de allí. Si fuera mi elección, pospondría indefinidamente mi introducción a la cruel sociedad de Londres.

—Lo recuerdo —asentí.

Él levantó mi barbilla y me sonrió.

—Eres una chica valiente, Abigaíl. —Sus ojos transmitieron el mensaje a mi alma y estuve segura que un padre no podría amar más a su hija—. Debo pedirte que confíes en mí.

—¿No puedes venir conmigo? ¿O quizá Laurence? —Miré suplicante entre ellos—. Me reconfortaría mucho tenerte allí.

—La invitación es para ti, Abigaíl —intervino Laurence—. La tía Marianne estará allí con Helena y Hannah. —Me miró fijamente hasta que se dio cuenta que la idea no me reconfortaba—. Pero si te desagrada esto tanto lo como temes, tal vez rompa el decoro y exija acompañarte.

—Y tú crees que me dejo influenciar fácilmente. —Mi padre se rió entre dientes.

—Pero debes concederte una oportunidad a ti misma, Abbie —continuó Laurence—, para tu consternación, puedes demostrarte lo capaz que eres.

La expresión esperanzada de Laurence me llegó al corazón y supe que era inútil resistirse. A pesar de toda mi supuesta influencia sobre mi padre, él siempre hacía lo que pensaba que era mejor para mí. Y en esta situación, temía que había pocas esperanzas de convencerlo de retrasar mi entrada en la sociedad por segunda vez.

—Hace poco escuché que soy una joven excepcional, aunque creo que es bastante evidente que las opiniones están parcializadas.

Ambos hombres se rieron de buena gana, aunque entendí que era más por el alivio de mi aceptación que por el humor de mis palabras.

Después de darme un beso en la frente, mi padre regresó a la silla, detrás de su escritorio.

—Ustedes dos pueden irse. Le escribiré directamente a Lady Eliza y aceptaré su invitación.

Mientras salíamos, Laurence se acercó a mí y me rodeó el hombro con el brazo en una forma de disculpa fraternal.

—¡Abigaíl! —gritó mi padre, lo que nos hizo detenernos y mirar hacia él.

—¿Sí?

—Prométeme que dejarás que lo que quedó en el pasado permanezca allí.

—Lo prometo —respondí, haciendo que la comisura de sus labios se levantara en una sonrisa. Su boca se abrió, como si tuviera algo más que desear decir, pero rápidamente se cerró de nuevo—. ¿Padre?

Él hizo una pausa.

—Haz que Lydia comience los preparativos para tu partida a Timplon House.

—¿Y cuándo debo informarle que será nuestra partida?

—Mañana.

—¿Mañana? —La sorpresa en mi voz provocó un breve destello de culpa en las comisuras de su boca.

Su mirada pasó de mí a Laurence y viceversa. Con convicción reafirmada, sonrió disculpándose y asintió.

—Mañana.

—Muy bien —lo dije con tanta confianza como pude, sin embargo, mi corazón acelerado estaba intentando quitarme el aliento de los pulmones. Laurence me agarró del brazo y me acompañó fuera del estudio.

—Muchacha valiente —murmuró mi padre para sí mismo, antes que Laurence cerrara la puerta detrás de nosotros. Por él, yo sería valiente.

\* \* \*

—¿Mañana?

Asentí.

—Lo siento, Lydia. Puedo ayudarla con el embalaje si eso disminuye parte de su carga.

—¿Y usted prefiere doblar los vestidos o elegirá cuáles llevará?

Apreté mis labios en contemplación, aunque podía escuchar la burla en su tono.

—Sabe bien que confío más en su opinión que en la mía cuando se trata de moda. —El rostro de Lydia sonrió ante el cumplido—. Entonces, supongo que si usted hace las selecciones, ¿puedo cambiarlas? —Lydia negó con la cabeza—. En verdad, no es ningún problema. Solo me sorprendió la noticia que usted partirá mañana. Laurence no había mencionado... —Se detuvo, al parecer pensando mejor lo que estaba a punto de decir—. Realmente, no es ningún problema.

La observé con la esperanza de discernir lo que ella había considerado inadecuado decirme, antes de obligarme a dejarla en paz. Ella ya estaba bajo una cantidad excesiva de estrés para tenernos a ambas listas para partir por la mañana. No quería molestarla y arriesgarme a tener que hacer las maletas, así que guardé mi curiosidad para un momento menos importante.

—Me temo que corremos el peligro de llegar, antes que los Stanton reciban nuestra aceptación —dije, sonriendo para aligerar mi preocupación por la idea.

Lo repentino de la partida prevista me había sorprendido y me preguntaba cuánto tiempo hacía que mi padre se enteró de la invitación y pospuso la decisión. Desde la muerte de mi madre, su capacidad para lograr cosas había disminuido considerablemente. Laurence, al darse cuenta de la necesidad, había comenzado a recorrer los entresijos de Easton Manor. Aunque esto era apropiado, ya que Laurence era el heredero, me preocupaba la ausencia de motivación de mi padre desde que perdió a mi madre. Un hombre celoso conocido por emprender grandes causas, ahora pasaba la mayor parte de sus días encerrado en su estudio. Todavía mantenía su fuerte afecto por mí y Laurence, pero su chispa por la vida y su sentido de logro habían muerto con mi madre.

—Estoy simplemente agradecida que su padre nos permitió mejorar su guardarropa, antes del comienzo de esta temporada. No se pueden hacer vestidos en un día. —Los ojos redondos de Lydia se iluminaron de emoción—. Debo admitir que estoy emocionada de verla finalmente usar algunos de estos vestidos. —Sacó varios y los colocó en mi cama—. Este es imprescindible. —Lydia sostenía un vestido de muselina rosa con bordados dorados en la falda y el escote. Era uno de mis favoritos. El suave brillo dorado resaltó los matices dorados de mi piel, haciéndome parecer más elegante.

Asentí con la cabeza, pero mi mente se dirigió al dinero desperdiciado en todos los vestidos que aún no me había puesto. Mi padre ni siquiera mencionó los costos, cuando pedí retrasar mi temporada por un año. Quizás fue porque Laurence se ocupó de estos gastos.

—¡Deje de morderse el labio! Abbie. ¡Qué hábito tan espantoso! No hay necesidad de sentirse culpable por sus vestidos nuevos. Su guardarropa ha estado descuidado desde la muerte de Lady Blakeslee. Y me atrevo a decir que estos vestidos le sentarán mejor a la dama, en la que usted se ha convertido, que los vestidos juveniles que le han permitido usar estos últimos dos años.

Casi de mi misma edad, Lydia era más una amiga que una criada, y no me habría sorprendido en absoluto saber que mis padres la habían elegido para ese propósito. Tenía un hermoso cabello castaño y era encantadora con tez clara y ojos redondos, que combinaban con la forma de su rostro. Aunque su mejor rasgo era su sonrisa con la forma en que podía iluminar su rostro, cuando estaba feliz. Una gratitud abrumadora me llenó, mientras la veía decidir qué debía incluir entre mis cosas. Ir acompañada a Timpton House por al menos una persona, a la que amaba, sin duda aliviaría mi carga.

Dejé a Lydia haciendo las maletas. Caminé hacia mi escritorio y saqué una pequeña pila de cartas del cajón. La mayor parte de mi correspondencia procedía de Hannah, aunque la frecuencia con la que escribía disminuía, a medida que éramos mayores. Durante años, habíamos planeado tener nuestra primera temporada juntas, y cuando le escribí para informarle de mi decisión de retrasarla, ella tomó la noticia sorprendentemente bien. Por supuesto, mi amiga prometió mantenerme informada sobre lo que me estaba perdiendo, cuando tuviera tiempo para hacerlo. Sin embargo, contrariamente a su objetivo, cada carta me hacía agradecer haber evitado la interminable sociedad de Londres y el drama que implicaba.

Empezando por la primera carta, después de su debut, busqué referencias de la familia Stanton. Casi había hojeado el final de la segunda carta, cuando vi el nombre.

*“Helena y yo nos encontramos con unos conocidos de mi madre, llamados los Stanton. Mi madre parece tener mucho cariño hacia la pareja y ha cantado sus alabanzas sin cesar desde nuestro encuentro. Sentí que no eran más superiores que otras excelentes parejas, que hemos llegado a conocer, así que supongo que los elogios de mi madre llegan más fácilmente porque su hijo y heredero de Tipton House, aún no está casado. Los Stanton hablaron muy bien de él, y nada inclina tanto el deseo sincero de una presentación como la admiración de sus padres. Eso y el entendimiento que Tipton House es supuestamente bastante grandiosa y, según me han informado, tiene algunos de los jardines más bellos de Inglaterra.”*

El siguiente párrafo trataba sobre una representación teatral en la que Hannah parecía prestar más atención a los demás anfitriones, que a la obra en sí, así que pasé a la próxima carta. Efectivamente, por la mitad, noté el nombre nuevamente.

*“Finalmente, tuvimos la oportunidad, si puedo llamarla así, de conocer al señor Stanton, el más joven, el señor Edwin Stanton. Y aunque Helena dijo que es uno de los mejores caballeros que ha conocido, y debo admitir que es muy guapo, me temo que él deja mucho que desear. Tengo la suerte de tener más libertad para formarme opiniones sobre los caballeros que Helena, que ya está en su tercera temporada sin perspectivas sustanciales de matrimonio. Creo que ella lo considera más tolerable de lo que es porque debe hacerlo. Mi madre dice que estoy celosa por sus atenciones hacia Helena, pero él parece tan irritado, en presencia de Helena, como en presencia de cualquier dama con la que lo haya visto. Es una desgracia que semejante riqueza se arruine en un hombre de tan mal carácter.”*

Doblé la misiva y comencé a leer las demás. Una mención ocasional de Stanton, aquí y allá, apenas parecía significativa. Quizás si Helena me hubiera escrito, tendría más información que descifrar, pero ella no lo hizo, así que tendría que conformarme con las vagas descripciones de Hannah. Abrí la carta más reciente que se publicó hace menos de quince días.

*“Mi madre ha estado buscando descaradamente una invitación a Tipton House, durante semanas, y Lady Eliza finalmente le ha concedido exactamente lo que deseaba. Nos iremos de aquí, dentro de una semana, y pasaremos allí las primeras semanas del verano, una decisión tomada para garantizar que Helena no necesite otra temporada. Mi madre ya está planeando las nupcias entre Helena y el señor Edwin Stanton, aunque él aún no ha hecho una declaración oficial. Puede que no me guste mucho, pero creo apropiado sentir lástima por él, en este sentido. Aunque al mismo tiempo, tal vez debería compadecerme de mí misma, porque cuanto más lo conozco, más segura estoy de no haber conocido a un hombre menos amable, en esta*

*temporada. De hecho, me temo que será el cuñado más tedioso que pueda imaginarme. Mi único consuelo respecto al plan es que Sir Giles Wycliffe también estará en el grupo.”*

Tal como había pensado, las cartas contenían poca información importante sobre mis anfitriones, aparte del próximo compromiso de mi prima Helena con su hijo. Devolví las cartas a mi cajón y reflexioné sobre cómo ocuparía mi tiempo en Timplon House. La breve descripción que hizo Hannah de los Stanton no me entusiasmó en absoluto por la compañía que se esperaba que soportaría, aunque ella había mencionado los hermosos jardines. Me dirigí a Lydia:

—¿Puede asegurarse de llevar varios pares de mis guantes cortos y uno o dos gorros? Planeo pasar mucho tiempo al aire libre.

—Ya los tengo empacados —replicó con un guiño.

Tal vez mi visita a Timplon House tuviera algunos momentos redentores, después de todo.

## Capítulo dos

Observé el paisaje que pasaba con creciente aprensión. Cuanto más se acercaba el carruaje a Timplon House, más se me revolvía el estómago.

—Usted se ve miserable, Abbie. ¿Necesita que paremos para tomar un poco de aire fresco?

—Lydia se inclinó hacia adelante en su asiento, aparentemente lista para atraparme, en caso que me desplomara.

—Son nervios más que nada. —Volví a mirar por la ventana—. Además, detenerse solo retrasaría lo inevitable. Estamos casi allí. Creo que lo lograré.

Lydia no apartó su atenta mirada de mí.

—¿Segura que no se sientes mal? Nunca la había visto tan desprovista de color.

—Gracias. Estoy segura que no hay nada más reconfortante que saber lo enferma que me veo, antes de conocer gente nueva. Consideremos esto como una bendición. Nunca puedo esperar que me consideren elegante, pero así, sin color, es un avance prometedor.

Mi comentario sarcástico disminuyó la preocupación en los ojos de Lydia.

—¡Timplon House!

Ambas nos sorprendimos, ante la voz que resonaba desde arriba, cuando el conductor vio nuestro destino.

—Bueno, ya es demasiado tarde para detenernos —dijo Lydia, mirando hacia la edificación que acababa de aparecer a la vista—. ¿Casa? ¡Esa no es una casa! Timplon es casi tan grandiosa como Easton Manor.

Sonreí ante su evaluación y al escuchar el nombre de mi querido hogar.

—Casi igual de grandiosa, pero estoy segura que nada puede compararse realmente con Easton Manor.

La casa se recortaba contra el cielo azul y su piedra clara se reflejaba brillantemente en la luz del sol. Había un gran estanque centrado en la hierba, que conducía a la casa, donde los pájaros flotaban alrededor de la orilla del agua, escondiéndose entre el denso follaje.

—Es encantadora —admití finalmente, cuando el terreno nos rodeó—. Estoy segura que ofrecerá una distracción adecuada hasta que pueda regresar a casa.

—Lo primero es lo primero. —Lydia señaló con la barbilla, en dirección a la casa. Supuse que sería un grupo pequeño, pero con la cantidad de gente que inunda la entrada, obviamente me equivoqué.

—¡Oh, maldición!

Lydia se rió.

—Creo que esa frase estuvo incluida en la advertencia de su padre para que usted cuide su lengua y temperamento.

Quería responderle, pero parecía que no podía reunir las palabras, al menos no con la suficiente eficacia, como para hacer una refutación coherente. Cerré los ojos y respiré profundamente, mientras el carruaje se detenía. Un repentino escozor en mi mejilla derecha me hizo abrir los ojos, a tiempo, para ver la mano de Lydia moviéndose hacia el otro lado de mi cara.

—Un pequeño pellizco ayudará con el color. —Ella puso una mano tranquilizadora sobre la mía—. ¡Quedarán encantados por usted!

Un lacayo abrió la puerta y le di a Lydia una última mirada lastimosa, antes de aceptar su

ayuda. Entrecerré los ojos, frente al brillante sol de la tarde, con cuidado de vigilar mis pasos en el descenso. Lo último que necesitaba era caer de bruces, ante un grupo de personas que aún no conocía.

—¡Mi querida muchacha! —La tía Marianne me rodeó con sus brazos y me puse tensa, ante ese gesto inesperado—. ¡Qué afortunadas somos que tu padre haya aceptado la invitación de Lady Eliza, incluso si lo hizo en el último minuto! —Su voz parecía inusualmente fuerte y estaba segura que sus palabras, aunque dichas para mí, estaban destinadas para que otros las escucharan—. Nunca pensé que fuera posible. Sin embargo, aquí estás. —La tía Marianne se echó hacia atrás y me examinó brevemente con su mirada descontenta, antes de volver a sonreír y colocar su brazo debajo del mío para instarme a seguir adelante.

Ella es una mujer de aspecto elegante con cabello claro, que apenas comenzaba a mostrar el color del envejecimiento. Aunque mi madre y ella eran hermanas, y tenían muchas similitudes en su aspecto, sus rostros diferían drásticamente y estar con mi tía siempre me hacía añorar la calidez de mi madre. Al pasar junto a los sirvientes que hacían reverencias y reverencias, la tía Marianne me llevó hasta una hermosa pareja.

—Señor Stanton. Señora Eliza Stanton. ¿Puedo presentarles a mi sobrina, la señorita Blakeslee, hija de Lord Blakeslee de Easton Manor?

Hice una reverencia.

—Gracias por la invitación para unirme a mi tía y a mis primas, aquí en Timplon House. —Mi voz tembló, aunque continué—, esperé con ansias esta visita y conocer mejor a esta familia. —Intenté que las palabras ensayadas parecieran genuinas.

—Es un honor tenerla aquí, señorita Blakeslee. —El señor Stanton me dedicó una sonrisa de bienvenida, la cual me tranquilizó un poco.

Di la vuelta hacia Lady Eliza, sorprendida al encontrarla inspeccionándome atentamente. Ella no habló.

Sintiéndome algo cohibida, miré expectante al señor Stanton.

—Querida, ¿no estamos complacidos de tener a la señorita Blakeslee aquí con nosotros? —insistió el señor Stanton, consciente que su esposa todavía no me había dado la bienvenida.

—Sí. Por supuesto. —Ella miró a su marido brevemente, antes de volver a observarme, forzando una sonrisa tan fidedigna como la de la tía Marianne—. Estamos complacidos —dijo, tomando prestada esa frase.

—¡Prima! —El alivio que me trajo la voz de Hannah fue instantáneo, seguido de mi sorpresa por lo alta que había crecido desde su última visita. Ahora era varias pulgadas más alta que yo, y me encontré mirando nuestros pies para asegurarme que estábamos al mismo nivel. No era tan hermosa como su hermana, pero tenía cierta belleza por su cuenta, lo que me hizo feliz por ella—. ¡Qué emocionante que viniste! Cuando mamá me dijo que Lady Eliza había recibido la aceptación de tu padre, me quedé completamente impactada, y pensé que seguramente encontrarías una manera de hacerle cambiar de opinión. Pero, ¡aquí estás! ¡Y qué bien te ves! —Ella miró de reojo—. Helena, ¿no estás de acuerdo en que los años han sido buenos para nuestra querida Abigaíl? ¡Me atrevería a decir que habría sido todo un éxito en Londres!

Una tensión perceptible entre las hermanas me obligó a apartar la mirada de ellas, y ver la seguridad de mis propias manos. Mi presentación estaba resultando más tediosa de lo que imaginaba, cuando Helena, a regañadientes, se adelantó para saludarme, mostrando la misma sonrisa fija que llevaba su madre. De algún modo parecía más deslumbrante que hace dos años, aunque menos accesible. Sus ojos azules resplandecían, a la luz del día, y el sol sobre su cabello daba la impresión de un halo colocado sobre su cabeza. Sonreí ante la ridiculez de esta idea.

—Cuánta razón tienes, Hannah. —Al igual que la voz de su madre, aquel tono entrenado de Helena proporcionaba a cualquier espectador ansioso pocas dificultades para descifrar lo que ella decía—. Esperaba que los años fueran amables contigo, prima. Sin una influencia femenina que te guiara, debo confesar que me preocupaba incesantemente por tu situación, pero me complace ver que la preocupación que sufrí fue en vano.

—Gracias —dije, sin estar segura, si esa era una respuesta apropiada. En el silencio que siguió, supe que necesitaba desviarla, o arriesgarme a que ella profundizara en los detalles de su incesante preocupación, algo que no deseaba escuchar, y mucho menos tenerlo con una audiencia presente—. ¡Y qué bien te ves, Helena! ¡Y tú, Hannah! —Ambas chicas sonrieron con fuerza e inclinaron la cabeza casi al unísono.

—Debemos continuar con las presentaciones. —La tía Marianne apretó con más fuerza mi brazo.

—¡Qué cansada parece, mamá! Pobrecita.... —El rostro de Helena reflejaba una falsa simpatía, que casi me convenció de su preocupación—. ¿No podemos hacer el resto de las presentaciones de la fiesta, antes de la cena? Seguramente, Abigaíl necesita tiempo para refrescarse antes de sentirse... presentable.

Los ojos de tía Marianne me recorrieron de nuevo y no necesitó más indicaciones.

—Claro que sí cariño. ¡Qué chica tan considerada, Helena! Siempre pensando en los demás. Por supuesto, la dejaremos refrescarse. —Miró a nuestros espectadores—. No presten atención. La limpiaremos y la traeremos inmediatamente para que se reúna con el resto de ustedes. Es decir, ¿siempre y cuando las necesidades de nuestros huéspedes coincidan con las de nuestra anfitriona?

—Ciertamente, ella puede descansar —dijo Lady Eliza. Bajé la mirada para evitar las miradas atentas de tantos extraños. Lydia había mencionado que me veía enferma. Quizás mi presentación fue algo de lo que debía avergonzarme—. Señora Hanford... Yo misma la llevaré a su habitación.

—¡Qué anfitriona tan amable! Abigaíl, ve con Lady Eliza... Todos estaremos esperando ansiosamente para presentarte, una vez que estés bien.

Mientras seguía a Lady Eliza, escaleras arriba, hasta la entrada principal, me negué a mirar a la multitud de rostros que no conocía, aliviada que mi sombrero cubriera la inconfundible vergüenza de mi rostro.

—¿No vamos a ser presentados? —La voz sonaba como la de un caballero mayor, quien no hizo ningún intento de ocultar su decepción—. ¿Cuál fue el punto de reunir al grupo para conocerla, si ahora no queremos presentarla? Un juego sin sentido, sin duda.

La voz de una mujer hizo callar al hombre mayor en suaves susurros, y entré apresuradamente en Timpton House. Por cierto, ¡qué clase de bienvenida!

\* \* \*

El vestíbulo de entrada mostraba un conjunto de elegantes escaleras de piedra a cada lado. Seguí a Lady Eliza por la escalera de la derecha y por un espacioso pasillo con techos altos en forma de arco. Caminamos en silencio hasta el final, antes de detenernos en la última puerta.

—Sus primas están en frente, en caso que las necesites.

—Gracias, Lady Eliza.

La habitación era luminosa y tenía tres ventanas a lo largo de la pared exterior. Las cortinas estaban corridas y una vista seductora de la exuberante hierba y el estanque me atrajo hacia la ventana.

—¡Qué espléndido! —Observé la pintoresca escena que tenía ante mí—. He oído hablar de los exquisitos terrenos que hay aquí en Timplon House, confieso que estoy esperando ansiosamente el placer de explorarlos. —Volví a mirar a Lady Eliza y encontré sus ojos vigilantes sobre mí. Ella no apartó la mirada, pero tampoco respondió a mi declaración. Me obligué a ignorar su extraño comportamiento y conscientemente me quité el sombrero. Mientras caminaba para dejarlo en la cama, pensé mejor en el acto descuidado y recurrí a sostenerlo torpemente en mis manos—. Realmente, estoy agradecida por su invitación y por tan encantador alojamiento. —Miré alrededor de la habitación nuevamente, esperando cambiar el objeto de su atención—. Espero que no haya sido demasiado problema agregar otra invitada a la fiesta con un aviso tan tardío.

Finalmente, pareciendo registrar lo que estaba diciendo, el rostro de Lady Eliza se suavizó.

—Como dijo mi esposo, es un honor tenerla a usted aquí. Si necesita algo durante su estadía, no dude en buscar mi ayuda.

—Gracias.

Giró para irse, pero se detuvo y me dio una última mirada curiosa.

—Enviaré a su doncella de inmediato.

Hice una reverencia y ella se fue.

## Capítulo tres

Cuando Lydia terminó de tejer una cinta de encaje en mi cabello, un golpe resonó en la habitación.

Antes que tuviera tiempo de reaccionar, entró Hannah.

—¡Qué hermosa estás, prima! —Hannah tenía una sonrisa traviesa, pero sonaba sincera.

—Al menos espero que esto sea una mejora con respecto a mi apariencia anterior —respondí tímidamente.

Lydia había elegido un sencillo vestido color champán con una intrincada capa de encaje blanco, en el corpiño, para que lo usara en la cena. No me gustaban los colores más claros, que estaban de moda entre las mujeres solteras, ya que contrastaban con mi piel oliva, y me hacían parecer aún más oscura de lo que era, pero tenía que admitir que el vestido era tan elegante, que apenas me sentí consciente de mi color en el momento. Lydia también había logrado colocar mi obstinado cabello, en un elegante moño suelto, por la base de mi cuello, usando la cinta de encaje para ayudar a mantenerlo en su lugar.

—Espero que no te hayas ofendido por la bienvenida de Helena. Ya sabes cómo puede ser mi hermana.

La verdad es que yo no estaba cerca del mal humor. Solo había visto a mis primas, unas pocas veces a lo largo de los últimos años, y habían pasado casi dos años desde su última visita a Easton Manor para el funeral de mi madre. Si no hubiera sido por las cartas de Hannah, sentí que difícilmente conocería a ninguna de las dos chicas.

Me levanté y la enfrenté.

—Estoy segura que cualquier tensión es simplemente una cuestión de desconocimiento. Una vez que nos volvamos a familiarizar, nos llevaremos bastante bien.

—No me parece... Pero no dejemos que eso afecte nuestra amistad. —Hannah arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no —dije torpemente, buscando un cambio de tema—. Y mírate. Casi no te conocía cuando te vi por primera vez. ¡Qué alta y elegante te has vuelto!

Hannah sonrió, tendió el vestido y giró.

—Mi madre dice que estoy creciendo y que, después de todo, tal vez no sea una decepción.

—Estoy segura que no lo serás. —Me encogí de hombros.

—Abigaíl, eres demasiado graciosa. —Hannah se rió—. ¿Bajamos?

Volví a mirar a Lydia, deseando que diera una excusa para posponer la inevitable presentación, incluso un momento más. En cambio, ella le dio a Hannah un entusiasta gesto de aprobación. Hannah no necesitaba que la convencieran y con muchos ánimos, me sacó de la seguridad de mi habitación y de la sonrisa de autocomplacencia de Lydia.

Mi corazón se aceleró, mientras descendíamos por las escaleras. Cuando nos acercamos a las puertas abiertas del salón, involuntariamente, había dejado de caminar. Escuché voces adentro, aunque me aseguré de permanecer fuera de la vista.

—¿No te encuentras bien? —Los ojos de Hannah examinaron mi rostro.

—Yo... —No podía respirar profundamente—. Necesito un momento para recuperar el aliento.

Hannah asintió y se me acercó.

—Perdona mi ritmo apresurado. Debo admitir que estoy un poco ansiosa por la

presentación.

En mi dificultad para respirar, me faltaba la capacidad de explicar que mi episodio no tenía nada que ver con su ritmo al caminar. Los latidos de mi corazón resonaron a través de mí, y presioné mi palma contra mi cabeza que daba vueltas.

—¿Te traigo un refrigerio?

Sacudí la cabeza, maldiciendo interiormente mis tendencias nerviosas.

—No quiero retrasarte. Por favor, adelante. Estaré allí pronto.

Hannah miró hacia la puerta y luego hacia mí.

—No puedo abandonarte, Abigaíl. Además, estoy ansiosa por ver las reacciones de los demás, cuando entres.

Inspiré lentamente, intentando recuperar algún tipo de compostura, pero el sonido de voces acercándose casi me deshizo. Me enderecé, presa del pánico, como una cierva antes de huir.

—Es terriblemente inconveniente, sin duda, pero no nos preocupemos todavía. Tenemos formas de hacer que las cosas funcionen a nuestro favor. —Un destello de alivio me invadió, cuando la tía Marianne y Helena aparecieron a la vista.

Ambas mujeres hicieron una pausa al darse cuenta que no estaban solas. Helena le lanzó a su madre una mirada aprensiva, pero la tía Marianne ya había dado un paso hacia mí con el brazo extendido.

—Y aquí estás. ¡Qué momento tan afortunado! Tenía la esperanza que, cuando Hannah dijo que quería ver si estabas lista para bajar, hubiera tenido la sensatez de informarnos tu respuesta.

—Por el rabillo del ojo, Hannah miró fijamente la reprimenda—. Pero, dado que te hemos alcanzado, antes que ella llevara a cabo las presentaciones, descuidadamente, pasaré por alto su error. Vamos, Abigaíl. Los demás ya han esperado demasiado.

Sin dudarlo, ella me agarró del brazo y casi me arrastró a través de las puertas abiertas del salón. Mi pecho se apretó, cuando los rostros se desviaron en nuestra dirección. No me importaba tener miradas extrañas sobre mí ni que me arrastraran y empujaran en cada ocasión, como a una niña castigada. La tía Marianne solo me soltó el brazo, cuando nos acercamos al señor Stanton y a Lady Eliza, al otro lado del salón.

—Espero que usted haya podido disfrutar la tarde descansando, señorita Blakeslee —dijo cordialmente el señor Stanton.

Aunque mi cabeza daba vueltas y había pasado las últimas horas, preocupándome por las próximas presentaciones, su amabilidad me hizo querer complacerlo.

—Lo hice, señor Stanton. Gracias.

—Bueno, entonces, si se siente preparada para la tarea, estoy seguro que a mi esposa le encantará presentarle al resto del grupo.

Lady Eliza salió del lado de su marido. Sus ojos se posaron sobre mí y me di cuenta que ella encontraba poco placer en su obligación de presentarme a sus invitados. A pesar de nuestra aprensión compartida, conocí a los invitados de Tipton House, uno por uno: el señor y la señora Hawkins con su única hija menor y soltera, la señorita Hawkins; el señor y la señora Dowding con sus dos hijas, la señorita Dowding y la señorita Emma Dowding; Sir Giles Wycliffe, un baronet de una finca cercana; la señora Ellis, la hija recién casada del señor Stanton y Lady Eliza, junto con su esposo, el señor Ellis; y otro señor Stanton, conocido cariñosamente como el tío Stanton, que residía en Tipton con la familia. Sonreí a cada persona obedientemente, y ofrecí saludos formales, ensayados, luchando contra el deseo implacable de cruzar mis brazos de manera segura, a mi alrededor.

—Y por último, señorita Blakeslee, este es nuestro hijo, el señor Edwin Stanton.

Sus ojos claros se levantaron de su breve reverencia con tal intensidad, que él me obligó a mirar al suelo. Aunque era un hombre apuesto, la conducta seria del señor Edwin Stanton diluyó sus admirables rasgos y me dejó inquieta.

Hice una rápida reverencia.

—Señor Stanton.

Lady Eliza miró entre su hijo, Helena, que había reclamado un lugar a su lado, y a mí.

—Los dejaré a ustedes, jóvenes, para que se conozcan mejor. Pero, querido Edwin, ¿quizás podrías acompañar a la señorita Blakeslee a cenar, además de la señorita Hanford? Me temo que hasta que tus amigos lleguen mañana desde Londres, los caballeros estarán bastante superados en número. —Sin esperar respuesta, ella dio la vuelta y caminó de regreso al lado de su esposo.

—No recuerdo haberla visto esta temporada en Londres, señorita Blakeslee. —El tono del señor Edwin Stanton rozaba una pequeña charla desinteresada, que yo aborrecía casi tanto como el tema de conversación que había elegido.

—No asistí —respondí.

—¿Aún no era lo suficientemente mayor?

Helena se rió.

—Señor Stanton, ¡no se burle así! Ciertamente, ella tiene edad suficiente, ya que es un año mayor que mi propia hermana, Hannah. ¡Qué cruel es usted al bromear sobre su edad! Bien lo sabe, estoy segura, ninguna dama quiere que la supongan mayor que su edad, pero lo mismo debería decirse de una dama que se supone más joven. La prima considera una bendición parecer tan joven. Me atrevo a decir que algún día alguien la confundirá con una debutante, cuando tenga sus propios hijos... Pero, usted, el cruel señor Stanton se burla de mi querida Abigaíl.

—Le aseguro que no lo dije en broma —habló con Helena, pero sus ojos permanecieron fijos en mí. La similitud entre el comportamiento atento de su madre y el suyo fue instantáneamente desconcertante.

—¿Qué cosa usted admite! —Helena chirrió, antes que tuviera un momento para responder—. Y después intenta paliar el insulto. Seguramente, señor Stanton, debe aprender a aceptar mis señales sociales sin cuestionarlas. ¡Nunca me desviaré!

Reprimí una risa, ante la descarada sugerencia de Helena. Nada, ni siquiera la insinuación abierta de las esperanzas matrimoniales de mi prima, podía arrancarme una sonrisa, mientras estaba bajo la mirada crítica del señor Edwin Stanton.

Su interés por el tema no cambió.

—¿Qué le impidió asistir, entonces, sino fue la edad, señorita Blakeslee? ¿Deseos? ¿Asuntos familiares?

Mis ojos se abrieron ante la impertinencia. ¿Qué clase de hombre hacía preguntas tan directas a una dama que acababa de conocer? Me vino a la mente una palabra poco femenina, pero no traicioné la advertencia de mi padre al usarla.

—No la presione tanto, señor Stanton. —Helena fue una vez más rápida en responder—. ¡Mire su sorpresa! ¿No ve que ella no tiene ganas de decírselo? ¡Pobrecita! —Helena se rió y le tocó el brazo—. Además, ¿qué le importa cuáles fueron sus razones?

—Estoy evaluando su temperamento, señorita Hanford. ¿No es eso lo que se supone que sucede, cuando un caballero conoce a una dama por primera vez?

—¡Me atrevo a decir! ¡Qué idea! Abigaíl... disculpa al señor Stanton. Sus modales son bastante bruscos esta noche. ¡Qué gracioso es usted, señor Stanton! —Helena parecía mareada de la emoción y sus ojos azules parpadeaban entre nosotros—. ¿Realmente, no sabe nada sobre cómo ganar la buena impresión de una dama?

—Solo estoy tratando de opinar sobre si vale la pena obtener la buena impresión de la señorita Blakeslee.

Mi irritación ante este desagradable intercambio aumentó y ya no pude contener mi lengua.

—Permítame asegurarle, señor Stanton. —Coincidí con su mirada ferviente—. Que no debe perder el tiempo en deliberaciones tan innecesarias, especialmente cuando cualquier conclusión a la que pueda llegar se volvería obsoleta.

La ceja del señor Stanton se arqueó, aunque entrecerró los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Seguramente, usted es capaz de comprender que ambas partes alcanzan las primeras impresiones, lo que permite a cada una la oportunidad de decidir si desean conocerse más. — Mantuve mi voz ligera para demostrar que no sufrí ningún daño por su insulto—. En consecuencia, mientras ha estado perdiendo el tiempo, determinando el valor de obtener mi buena impresión, yo, sin esfuerzo he llegado a tener mi propia opinión sobre usted.

—¿Eso es así?

—De hecho, señor Stanton. Y debo decir que... ¡estoy impresionada!

—¿Y por qué, señorita Blakeslee? —Su fuerte mirada se clavó en mí.

—No es tarea fácil para un caballero no lograr mi buena opinión, pero usted lo ha logrado hábilmente en una breve conversación. Y, como ahora su rápido intelecto podrá percibir, no hay necesidad de pensar más en ello: mi opinión es firme y he considerado obsoleta la tuya.

Un músculo de su mandíbula se flexionó, pero la sensación acelerada en mi cabeza dejó poco espacio para deleitarme con mi triunfo.

—Veo que he causado una gran impresión —dijo secamente.

—Me temo que sí. —Ofrecí un gesto afirmativo.

Sus ojos intensos sostuvieron los míos, buscándome. Antes que él sacara alguno de los secretos de mi alma, me obligué a mirar hacia otro lado, más allá de la boca abierta de Helena y a través del salón hacia los ojos amistosos de Hannah sobre Sir Giles. Mi cabeza daba vueltas y apenas podía creer que había hablado con tanta valentía a un caballero, y mucho menos, a uno a quien acababan de presentarme. Y además, era el hijo de mis anfitriones. Pero, seguramente, él y su mal genio se lo merecían por completo.

Dejé que mis pensamientos ahogaran las interminables risas de Helena, las cuales habían inundado el silencio. No fue hasta que el señor Edwin Stanton me tendió el brazo para que lo tomara, que me di cuenta que habían anunciado la cena. Mirando hacia adelante, puse mi mano lo más suavemente posible en el pliegue de su codo, y los tres seguimos al señor Stanton y a Lady Eliza al comedor.

El señor Edwin Stanton no habló, pero pude sentir que me observaba por el rabillo del ojo, mientras me acompañaba a mi lugar en la gran mesa rectangular. Me sentí aliviada al encontrar mi asiento a una distancia cómoda de él, y respiré más fácilmente cuando él se alejó de mí. Él estaba sentado entre Helena y una de las señoritas Dowding, al otro lado de la mesa, y yo estaba colocada de manera segura entre la señorita Hawkins y el tío Stanton. Frente a mí estaba sentado Sir Giles y junto a él estaba Hannah. Ella me sonrió y yo agradecí estar lo suficientemente cerca para hablar con ella, cuando la ocasión lo permitiera.

Pasaron varios minutos del primer plato, cuando el tío Stanton se inclinó hacia mí.

—¿Con quién tengo el privilegio de sentarme esta noche?

—Señorita Blakeslee, señor —indiqué, perpleja por cómo él ya había olvidado nuestra presentación—. Nos conocimos hace un momento en el salón.

—Por supuesto, señorita Blakeslee. Una chica que suena tan bonita. Y he oído que eres

bastante exquisita, aunque desearía poder verte con mis propios ojos.

Fue entonces cuando noté la nubosidad de sus ojos.

—Perdóneme, señor. No me di cuenta que... —Las palabras para terminar parecieron demasiado duras para pronunciarlas.

—¿Que estoy ciego? —Él se rió entre dientes—. Me halaga que hayas tardado tanto en darte cuenta. ¿Fue mi hermoso rostro lo que te hizo pasar por alto el defecto, o la forma segura en que me comportaba?

Estaba convencida que era la oscuridad del salón, pero no tenía intención de decírselo.

—Creo que fueron ambas cosas, señor.

Él se rió de nuevo y extendió una mano hacia mí. Colocando mi mano sobre la suya, le di un suave apretón, que él me devolvió afectuosamente.

Después de una pequeña charla general, alrededor de la mesa, algunos intentos fallidos de incitar a la señorita Hawkins a conversar, y de ver la mirada concentrada que Sir Giles le dedicaba a Hannah, con mucho gusto dirigí mi atención al tío Stanton. Había algo en su franqueza que me hizo apreciarlo, inmediatamente.

—Y, si no le importa que se lo pregunte, señor Stanton...

—Mis amigos y parientes me llaman tío y, si no te ofende estar incluida en ese grupo, debo insistir en que tú también lo hagas.

—Sería un honor, tío.

—¿Y por cómo empezaste a formular tu pregunta, puedo suponer que tienes curiosidad por saber cómo perdí la vista?

Como él lo dijo en voz alta, esto sonó alarmantemente descortés y me sentí aliviada que él no pudiera presenciar el color que llenó mis mejillas. Todavía necesitaba aprender a no dejar que mi curiosidad tuviera prioridad sobre el decoro.

—Yo... bueno, yo... —Tropecé con mis propias palabras, tratando de pensar en otra pregunta que proponer.

—La verdad es que no me importa —dijo, sintiendo mi vacilación—. Pero me temo que hay poco que contar. Hace unos años comencé a tener problemas con mi visión. Las cosas se oscurecieron en los bordes y gradualmente se expandieron hacia el centro hasta que todo lo que ahora tengo es una sensación general de luz y oscuridad. Busqué al mejor médico de Londres, quien me aseguró que no había nada que hacer. Entonces, me he resignado a disfrutar del mundo, a través de mis otros sentidos.

—Esa es una perspectiva encomiable, ante semejantes dificultades. —Sonreí.

—Tal como lo veo, solo tenía dos opciones: estar amargado o no. Simplemente, elegí la más divertida de las dos. Aunque lo admito, a menudo desearía poder crear una historia más romántica en torno a todo esto. Verás... tengo una imaginación muy aburrida —dudó—. No es que quiera engañar a nadie, pero la verdad no merece atención.

—No me doy el crédito de tener mucha creatividad, pero, ¿tal vez nuestras mentes juntas puedan llegar a una historia que valga la pena compartir o, al menos, entretenernos?

—Señorita Blakeslee, ¡esa es una idea genial!

—Pues bien, pensemos. Las historias más grandiosas siempre son creíbles. —Hice una pausa, tratando de determinar una configuración adecuada—. Me estabas contando justo de tu tiempo en la flota británica. —Él asintió—. Sería apropiado y perfectamente romántico que tu historia ocurriera en el mar. ¿Quizás un rescate heroico?

Un lado de su boca se levantó.

—Me atrevo a decir que prefiero hacer el rol de héroe.

—Y nada es tan heroico como rescatar a una damisela en apuros. ¿No estás de acuerdo?

—Ciertamente, lo estoy.

No pude resistirme a sonreír, cuando una historia surgió en mi mente.

—Creo que debe ocurrir de noche, porque el misterio de las cosas es siempre mayor de noche. Estás caminando por la cubierta, como lo hacen los capitanes, vigilando a los piratas o contrabandistas, cuando escuchas el grito de una mujer. Sigues el sonido hasta el lado de estribor del barco y buscas en el agua, preguntándote quién podría estar, en tal estado de angustia. El agua es oscura con solo un reflejo ocasional de la luz de la luna bailando sobre las olas. Sería imposible que hubiera alguien ahí fuera, pero, entonces... —Casi me reí, ante la intensidad de la concentración del tío Stanton.

—Bueno, ¿qué fue lo que vi? —preguntó con entusiasmo.

—Una mujer, por supuesto.

—¿En el mar?

—¡En el mar! Y la mujer más hermosa que jamás hayas visto. Pero lo más peculiar fue cómo su llanto se transformó en una canción: una melodía fascinante que te envolvía y te atraía hacia ella.

—Pero, ¿ella está en el agua? ¿Cómo puedo rescatarla?

—Eres un héroe, tío. Debes saltar para salvarla. —Él levantó las cejas sorprendido y yo me tapé la boca reprimiendo la risa—. No pareces tan sorprendido, ante la idea. Me atrevo a decir que si fuera un hecho real, no dudarías ni por un momento. Y nuestra historia debe ser precisa, por eso llegué a esta conclusión.

Su rostro brillaba de orgullo.

—Siempre he tenido propensión a actuar descaradamente con mujeres hermosas.

—Y entonces, esto no es diferente. Y después de saltar al agua helada, dado que los extremos hacen que el relato sea más emocionante, nadas hasta donde esperas que ella esté, pero no encuentras nada... La buscas frenéticamente, te sumerges bajo el agua y gritas llamándola... ahora que la has visto, la salvarás, o morirás en el intento. Pero te cansas y, cuando se te agotan las fuerzas y empiezas a hundirte, te sacan del mar.

—¿Y cómo debo ser salvado?

—Un compañero de barco sería un salvador razonable. ¿Posiblemente un compañero vigilante, o alguien que escuchó tu angustia, mientras buscabas? —Recibí un gesto tranquilizador de su parte—. Cuando te subieron a cubierta, aunque habías bebido mucha agua, tu única preocupación era la mujer. “¿Mujer?”, dijeron, “no había ninguna mujer en el agua.” ¿No habían escuchado gritos o la fascinante canción? ¿No tuvieron la suerte de contemplar aquel rostro encantador? Seguramente, ellos le echarán la culpa a tu anhelante imaginación, aunque sabemos lo aburrida que es, o probablemente a una mala comida. Y temo que ella siempre será un misterio para ti, plagando tu propia existencia: la imagen de esta sirena grabada en tu mente y su canto en tu corazón. Y tus ojos finalmente se oscurecerían porque nada en este mundo podría compararse con el esplendor que una vez contemplaste.

Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro y mi propia expresión pronto reflejó la suya.

—Me has contado una gran historia, señorita Blakeslee. Sin embargo, estoy seguro que nunca la contaré tan bien. Te pediría que la transcribieras para poder memorizarla. —Se rió entre dientes—. Pero eso no serviría de nada porque ya no puedo leer.

Su risa era contagiosa y fácilmente seguí la charla con él. Miré a mi alrededor para asegurarme que nadie hubiera observado mi comportamiento casual y tono informal, y mis ojos se encontraron con el señor Edwin Stanton. Su mirada severa quitó la sonrisa de mis labios,

obligándome a dirigir mis ojos hacia mi plato.

—¿Qué pasa, señorita Blakeslee? —preguntó el tío Stanton con suavidad.

Me maravillé de su discernimiento. La mayoría de las personas con una vista perfecta no percibirían lo que él detectó.

—Creo que he ofendido a tu sobrino-nieto con mi comportamiento.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

—Por la intensidad de su mirada. Como si me estuviera condenando desde el otro lado de la mesa.

—Muchas emociones pueden causar intensidad, señorita Blakeslee. Pero si él no está contento, déjame tranquilizarte: difícilmente puedes ser la causa... Estos últimos años, no ha tenido dificultad en encontrar cosas que lo exasperan. Quizás esa sea su forma de ser hospitalario: asegurarse de tratarnos a todos por igual.

—Quizás —dije, reconfortándome con la idea que su mal humor no había comenzado con mi llegada. Mientras miraba hacia el otro lado de la mesa, nuestros ojos se encontraron nuevamente, pero esta vez, él redirigió su atención al rostro sonriente de Helena.

\* \* \*

Después de terminar la cena, el cansancio del viaje y las emociones del día me abrumaron. Encontré a la tía Marianne, y le pregunté si consideraba aceptable que me retirara anticipadamente.

—Es tu primera noche aquí. Seguramente, ¿no deseas que los demás piensen que eres descortés? Sobre todo cuando los hombres no se quedan mucho tiempo tomando oporto.

—Madre, mira a la pobrecita. —Helena se acercó, al parecer había escuchado nuestra conversación y se sentía inclinada a ayudarme en mi petición, aunque dudaba que su motivación fuera lo mejor para mí—. Ella necesita descansar. No queremos que el tío Miles piense que somos negligentes con los deseos de Abigaíl.

La tía Marianne parecía dudar en aceptar el razonamiento de Helena, y su mirada se dirigió hacia donde Lady Eliza estaba hablando con varias damas.

—No quiero que la consideren insociable, ya que eso nos perjudicará —le susurró a Helena, como si yo no estuviera presente.

—Madre, mañana será un día completo con la llegada de los amigos del señor Stanton. No me gustaría que Abigaíl volviera a parecer demacrada por el cansancio. Necesitamos que esté descansada y sea más amable, porque alguien debe mantener el interés de los nuevos caballeros, y me atrevo a decir... —Llevó la voz a un susurro bajo—, que las otras damas carecen de su capacidad para hacerlo. —La tía Marianne asintió con la cabeza—. Sabes que espero mantener la atención del señor Stanton para mí y asegurar que nuestro noviazgo continúe progresando según lo previsto. —Las últimas palabras de Helena se hicieron largas y su labio inferior se elevó en un puchero perfecto.

—Está decidido, Abigaíl. —La tía Marianne me agarró del brazo y empezó a tirar de mí hacia donde estaban las otras mujeres—. Apelaremos a Lady Eliza y te enviaremos a la cama directamente, después de su aprobación.

—Gracias —dije con sinceridad.

No pasó mucho tiempo, antes que estuviera en mi habitación, aliviada de estar sola en compañía de Lydia.

—¿Fue realmente tan terrible como usted temía? —preguntó, soltándome el pelo.

—Admito que no lo fue, aunque habría disfrutado poco sin el tío Stanton. Estoy segura que

le tendrá mucho cariño, Lydia.

—¿Y qué pasa con el heredero, el señor Stanton? He oído que es muy guapo.

—¿Señor Stanton? —Me burlé—. ¿Dónde escuchó tal cosa?

—Parece que hay consenso debajo de las escaleras.

—Tal vez sea uno de los requisitos del trabajo: creer esas tonterías —dije con ironía.

—Entonces, ¿no lo es?

Pensé en su gran estatura, su fuerte mandíbula y la intensidad de sus ojos claros.

—Quizás sorprendente, pero guapo parece una descripción demasiado agradable.

—Bueno, supongo que no importa, considerando que está hablando de él. Quizás valga la pena que usted conozca a los dos caballeros que llegarán mañana.

—Si son amigos del señor Edwin Stanton, dudo que valga la pena conocerlos.

Lydia me lanzó una mirada de incredulidad, pero no dijo nada.

—Si lo hubiera conocido, no me regañaría. Es orgulloso, presuntuoso y criticón.

—Señorita, no la regañé —corrigió, ayudándome a quitarme la bata.

Quizás ella no me había amonestado verbalmente, pero ese rostro delator mostraba su decepción.

—Él es realmente horrible, Lydia —dije, frustrada porque ella me juzgó sin siquiera conocer al hombre que había elegido defender incondicionalmente.

Ella se detuvo y me miró, como supuse que lo haría una hermana mayor con la misma cantidad de amor y corrección.

—Hay más en una persona de lo que se ve por primera vez. Usted lo entiende mejor que nadie. Parece que... —Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente las siguientes palabras y continuó—, es inusual que usted juzgue a alguien tan rápidamente, que resuma su carácter en un breve encuentro.

Quería defenderme, hacerle ver por qué él había perdido mi buena opinión, pero no pude, cuando sabía lo que se sentía al ser juzgada injustamente. De repente, sentí un deseo abrumador de estar en casa con mi padre y Laurence.

Lydia enroscó un mechón de mi cabello alrededor de su dedo.

—Sé que esto es difícil para usted y estoy segura que añora el hogar, pero no debe cerrar su corazón a todos los que están fuera de Easton Manor. —Habló con cierta ternura, discerniendo perfectamente mis pensamientos—. Siempre hay algo bueno. A veces, simplemente, necesita buscarlo un poco más.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y asentí, sabiendo que si intentaba hablar, ya no podría controlarlas.

—La dejaré para que descanse un poco. —Lydia dio la vuelta, pero vaciló antes de mirar hacia atrás con su sonrisa tranquilizadora—. No se preocupe, Abbie. Mañana será un nuevo día.

Escuché la puerta cerrándose y sus pasos desaparecieron por el pasillo hasta que el silencio me rodeó. Aparté de mi mente la idea de volver a casa, sabiendo que no me haría ningún bien, y me metí en la cama.

## Capítulo cuatro

Un ruido de golpe me despertó sobresaltada. La luz del sol se colaba a través de los lados de las cortinas, iluminando la habitación, que ya era vagamente familiar para mí. Me senté y miré a mi alrededor, reorientándome mentalmente hacia donde estaba... En Tipton House. Un profundo suspiro escapó de mis labios y un segundo golpe me llamó. Me quité las mantas de las piernas y caminé hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? —susurré a través de la rendija.

—Helena.

Gemí por dentro, antes de abrir un poco la puerta para mirar hacia afuera. Allí estaba Helena, una visión absoluta de ella con su vestido blanco de día. Su brillante cabello rubio con rizos recogidos enmarcaba su rostro. Sus ojos recorrieron mi apariencia desaliñada.

—¿Seguramente, no estás recién despierta?

—Lo estoy. —Esperaba que mi tono sonara lo suficientemente arrepentido.

Ella resopló.

—Bueno, olvídalo... Haz que tu doncella te atienda de inmediato. Se espera que los amigos del señor Stanton lleguen a las diez. Necesitamos estar en forma para recibirlos.

—¿Qué hora es?

—¡Casi las ocho!

—¿Casi las ocho? —Mi sorpresa fue cuánto tiempo había dormido, no la hora. Tenía mucho tiempo para prepararme, desayunar y, con suerte, disfrutar de un rápido paseo por los jardines—. Bajaré en breve.

—Y, por favor, recuerda ser civilizada hoy. Debemos causar una impresión favorable a los amigos del señor Stanton. Odio ser yo quien te lo recuerda, pero tu comportamiento se refleja en nosotras, ya sea para bien o para mal.

—¿He hecho algo para que cuestiones mi comportamiento? —Entrecerré los ojos.

—¿No te das cuenta de lo cruel que trataste al pobre señor Stanton, en la presentación?

Me quedé mirándola, atónita por su declaración.

—¿Acaso mi trato hacia él fue miserable?

—Le dijiste que perdiste tu buena opinión de él, y luego procediste a ignorarlo, durante el resto de nuestra conversación. Lo pusiste de un humor bastante molesto, durante el resto de la noche. Tuve que seguir pidiendo disculpas por tu falta de modales. Aunque creo que esto fue útil para mi futura propuesta. —Ella hablaba más para sí misma que para mí—. Es una oportunidad para asegurarme que es un caballero excepcional y por eso te perdonaré tu locura. Pero... —Sus ojos volvieron a centrarse en los míos con intensidad—. Tendrás que esforzarte en ser más agradable, a partir de ahora.

No sabía cómo reaccionar. ¿Cómo podría alguien criticar mi conducta, comparándola con la del señor Edwin Stanton?

—Yo... —Reprimí todas las cosas que quería decir en mi defensa, sabiendo que ella no se dejaría persuadir de lo contrario—. Me esforzaré más para no avergonzarte, Helena.

Una pizca de lástima acompañó su sonrisa.

—Debe ser difícil conocer las expectativas del escalón superior, especialmente en ausencia de mi tía. Por lo tanto, espero que no te ofendas cuando te haga saber cuándo te equivocas... Actúo únicamente por compasión, ante tu difícil situación. —Su sonrisa se convirtió en una de

satisfacción, antes de ahuyentarme con desdén—. Ahora, date prisa.

Antes que tuviera tiempo de expresar mi sincera gratitud, ella se había ido. Cerré la puerta y apoyé la frente en la misma, sin sentir ningún deseo de apresurarme a seguir los acontecimientos del día. ¡Qué lamentable era mi situación! La constante insistencia de la tía Marianne, la mirada atenta de Lady Eliza, los comentarios sarcásticos de Edwin Stanton y ahora las acusaciones y la lástima de Helena. No fui hecha para ser una dama. Simplemente, eso no estaba en mi sangre.

\* \* \*

Prolongué la salida de la seguridad de mi habitación hasta que Lydia prácticamente me empujó fuera de ella. El sonido de las risitas de Helena me impidió entrar al comedor y decidí que de repente el aire fresco me parecía más atractivo que el desayuno. Me puse el gorro que había traído y me dirigí a la puerta principal, sin saber de qué otra manera llegar al recinto. Luego caminé hasta la parte trasera de la casa, abrumada por la emoción, cuando los jardines aparecieron a la vista. Sabía que la gente de Timplon House nunca me sería tan querida como la de Easton Manor, pero no podía negar que los jardines de aquí eran superiores a los nuestros. Aunque no tenía intención de decirlo.

Una gran extensión de hierba desembocaba en un jardín central de arbustos bien cuidados y rosas salpicadas de estatuas románicas. Sin embargo, no fue esto lo que me llamó la atención, sino los senderos distinguibles, que emergían entre los setos circundantes. Cada camino parecía único y deliberé cuál debería elegir. Decidí empezar por el más cercano y tomé el primer sendero a la derecha.

Las plantas estaban demasiado crecidas, intencionalmente, dejando solo visible una pequeña parte de los adoquines bajo mis pies. Flores de diferentes variedades y tamaños eran tan agradables para mis sentidos, como la fragancia que flotaba en el aire. Los árboles surgían desde atrás, ofreciendo sombra periódica y produciendo un efecto envolvente. Una sensación de asombro me consumió. Era como si hubiera entrado en un bosque encantado y bien cuidado. Cerré los ojos, permitiendo que la luz del sol, en mi cuerpo, penetrara a través de mí.

—Buenos días, señorita Blakeslee.

Me sobresalté por la voz y abrí los ojos para encontrar la mirada fija del señor Edwin Stanton en mí.

—Buenos días, señor Stanton. —Hice lo mejor que pude para eliminar el sonido de disgusto de mi voz. Estaba tan cerca que el camino ya no me abrazaba sino que se cerraba incómodamente, a mi alrededor, empujándome hacia él. ¿Cómo no había escuchado su acercamiento? Di un paso atrás, pero logré poco y me encontré mirando sus ojos, que eran intensos y penetrantes.

Ninguno de los dos habló, y me pregunté cuánto tiempo permaneceríamos en silencio, mientras que la advertencia de Lydia me presionaba. No parecía tarea fácil descubrir la bondad en este hombre molesto, pero el intento, independientemente de si él lo merecía, al menos rompería nuestro punto muerto.

—Los jardines son preciosos aquí en Timplon. No creo haber visto nada con lo que puedan compararse. —No fue hasta que pronuncié las palabras que me di cuenta, que había hecho el cumplido que pretendía retener, y me reprendí en silencio por mi error de juicio.

—¿Y usted ha viajado mucho para ofrecer tal comparación?

Mis ojos se abrieron, ante su descortés pregunta.

—No lo he hecho... La verdad es que apenas he estado cinco millas fuera de Easton Manor, en años.

Él asintió, ante mi sincero reconocimiento, y di otro paso atrás, planeando escapar apresuradamente. Pero algo dentro de mí se negó a que retrocediera, y, en cambio, avancé dos pasos.

—Solo quise ser cortés con usted al hacer un cumplido tan infundado. Lo insto a que no se ofenda por algo ofrecido con amabilidad.

—¿Amabilidad? —Él se burló. El breve brillo de diversión, en sus ojos, hizo poco para disminuir la intensidad de su ceño.

Exhalé, estabilizando mis manos temblorosas, entrelazándolas detrás de mi espalda.

—Había pensado desde que... —No pude continuar. No podía fingir. Al contrario de lo que Lydia pensaba, no había nada bueno en este hombre poco receptivo, al menos nada que pudiera encontrar en él—. No importa, señor Stanton. Creo que fue una idea vana y no volveré a cometer semejante error. Por favor, discúlpeme. —Di la vuelta y comencé mi rápida retirada hacia la casa.

Unos pasos me persiguieron. Por lo que giré disgustada y lo miré de manera expectante.

Él se detuvo unos pasos, antes de alcanzarme.

—Señorita Blakeslee, planeaba buscarla anoche, pero se retiró demasiado pronto para que eso fuera una posibilidad. —A pesar de la sutil corrección que ofreció, el matiz de contrición en su tono despertó mi interés. Quizás, después de todo, él tenía la intención de ofrecerme una disculpa.

—Quería preguntar... —Se movió, enderezando los extremos de su chaqueta.

De repente, sin paciencia con sus travesuras y su orgullo, decidí ayudarlo con la inmanejable tarea.

—¿Para pedirme perdón?

—¿Perdón? —Alzó una ceja.

—¿No iba usted a disculparse por su mal comportamiento en nuestra presentación? —Mi cara se sonrojó con un color fuerte.

—¿Mi mal comportamiento? —Me fulminó con la mirada—. Estaba tratando de suplicarle con una conversación educada, señorita Blakeslee. Fue usted quien ofendió nuestra presentación, primero con sus palabras y después con sus modales.

—¿Qué hombre tan insoportable es usted! —exclamé, antes de encontrar la disciplina para detenerme.

—Y ahora una tercera ofensa —dijo con la misma mirada severa en su rostro, aunque la diversión volvió a sus ojos con más fuerza que antes.

No supe qué decir y recurrí a mirarlo con incredulidad.

—Estaba tratando de preguntarle si viajaría con nosotros durante su estadía en Tipton. Montamos por la mañana, antes del desayuno. Estoy consciente que no trajo un caballo, así que usted es bienvenida para usar una de nuestras yeguas, si lo desea. —Su invitación era una obligación formal y yo no tenía ningún deseo de ir, a donde no me querían, especialmente si él estaría allí.

—Se lo agradezco, pero no monto.

—¿Usted no monta?

Negué con la cabeza.

—Eso es lo que acabo de decirle, ¿no es así?

—Usted es una dama muy poco común, señorita Blakeslee: renuncia a la temporada, ofende a caballeros que apenas conoce, y afirma que no monta a caballo. No me sorprendería saber que no tiene inclinación musical, que desprecia la pintura y el bordado, y teme la idea de un baile.

Levanté la barbilla para encontrar su mirada interrogativa.

—Está equivocado, señor Stanton. Disfruto pintando.

Entrecerró los ojos y tuve la confianza que no podría decidir qué hacer conmigo.

Determinando que tendría que analizarlo por mi cuenta, hice una breve reverencia.

—Es hora que regrese a la casa. —Di la vuelta precipitadamente y me alejé rápidamente, aliviada de no escuchar el ruido sordo de sus pasos, persiguiéndome por segunda vez.

\* \* \*

Me dirigí al jardín central. Tenía la intención de regresar a la casa directamente, pero todavía me temblaban las manos por el encuentro con el señor Stanton. Necesitaba tiempo para calmarme, antes de reunirme con los demás. Rápidamente, seleccioné otro camino y agradecí el refugio instantáneo que el mismo me proporcionó. Incluso no pasó mucho tiempo, antes que yo me encontrara, una vez más, disfrutando de la belleza de mi entorno, mientras que mis frustraciones se disolvían ante tanta belleza.

Grandes enrejados cubiertos de glicinas rodeaban el camino y me pregunté si el jardín estaba realmente encantado. Ansiaba permanecer escondida entre las flores hasta poder regresar a Easton Manor, pero ya me había retrasado demasiado y el decoro me obligaba a regresar. Asegurándome que pronto volvería para otra visita, me dirigí a la casa.

Cuando doblé la esquina, desde los jardines, me quedé paralizada a medio paso. El señor Edwin Stanton y tres caballeros se dirigían desde los establos a la casa.

—¡Malditos! —susurré.

Los hombres estaban absortos en la conversación y tenía la esperanza de pasar desapercibida, si me quedaba quieta. Contuve la respiración y me quedé lo más inmóvil que pude con los pies desequilibrados. Mi peso se desplazó hacia los lados, bajo la grava fluctuante, y corregí con cuidado mi equilibrio para evitar caerme.

El movimiento llamó la atención de uno de los caballeros, quien les indicó a los demás que se detuvieran. Exhalé con exasperación. Ya era demasiado tarde para darme la vuelta, así que caminé hacia el grupo de caballeros, como lo habría hecho cualquier dama educada, si se hubiera permitido meterse en tal situación.

Cuando me acerqué, los tres amigos del señor Stanton se quitaron los sombreros. Al mirar al señor Stanton para que me presentara, noté la tensión de su mandíbula y me pregunté qué noticias le habían traído sus amigos, que lo irritaban tanto.

—Señorita Blakeslee, déjeme presentarla. Estos son mis amigos, el señor Ross y el señor Kingman, y este es el primo del señor Kingman, Lord Ramsby... Caballeros, esta es una de las invitadas de mi madre, la señorita Blakeslee... hija de Lord Blakeslee de Easton Manor.

Divertido por su deseo de separarse tan completamente de mí, hice una reverencia a los extraños, y ellos me la devolvieron con varias reverencias.

Lord Ramsby dio un paso adelante y me ofreció su brazo.

—¿Puedo tener el placer de acompañarla al interior, señorita Blakeslee? El terreno parece algo precario y nunca me perdonaría si usted tropezara.

No sabía por qué mi instinto me hizo mirar al señor Stanton, en busca de aprobación, porque su rostro no mostraba señal alguna de ello. Volviendo mi atención al apuesto recién llegado, extendí la mano y coloqué mi mano enguantada en el pliegue de su codo.

—Gracias, Lord Ramsby. Eso es muy generoso de su parte.

Mientras precedíamos a los demás hasta el frente de la casa, Lord Ramsby y yo hablamos de los hermosos jardines de Timpton y lo animé a que no demorara esos descubrimientos, de su

parte.

—Parece como si usted ya estuviera familiarizado con ellos.

—Solo un poco. Me encontré en el camino de regreso a la casa, después de mi primer encuentro, pero admito que fue muy satisfactorio.

—Bueno, considerando que no los he visto, usted es toda una experta entre nosotros. Así que debo insistir en que me muestre todo lo que tienen para ofrecer: los mejores caminos y lugares secretos, que sin duda ha descubierto.

Me sonrojé ante su mención de lugares secretos.

—Desafortunadamente, no encontré ningún lugar así y solo recorrí dos caminos. Hay varios más por explorar.

—Entonces, exploraremos juntos.

Al levantar la vista y encontrarlo sonriéndome pícaramente, rápidamente miré hacia la dirección en la que caminábamos. Él se rió entre dientes, aparentemente divertido por mi reacción.

—Vamos, señorita Blakeslee, actúa como si yo fuera el primer hombre que insinúa su interés en pasar tiempo con usted.

—Quizás lo sea. —lo dije sin mirarlo.

Mientras caminábamos en silencio, me preocupé por mi admisión. Ciertamente, una dama bien educada no ofrecería tal reconocimiento. ¿Supondría que había algo mal en mí? ¿Preguntaría por qué me había escondido en Easton Manor?

Casi habíamos llegado a las escaleras de la entrada principal, cuando Lord Ramsby se detuvo y me miró.

—Me resulta casi imposible creer que otros hombres no hayan deseado conocerla mejor. Pero, si ese es el caso, haré todo lo posible para mostrarle cómo se comporta un caballero sensato. —Tomó mi mano de su brazo y se la llevó a los labios, analizándome con sus ojos oscuros.

Mi corazón resonó a través de mí, cuando aparté mi mano de sus perfectos y sonrientes labios. El señor Stanton y sus amigos se acercaron detrás de nosotros, y sentí que mi rostro se calentaba al saber lo que habían observado. Los dos caballeros apenas parecieron darse cuenta del intercambio, pero el señor Stanton me miró con una mirada acusadora.

—No nos demoremos. —Su voz era áspera—. Los demás invitados nos esperan en el salón.

El señor Stanton se interpuso bruscamente entre Lord Ramsby y yo, en su camino hacia las escaleras. Su acción no pasó desapercibida y vi que los otros dos caballeros compartían una mirada inquisitiva, antes de seguirlo escaleras arriba. Lord Ramsby me lanzó una sonrisa de reojo y extendió su brazo para acompañarme al interior. Subimos las escaleras y nos dirigimos hacia los demás, y agradecí que al menos hubiera un hombre que supiera comportarse como un caballero.

Como no quería llamar más la atención de la necesaria, solté la mano del brazo de Lord Ramsby, antes de entrar en el salón. Él me envió una mirada curiosa, pero centré mi mirada al frente y caminé delante de él. Me complació la confianza con la que lo logré, ya que ayer me había quedado petrificada al haber logrado la misma tarea.

El señor Stanton se había acercado a sus padres para presentarles a sus amigos, permitiéndome pasar desapercibida.

—Es un placer volver a verlos, señor Ross, señor Kingman. —Lady Eliza vio entre los dos hombres y pensé en lo hermosa que era sin su mirada analítica—. Y es muy amable de su parte unirse a nuestro grupo. Me temo que hasta la llegada de ustedes, las damas superaban en número

a los caballeros.

—Es un placer para nosotros acudir en su ayuda —dijo el señor Kingman con mucho entusiasmo—. Y sobre ese tema, tengo una petición para usted, aunque me temo que estoy siendo bastante impertinente. —El señor Stanton le dio permiso al señor Kingman para que continuara—. He traído a mi primo, Lord Ramsby del castillo de Handsbury. Llegó a Londres nada más para terminar su gira, justo cuando yo me estaba preparando para partir hacia Tipton House. No queriendo retrasar mi viaje, pero teniendo un gran deseo de hacerle compañía, le pedí que viniera conmigo. Lamento no haber tenido tiempo ni de enviar un mensaje. Por favor, perdóneme. Espero no haberme equivocado demasiado al extender la invitación para incluirlo.

Lady Eliza se inclinó hacia un lado y miró en nuestra dirección. Sus ojos se entrecerraron momentáneamente, antes de centrar su atención en la postura rígida de su hijo.

—Por supuesto, él es bienvenido —La voz del señor Stanton fue lo suficientemente fuerte como para que Lord Ramsby la oyera—. Estoy seguro que agregará mucha exaltación a nuestro grupo. Bienvenido a Tipton, Lord Ramsby. —Lady Eliza le hizo un gesto con la cabeza, aceptando la bienvenida de su marido, aunque sus ojos estaban llenos de aprensión. Pero fue la reacción del señor Edwin Stanton lo que más me desconcertó. Ni una sola vez había volteado para saludar a su invitado, durante la bienvenida de sus padres. Le daba la espalda a Lord Ramsby, y me pregunté por qué había elegido amplificar el ejemplo menos hospitalario de su madre, en lugar de seguir la bondad de su padre.

Un movimiento detrás de mí me distrajo de los Stanton, y al girar la cabeza, encontré a Lord Ramsby haciéndose a un lado para ofrecer una cortés reverencia a sus serviciales anfitriones. No me había dado cuenta de lo cerca que habíamos estado, y me sentí inquieta por cómo otros veían nuestra proximidad.

—Mi primo me aseguró que ustedes eran personas de gran hospitalidad —dijo. Discretamente me alejé unos pasos de él, fingiendo interés por un arreglo floral cercano—. Y tengo muchas ganas de conocer mejor a su familia y a los invitados.

Miré hacia él, alarmada al encontrarlo observándome con una sonrisa de complicidad en sus labios. Rápidamente, volví a mirar a los Stanton, y tuve poco éxito al ordenarle a mi rostro, que su calidez no coloreara mis mejillas.

La atención del grupo volvió a centrarse en los Stanton, como lo había hecho la mía, lo que le permitió a Lord Ramsby la oportunidad de dar algunos pasos inadvertidos hacia mí.

—¿Y dónde está ubicado Easton Manor, señorita Blakeslee?

—A solo unas horas en carruaje desde aquí, justo en las afueras de Burrowsly.

—He oído que es una zona preciosa del país. El castillo de Handsbury está a casi dos días de viaje desde aquí. Aunque primero fui a Londres, así que no estoy seguro, si tomé la ruta más directa.

Asentí y él continuó hablando del castillo de Handsbury. Intenté prestar atención, pero mi mirada seguía cayendo hacia los Stanton. Lady Eliza parecía preocupada, mientras conversaba con el señor Kingman y el señor Ross. Su expresión ansiosa se volvió repetidamente hacia su hijo, y le tomó la mano con afecto maternal, una vez. Me pregunté nuevamente qué noticia él debió haber recibido, y supe que su madre anhelaba preguntarle lo mismo.

—¿Siempre llama tanto la atención? —La pregunta de Lord Ramsby hizo que mis ojos volvieran a él.

—Debo confesar que no sé lo que usted quiere decir.

—¿Debe haber notado cómo la miran los otros invitados?

De manera vacilante, examiné el salón. Aunque el resto del grupo estaba conversando, las

miradas curiosas en nuestra dirección hicieron que la elección del tema fuera inquietantemente obvia.

—No soy yo quien ha atraído este cautiverio, Lord Ramsby. —Esperaba haber acertado en mi valoración—. Estoy segura que es usted quien lo ha hecho. Hay muchos padres esperanzados y mujeres elegibles entre el grupo.

—Pero ninguna es tan deslumbrante como usted. —Obligué a mis ojos a apartar su sonrisa burlona y él se rió entre dientes—. Bueno, será mejor que vaya con los demás para presentarme, y asegurarme que se aplaque su curiosidad. Pero la encontraré, en cuanto me liberen de mi deber.

—No se apresure por mi cuenta.

Él me proporcionó otra sonrisa encantadora, y se inclinó, antes de caminar hacia los Stanton. Dejé que mi mirada lo siguiera, analizando sus hermosos rasgos. Sus cejas pobladas añadían un marco agradable a sus ojos oscuros. Era casi tan moreno como yo, en cuanto a color, y eso me hizo resentir las posturas hipócritas de la sociedad sobre la belleza. Lord Ramsby fácilmente podría ser visto como el hombre más atractivo del salón, más bien su piel bronceada y sus rasgos oscuros solo contribuirían a esa conclusión. Pero para mí, mi piel oscura nunca sería vista como un complemento, a mi apariencia, especialmente cuando iba acompañada de cabello oscuro y ojos marrones. Mi padre siempre me decía que yo era una belleza poco común, pero me había dado cuenta que “raro” simplemente significaba inusual, y estaba segura que nadie en la alta sociedad deseaba algo inusual, cuando estaba rodeado de damas que definían la perfección social, como Helena.

De repente, consciente de cómo podía interpretarse mi comportamiento vigilante con Lord Ramsby, mi mirada recorrió la habitación en busca del tío Stanton. Lo localicé sentado en una silla al otro lado. Me dirigí hacia él, inclinándome y colocando mi mano sobre la suya. Antes de saludarlo, su rostro se iluminó.

—Señorita Blakeslee, he estado añorando tu compañía.

Sonreí ante su reconocimiento y su deseo por estar conmigo.

—Y yo la tuya, tío.

—Háblame de los caballeros. Sí recuerdo al señor Ross, un antiguo compañero de escuela de Edwin, pero no recuerdo al señor Kingman ni a su primo Lord Ramsby.

—Para ser honesta, sé poco de ellos.

—Eso es comprensible. —Él parecía decepcionado.

No me gustaba verlo desanimado, aunque fuera un poco, así que me incliné más cerca.

—Estaré encantada de describirte la escena, si lo deseas.

Sonriendo de nuevo, el tío Stanton asintió con la cabeza.

Me arrodillé junto a su silla, asegurándome de estar lo suficientemente cerca como para evitar que mi voz fuera escuchada por los demás.

—El señor Ross parece joven, aunque si es el amigo de la escuela del señor Stanton, como tú lo dices, debe ser mayor de lo que supongo. Es una cabeza más baja que tu sobrino-nieto y no tan ancho, pero tiene un rostro amable. Parece más tranquilo que sus amigos, aparte del señor Stanton, y tiene una divertida tendencia a hacer una reverencia en los momentos raros. —Reprimí una risa, viéndolo hacer varias pequeñas reverencias, ante los Dowding—. El señor Kingman es más alto y delgado. Tiene cabello claro, ojos claros y tez rubicunda. Está bastante satisfecho con todo lo que le rodea y, como habrás oído, habla con bastante emoción.

—¿Es un tipo guapo?

—Me temo que es bastante sencillo, pero no lo tomo en su contra. Es como mi padre, quien tiene una apariencia sencilla, aunque es el padrino que conozco.

—He oído hablar de tu padre, Lord Blakeslee, y solo te aseguro que lo mejor. No es de extrañar que su hija sea una joven tan extraordinaria. Pero entonces debes parecerte a tu madre en apariencia, porque me han dicho que eres una belleza excepcional.

Quise preguntarle quién había dicho tal cosa, pero no traicioné mi buen juicio para apaciguar mi curiosidad.

—Creo que la gente encuentra poco parecido entre nosotras. —Instantáneamente, me di cuenta que no era un tema que deseaba discutir y necesitaba redirigir la conversación—. El señor Kingman parece contento de ver a tu sobrina-nieta. ¿Quizás se conocen?

—Tal vez. Aunque parece que no puedo mantener a todos los jóvenes en orden. —Su frente se arrugó—. Pero no seré duro conmigo mismo, porque son simplemente nombres que escucho en conversaciones pasajeras. Pocas veces tengo una compañera tan agradable que me transmite lo que sucede, ante mí.

Miré al tío Stanton y mi corazón se llenó de alegría por ese querido hombre y las dificultades que estaba llamado a soportar.

Me dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarme.

—No supongas que me considero desatendido, de ninguna manera, señorita Blakeslee. Los Stanton voluntariamente hacen de narradores para su anciano tío, cuando sus responsabilidades como anfitriones se lo permiten.

—Me alegro de ello. —Apreté su mano.

—¿Y qué pasa con el último caballero? ¿Lord Ramsby, cierto? —El tío Stanton se puso rígido, como si tuviera más interés en este invitado que en los demás.

—Estás en lo correcto. Me atrevo a decir que a él lo llaman guapo.

—¿No lo crees así?

—Supongo. —El calor me invadió ante mi admisión—. Pero estoy segura que una de las otras damas lo cautivará rápidamente, una vez que se la presenten, si es que ella tiene la libertad de hacerlo, así que no necesito preocuparme por lo que pienso de él.

—Debes decidir absolutamente lo que piensas de él. Es sumamente peligroso que él te pille desprevenida. Verás... Es difícil traicionarse a sí mismo, si se han considerado los posibles resultados y se ha determinado un plan de acción. —Sonreí ante el consejo estratégico de su vida como oficial naval—. Además, sin duda, tú eres la mejor opción.

Sonreí al darme cuenta que mi mayor admirador era un caballero ciego décadas mayor que yo.

—Creo que estás tratando de halagarme con tus conclusiones, sin sentido, tío.

—También eres humilde.

Me reí.

—O simplemente soy honesta.

Había estado demasiado involucrada en nuestra conversación para notar al grupo de recién llegados, además de Lady Eliza y el señor Edwin Stanton, parados frente a nosotros. Al darme cuenta que arrodillarme cerca de la silla del tío Stanton no era la posición más femenina, solté su mano y me puse de pie. El señor Edwin Stanton me miró con el ceño fruncido y bajé la mirada.

—¿Alguien de ustedes conoció a Lady Blakeslee? —Lady Eliza se aclaró la garganta.

Levanté los ojos para ver caras sonrientes y de asentimiento.

—Tío, estos son el señor Ross, el señor Kingman y Lord Ramsby... Caballeros, este es el tío Stanton... Señor Ross, aunque creo que usted ya lo conoce. —El tío Stanton giró hacia los hombres y el señor Ross volvió a inclinarse en su dirección.

—Por supuesto, Lady Eliza. ¿Cómo está usted, tío Stanton? —Ross volvió a inclinarse.

El señor Stanton miró a su madre, como si se preguntara si debía explicar el alcance de la pérdida de visión de su tío, pero el sutil movimiento de cabeza de ella pareció indicarle que abordara el tema más tarde, en privado.

—Estoy bien —respondió el tío Stanton—. Bastante bien, de hecho. Gracias.

—No lo dudaría, tío Stanton. —La expresión cariñosa sonó extraña en labios de Lord Ramsby—. Con la señorita Blakeslee como compañía, ¿quién no podría estar bien?

—Excelente punto, señor, y debo felicitarlo por su juicio excepcional. —El tío Stanton miró en mi dirección, como si esperara presenciar mi respuesta.

Después de sonrojarme profundamente, recuperé mi capacidad de hablar racionalmente.

—Tenga la seguridad, Lord Ramsby, que yo soy afortunada de contar con la encantadora compañía del tío Stanton. —Mis ojos pasaron de Lord Ramsby al señor Stanton, mientras hablaba—. Es un caballero muy amable y es un placer estar con él.

El señor Stanton hizo una mueca, ante mis palabras, como si lo hubiera insultado deliberadamente mediante una comparación. ¿Había sido ese mi propósito?

Como para disipar la incomodidad, Lady Eliza dio la vuelta y se aclaró la garganta nuevamente.

—Ahora que todo nuestro grupo está aquí y todos han sido debidamente presentados, siéntanse libres de conocerse mejor. —Su voz recorrió el salón, como una melodía—. Es un hermoso día para estar afuera, pero hagan lo que les plazca. Haré anunciar el té, cuando esté listo, para aquellos que lo deseen —asintió con la cabeza a nuestro grupo, y caminó de regreso al lado de su marido, el lugar que parecía preferir.

Helena se unió a nuestro grupo, inmediatamente.

—Señor Stanton, tengo muchas ganas de dar un paseo hasta el pueblo. Es un día muy hermoso. ¿Reunimos un grupo de aventureros?

—He estado en Chadsmead varias veces, señorita Hanford, y lamento decepcionarla, pero eso está lejos de ser una aventura.

Helena hizo un puchero muy genuino y decidí que era mi deber defenderla. Por muy aburrida que pudiera ser, ella era parte de la familia. Además, si convencía al grupo de ir a Chadsmead, podría pasar la tarde sola, paseando por los jardines.

—La aventura ocurre en el camino, señor Stanton —comencé tímidamente—, es seguro que usted ha leído las grandes historias de aventuras. Nunca es el destino lo que se escribe en el libro, sino los contratiempos del viaje los que cautivan al lector.

Él encontró mi mirada con un rostro burlón.

—¿Desea contratiempos?

—No estaba hablando de mí, pero hay sabiduría en las palabras de Helena. Las aventuras pueden ocurrir en cualquier lugar, no solo en lugares lejanos o en las páginas de los libros. Entonces, ¿por qué no de camino a Chadsmead, o dentro de la tranquilidad de Chadsmead? Y les aseguro que los contratiempos suelen ser la mayor de las aventuras, aunque no siempre son una buena experiencia, nos llevan a donde debemos estar. —Miré a Helena, esperando que estuviera complacida por mi voluntad de salir en su defensa, pero el ceño fruncido que dibujaba sus rasgos me indicó lo contrario.

Nadie en nuestro pequeño grupo confirmó una de las posiciones. Simplemente, ellos se quedaron mirándonos, observando el divertido intercambio.

—La vida está llena de contratiempos, señorita Blakeslee. Y no he encontrado ideales románticos de aventura en las decepciones.

Parecía acercarse a mí, mientras hablaba, pero una vez más me negué a acobardarme.

Cuadré mis hombros y levanté la barbilla.

—Quizás, entonces, usted ignora lo que le ofrece la vida, señor Stanton.

Por el rabillo del ojo, vi la boca de Helena abrirse en aparente incredulidad, y supe que recibiría una reprimenda por mis fuertes palabras. ¿Pero nadie podía ver que él era la causa de todo? Alguien necesitaba enfrentarse a él y a su mal carácter.

Él entrecerró los ojos, y una vez más tuve la extraña impresión que estaba mirando fijamente mi alma. Esta vez no aparté la mirada. Quería que encontrara lo que buscaba. Tal vez una vez que lo descubriera, finalmente me dejaría en paz.

—Bueno —dijo la voz emocionada del señor Kingman, apartando la mirada del señor Stanton de mí—. La forma más fácil de resolver el asunto es salir y ver si encontramos aventuras.

El grupo murmuró su acuerdo y Helena partió para ver qué otros invitados querían acompañarlos. Debió haberse dado cuenta de la necesidad de traer damas educadas para dar una mejor impresión que la que yo había causado hasta ahora.

—¿Supongo que nos acompañará, entonces? —La voz del señor Stanton era tranquila, pero severa.

No pude ocultar la sorpresa en mi rostro, ante su cercanía, incluso con mi mejor intento.

—No, no tenía intención de unirme al grupo, señor Stanton.

—¿Una defensa tan animada de la aventura para evitar la oportunidad? Esto es realmente inusual. —Sus cejas se arquearon y una comisura de su boca se torció. Seguramente, no estaba reprimiendo una sonrisa.

—Tengo la intención de tener mi propia aventura, caminando por los jardines aquí, en Timpton —dije con sinceridad.

—¿No va a unirse a nosotros? —Lord Ramsby lo dijo con preocupación, escuchando mi último comentario.

—No era mi intención —respondí disculpándome.

—Entonces me quedaré y le haré compañía. Es un día demasiado hermoso para pasarlo en soledad.

Mi corazón se aceleró, ante la sugerencia, y sentí una oleada de calor en mi cuello. Intuitivamente, sabía el curso de acción adecuado.

—No me había dado cuenta que la ausencia de mi compañía alteraría sus planes, Lord Ramsby. Así que estaré feliz de salir con el grupo.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Entonces, ¿puedo buscar su compañía específica durante la caminata?

Miré al señor Stanton, que tenía fuego en los ojos. Sin duda, el rostro amable y atractivo de un lord era mejor compañía que el del señor Stanton. De todos modos, no era que estuviera saliendo con el pretendiente de mi prima.

Antes que pudiera aceptar su oferta, Helena apareció a mi lado.

—Abigaíl estará encantada de poder hacerle compañía, Lord Ramsby. Aunque espero que usted pase algún tiempo conociendo a las otras damas, que he reunido para nuestra salida.

Él dirigió su encantadora sonrisa hacia ella, y me sentí aliviada al ver que no era la única que se sonrojaba, ante sus atenciones.

—Debería esperar eso con ansias, señorita Hanford. —Me miró, ofreciéndome el brazo—. ¿Salimos?

Al despedirme del tío Stanton y susurrarle mi deseo que pudiera acompañarnos, puse mi brazo sobre el de Lord Ramsby.

## Capítulo cinco

El paseo hasta Chadsmead transcurrió sin incidentes y comencé a pensar que el consenso del grupo favorecería al señor Stanton, en su afirmación que el viaje carecía de aventuras. Al menos, me alegré que Lord Ramsby fuera el que hablara más con solo una pregunta ocasional sobre Easton Manor o mi familia. Tenía una personalidad encantadora, pero mis pensamientos vagaban, mientras hablaba de sus propiedades y casas.

—Hacen una pareja encantadora, ¿no? —preguntó Lord Ramsby, llamando mi atención.

—¿A quién se refiere?

—La señorita Hanford y el señor Stanton, por supuesto.

Miré a la pareja y asentí.

—Supongo que sí.

Su cabeza se inclinó hacia un lado, mientras que sus ojos me evaluaban.

—¿No ha estado analizando sus interacciones durante todo nuestro paseo, señorita Blakeslee? ¿Está calculando, si pronto él debería ofrecerse por su prima?

Lo miré, desconcertado por su acusación.

—Le aseguro que no he estado haciendo tal cosa. Aunque reconozco que el acuerdo sería totalmente bienvenido por parte de ella.

—Entonces, debo preguntarme las razones detrás de su persistente mirada en su dirección.

—Su sonrisa era de picardía.

Bajé los ojos al suelo, incapaz de encontrar una respuesta adecuada.

—Ya que parece reacia a compartir sus razonamientos, déjeme especular. —Él hizo una pausa—. Solo se me ocurren dos explicaciones para tanta atención, si no es en la contemplación del grupo. O usted está examinando el comportamiento de su prima, si emular o criticar es intrascendente, o... —Entrecerró los ojos y su sonrisa desapareció—. Me temo que está enamorada del señor Stanton. —Podía sentirlo interpretando mi reacción y traté de ocultar mi irritación—. Pero eso parece bastante imposible por lo que he visto.

¿Los había estado observando? No recordaba haberlo hecho. Mantuve mi atención al frente, intentando evitar que mi mirada se posara en Helena y el señor Stanton, cuando entramos en las calles adoquinadas de Chadsmead.

—Permítame ofrecerle una tercera razón. —Me observó con ojos atentos—. Como mirar hacia adelante es vital, cuando uno camina, ellos estaban en una posición inconveniente.

Él se rió y dio un paso más cerca.

—Estoy encantada de escucharlo —asentí levemente, feliz de haber llegado a nuestro destino y poder abandonar este tema.

\* \* \*

El grupo se reunió para determinar lo que cada persona deseaba hacer. Se decidió que Hannah, Sir Giles, el señor Kingman, la señora Dowding y las señoritas Dowding visitarían las tiendas. El señor y la señora Ellis, la señorita Hawkins y el señor Ross, que ya conocían el pueblo, deseaban continuar su paseo por el campo. El resto del grupo, el señor Stanton, Lord Ramsby, Helena y yo, recorriamos la iglesia, antes de reunirnos con los demás en las tiendas.

Chadsmead me recordó a Burrowsly, el pueblo cerca de Easton Manor, y las similitudes me

provocaron cierto dolor. ¿Cómo habían pasado solo unos días desde que me fui cuando parecía mucho más tiempo?

Cuando comenzamos nuestro paseo por la carretera principal, Helena preguntó a Lord Ramsby sobre el continente y él le tendió el brazo, ansioso por acompañar a un oído dispuesto por la calle adoquinada hasta la iglesia. Me puse detrás de ellos y el señor Stanton hizo lo mismo. Juntó las manos detrás de la espalda y mantuvo la mirada hacia adelante.

La tensión era demasiado desagradable para ignorarla.

—Lamento el malentendido de antes. —Interiormente me maldije por mi tendencia a disculparme, cuando no tenía ninguna culpa. ¿Por qué siempre debo ser yo quien intenta agregar un poco de civilidad a nuestras interacciones incómodas?

—¿Qué malentendido?

¿Cómo podía él ser tan descarado?

—No tenía intención de venir a Chadsmead, cuando me preguntó por primera vez.

—Sin embargo, ¿usted cambió fácilmente de opinión a petición de Lord Ramsby? —Su tono era acusador, no sonaba como interrogativo.

—Pensé que era una decisión acertada al compararla con la alternativa.

Sus ojos se dirigieron hacia mí, pero no dijo nada.

—¿Cómo es que puede encontrar algo que criticar en todo lo que hago? Estaba tratando de evitar una situación que estoy segura que hasta usted habría considerado inapropiada, ahora, soy censurada por hacer esto... Nunca he conocido a un hombre tan dispuesto a juzgar sin razón. ¡Usted es insoportable! —Mi voz se aceleró por mi frustración, aunque tuve cuidado de mantener el volumen bajo para escapar de la desaprobación de mi prima.

Quise evitar su mirada severa, pero cuando no respondió, observé en su dirección. Me detuve a medio paso, asombrada por la diversión que iluminó su rostro. Sus cejas no estaban bajadas sino levantadas, permitiendo que el color inusual de sus ojos reflejara la luz del día. No obstante, lo más sorprendente fue la sonrisa que había aparecido en sus labios. No era una sonrisa completa, pero la misma hizo maravillas con su apariencia. Me encontré mirándolo, asombrada por la transformación del semblante que un simple cambio podía aportar a una persona. Este sí debía ser el hombre apuesto del que habían hablado sus sirvientes.

Me obligué a decir algo, cualquier cosa.

—No sabía que fuera capaz de sonreír, señor Stanton.

Aparentemente, él tomó mi comentario en broma, aunque esa no había sido mi intención, y dejó escapar una risa profunda y retumbante. Mi expresión exasperada debió confirmar mi continuo estado de shock.

—Y también me río.

—¿Pero por qué esta momentánea falta de carácter? —asentí tontamente.

—Quizás esté liberado, aunque solo sea por un momento. —Él pasó por alto las críticas en mi pregunta.

No sabía qué hacer con su extraño comentario, pero tampoco quería decir algo que pudiera traer de vuelta su comportamiento severo. En cambio, caminé en silencio, mirando periódicamente al hombre que apenas reconocía.

—¿Qué es...? —preguntó, captándome en una de mis miradas.

—Le conviene... seguir sonriendo, quiero decir...

—Bueno, no se acostumbre a eso. No necesito perder mi reputación por una sola sonrisa.

—Y una risa —dije, todavía asombrada por el tono amistoso de nuestra conversación.

Llegamos a la puerta de la iglesia y él la abrió para mí. Entonces, él sí sabía cómo

comportarse como un caballero.

—Gracias señor Stanton —lo dije perpleja.

Él me obsequió otra sonrisa entrañable.

—Tiene razón acerca de la facilidad para ganarse una buena opinión, señorita Blakeslee.

Mi mente daba vueltas, tratando de encontrarle sentido a la contradicción de quién suponía que era el señor Stanton y su comportamiento actual.

—O tal vez siempre fue su intención forzar mis expectativas tan bajas, que cualquier acción medio decente de su parte parecería bastante prometedora.

Dejó de caminar y bruscamente volteó hacia mí.

—Pido disculpas por permitir que el estándar sea tan bajo. Por favor.

—Señor Stanton, qué lento camina... —Mis ojos siguieron la voz de Helena hasta la puerta de la iglesia—. Venga y cuéntenos sobre este hermoso edificio, antes que me resfríe. ¡Dese prisa!

No había notado el frío en el aire y me estremecí al darme cuenta de repente. Cuando mi atención regresó al señor Stanton, la decepción me invadió por la severidad grabada en sus rasgos.

\* \* \*

Deambulamos por la iglesia, escuchando a Helena divagar acerca de cómo estaría contenta de pasar el resto de sus días, en una pequeña congregación rural y, sin embargo, cómo extrañaría enormemente los sermones de las grandes iglesias de Londres y la socialización posterior con personas que estarían viviendo de manera similar. Lord Ramsby parecía dispuesto a reconocer sus pensamientos, pero la forma en que su voz resonaba, en las paredes, hizo que me palpitara la cabeza.

—Voy a caminar por afuera —dije, y sin esperar una oferta de escolta, salí. El día se había vuelto inesperadamente frío y las nubes oscuras, a lo lejos, insinuaban una lluvia vespertina.

Miré a mi alrededor, debatiendo dónde debería explorar. El patio de la iglesia era grande, pero estaba diseñado con la intención de albergar grandes reuniones sociales: mucho césped abierto y poco que admirar. Me dirigí hacia la parte trasera de la iglesia, y vislumbré el cementerio parroquial. Era pintoresco. Poseía una valla de madera alrededor del exterior. Cuando me acerqué, sentí un fuerte deseo de descubrir las vidas de aquellos que descansaban bajo su protección.

Abrí la puerta y comencé a inspeccionar las lápidas. El apellido conocido de Stanton marcaba varias de las tumbas más cercanas. Me llamó la atención una gran lápida de fino mármol blanco. El obelisco parecía apuntar al cielo. Pasé mi dedo por el nombre. “*Señor Thomas Stanton*”, leí en voz alta. La fecha de su muerte fue hace quince años y me pregunté, si esta sería la tumba del abuelo del señor Edwin Stanton. Me invadió un extraño deseo de preguntarle sobre la vida de sus familiares enterrados aquí. Sacudí la cabeza y alejé este absurdo pensamiento.

Mientras me adentraba más en el cementerio, un ruido curioso llamó mi atención. Miré a mi alrededor, segura que estaba sola, pero algo dentro de mí me obligó a investigar. Comencé a caminar entre las otras tumbas, buscando la fuente del sonido. Cuando llegué a la siguiente fila, vislumbré a un niño postrado en el suelo. No había ninguna lápida en su lugar, y me di cuenta que lo que había colocado era tierra recién removida. No debió tener tiempo para crear un marcador para la tumba.

Al acercarme un paso más, me pregunté, si debía dejarlo llorar en privado. Al ponerme de pie, nuevamente, decidiendo si debía retirarme, él se estremeció, como si hubiera llorado tanto

tiempo, que su cuerpo ahora intentaba purgar la desesperación restante. Su angustia me impulsó hacia él. Tenía los ojos cerrados y su rostro parecía sucio con vetas de barro, donde se habían combinado la tierra y las lágrimas.

Me incliné y toqué suavemente su espalda.

—¿Estás bien?

Sus ojos se abrieron con sorpresa y rápidamente se sentó. Sus grandes ojos marrones parpadearon hacia mí de una manera que atrajo mi alma. Se secó las lágrimas, manchándose los rastros de barro en la cara. Señaló la tumba debajo de él.

—Es papá.

—Lo siento mucho. También perdí a un padre no hace mucho, aunque la mía era mi madre. —Le ofrecí esto para que se consolara con nuestras dificultades comunes, pero ver la cruda emoción, que lo atormentaba, hizo que la mía se acercara demasiado a la superficie. Tuve que seguir hablando para evitar pensar en mi propio dolor.

—¿Y cuántos años tienes?

—Ocho. Pero papá murió, antes de mi cumpleaños.

—¿Y dónde está tu madre?

—Vengo con mis hermanas.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Cuatro.

—¿Eres el mayor? —Esperaba desesperadamente que su respuesta fuera no, y que su pobre madre no se hubiera quedado con cinco hijos pequeños a los que cuidar sin un marido.

Levantó la barbilla.

—Sí señorita. Mamá dice que ahora soy el hombre de la casa.

Me dolía el corazón por este niño y su familia, pero le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, tienen suerte de tenerte.

Su rostro embarrado se iluminó, ante mi confianza en él.

—¿Y dónde viven? —pregunté, lamentándome interiormente por qué había dicho esto.

—Puedes ver nuestra casa desde aquí. —Levantándose, señaló un pequeño techo de paja escondido entre varios árboles grandes.

—Es adorable. —Mis instintos me empujaron a seguir adelante—. ¿Te importaría si te visito pronto?

—¿Cierto? —Sus ojos se agrandaron de júbilo.

—¿Tal vez mañana?

Él asintió vigorosamente.

—Maravilloso, mañana es... —Hice una pausa, dándome cuenta que no le había preguntado su nombre.

—Silas —dijo con una sonrisa entrañable, que mostraba con orgullo el diente frontal que le faltaba.

—Silas, soy Abigaíl Blakeslee.

—Encantado de conocerla, señorita Abigaíl —dijo cortésmente, y mi corazón se sintió abrumado por mi cariño inmediato por este chico con hoyuelos.

Me puse de pie, quitándome el polvo de mi vestido de día.

—Bueno, Silas, te veré mañana. Y si me necesitas para algo, estoy aquí, visitando Timplon House.

Sus ojos parpadearon detrás de mí.

—Nos vemos mañana, señorita Abigaíl. —Salió corriendo del cementerio, antes que

pudiera despedirme. Pero mientras lo veía desaparecer en la distancia, una oleada de excitación me invadió, una sensación que no sentía desde antes de la muerte de mi madre, y que no me había dado cuenta que había perdido hasta ahora.

—¿Quién era esa criatura sucia con la que estabas hablando, Abigaíl?

Volteé y encontré a Helena luciendo descontenta con un caballero perplejo, a cada lado.

—Silas. —No ofrecí otra explicación y me dirigí hacia donde estaban.

—¿Seguramente, no lo conoces? —preguntó irritada, aunque no estaba segura si era por mi actitud indecorosa o por la compañía de Silas.

—Es un nuevo conocido. Estaba aquí visitando la tumba de su padre, cuando tuve el placer de presentarme. —No estaba dispuesta a divulgar los detalles de mi encuentro casual, pero yo parecía demasiado especial para hablar de ello—. ¿Caminamos para encontrarnos con los demás? —le pregunté con fingida inocencia—. Estoy segura que están ansiosos por regresar, antes que cambie el tiempo.

Salimos del cementerio y me sentí decepcionada porque el interés de Helena por Lord Ramsby no siguió durante el resto de nuestro paseo. Parecía colgar del brazo del señor Edwin Stanton sobre la inestable calle adoquinada, y tuve que apartar la mirada para ver sus ridículas travesuras. Lord Ramsby no había perdido su voluntad de hablar. Aunque estaba agradecida que él no necesitaba mucha persuasión para continuar la conversación unilateral, escuché a medias, mientras observaba cómo nubes de tormenta se acercaban en la distancia.

Cuando llegamos al grupo, el consenso fue enviar carruajes para recuperar a las personas varadas.

—Seguramente, tendremos tiempo de llegar a casa, antes que llegue la lluvia —sugerí, sin tener ningún deseo de pasar, una o dos horas, hacinada en una de las pequeñas tiendas, o en la posada abarrotada frente a la que nos encontrábamos—. Fue una caminata muy rápida desde Tipton House.

Helena arrugó la nariz con disgusto, ante mi recomendación.

—¿Y correr el riesgo de empaparnos, si llega la maldita lluvia?

—¿Pensé que querías una aventura? —Le di una sonrisa juguetona.

Ella se burló del recordatorio y se dirigió hacia los demás.

Los caballeros se fueron para encargarse de pedir los carruajes y encontrar un lugar para que nuestro grupo se reuniera, mientras esperábamos por los demás. Aproveché su ausencia para declarar mis intenciones de caminar hacia las damas.

—Adelante —dijo Helena con ironía—. Pero no creas ni por un momento que vas a convencerme que me entregaré a tus ideas sin sentido.

Le lancé una mirada esperanzada a Hannah, quien bajó la mirada al unísono con las otras damas.

El reproche de Helena no logró desanimarme, y comencé a disfrutar de la idea de pasar ese inesperado tiempo a solas.

—Muy bien, te veré en la casa. —Si caminaba rápido, me aseguraría de regresar antes que ellos y, con suerte, antes que comenzara a llover.

## Capítulo seis

Estaba casi a mitad de camino, cuando me detuve en la cima de una colina, cerré los ojos y permití que mis sentidos abrazaran la belleza del momento. Los olores eran embriagadores: aromas de flores, hierba y lluvia lejana. El aire gélido me envolvió, haciendo que mi vestido se apretara contra mi cuerpo. Levanté la mano, me desaté el sombrero y dejé que el viento fluyera libremente sobre mí. Los árboles cercanos bailaron al ritmo, creando una canción aullante que resonó dentro de mí.

Después de un momento, abrí los ojos y escudriñé las nubes, nuevamente. La gruesa capa de cielo oscurecido ya casi estaba sobre mi cabeza, y me di cuenta que tenía que darme prisa, antes que comenzara a llover. Me insté a dar un paso, pero mi cuerpo rechazó la orden. El aire mordió mi piel y el viento golpeó contra mí sin cesar. Me recordó la vida y la amargura que traía. Aunque sabía que después de la tormenta, la luz del sol volvería, haciendo que lo que quedó atrás fuera más fuerte, pleno y hermoso. Esperaba que algún día la fuerza y la belleza surgieran de las tormentas, que había enfrentado, y que mi vida volviera a ser plena.

Un movimiento en mi periferia hizo que mi mirada volviera a la dirección por la que había venido.

La figura que se aproximaba del señor Edwin Stanton, subiendo por la colina, me provocó una sensación peculiar. Tenía la expresión familiar y severa en su rostro, y le pregunté si estaba enojado por mi decisión de caminar.

—Señorita Blakeslee.

—Señor Stanton —repliqué sin saber qué palabras debían seguir.

—¿Usted asumió que permitiría que una dama volviera a casa sola, mientras estuviera bajo mi responsabilidad?

—Sí —dije honestamente.

Su respiración agitada se hizo más notoria, a medida que se acercaba.

—Bueno, me temo que Lady Eliza no aprobará esa idea. No tuve más remedio que salir tras usted y ofrecerme como su escolta. —Su declaración pareció ensayada, como si todavía estuviera intentando convencerse de ello.

—Soy capaz de caminar sola por el campo —expresé secamente, girándome hacia mi destino.

—¿Está molesta por mi oferta caballerosa, señorita Blakeslee?

Me detuve a medio paso y giré hacia él.

—¿Acaba de admitir que tenía pocas opciones, en el asunto, pero ahora desea atribuirse el mérito a su caballerosidad? —Su boca se abrió ante mi acusación y supe que deseaba ofrecer una defensa, pero yo no tenía ningún deseo de permitirselo—. Para ser honesta, señor Stanton, detesto que se haya sentido obligado a estar en mi compañía.

—¿Obligado? —preguntó con una risa burlona en su garganta—. Me acusa de juzgarla, pero con qué facilidad usted da la vuelta para juzgar a otro.

No había nadie alrededor para disipar nuestro desacuerdo y, aunque nuestras voces no se alzaron, mis manos temblaron ante la confrontación.

—¿Y cómo lo he juzgado? ¿Mostrándole la verdad con sus palabras? —Dio un paso más y la calidez de su cuerpo se filtró en mí. Intenté reprimir el escalofrío posterior sin éxito.

—No hay nada de cierto en su conclusión.

No sabía qué decir. Ni siquiera entendí muy bien lo que él quería decirme, pero encontré su mirada con toda la intensidad que pude reunir. Los mechones sueltos de mi cabello se azotaban, alrededor de mi cara, y estaba segura que mi peinado se estaba volviendo un desastre, pero eso no me importaba. Mi lado testarudo se negó a retroceder. Entonces, una gota golpeó mi mejilla.

La lluvia llegó rápidamente y solo tomó un momento, antes que cayera del cielo. Me cubrí la cabeza con la mano que sostenía mi sombrero y corrí hacia Timplon House. Aún no habíamos llegado a la mitad del camino y lamenté mi decisión de caminar con cada paso empapado. El aguacero no amainaba y la mano del señor Stanton encontró la mía, sacándome del camino.

De buena gana seguí al señor Stanton, a través del torrente, feliz que él conociera nuestro entorno, a pesar de cómo el agua corría por nuestras caras y nublaba nuestra visión. Después de varios minutos, la lluvia pareció cesar. Me soltó. Aproveché para limpiarme el agua de los ojos, descubriendo que estábamos parados debajo de un puente de piedra.

Suspiré, mirando el arroyo que recién fluía a unos pasos de donde estábamos.

—¿Hasta cuándo seguirá así?

—No puedo predecir el clima, señorita Blakeslee. —El frío del aire no podía rivalizar con el hielo en la voz del señor Stanton, y volteé ansiosamente para observar la tormenta.

¡Qué tonta fui y el señor Stanton debía pensarlo así! Aunque no estaba segura que esto último me importara. Me sentí entumecida, pero mi cuerpo se estremeció y me rodeé con mis brazos.

—¡Esta fría! —El señor Stanton me miró con su típica manera desconcertante.

—¡Qué atento es usted, señor Stanton! —manifesté secamente.

Él se desabrochó el abrigo y pensé en rechazar el gesto hasta que evalué el grueso material de lana. Cuando me lo acercó, lo acepté de mala gana. Primero, me envolvió un calor satisfactorio, seguido por el agradable aroma del señor Stanton, que permaneció en la tela. ¡Un olor desagradable! Corregí mis pensamientos. ¡Él es totalmente desagradable y engreído!

El señor Stanton miró al cielo y sacudió la cabeza.

—Hubiera sido prudente escuchar el consejo de la señorita Hanford y esperar los carruajes. —Lo dijo como si fuera una idea nueva que yo no había considerado. Un comentario rencoroso se formó en mi lengua, pero antes que pudiera decirlo, se me aclaró la garganta—. Pero supongo que esto podría encajar en la categoría de aventura de la que usted habló antes. —Él mantuvo la mirada en el horizonte.

Me quedé mirando su perfil, sin saber hacia dónde pretendía dirigir la conversación.

—Parece que es así.

—Y si no es una aventura, es lo suficientemente grandiosa, tal vez aún pueda tejerla en una historia aceptable... como lo hizo con el tío Stanton.

Lo miré, curiosa por saber qué emoción se mostraría en su rostro, pero su cuerpo rígido no me dio ninguna idea.

—¿Él le contó nuestra historia?

—Creo que no aceptó ningún crédito por su creación. También mencionó que era mejor de vuestros labios. —El señor Stanton vio hacia mis labios, antes de apartar la mirada con irritación.

—Estoy segura que su recuento fue de lo más que adecuado. —Tragué.

El señor Stanton no respondió, pero se cruzó de brazos sobre su ancho pecho. La culpa me invadió, cuando me di cuenta que ahora él tenía frío y solo estaba con las mangas de la camisa y el chaleco.

—Lamento haber caminado —ofrecí una disculpa.

Él me examinó por un momento, como si estuviera juzgando el nivel de mi sinceridad, pero

rápidamente volvió su mirada al lugar que prefería en el horizonte.

Me pregunté cuánto tiempo estaría atrapada, bajo este puente, con un compañero tan desagradable, cuando un escalofrío hizo que mis hombros temblaran. Me moví para apretar el abrigo de gran tamaño, a mi alrededor, solo para darme cuenta que apenas podía mover mis dedos congelados. Me quité los guantes empapados, y comencé a frotarme las manos.

—¿Puedo? —preguntó el señor Stanton, acercándose a mí y extendiendo la mano hacia mí, con la severidad aún presente en sus rasgos.

Con cautela coloqué mis manos, con las palmas hacia arriba, en las suyas. La calidez de su toque me provocó otro escalofrío. Parecía algo extraño su capacidad para ser a la vez amable y angustiosamente severo. Frotó las puntas de mis dedos y mis palmas, y me moví, demasiado consciente de la fuerza de los latidos de mi corazón y de la superficialidad de mi respiración, que llenaba el aire gélido. Me sentí aliviada, cuando una sensación de hormigueo comenzó en mis dedos, y roté mis manos entre las suyas para probar mi destreza recuperada.

El frío había teñido la parte superior de mis manos de un color rojo oscuro, y las cicatrices blancas contrastaban fuertemente con él. Inmediatamente, me di cuenta de mi error. Su agarre se hizo más fuerte, negándose a soltarme, mientras examinaba las marcas. Su pulgar rozó la parte superior de una de mis manos y me miró a los ojos con una expresión de preocupación. Los ojos del señor Stanton parecían más suaves de lo que los había visto y quise decir algo, pero sabía que no debía hacerlo. Como no estaba dispuesta a responder las preguntas, en sus ojos, retrocedí de nuevo. Esta vez, él soltó voluntariamente mis manos y las envolvió, a mi alrededor, bajo la seguridad de su abrigo.

Necesitaba una distracción.

—Parecía preocupado hoy —dije, aunque omití que solo parecía más preocupado que ayer—. ¿Recibió noticias desagradables, esta mañana, cuando llegaron sus amigos?

—¿Qué la llevó a sacar tal conclusión? —Parecía irritado por la pregunta, pero agradecí que no me presionara sobre mis cicatrices.

—Usted no intenta ocultar su resentimiento, así que... ¿por qué actúa enfadado, cuando le pregunto sobre emociones que no está dispuesto a ocultar?

—No se preocupe por mis emociones. Eso no vale la pena. —Sus ojos volvieron a rayar en la severidad—. Pronto se irá de Tipton House, y mi mal humor no será más que motivo de chismes.

Mi boca se abrió con incredulidad. ¿Qué derecho tenía a hacer semejante insulto? Insinuar que la gente le importaba muy poco. Por lo que no valía la pena ocuparse de sus problemas, y sus debilidades debían usarse para algo tan trivial como los chismes.

—Le aseguro que no soy tan insensible como usted cree. —Mi voz temblaba, pero mi tono tenía la intención de cortar la conversación. ¡Aunque ahora mismo desearía estar lejos de Tipton House y de sus irritantes costumbres!

Me miró de nuevo y un gesto exasperante subió a un lado de su boca.

—Señorita Blakeslee, creo que mi comportamiento le resulta tan molesto porque es una debilidad en usted misma.

Me burlé, siendo incapaz de refutar su extraña conclusión.

Mi incapacidad para responder tiró de la otra comisura de su boca hasta que una hermosa y exasperante sonrisa adornó sus labios.

—Ocultar su descontento no parece ser una de sus fortalezas. Aunque debo admitir que lo maneja con más encanto de lo que yo soy capaz de hacer.

—¡Usted es enloquecedor! —exclamé ante la comparación, y él echó la cabeza hacia atrás,

soltando una carcajada genuina y cordial.

La ira me invadió. Abrumada de nuevo por este hombre extraño y la confusión que él creó, le arrojé su abrigo y me giré para caminar hacia la tormenta y alejarme de él, de su mal humor y de sus maneras burlonas. Su mano fuerte me agarró del brazo, y antes que tuviera la oportunidad de escapar, me atrajo hacia él. Ya no se reía, pero sus ojos claros reflejaban esa misma mirada de antes, que no pude ubicar. Me quedé a pulgadas de él, rígida e inmóvil, con mi vestido mojado pegado a mi cuerpo tembloroso. Acercó su rostro al mío y me quedé sin aliento.

—Usted es la enloquecedora, señorita Blakeslee —dijo en un susurro. Sus palabras fueron insultantes, pero la forma en que las pronunció hizo que pareciera que estaba satisfecho con la conclusión.

No me atrevía a moverme, tratando de decidir qué anhelaban decir sus ojos. No había encontrado la respuesta, cuando me soltó el brazo y se alejó un paso. Se frotó la boca con las manos y luego el cabello con agitación. Vi su rostro transformarse en la rigidez, que mejor conocía, con la que aparentemente se sentía más cómodo, y yo dejé a un lado la extraña sensación de decepción que me invadía.

Me devolvió su abrigo.

—Hay que esperar a que deje de llover... No debería pasar mucho tiempo.

Sin embargo, ciertamente, él no es un predictor del tiempo. ¡Qué hombre tan extraño es Edwin Stanton!

\* \* \*

No tuvimos que esperar mucho en un tenso silencio, antes que la lluvia se convirtiera en llovizna, y comenzamos nuestra caminata de regreso a Timpton. Varias veces acepté de mala gana el apoyo del señor Stanton para evitar deslizarme por el barro. Su agarre firme y su silenciosa atención retorcieron mi conciencia y mi orgullo. ¿Qué clase de dama se encuentra caminando penosamente por el campo embarrado? ¿O peor aún con el hijo de sus anfitriones?

Mientras nos acercábamos a la casa, me desenvolví del calor del abrigo del señor Stanton y se lo entregué.

—Gracias —murmuré, preguntándome si habíamos llegado, antes que los demás.

—¡Qué gratitud! —Me envió una mirada de reojo.

Estaba demasiado preocupada para que me molestara su mordaz comentario.

—¿Deberíamos ir por la entrada de servicio? —pregunté, esperando llamar la menor atención posible hacia nuestro atuendo embarrado—. ¿O tal vez podríamos entrar por separado?

—¿Y dar la impresión que estamos tratando de ocultar algo? —La tensión en su mandíbula confirmó que no habría forma de convencerlo de lo contrario—. No... Debemos pasar por el frente, juntos.

Solté un resoplido exasperado, pero lo seguí escaleras arriba hasta la entrada principal. Cuando nos acercamos a la puerta, miré mi apariencia desaliñada y el barro que cubría la parte inferior de mi vestido y mis botas.

—Se ve bien... considerando todo... —El labio del señor Stanton se torció.

Estallé en carcajadas y rápidamente me tapé la boca, tan sorprendida por mi reacción, como parecía estarlo Edwin Stanton.

—Considerando todo —repetí, todavía riéndome—. Dudo que sus sirvientes consideren algo más que su irritación, cuando descubran el rastro de barro que conduce a mi habitación.

La mirada del señor Stanton se dirigió a mis pies y una expresión de incertidumbre se hizo evidente en sus rasgos.

—Aquí. —Se arrodilló y alcanzó mi pie—. Déjeme ayudarla a limpiar el barro de sus calzados.

—No es necesario que haga eso. —Me agaché para levantarlo, avergonzada nuevamente que por mi locura él tuviera que limpiar el barro de mis botas.

Una rara y amplia sonrisa apareció en sus labios.

—Considérelo un gesto de amistad. Y si eso no es motivo suficiente, considérelo un intento obligado de pacificar a mi personal.

Aturcido por el recordatorio de lo guapo que era cuando sonreía, asentí tontamente en señal de acuerdo. Con cuidado de asegurarme que mi vestido no se levantara lo suficiente como para exponer mi tobillo, puse mi pie en sus manos.

Comenzó por atrás, quitando grandes trozos de barro alrededor de mi talón y luego avanzó hacia la punta. Cuando completó la primera bota, la bajó y tendió su mano embarrada hacia la otra. Levanté la segunda, convenciéndome que mi corazón acelerado era consecuencia de mi preocupación por regresar a Tipton, y ya era demasiado tarde para pasar desapercibida.

Cuando logró quitar la mayor parte del barro, bajó mi pie y centró su atención en sus propias botas. Lo solucionó rápidamente, y, cuando terminó, recogió los grumos más grandes, se puso de pie y los arrojó por el costado de las escaleras.

Todavía lo estaba observando, cuando su mirada se encontró con la mía.

—Espero que eso sea lo suficientemente adecuado para evitar que mis sirvientes crean que usted es una molestia para nuestra casa.

—Gracias. —Sonreí, mirando hacia abajo para examinar mis botas sucias—. Han mejorado mucho. —Mis ojos se dirigieron al dobladillo sucio de mi vestido de día y suspiré—. Ahora, si tan solo hubiera algo que hacer con mi vestido. Lydia se enfadará con razón por el estado de las cosas.

—Lo lamento, en eso no puedo ayudarla.

Una ola de calor me atravesó.

—¡Por supuesto que no! No quise insinuar... bueno, nunca lo haría... —Parecía que no podía construir una declaración coherente en mi vergüenza, y mucho menos encontrar la capacidad de hablarla.

Un lado de la boca de Edwin Stanton se levantó.

—Perdóneme, señorita Blakeslee. Estoy seguro que no insinuó tal cosa.

—Me alegra saberlo. —Busqué una distracción del tema incómodo y mi mirada se posó en sus manos sucias—. Ahora, mire sus manos. —Extendí mi mano para inspeccionarlas y me quedé sin aliento, cuando toqué su piel. Con movimientos lentos y constantes, para no traicionar mis nervios exacerbados, comencé a quitarle la tierra.

De repente, él tomó mis manos entre las suyas.

—Usted se está congelando. —La voz del señor Stanton se había vuelto tan hostil como su mirada—. Es hora que entremos.

Saqué mis manos de su agarre y asentí, maldiciendo mi tontería.

\* \* \*

Cuando seguí al señor Stanton, a través de la puerta, y vi al alarmado mayordomo, examiné el vestíbulo de entrada, en busca de espectadores. El alivio me llenó al encontrarnos a los tres solos.

—Baldwin, por favor envíe a la doncella de la señorita Blakeslee y haga que le preparen un baño de inmediato —dijo el señor Stanton—. Me temo que nos hemos topado con un clima

imprevisto, en nuestra caminata desde Chadsmead.

—Muy bien. —El mayordomo hizo una clara reverencia, antes de irse.

Di la vuelta para subir las escaleras, cuando unos pasos que se acercaban resonaron en los pisos de mármol. Miré hacia el pasillo y luego al señor Stanton, preguntándome si tendría tiempo suficiente para desaparecer de la vista, antes que me vieran. Él se mantuvo firme, mirando hacia adelante con indiferencia, como si le importara poco que nos descubrieran en nuestro estado actual. Miré hacia las escaleras con nostalgia, aunque me di cuenta que había pocas posibilidades que no me vieran. De mala gana, volví al lado del señor Stanton, tratando de imitar su confianza con solo un éxito moderado.

Lady Eliza entró tranquilamente en el pasillo y se detuvo cuando nos vio. Su mano se llevó a la boca en aparente shock, y su mirada pasó de su hijo a mí, y luego lentamente hacia mi vestido empapado y embarrado, que se pegaba a mi figura.

—Encontramos mal tiempo en el camino desde Chadsmead —repitió el señor Stanton sin ceremonias.

—¿Y dónde están los demás? —El alivio que sentí al darnos cuenta que habíamos llegado, antes que el resto del grupo, fue fugaz.

—Regresarán en carruajes —confirmó el señor Stanton.

—¿Y de quién fue la tonta idea de caminar, solos, ustedes dos, desde Chadsmead?

Se me erizó la piel de culpa y supe que debía hablar, antes que el señor Stanton me echara la culpa.

—Fue mía, Lady Eliza —pronuncié las palabras con voz temblorosa, no podía estar segura si era por frío o debido a la humillación—. Había supuesto que podría llegar a casa, antes de la tormenta. Obviamente estaba equivocada.

Sus ojos se dirigieron a su hijo.

—¿Y estuvo de acuerdo con esa idea?

Se movió bajo la mirada inflexible de su madre, y me sentí miserable porque debía recibir la culpa por mi error.

—Él había estado preparando los carruajes, cuando partí, por lo que no tuvo oportunidad de convencerme de lo tonta que era la idea. Empecé a caminar por mi cuenta. Ni siquiera me alcanzó hasta que estuve a medio camino de regreso a Tipton. —Lo miré—. Pido disculpas. —Volví a mirar a Lady Eliza—. A ustedes dos.

El rostro de Lady Eliza se suavizó y se acercó a nosotros.

—No se ha producido ningún daño significativo, siempre y cuando podamos llevarlos a sus habitaciones, antes que los demás regresen o que alguien se aventure a salir del salón y vea cómo están ustedes dos. —Me agarró del brazo para guiarme escaleras arriba y su frente se arrugó con preocupación—. Usted está empapada, señorita Blakeslee. —Hizo una pausa y miró por encima del hombro—. Edwin, haz que envíen a la doncella de la señorita Blakeslee y encárgate que los sirvientes le preparen un baño inmediatamente. Iré a hablar contigo en breve.

No tuve el coraje de decirle a Lady Eliza que su hijo ya había tomado la iniciativa de hacer lo que ella me pedía, pero esperaba que alardeara de su previsión. En cambio, él hizo una reverencia.

—Me ocuparé de ello, yo misma.

Lady Eliza me acompañó a mi habitación y me ayudó a quitarme el vestido mojado y las enaguas. Sentí autoconciencia solo con mi camisola húmeda y mi corsé, y me abracé, esperando a que ella me trajera una manta de lana.

Acercándose detrás de mí, movió mechones de mi cabello caídos hacia un lado. Cuando el

calor de la manta no llegó, miré por encima del hombro. Los ojos de Lady Eliza estaban fijos en mi espalda superior. Su mano se levantó y tocó suavemente mi piel. Mis mejillas se calentaron al darme cuenta de lo que había llamado su atención.

—Es una marca de nacimiento —dije torpemente. Sería fácil confundir la mancha oscura con barro, y no la culpé por intentar limpiarla. Mi marca de nacimiento era casi del tamaño de una moneda pequeña, pero normalmente permanecía oculta debajo de mi vestido. Forzó una sonrisa y colocó la manta sobre mis hombros.

—Ven a sentarte junto al fuego hasta que el baño esté listo —dijo, casi en un susurro, señalando una silla.

—Gracias Lady Eliza. —Esperaba que reconociera que estaba agradecida por la ayuda, pero aún más por su voluntad de no convertir el incidente en un espectáculo.

Ella asintió levemente en mi dirección.

—Estoy a su disposición. —Su mirada no se apartó de mi cara y estaba segura que tenía más cosas que decir sobre mi tonto comportamiento—. Iré a ver el baño.

—Gracias —dije de nuevo, esta vez en agradecimiento porque ella retuvo su reprimenda.

\* \* \*

Me calenté las manos cerca del fuego, cuando se abrió la puerta, y Lydia entró en la habitación con varias criadas trayendo cubos de agua caliente. Sus ojos estaban llenos de preguntas, pero ella centró su atención en colocar la bañera, que estaba siendo metida laboriosamente adentro.

Una vez que la bañera estuvo llena y los demás sirvientes se fueron, me quité lo último de mi ropa interior empapada y entré al agua caliente. Mi piel ardió en señal de protesta, e hice una mueca.

Lydia se acercó para ofrecerme su apoyo.

—¡Abbie, usted está fría como el hielo!

—Entonces, ¿por qué siento que estoy en llamas? —pregunté, mirando mis palpitantes dedos de los pies.

—Pobrecita.

Reprimí una inesperada ola de emoción y sacudí la cabeza con desdén.

—No merezco tu simpatía, Lydia.

Lydia analizó mi rostro y sentí que las preguntas en sus ojos se intensificaban, aunque ella asintió entendiendo.

Poco a poco mi cuerpo se fue acostumbrando a la temperatura y comencé a descongelarme. Lydia me lavó el pelo. No habló, pero repetidamente vertió agua tibia sobre mi cabeza y mi espalda. Me quedé en la bañera hasta que el agua se volvió tibia, y finalmente pude convencerme que era necesario vestirme, e ir con los demás, abajo, para enfrentar sus comentarios interrogativos.

—¿Se siente mejor?

—Sí, gracias.

Ella me envolvió con una manta, cuando me levanté.

—Por mucho que no quiera ofrecerme una, Abbie, creo que merezco una explicación. ¡Mira el estado de tu vestido! No es una tarea fácil limpiar el barro de la muselina blanca.

—Encontramos mal tiempo en nuestra caminata desde Chadsmead —dijo, tomando prestada la descripción que el señor Stanton les había dado al mayordomo y a su madre.

Ella pareció insatisfecha con mi respuesta.

—¿Encontramos? ¿Quiénes?

—El señor Stanton y yo —respondí casualmente.

—¿El señor Edwin Stanton?

—Sí.

—¿Y usted?

—Sí.

—¿Caminando juntos solos desde Chadsmead? ¿En la lluvia? —No pude decir si mi admisión la decepcionó hasta que una sonrisa apareció en sus labios—. Pensé que usted había dicho que era un hombre horrible.

—Lo es... Al menos la mayor parte del tiempo. —No quería entrar en mi actual y confuso análisis de Edwin Stanton, así que cambié de tema—. Hoy conocí a un chico en el cementerio parroquial. Espero visitarlo a él y a su familia mañana. ¿Puede venir conmigo?

—¿No debería preguntárselo a una compañera adecuada? —replicó, permitiéndome amablemente dejar el tema del señor Edwin Stanton.

—Además del hecho que usted es una buena compañera, me temo que a ninguna de las damas le gustaría acompañarme.

—¿Quizás entonces un caballero? —Ella me envió una sonrisa burlona—. Escuché que Lord Ramsby es excepcionalmente apuesto, y ha sido muy atento con usted.

Levanté una ceja, ante su tono sugerente, sin querer preguntarle dónde había escuchado esos chismes sin sentido.

—Dudo que valga la pena visitar a una familia pobre con él. —Inmediatamente, me di cuenta del juicio en mi comentario, y supe que debía corregirlo o arriesgarme a una reprimenda—. Aunque tal vez me equivoque. De todos modos, preferiría que usted viniera.

Lydia me evaluó con aprensión y yo junté las manos suplicantemente.

—Muy bien, aceptaré ir con la condición que nadie de su rango desee acompañarnos. —Asentí con entusiasmo—. Pero no sé cómo encontraré tiempo con la nueva tarea que me ha encomendado.

—¿Qué tarea es esa?

Señaló el vestido embarrado que colgaba de la puerta abierta del armario.

—Tratando de salvar uno de sus mejores vestidos de día.

Una vez más me sentí culpable que las consecuencias de mi comportamiento tonto hubieran agobiado a otros.

—Con mucho gusto la ayudaré por la mañana, ¿quizás se acelerará el proceso con más manos?

Lydia se rió y me entregó una camisola limpia.

—¡Qué oferta tan generosa! Pero estoy segura que se supone que, mañana por la mañana, usted disfrutará de su costura y tomará té con las otras damas. No debería sacarla de sus deberes más placenteros.

—¡Qué bien me conoce usted! —Le envié una mueca

Su risa resonó en la habitación y no pude evitar sonreír, agradecida por mi querida amiga y su capacidad para aportar un toque hogareño a Timplon House.

\* \* \*

Esperaba llegar al salón, antes que todos se reunieran para cenar, aunque después de secarme el cabello con el calor del fuego, peinarlo y vestirme, bajé justo antes del tiempo asignado. Cuando me acerqué al final de la escalera, miré hacia arriba y encontré a Edwin

Stanton, descendiendo por el otro tramo. Mi corazón dio un vuelco y lo reprendí duramente.

Consideré fingir que no lo había visto, pero su mirada se posó en la mía y asintió a modo de saludo. Independientemente de mi error, verlo de nuevo me recordó lo desesperada que estaba por saber cómo había sido la conversación con su madre.

—¿Cómo está, señorita Blakeslee?

—Muy bien. ¿Y usted?

Él asintió sutilmente y miró hacia adelante.

—Lo suficientemente bien.

—Espero no haberlo metido en problemas con Lady Eliza —dudé.

Su expresión era ilegible.

—Le aseguro que ella no encuentra ningún defecto en usted.

Vislumbré su perfil nuevamente.

—¿Y ciertamente tampoco con usted?

Él dejó escapar un profundo suspiro, pero no respondió.

—Puedo hablar con ella y asegurarle que eso fue únicamente para cumplir con un deber.

Finalmente, él me miró con el ceño fruncido sobre los ojos.

—Ella diría que usted es un farol, señorita Blakeslee.

Mi cara se arrugó por la confusión sin entender lo que él quería decirme.

Cuando nos acercamos a la puerta abierta, él se detuvo y me miró.

—Debería haber traído a otro caballero. Perdóneme.

Sorprendida por su disculpa, no tuve oportunidad de responder, antes que él atravesara las puertas del salón. Pensamientos fragmentados pasaron por mi cabeza y di un paso hacia atrás, colocando mi mano en la pared para apoyarme. ¿Creía Lady Eliza que su hijo actuó incorrectamente al ofrecerse como escolta? Más bien, había sido un caballero, y yo no me había sentido comprometida por su presencia.

Si otro caballero se hubiera ofrecido como escolta, en lugar del señor Stanton, estaba segura que no me habría sentido diferente en su compañía. Mis pensamientos se dirigieron involuntariamente a Lord Ramsby y a su oferta de caminar por los jardines conmigo. No obstante, era difícil pasar por alto la hipocresía de mis acciones: había ido a Chadsmead únicamente para evitar caminar con Lord Ramsby, pero no mostraba ninguna preocupación por corretear por el campo bajo la lluvia con Edwin Stanton. ¿Por qué ese doble rasero?

Busqué en mi mente una explicación aceptable para mi ambivalencia. Lord Ramsby mostró interés en buscar mi compañía, mientras que Edwin Stanton no lo hizo. Asentí para mis adentros, satisfecha con mi conclusión. La aceptabilidad de una acompañante debe ser una cuestión de interés del caballero. No había considerado que la situación fuera inadecuada porque el interés del señor Stanton estaba en Helena, no en mí.

—Es a Helena a quien quiere —me susurré a mí misma, sin estar segura de por qué necesitaba recordarlo.

Entré al salón sin que nadie se diera cuenta y me mantuve cerca de la pared. Observé los diferentes grupos de personas que hablaban, tratando de escuchar mi nombre en sus labios. Solo una mirada de disgusto de mi tía me hizo ponerme rígida, pero mi preocupación se disipó, cuando su atención se apartó de mí, y me convencí que su expresión no había sido más conmovedora que las otras miradas ceñudas, aparentemente inmerecidas, que había recibido desde mi llegada a Timpton.

Hannah se paró junto a Sir Giles y me indicó que me uniera a ellos.

—¿Cómo fue tu tarde? No te he visto desde que saliste de Chadsmead. ¿Supongo que

venciste a la espantosa tormenta? Me preocupaba que nos quedáramos varados durante horas por la intensidad de la lluvia, y varias veces pensé que deberíamos haber seguido tu consejo y caminar.

¿Ella no lo sabía? No estaba segura qué debía decir y me preguntaba qué les habrían contado a otros sobre el incidente.

—La verdad es que no superé por completo la lluvia. —Sus ojos brillaron con curiosidad—. Creo que tomaste la decisión correcta al esperar los carruajes. Me habría sentido responsable, si el hermoso vestido que usaste hoy terminara luciendo tan embarrado, como el mío, cuando llegué a Tipton.

—Es un vestido hermoso, señorita Hannah. —La tez de Sir Giles se sonrojó ante su cumplido—. Aunque este es de alguna manera aún más deslumbrante para usted.

Hannah sonrió hermosamente y me pregunté cuánto se preferían ellos como pareja. Él sería un buen partido para Hannah y tenía un título. Sonreí, moviendo mi mirada entre los dos perfiles que parecían haberse olvidado que yo estaba allí.

—Si me perdonan —dije en voz baja—. Debo hablar con... —No me habían mirado desde que comencé mi excusa, así que determiné conveniente alejarme sin tener que decidir qué compañía debía fingir desear. Busqué en el salón, y Lord Ramsby me llamó la atención con una hermosa sonrisa. Dudé en caminar hacia el grupo donde también estaba Helena, pero pensé que preferiría recibir su media corrección socialmente aceptable, ahora, que su reprimenda privada, más tarde.

—¡Qué hermosa está, señorita Blakeslee! —Lord Ramsby tomó mi mano y cuando la puse en la suya, se llevó mis dedos a los labios y me dio un suave beso en los nudillos—. He extrañado su compañía, estas últimas horas.

—De todos modos, ¿dónde estuviste esta tarde? —dijo Helena, forzándose a abrirse paso en el saludo.

—En mi habitación —respondí simplemente.

—¿Y disfrutaste tu paseo de regreso a Tipton?

—Sí, gracias. —Sabía que tenía que preguntar algo, o ella necesitaría más explicaciones, y no quería mencionar al señor Stanton y nuestra lluviosa aventura en su actual estado de discordia—. ¿Y cómo estuvo el viaje en carruaje desde Chadsmead?

—Muy agradable —dijo, mirando a Lord Ramsby, en busca de confirmación—. Temí que nos quedáramos atrapados en el barro durante todo el viaje. ¿No me inquieté irracionalmente, Lord Ramsby? —Ella extendió la mano y le tocó el brazo, y él asintió con la cabeza antes de volver a mirarme—. Mi preocupación fue en vano —continuó con un tono repentino en su voz—, la lluvia paró y el barro no nos dio dificultades. Mi único reparo fue la pérdida de la compañía del señor Stanton, quien pareció volar para rescatarte. —Sus ojos se entrecerraron al evaluarme—. ¿Alguna vez te alcanzó?

—Solo por poco. —Esa parecía una respuesta adecuada.

—Le dije eso. Se lo dije: “Abigaíl ya casi habrá regresado”, pero él insistió en que le resultaría inhóspito permitirte caminar sin supervisión, independientemente de lo equivocado que fueran tus juicios. Luego, cuando Lord Ramsby sugirió que lo acompañaría, el señor Stanton dijo que lo necesitaba para cumplir con su propia obligación de escoltarme a Tipton, y se apresuró a irse, antes que pudieran hacer objeciones. —Ella soltó un resoplido audible—. Ambos son exasperantemente obstinados, cuando así lo deciden.

Hoy me habían comparado dos veces con el señor Stanton, y ambas de la manera más irritante.

—¿Está hablando de mí, señorita Hanford?

Su sonrojo reflejó el mío cuando el señor Stanton se acercó a ella.

—Efectivamente, lo estaba, y no creo que me equivoque al hacerlo. Estaba contándole su intento de rescatar a mi prima y lo aburridos que son ustedes dos con sus oscuras nociones. ¿Seguramente, no puede culparme por transmitir tales ideas?

—De ninguna manera. Aprecio que me llamen aburrido y que compartan públicamente mis habilidades fallidas, como estoy seguro que le ocurre a la señorita Blakeslee. —No relajó su expresión, cuando me miró, pero reconocí un brillo juguetón en sus ojos.

Helena no me dio tiempo para responder.

—Prefiero ser el centro de la conversación, a que me pasen por alto, incluso si las intenciones son bromear. Estoy segura que Abigaíl estará de acuerdo en ser una dama adecuada. —Ella me lanzó una mirada enérgica y, al decidir no frustrar su mezquino intento de redimirse, asentí con la cabeza.

—Lo tendré en cuenta. —El señor Stanton levantó el brazo hacia Helena—. ¿Entramos, señorita Hanford?

Al darme cuenta que habían anunciado la cena, la vi agarrar su brazo con aire de suficiencia como si me fuera a molestar. Lord Ramsby me ofreció su brazo, y nos dirigimos al comedor, detrás de la fastidiosa pareja.

Intenté no desilusionarme, cuando me di cuenta que no me habían colocado cerca del tío Stanton en la mesa. Los jóvenes estaban dispuestos juntos, y yo me encontré sentada entre Lord Ramsby y Sir Giles, con Helena frente a mí y Edwin Stanton a su lado. El señor Ross se sentó al otro lado de Helena, y las otras damas, así como el señor Kingman, estaban a su alrededor. Miré con nostalgia hacia el otro extremo de la mesa, donde estaba sentado el tío Stanton, sabiendo que no podía verme, pero esperando que sintiera mi deseo de tenerlo como compañero.

Mientras comíamos, me faltaba toda motivación para sumarme a la pequeña charla que me rodeaba. Fingir interés ya era bastante agotador. Al menos mi percance de hoy parecía haber sido pasado por alto.

—¿Señorita Blakeslee?

Levanté la vista y encontré al señor Ross mirándome.

—Supongo que usted es la hermana del señor Laurence Blakeslee.

—Lo soy —dije, feliz de hablar de mi familia.

—Lo conocí en Oxford. Es un hombre superior. —Recordé que Laurence le había dicho a mi padre que había estado en Oxford al mismo tiempo que el señor Stanton, pero no había vuelto a pensar en el hecho, ni siquiera cuando oí que el señor Ross era amigo de Edwin Stanton en la escuela.

—De hecho, lo es —ratifiqué con orgullo.

—Lamento que me haya tomado tanto tiempo establecer la conexión. Cuando finalmente me di cuenta de la relación, apenas podía creer que fuera verdad. Ustedes dos no se parecen en nada.

Mi cara se sonrojó, cuando percibí que los que estaban cerca, incluyendo al señor Stanton, volvían su mirada hacia mí. Laurence tenía el pelo rojo dorado como mi padre, era bajo, de constitución gruesa y de tez rojiza. Apenas había cierto parecido entre nosotros.

—Es un error común, señor Ross —dije con una sonrisa comprensiva—. Él es casi una réplica de mi padre, yo no lo soy.

Helena puso los ojos en blanco y mi cara volvió a sonrojarse.

—Bueno, si no le importa que lo diga, por más excepcional que sea, usted es mucho más

agradable a la vista.

Varias personas se rieron y yo empujé un trozo de pescado, alrededor de mi plato, hasta que sentí que el calor se disipaba de mis mejillas.

—Tu madre debe haber sido encantadora. —El tono del señor Ross se volvió respetuoso y me pregunté cómo supo que mi madre había fallecido.

Lo miré.

—Lo era, gracias.

Su expresión estaba llena de compasión y asintió pensativamente, antes de centrar su atención en la señorita Dowding. Me sentí aliviada de poder reanudar mi silenciosa atención, rezando para no ser objeto de más conversaciones esta noche. Cuanto más se entrometieran, más descubrirían. Y dudaba que alguien estuviera satisfecho con lo que pudiera encontrar.

\* \* \*

Cuando las mujeres volvieron a entrar al salón, busqué una silla lejos del grupo. La culpa se apoderó de mi conciencia al saber que mi padre no me había enviado aquí para quedarme recluida. Evalué los rostros de las damas, tratando de motivarme para unirme a ellas. Sus ojos, que eran muy abiertos, y sus susurros hicieron poco para inspirarme, y volví mi atención al fuego. Estaba desesperada.

—¿Cómo estuvo tu camino a casa hoy?

Me sobresalté cuando la señora Ellis se sentó a mi lado. Miré su sonrisa de complicidad, sin saber qué había descubierto.

—Mojado —respondí finalmente.

Ella se rió y me alegré de que no pareciera estar enfadada conmigo.

—Parecía toda una aventura.

La examiné, preguntándome quién había sido su fuente y si era una coincidencia que hubiera usado la palabra aventura. Sus ojos eran del mismo color que los de su hermano, pero sus rasgos eran suaves y femeninos.

—Me temo que fue simplemente una falta de buen juicio, y que la culpa de alguna manera recayó en tu hermano. Me siento terrible.

—¡Oh, detente! —Ella movió su mano con desdén—. Un sermón de mi madre no es algo fuera de lo común. A Edwin y a mí nos han enseñado a ser muy...—Hizo una pausa e inclinó la cabeza para contemplar—, cautelosos en nuestras interacciones. Me temo que hoy Edwin no actuó según su formación, cuando habría sido sencillo traer a otro caballero, y no arriesgar su reputación.

—¿Arriesgar su reputación? Te aseguro que tu hermano es un verdadero caballero.

—Por supuesto que lo es. Edwin es la personificación absoluta de un caballero. Pero los caballeros, al igual que las damas, pueden cometer errores tontos, si ignoran los límites establecidos para proteger su virtud. —Un sonrojo ineludible llenó mis mejillas y la señora Ellis se rió, revelando una molesta similitud entre los hermanos—. No debería hablarle de manera tan atrevida e informal todavía. Además, veo que el tema te inquieta. ¿Me perdonas?

Aunque ella se disculpó, pude sentir que nuestra conversación le hizo mucha gracia.

—Por supuesto, señora Ellis.

—Por favor, llámame Diana —dijo insistentemente—. Me siento tan vieja, cuando todos me llaman señora Ellis.

Sonreí ante su puchero exagerado.

—Estaría feliz de llamarte Diana, si me llamas Abigaíl.

—Había planeado hacerlo de todos modos, pero me alegro de haber recibido tu permiso antes de comenzar. Ahora puedo evitar que me consideres maleducada por mi desprecio por las formalidades.

Todo lo que pude ofrecer fue una débil sonrisa, mientras intentaba encontrarle sentido a esta peculiar familia: Lady Eliza y su reservada vigilancia, Edwin Stanton y toda la confusión que implicaba, y ahora Diana con su familiaridad sin reservas hacia un nuevo conocido.

—¿Estás disfrutando de tu estancia en Tipton House? —preguntó Diana, llenando el silencio que había causado durante mi dilema.

—Lo estoy, gracias. —Forcé una sonrisa.

Ella me consideró durante un momento incómodo, evaluando la veracidad de mi respuesta.

—Escuché que conociste a uno de los muchachos del pueblo, esta tarde, en el cementerio parroquial.

Mi corazón se aceleró al darme cuenta que su hermano debía haber sido la fuente de su información. ¿Quién más le habría contado un hecho tan insignificante?

—Lo hice —repliqué, sin estar segura de cuánto debería decirle—. Su nombre es Silas. Lo encontré tirado sobre la tumba de su padre. Yo... —dudé—. Me atrajo la idea de hablar con él.

Ella asintió solemnemente con la cabeza.

—Es el hijo de Levi Bragg, uno de nuestros antiguos inquilinos. ¡Qué tragedia! El señor Bragg dejó atrás a su esposa y cinco hijos.

—¿Sabes lo que le pasó?

—Se enfermó repentinamente: creo que tenía dolor de estómago y fiebre alta. Murió al cabo de uno o dos días, aunque no recuerdo la causa determinada.

—¡Qué horrible! —Mi corazón se hundió de nuevo.

—Fue muy inesperado y he oído que la señora Bragg no tiene familiares, a quienes pedir ayuda. Temo que acaben en un asilo y que los niños más pequeños terminen en un orfanato parroquial cercano.

El pánico se apoderó de mí cuando, me imaginé al dulce niño y a sus hermanas pequeñas siendo enviados a un lugar tan espantoso.

—¿Seguramente, se puede hacer algo?

Ella se encogió de hombros con incertidumbre y al instante sentí que había venido a Tipton House con un propósito. La confirmación me invadió y una llama tenue, que casi se había extinguido con la muerte de mi madre, se volvió a encender.

Diana me miró con cautela, como si sintiera el fuego creciendo dentro de mí.

—Después de mi visita, le escribiré a mi padre y le daré un informe completo de sus necesidades —hablé más para mí misma.

—¿Realmente estás planeando visitar a la familia? —Sus ojos se abrieron como platos.

—Lo estoy —dije, volviendo a centrar mi atención—. Planeo ir mañana.

Su sonrisa se amplió y sus ojos se iluminaron de emoción.

—¡Qué idea tan maravillosa! ¿Puedo acompañarte?

Intenté no mostrar mi asombro, ante su sugerencia.

—Me gustaría mucho —dije, aunque me decepcionó un poco que ahora Lydia seguramente se negaría a venir—. Pero, si no te importa, preferiría que nuestro grupo fuera pequeño. No deseo abrumar a la señora Bragg.

—Tienes razón. —Su mirada se dirigió a los hombres que entraban en el salón. El señor Edwin Stanton entró y examinó el lugar hasta que sus ojos se posaron en su hermana y luego en mí. Sus cejas bajaron, mientras caminaba hacia nosotras, y su mirada entrecerrada estaba dirigida

a Diana. Ella se rió y puso su mano sobre la mía para llamar mi atención—. Creo que Edwin sospecha que lo traicioné. En verdad se enojará. Por suerte no hice tal cosa. Nunca mencioné que él era mi fuente de información, ¿cierto Abigaíl? —Él estaba de pie junto a ella y su presencia apagaba tanto el calor como el fuego.

La falta de preocupación de Diana por el ceño fruncido de su hermano me hizo gracia.

—Casi no sospecho de ti. —Le sonrió al señor Stanton con una sonrisa burlona, y estuve segura que él estaba tratando de evitar ser agradable.

—¡No creo que pueda volver a contarte nada!

Ella se rió.

—Te volverías loco sin alguien a quien revelarles todos tus secretos, querido hermano... Además, no te traicioné más de lo necesario.

Él sostuvo su mirada y temí que ella se encogiera de miedo, ante la gravedad de su mirada. En lugar de eso, se levantó y puso su mano tiernamente en su mejilla.

—¿No has aprendido que tus expresiones amargas contribuyen poco a tu causa? Eres más persuasivo, por no decir más guapo, cuando sonríes... o al menos cuando eliminas el ceño fruncido. ¿No estás de acuerdo, Abigaíl?

Había estado disfrutando tanto de su interacción, que no esperaba formar parte de ella, especialmente para verificar si creía que Edwin Stanton era muy guapo, cuando sonreía. Como ella no apartó su mirada expectante, de mala gana desvié mi mirada hacia el señor Stanton.

—Me veo obligada a estar de acuerdo con su hermana, aunque admito que solo he tenido el privilegio de presenciar esto un puñado de veces.

La boca de Diana se abrió en fingida sorpresa.

—¿Un puñado de veces? Es una hazaña encomiable en el poco tiempo que llevas con nosotros. Difícilmente, puedo afirmar haber visto tanto en los últimos meses.

La comisura del labio de Edwin se torció, ante el reconocimiento, negándonos la hermosa sonrisa de la que hablamos.

Mientras mi mirada oscilaba entre los hermanos, los ojos vigilantes de Helena y la tía Marianne llamaron mi atención. Me puse de pie.

—Creo que iré a preguntarle a mi tía si puedo retirarme. Me temo que nuestra gran aventura de hoy me ha dejado bastante agotada. —Le di al señor Stanton una mirada de complicidad y Diana nos miró emocionada. Su aparente deleite me inquietó y esperaba que no descubriera algo más significativo, que unos cuantos comentarios divertidos—. Los veré a ambos mañana —dije, dejándolos con una reverencia.

Cuando la suavidad de mi cama me envolvió, cerré los ojos y me di cuenta de lo exhausta que estaba realmente. En mis últimos pensamientos, antes de quedarme dormida, recordé la extraña mirada, en los ojos de Edwin Stanton, cuando me llamó enloquecedora. ¿La volvería a ver? Probablemente, aunque lo más seguro es que ese cumplido estuviera dirigido a Helena. No quería pensar en Helena, mientras me quedaba dormida, porque temía que mis sueños estuvieran llenos de ángeles que reían y traqueteaban, sin embargo, a menudo el sueño llega sin permiso.

## Capítulo siete

—¿Abigaíl?

—¿Mmm? —Mi peso se movió hacia un lado, e impulsivamente volví a posicionar mi almohada para adaptarme.

—¡Abigaíl!

Abrí los ojos y encontré a Hannah sentada a mi lado en la cama. Parpadeé de nuevo y me borré el sueño de la visión. No fue un sueño: ella estaba aquí, sonriéndome, como si estuviera a punto de estallar de emoción.

—¿Qué pasa, Hannah? —le pregunté, obligándome a sentarme.

Un fuerte chillido resonó por la habitación.

—¡Me ha pedido mi mano!

—¿Sir Giles? —pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Sí! ¡Y estoy más allá de mí de alegría!

Agarré su mano.

—Mirándolos a los dos, supuse que pronto debería llegar una propuesta. ¡Qué emocionada estoy por ustedes dos!

—Anunciaremos nuestro compromiso al grupo, durante el desayuno, pero, siendo familia, pensé que debería decírtelo a ti, antes que a los demás.

Sentí una abrumadora sensación de gratitud por su consideración.

—Bueno, cuéntamelo todo.

Ella comenzó a contarme la historia de cómo se habían conocido en Londres y cómo él prácticamente había forzado una invitación a Tipton House para estar con ella, a pesar que su propiedad no estaba tres millas al norte. Cuando terminó, sonrió.

—Y el matrimonio viene con un título futuro, aunque no me importaría si no fuera así: ¡Lady Wycliffe! ¿No te parece muy elegante?

—Lo es. ¡Y te queda perfecto!

Ella sonrió, ante mi reconocimiento, y saltó de la cama.

—¡Prepárate! Quiero que estés ahí, cuando se anuncie.

Demostrando mi entusiasmo, me quité las mantas y fui a tocar el timbre para Lydia.

—Bajaré tan pronto como Lydia pueda domar mi cabello.

Con una última sonrisa vertiginosa, ella salió volando de mi habitación con anticipación.

\* \* \*

Una charla informal llenó el comedor y suspiré aliviada por haber llegado a tiempo para el anuncio. Mi estómago rugió, ante los deliciosos olores, y corrí hacia el aparador para llenar mi plato con comida.

—Una dama no se atiborra en público. —Di la vuelta y encontré el ceño engreído de Helena escrutándome. Parecía excepcionalmente enfadada, y pensé en la hermosa pareja que ella y Edwin Stanton harían en su inquebrantable mal humor. Desafiantemente, cogí otro panecillo.

—Estoy emocionada por Hannah —comenté, tratando de aliviar el malestar, que había causado mi otro alimento añadido.

—Es muy emocionante. —No había ninguna alegría en su voz—. Mi hermana, Lady

Wycliffe. —Una breve ira envolvió su rostro. Hannah, su hermana menor, la había superado en rango y mucho más rápidamente de lo que hubiera esperado. Apenas tuvo un momento para sentir lástima por ella, antes que resoplara—. ¡Ella puede quedarse con el sonajero y su título! No toleraría a un compañero tan desagradable ni por todos los títulos del Imperio.

—Sir Giles parece bastante tolerable y creo que será una pareja adecuada para Hannah.

Ella agitó su mano en el aire con desdén.

—Ya no me preocuparé más por eso. Tengo mi propio caballero al que atrapar. —Dirigió su mirada hacia la comida—. Me niego a permitir que mi hermana me gane en el altar.

No supe cómo responderle.

—Será mejor que busques un asiento, antes del anuncio.

Helena hizo un claro gesto de despedida. Al girar para buscar un lugar en la mesa, me encontré con la mirada inquisitiva de la tía Marianne.

—¿Cómo estás esta mañana, tía?

Sus ojos se detuvieron en mi plato sobrecargado, antes de volver a centrarse en mí.

—Lo suficientemente bien.

—Estoy muy feliz con la noticia —confirmé, esperando disminuir la censura en sus ojos.

—¿Noticia? —preguntó la señora Hawkins desde el otro lado de la mesa. Su mirada se dirigió a la tía Marianne—. ¿Cuáles noticias debemos compartir?

Mi mano impulsivamente se levantó para cubrir mi boca.

—No quise decir... yo... —Observé entre la mirada inquebrantable de la señora Hawkins y aquella de desaprobación de la tía Marianne.

La tía Marianne soltó una sutil exhalación, antes de voltear hacia su amiga. Era una expresión amable que alteraba su apariencia agitada.

—Perdóneme por no decir nada, pero prometí abstenerme de decírselo a nadie hasta que la feliz pareja pueda compartirlo, ellos mismos. Sin embargo, ahora que se ha mencionado, me siento obligada a divulgar que el asunto del que hablamos ayer se ha hecho realidad.

Los ojos redondos de la señora Hawkins se agrandaron.

—¿El señor Stanton se lo ha propuesto?

—Aún no. —La tía Marianne levantó la barbilla—. Me refiero a la conversación que tuvimos sobre mi hija Hannah.

—¿Hannah? —repitió la señora Hawkins con un susurro, inclinándose tanto como pudo desde el otro lado de la mesa—. Entonces, ¿la señorita Hannah se va a casar?

La tía Marianne miró a su alrededor con cautela, antes de asentir afirmativamente.

—¿Sir Giles no consideró el momento de tal oferta? —La señora Hawkins se burló—. El decoro le haría esperar hasta después de la próxima propuesta del señor Stanton, tanto como invitado aquí en Timpton, como pretendiente de una hija menor. —La señora Hawkins sacudió la cabeza con insatisfacción—. ¡Qué enfadada debe estar la señorita Hanford para que su hermana menor la supere, a la hora de conseguir una pareja!

La tía Marianne se puso rígida.

—Le aseguro que Helena no podría estar más contenta por su hermana. —Me mordí los labios, agradecida que la mirada perspicaz de la señora Hawkins no se desviara de la tía Marianne—. A diferencia de Hannah, Helena es reflexiva y precisa, por lo que el ritmo de su noviazgo es exactamente el que ella pretende que sea.

La señora Hawkins asintió atentamente a la tía Marianne y de repente me di cuenta que ya no formaba parte de la conversación. Di un paso atrás, preparándome para retirarme.

—Y, entre nosotras —susurró la tía Marianne, obligándome a quedarme—. Helena

compartió que el señor Stanton fue descaradamente audaz al afirmar sus sentimientos por ella anoche. Al parecer, insinuó que muy pronto hará una propuesta.

Una sensación extraña fluyó por mi cuerpo y se filtró en mis extremidades, haciendo que el plato se volviera pesado en mis manos. Miré una silla vacía cerca del otro lado de la mesa.

—Querida muchacha —dijo la señora Hawkins, aunque me tomó un momento darme cuenta que me hablaba—. ¡Qué pálida se ha puesto!

Levanté mi plato, antes de dar una débil sonrisa.

—Debo admitir que estoy bastante hambrienta. Creo que un bocado me hará sentirme como yo misma, otra vez.

Las comisuras de la boca de la mujer se curvaron irónicamente.

—¡Qué suerte para usted, hay muchas opciones de sustento a su alcance!

Inspiré temblorosamente y miré hacia la tía Marianne, cuya mano estaba colocada para ocultar su sonrisa divertida.

—Sí, esto es realmente afortunado. —Hice una rápida reverencia—. Por favor, si me disculpan. —No ofrecí una explicación, pero me apresuré hacia el fondo de la mesa.

Mientras me sentaba, las dos señoritas Dowding se levantaron de sus lugares, a mi lado. Estaba demasiado preocupada para ofenderme por su oportuna partida y, en cambio, agradecí un momento de soledad. Distraídamente, tomé el panecillo de mi plato y le di un mordisco. Todavía estaba comiendo y contemplando mi extraña reacción, ante los susurros de la tía Marianne, y rápidamente Sir Giles se levantó para dar el feliz anuncio.

Cuando comenzaron las felicitaciones, vi a la radiante pareja recibir los buenos deseos de sus amigos y conocidos. Incluso Helena esbozó una sonrisa falsa y saludó a la radiante pareja, como una hermana adoradora. Sin duda, eran precisamente el aspecto que debería tener una pareja recién comprometida. Independientemente de lo que se hubiera dicho sobre él, estaba segura que ellos encajaban bien.

Mis pensamientos se dirigieron involuntariamente a Helena y al señor Stanton. ¿Parecería tan emocionado como Sir Giles, cuando anunciaran su compromiso? ¿Exhibiría ella un brillo similar al de Hannah? Saqué el análisis de mi mente. Por ahora, simplemente, elegiría divertirme con los crecientes esfuerzos de Helena por atrapar a un caballero, incluso si fuera Edwin Stanton a quien apuntara.

\* \* \*

Lord Ramsby se acercó a mí, cuando entré al salón.

—¡Qué feliz noticia! —dijo, aparentemente encantado con el anuncio del compromiso de mi prima.

—Ciertamente, lo es. —Sonreí, incapaz de resistir su contagioso entusiasmo.

—El señor Stanton y Lady Eliza deben estar contentos con un matrimonio tan agradable entre su grupo.

—Estoy segura que lo están.

Sus profundos ojos marrones sostuvieron los míos, esforzándose por transmitir algo que yo no era competente en descifrar. Dio un paso más cerca.

—Quizás este no sea el último que se haga entre el grupo. —Pensé en el señor Edwin Stanton y Helena, pero me pregunté si estaba insinuando una coincidencia diferente. Buscando en su mirada, finalmente percibí lo que quería decir: hablaba de nosotros. Mi sonrojo pareció llenar todo mi cuerpo, ante la nueva comprensión.

—Abigaíl. —El brazo de Diana se enlazó con el mío y traté de no parecer afectada por la

sugerencia de Lord Ramsby—. He estado muy ansiosa por encontrarte. Esperaba partir inmediatamente para nuestra excursión. No confío en el clima de la tarde desde ayer, y encontraré un gran consuelo al regresar, antes que llueva.

Su mirada siguió la mía hacia Lord Ramsby.

—Lord Ramsby —dijo con aparente incredulidad—. No lo vi parado ahí. ¡Qué tonta fui! Debo pedirle perdón por mi interrupción.

—Señora Ellis, por favor no...

—Es solo que el momento de nuestra salida me apremia —interrumpió—. Entonces, por mucho que me disgusta ser una molestia, debo insistir en robarle a mi querida Abigaíl.

Las cejas de Lord Ramsby se alzaron de manera confusa, antes de asentir rígidamente.

—Por supuesto, señora Ellis —dijo, ocultando ineficazmente su decepción—. ¿Y a dónde van ustedes dos con tanta prisa?

—Es un secreto —afirmó Diana con una sonrisa burlona—. Pero no piense en eso. ¡Quizás pueda divertirse con las otras damas hasta nuestro regreso!

Sin embargo, la mirada inquisitiva que él me lanzó me obligaba a complacerlo.

—¿Vamos a caminar juntos por el jardín, esta tarde? —Su encantadora sonrisa iluminó mi corazón, aunque me negué a reflexionar sobre la esperanza que acababa de transmitir, sabiendo que me pondría de los nervios—. La espero con ansias, señorita Blakeslee.

Antes que pudiera responder, Diana me apartó de su lado y atravesó el salón, deteniéndose solo para darle a su hermano una mirada deliberada, justo antes de salir.

\* \* \*

Después de buscar mi sombrero y mi bolso, le aseguramos al mayordomo que, a pesar que había demasiado barro, teníamos intención de caminar hasta Chadsmead, en una mañana tan hermosa. El suelo estaba húmedo, aunque los grandes charcos de la tormenta de ayer fueron fáciles de evitar, y me encontré disfrutando inmensamente de la caminata sin Lord Ramsby ni la lluvia que desviarán mi atención.

Como Diana es muy amable, la conversación fue agradable. Me contó cómo había llamado la atención del señor Ellis al bajar las escaleras del teatro. Avergonzada, se puso de pie y descubrió que no podía soportar su propio peso, cuando el señor Ellis le ofreció su ayuda. Le había costado poco enamorarse perdidamente, y no tuve que preguntarme qué veía él en ella. Incluso ella es hermosa, amable, refinada y vivaz, siendo una dama perfecta para reclamar el afecto de un buen hombre.

—¿Cuánto tiempo estuvieron cortejándose?

—Nos conocimos no más de quince días, antes que él me ofreciera la mano. —Debí haber hecho un mal trabajo al ocultar mi asombro porque ella se rió y me agarró del brazo con cariño—. ¿Te parece demasiado apresurado, Abigaíl?

—Dudo que valga la pena considerar mi opinión. Afirmando que entiendo poco sobre esas cosas.

—Sin embargo, eso despierta tu interés.

Dudé hasta que su decidido silencio se volvió intolerable.

—Supongo que, si fuera yo, cuestionaría mi capacidad para tomar una decisión tan crucial en tan poco tiempo. —Me encogí de hombros—. Supongo que cuanto más tiempo se conoce a alguien, más fácil será discernir si actúa en serio, o si simplemente tiene práctica en ocultar su verdadero carácter. —La culpa aguijoneó mi conciencia y rápidamente la racionalicé. Mi secreto no tenía nada que ver con mi carácter.

Diana apretó los labios y asintió.

—Tu preocupación es válida. He oído hablar de mujeres que se casan con hombres que fingen ser de una manera en el noviazgo para luego actuar de otra manera en el matrimonio. — Su rostro se volvió pensativo—. Supongo que existía ese riesgo para mí, pero de alguna manera sabía que el señor Ellis era el mejor de los hombres. Admito que en algún momento me habían cegado la riqueza y los títulos, pero con él era diferente. Había una bondad en él que iba más allá de sus actos generosos y su amable apariencia, lo cual parecía emanar de su alma. —Ella se rió y me apretó el brazo—. Ahora que lo digo en voz alta, estoy segura que debes encontrarme insoportablemente loca.

—No, por nada. —Comparé su descripción del señor Ellis con la inconfundible bondad de mis padres y de Laurence—. De hecho, admito que tu juicio probablemente sea superior al mío, en asuntos del corazón, porque el señor Ellis parece un marido excepcional.

—Ciertamente lo es. Y debo decir que me complace obtener su confianza en mi juicio superior. —Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro—. Creo que le he determinado otro propósito. —Mi frente se arrugó con incertidumbre, pero ella solo se rió de nuevo—. ¿Y qué hay de ti, Abigaíl? Háblame de tu familia.

Ansiosa por hablar de mi familia, permití el cambio en la conversación. Le hablé de mi padre y de Laurence, y de cuánto los extrañaba. Diana y yo tuvimos la suerte de haber sido criados por padres tan afectuosos, pero traté de no sentirme culpable, mientras hablaba de Laurence y de la forma ideal en que cumplía su rol de hermano mayor cariñoso.

—¿Y tu madre? ¿Era realmente tan asombrosa como dicen?

—Ella era la persona más desinteresada que he conocido. —Parpadeé para contener las lágrimas que nublaban mi visión—. Este verano se cumplirán dos años desde su fallecimiento, y la extraño tan intensamente como cuando nos dejó. —Una lágrima resbaló por mi mejilla y me apresuré a secarla—. Ella era la base de nuestra familia y su muerte nos derribó. Me temo que todavía estamos intentando volver a unir las piezas. —Pensé en cómo la versión improvisada que habíamos estado reconstruyendo apenas se parecía a lo que alguna vez fuimos.

—Bueno, puedo ver la misma bondad en ti. Una madre otorga más que sus atributos físicos a sus hijos. —Sus ojos se dirigieron a mi perfil, pero yo no le devolví la mirada.

—Ahí está. —Señalé la pequeña cabaña que había aparecido a la vista, agradecida por su oportuna aparición.

—¿Realmente, siete personas pueden haber compartido una cabaña tan pequeña?

—He visto a más personas viviendo en espacios más pequeños que estos.

Los ojos de Diana se abrieron con incredulidad.

—¡Señorita Abigaíl! —Silas corrió hacia nosotras, agitando los brazos con entusiasmo—. Sabía que vendrías.

Le tendí la mano al chico de cara sucia y él la agarró con entusiasmo.

—Mamá se siente mal hoy —dijo, casi arrastrándome a la cabaña—. Ella no ha salido de su cama desde ayer.

Diana y yo compartimos una mirada preocupada, y seguimos al chico impaciente.

\* \* \*

A medida que nos acercábamos a la entrada de la cabaña, los notorios golpes en mi pecho se aceleraron. Nunca antes había ayudado a alguien sin que mi madre me dirigiera, y de repente dudé de mis habilidades.

—Apúrense. —Silas me empujó a través de la puerta torcida hacia una habitación mohosa

llena de niños llorando. La esbelta figura de la señora Bragg yacía en una pequeña cama junto a la mesa, con un bebé acostado cerca de ella, agitando los brazos y gritando de angustia.

—¿Señora Bragg? —Me incliné para vislumbrar el rostro de la mujer—. Soy Abigail Blakeslee. Espero que no le importe nuestra intrusión, pero mi amiga Diana y yo hemos venido a ofrecerle nuestra ayuda esta mañana.

Los ojos de la señora Bragg se abrieron, centrándose en mí y cerrándose de nuevo, antes de asentir brevemente. Ella permaneció inmóvil y yo miré hacia los demás.

Cinco pares de ojos me miraron con curiosidad.

—Silas —dije, convenciéndome de hacerme cargo de la situación—. ¿Te importaría presentarnos, a la señora Diana y a mí, a tus dulces hermanas?

—Mary, Patience y Rose. —Señaló a cada una de las chicas con la cara sucia y llenas de lágrimas, una por una, antes de apuntar hacia la cama—. La bebé es Juliet.

—Hola, queridas. Soy la señorita Abigail. —Tiré de Diana hacia adelante—. Y esta es la señora Diana. Hemos venido a ayudar a tu madre por unas horas. —Agarré a Juliet, envolviendo sus mantas con más fuerza y haciéndola rebotar hasta que se acomodó un poco—. ¿Tienen hambre, niñas? —Las tres asintieron con la cabeza al unísono.

Le entregué la bebé a una Diana reacia y caminé hacia el estante, donde sospechaba que probablemente se guardarían alimentos o ingredientes para cocinar. Pero, aparte de algunos tubérculos marchitos, que encontré en un balde grande, y algunas hierbas secas, todos los contenedores estaban vacíos. Revisé el área nuevamente. Seguramente, tenía que haber más que esto.

—Querido Silas, ¿qué ha estado comiendo tu familia?

Se acercó a mi lado con los hombros encorvados y la mirada fija en el suelo.

—Poco. —Mi mirada se posó en Diana, cuya expresión transmitía la alarma que yo estaba luchando por reprimir—. Hace unos días se nos acabó la harina. Le pregunté a papá sobre eso, cuando me encontraste.

No había estado en el cementerio simplemente para llorar la pérdida de su padre, sino para suplicarle ayuda. ¿Qué hubiera pasado si hubiera racionalizado mi deseo de hablar con él? Mi corazón hizo una mueca, ante las posibles consecuencias.

—Bueno, entonces. —Alcancé mi bolso—. Necesitaré que vayas a las tiendas y compres algunos artículos. ¿Puedes hacer eso?

Él no levantó la cabeza.

—Señorita Abigail —susurró—. No tenemos dinero.

Coloqué varias monedas en su palma y sus ojos se abrieron al verlas.

—Esto debería ser suficiente para todo. —Su mirada estaba fija en la supuesta fortuna que le había confiado—. Necesitarán dos barras de pan, un pollo cocido, carne salada y leche fresca. —Él asintió a cada elemento nombrado, su expresión era de concentración—. ¿Y por qué no eligen un pequeño regalo para cada uno de ustedes? —Sus grandes ojos se encontraron con los míos solo por un momento, antes de alejarse de mi lado y desaparecer por la puerta.

Avivé el fuego del hogar y recogí las pocas verduras que había encontrado. No era mucho, pero tenía la esperanza de poder hacer algo comestible con lo poco que tenía. Me dirigí a Diana, cuya mirada era desconcertada, mientras mantenía a Juliet, roja de ira, en sus brazos.

—Voy a hacer una sopa.

Miró a la niña que lloraba y luego a mí, parpadeando vacíamente.

—¿Dijiste que harás una sopa?

—Lo hice. —Hablé lo suficientemente alto como para que ella me escuchara por encima del

llanto de Juliet—. Pero, ¿qué tal si intento calmar a Juliet, antes de ponerme a trabajar? —Extendí la mano y ella con mucho gusto me entregó a la niña que lloraba. No tenía intención de permitir que Diana se sintiera incompetente, cuando había sido tan amable al ofrecerme su ayuda—. Hay agua en el lavabo —dije, señalando la mesa—. ¿Quizás podrías encontrar un paño y limpiar a las niñas?

Alegre de recibir una directiva, ella agarró una palangana y un paño, y se dirigió hacia la atenta audiencia. Se sentó junto a Mary, la niña mayor, de unos seis años.

—Hola cariño. ¿Puedo ayudarte a lavarte?

Mary levantó la barbilla y miró a Diana con expresión aprensiva, antes de asentir tímidamente. Diana humedeció el paño y comenzó a frotarlo suavemente sobre el rostro sucio de la niña.

Diana no tardó mucho en sentirse cómoda con la tarea y alegremente frotó las caras y las manos de las niñas, felicitando sus hermosos rasgos. Ella tenía talento natural y agradecí que hubiera pedido acompañarme. Mecí a Juliet hasta que se calmó, y la coloqué junto a su madre en la cama, antes de salir a buscar agua.

Cuando Silas regresó, la sopa estaba casi lista, la ropa sucia se había recogido y había más agua hervida. Diana había ordenado la cabaña y ahora tenía a las tres niñas en fila. Estaba trenzando sus cabellos enredados, mientras Juliet se retorció en la cama, junto a su madre.

Silas dejó los artículos sobre la mesa, emocionado de no haber olvidado ni uno solo, y me entregó el cambio. Agregué más monedas de mi bolso a ese remanente y las coloqué en una pila, en un estante cercano.

—Si necesitas algo, antes de que regrese, utiliza este dinero. —Su sincero alivio, ante el gesto, me llenó de tanta felicidad, que apenas podía esperar a ver su reacción por la ayuda que mi padre seguramente ofrecería a esta dulce familia.

Le serví leche fresca a Juliet y ella lamió con entusiasmo la taza, cuando la levanté, y se la llevé a los labios.

—Comenzaré a lavar, una vez que hayamos alimentado a los niños.

Diana se acercó.

—¿Seguramente no vas a lavarte tú misma?

—¿Quién más lo hará? —Le lancé una sonrisa burlona—. ¿A menos que esa sea tu forma de ser voluntaria?

Sus ojos se abrieron y tuve que reírme de su expresión horrorizada.

—No te alarmes Diana. Solo estaba bromeando. Además, soy más que competente en blanqueo y estaré encantada de encargarme de la tarea. —Su ceño se arrugó, pero antes que tuviera la oportunidad de preguntar, me alejé para servir la comida a los niños.

Mientras Diana hablaba con los niños que comían, me ocupé de la señora Bragg. Estaba pálida, allí tumbada, apenas se movía, cuando levanté la cabeza para hacerla beber. Tomó un sorbo y abrió los ojos, como si estuviera soñando todo.

—¿Cómo está, señora Bragg?

—Me temo que no estoy bien. —Su voz era ronca y apenas audible.

—Bueno, intentaremos ayudarla. —Conocía la oscuridad y el dolor que llenaba a una persona ante la pérdida de un ser querido. Cuánto más profunda debía ser su propia ansiedad al perder al hombre que la había mantenido a ella y a sus hijos—. La ayudaremos —corregí resueltamente.

Salí al patio y llené el balde de lavado con el resto del agua hirviendo, agregando agua de pozo hasta que la temperatura fue tolerable para mis manos. Solo había encontrado un pequeño trozo de lejía y sabía que, entre eso y mi limitación de tiempo, haría un trabajo mediocre en la tarea, en el mejor de los casos, pero, ¿qué más se podría hacer?

Mis pensamientos se dirigieron a mamá, mientras trabajaba. Sonreí ante la imagen que evocó mi mente de su codo hundido, en agua turbia, tarareando al fregar la ropa de otra persona. Cómo la había admirado entonces. Cómo la veneraba ahora. ¡Quería ser como ella! ¡Quería ser la dama que ella quería que fuera! El escozor de la lejía en mis manos me indicó, una vez más, que estaba avanzando por el camino correcto.

El sonido de los caballos acercándose distrajo mi mirada de mi trabajo.

No podía moverme de donde estaba sentada, con las manos sucias en agua para lavarme, mirando al señor Edwin Stanton descendiendo de su caballo. Había traído uno extra, y ató a ambos a un árbol cercano, antes de dirigirse hacia mí.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —pregunté, todavía conmovida por su repentina aparición.

—He venido a ofrecer mi ayuda —lo dijo como si fuera común aparecer en la puerta de la cabaña de una viuda.

—Pero, ¿cómo supo que estábamos aquí?

—Se lo dije. —Diana salió de la casa con una expresión de satisfacción iluminando su rostro—. Pero solo insinué que debería unirse a nosotros. ¡Qué suerte que sea más astuto de lo que pensaba!

No estaba segura si aceptaría que su llegada fuera una suerte hasta que el rostro radiante de Silas resolvió mi opinión. Miró con los ojos muy abiertos los caballos que el señor Stanton había traído consigo.

La mirada de Silas se desvió en dirección al señor Stanton, antes de regresar a las magníficas criaturas.

—¿Esos son sus caballos, señor?

—Lo son. ¿Te gustaría conocerlos?

—¡Lo haría alguna vez! —Silas gritó, lanzándose hacia el señor Stanton.

Silas parloteaba sin aliento, mientras el señor Stanton lo conducía hasta los caballos. El más oscuro de los dos caballos era deslumbrante, casi negro, aunque resplandecía, a la luz del sol, con un brillo de color marrón intenso. El otro era más pequeño y de color gris. También era un caballo encantador, pero cualquier cosa parecería inferior al lado del llamativo caballo, en el que había montado el señor Stanton.

El señor Stanton subió a Silas a la silla de su caballo, y yo sonreí, ante su amable gesto.

Diana se puso a mi lado.

—No es tan feroz como pretende ser.

Mi rostro se sonrojó al quedar atrapada en su observación, pero no pude resistirme a mirar hacia donde estaba Silas, quien era un chico contento, quien me saludaba salvajemente desde la silla. Le devolví el saludo, y el señor Stanton sonrió en nuestra dirección.

—¡Qué sonrisa tan hermosa! —dijo Diana con admiración.

Se alejó de nosotros con su caballo, mientras Silas ululaba emocionado desde lo alto.

—Estoy de acuerdo.

—Solo desearía que encontrara más razones para exhibirlo. Siempre ha tenido un espíritu serio, pero los últimos años lo han cambiado mucho. —Diana se apoyó en la cabaña—. Me temo que si no tiene cuidado, se extinguirá toda chispa de vida que le queda. —Recordé el ceño

fruncido de Helena antes, y me pregunté si Diana consideraba que mi prima no era buena pareja para su hermano.

—¿No depende de él? Quizás no le importe el hombre en el que se ha convertido.

—Él no lo dirá, pero estoy segura que todavía espera que alguien lo vea tal como es realmente. Por lo que alguna vez creyó que tenía para ofrecer. —Tenía curiosidad por saber por qué ella compartió sus preocupaciones conmigo. Seguramente, no tuve ninguna influencia para disuadir a mi prima de perseguirlo.

Dejé de lado mi preocupación por el momento.

—¿Qué tuvo alguna vez para ofrecer que ya no ofrece? No ha perdido su fortuna, ¿cierto? —Intenté no saborear lo insatisfecha que estaría Helena al recibir semejante noticia.

—No, no es su fortuna. No puedo explicar qué es lo que ha perdido —dudó—. Supongo que diría que ha perdido la fe en el amor, él lo llama una emoción viciosa y desalmada.

—¿Su fe en el amor? —repetí, tratando de darle sentido a su revelación. Volví la mirada hacia la carretera, y el señor Stanton y Silas reaparecieron—. El amor es lo único que es real. Lo único que es confiable y constante.

—Aunque estoy de acuerdo contigo, ya él no lo acepta. Ha aceptado la mentira corrupta que no tiene nada que ofrecer excepto Tipton y su fortuna.

No respondí. No tenía nada que decir. Sinceramente, me preguntaba si tenía algo más que ofrecer que ser un heredero. Había visto pequeños destellos de algo escondido debajo de su comportamiento severo, pero, ¿eso era suficiente para que alguien desarrollara un apego inquebrantable hacia él?

Él ayudó a Silas a bajar y yo volví a centrarme en la ropa, consciente de repente de lo impropio que debía parecer que una dama fregara la ropa sucia de una familia pobre. Pero esto era lo que yo era, lo que había olvidado ser desde la muerte de mi madre. Las primeras lecciones de mis padres se centraron en servir a los menos afortunados y en aliviar las cargas de los demás. Mi madre no había sentido vergüenza de estar cubierta de agua sucia, cuando ayudaba a otra persona y yo tampoco.

Escurriendo lo último de la ropa, llevé la canasta a la cuerda y comencé a colgar la ropa recién lavada. Giré para coger el siguiente artículo, y me sorprendí al encontrar al señor Stanton sosteniendo la cesta bajo el brazo y tendiéndome un paño húmedo.

—Gracias —dije, tomándolo y colgándolo en la cuerda. No dijo nada y me tendió otro.

Después que la canasta estuvo vacía, me volví para tomarla. Mi mano rozó la suya y esa familiar sensación cálida me recorrió. Tiré de la canasta, obligándolo a soltarme.

—Necesito ver cómo está Juliet.

—Sí, claro. —Me siguió hasta la puerta de la cabaña—. ¿Y en qué puedo ser de ayuda?

Lo miré con recelo.

—¿Cierto? ¿Usted quiere ayudar?

—Creo que es por eso que vine.

Su respuesta me hizo detenerme, y me pregunté si cuestionaba sus propias intenciones.

—Bueno, si cree que es por eso que vino. —Señalé el hacha clavada en el tajo—. Se necesita más leña para el hogar.

Se volvió hacia la pila de leña y empezó a quitarse el abrigo. Sin esperar su aceptación verbal de la tarea, corrí hacia la casa.

Diana se sentó en una silla de madera con Rose en su regazo, los demás se reunieron cerca de ella, cautivados. Estaba contando la historia de un troll y me reí de la voz profunda que usaba cuando hablaba el troll de su historia. Incluso Silas parecía completamente cautivado.

Me puse manos a la obra, cogiendo los cuencos de madera de la mesa para lavarlos y guardando el resto de la comida. Juliet dejó escapar un gemido, y corrí a agarrarla para evitar que despertara a la señora Bragg. Parecía irritable y decidí que sería mejor llevarla afuera para distraerla.

Mientras caminábamos hacia la luz del sol, ella dejó de quejarse y sus redondos ojos azules reflejaban el color del cielo sobre ella. Era una niña hermosa con un rizo color fresa que le caía por la frente. Me preguntaba qué vida tendría ella, y esperaba que la suya fuera tan bendecida como la mía. Cogí una flor de un arbusto cercano y la sostuve frente a ella.

—Esta es una flor. —Su mirada se centró en la misma. Mostró una sonrisa adorable y con hoyuelos.

El sonido del hacha sobre la madera atrajo mi atención hacia el señor Stanton. Estaba de pie solo en mangas de camisa con el pelo desordenado y el sudor brillando en su frente. La madera parecía partirse con poco esfuerzo, cada vez que bajaba el hacha, y no hice caso de la forma en que su camisa húmeda se pegaba a los músculos de su espalda. Se detuvo y se secó la frente con el antebrazo.

Lo miré un momento más, antes de darme cuenta que debía tener sed. Me obligué a apartar la mirada y entré para ver si podía conseguirle una bebida. Había usado todos los vasos para los niños y la señora Bragg, en el almuerzo, y no podía lavarlos, mientras cargaba a Juliet. Vi el cucharón de sopa, que ya había limpiado, lo agarré y lo sumergí en el recipiente recién lleno.

Esperé hasta que bajó el hacha, antes de acercarme a él.

—Señor Stanton, ¿le apetece un poco de agua?

Su mirada desconcertada se disparó en mi dirección, como si hubiera olvidado por qué estaba aquí, y el propósito de sus cortes.

—Sí. Gracias. —Tomó el cucharón extendido y lo vació, mientras yo desviaba mi atención hacia Juliet. Se veía extremadamente guapo cortando leña, y yo no tenía ningún deseo que descubriera que pensaba tal cosa.

—¿Y quién es esta niña? —preguntó el señor Stanton, tocando la mano regordeta de Juliet que descansaba sobre mi antebrazo.

Sonreí, ante el dulce rostro que miraba al señor Stanton.

—Juliet. Y ella es todo un querubín con sus mejillas sonrosadas y sus hoyuelos.

—Y esos ojos azules. Casi del mismo color que el cielo.

Y casi del mismo azul que los ojos de Helena. No era de extrañar que mencionara el color.

—Sí —dije con un poco más de rigidez de lo que pretendía.

Me miró con su manera de analizar, pero rápidamente oculté mi descontento.

—Su hermana tiene talento natural para los niños. Creo que disfrutaron su cuento de los trolls tanto como yo.

Sus ojos brillaron y una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Ella tiene muchos talentos ocultos, algunos me gustan bastante, otros aún no estoy seguro de apoyarlos. —Hizo una pausa por un momento—. ¿Y cómo está la señora Bragg?

Intenté no mostrar mi decepción por su cambio de tema.

—Me temo que ella no se encuentra bien. Se está tomando muy mal la muerte de su marido. Y con razón. No puedo imaginar lo que debe estar sintiendo: la preocupación de cuidar a cinco hijos sin la ayuda de un marido debe ser debilitante.

—¿No tiene familia que la ayude?

—Diana oyó que no tiene familiares, a quienes visitar, pero no estoy segura. Casi no ha hablado desde que llegamos. Parece estar en un estado de desesperación.

—Bueno, estoy seguro que está agradecida por su ayuda.

Sonreí, jugando distraídamente con la mano de Juliet.

—No soy la única que está aquí ayudando. Además... —Me encogí de hombros—. Es bueno estar aquí.

Escuché risas detrás de mí y giré para encontrar a Diana en el porche con el resto de los niños.

El señor Stanton dio un paso hacia ellos.

—¿Y quiénes son estas encantadoras damas?

Diana sonrió y comenzó las presentaciones.

—Estas son Lady Mary, Lady Patience y Lady Rose.

El señor Stanton se inclinó, ante cada una, con las manos detrás de la espalda, lo que provocó que las chicas se rieran locamente y mi corazón tartamudeó. Quizás había algo más en él, aunque dudaba que Helena considerara un gran logro esa capacidad para hacer sonreír a los niños pobres.

—Estaba pensando que podríamos jugar un juego que yo jugaba cuando era niño. —Dirigió una mirada esperanzada en mi dirección. Los niños aplaudieron la idea y me vi obligada a acceder a la petición.

—Mi padre lo inventó —explicó Stanton—. Se llama *Meaches Peaches*.

—¿*Meaches Peaches*? —repetí levantando la ceja.

Diana se rió, cuando repetí el peculiar nombre.

—Hace años que no pienso en ese juego.

—Es bastante simple —les dijo a los niños—. Soy panadero y deseo hacer un melocotón desmenuzado. Ustedes son los melocotones y no quieren que los cocinen. Deben huir o esconderse de mí, porque al que atrape, lo colocaré allí. —Señaló un lugar debajo de un árbol—. Y permanecerá allí hasta que consiga todos mis melocotones y los hornee hasta obtener un delicioso crumble.

Los ojos de las chicas se iluminaron de emoción, y Silas miró a su alrededor en busca de un lugar adecuado donde esconderse.

—Contaré hasta sesenta, con los ojos cerrados, y luego buscaré los melocotones.

Apenas podía controlar la intensidad de mi sonrisa, pero imaginarme a Edwin Stanton corriendo por ahí, haciéndose pasar por panadero y buscando niños era más de lo que podía soportar.

—Uno, dos, tres...

Silas se alejó de nosotros, y Mary y Patience corrieron en diferentes direcciones. Miré a Rose, quien nos miró con aprensión y luego al señor Stanton. Solo tenía dos años y probablemente era demasiado joven para saber jugar.

—¿Quieres esconderte? —le pregunté a Rose.

Ella asintió con la cabeza y miré a Diana.

—¿Quizás podrías esconderte con ella?

—Creo que tú deberías jugar —dijo, quitándome a Juliet.

—Quince, dieciséis, diecisiete...

—No jugaré un juego de niños con tu hermano —susurré, asombrada que ella alentara tal cosa.

Diana miró a Rose.

—La señorita Abigaíl no es muy buena en este juego. ¿Puedes ayudarla a encontrar un buen lugar para esconderse?

Rose me agarró la mano, alejándome del grupo, y le lancé a Diana una mirada de traición. Estaba tapándose la boca, tratando de no asustar a Juliet con la risa que emanaba de ella.

—Treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres...

Al darme cuenta que Rose todavía no entendía muy bien lo que debíamos hacer, miré a mi alrededor, buscando un lugar aceptable para escondernos y decidí que debíamos quedarnos detrás de la pila de madera, en nuestro tiempo limitado. Rose estaba a mi lado, con el ceño fruncido por la confusión. Miré por el borde a tiempo para ver al señor Stanton decir “sesenta” y abrir los ojos. Caminó cerca de la cabaña, buscando entre los arbustos.

Un fuerte chillido seguido de una risita incesante me hizo agacharme junto a Rose.

—Ha encontrado a una de tus hermanas.

Miré de nuevo y vi que en realidad llevaba una niña sobre cada hombro.

—Deben haberse escondido juntas, porque él ha atrapado tanto a Mary como a Patience. — Rose me miró con una expresión vacía. En qué situación tan absurda me encontraba, sin embargo, mi corazón latía con fuerza en mi pecho de emoción. Estaba demasiado nerviosa que el señor Stanton pudiera verme, si echaba un vistazo, así que me senté a escuchar, todavía en cuclillas junto a Rose.

En el silencio, Rose giró para alejarse.

—Rose, querida, debemos permanecer ocultas. —Le hice un gesto para que volviera a mi lado—. Solo un poco más, ahora.

Caminó hacia mí y agarré su mano extendida.

Unos minutos más tarde escuché otra risa y no pude resistirme a mirar nuevamente. Silas había logrado trepar a un árbol, pero lo habían descubierto. No tenía adónde ir, y saltó de las ramas con un ruido sordo.

—Casi no te vi allí arriba —dijo el señor Stanton, y Silas le sonrió con orgullo.

Silas caminó hacia donde estaban sentadas sus hermanas y me di cuenta que Rose era la última. Al voltear hacia ella, me sorprendí al descubrir que se había ido.

—Rose. —La voz del señor Stanton llegó desde el otro lado de la pila de troncos—. ¡Qué amable de tu parte al ahorrarme el problema! ¿Pero no te escondiste con la señorita Blakeslee?

Reconocí lo tonto que sería seguir escondiéndome y me puse de pie. Rose corría hacia sus hermanos, que le hacían señas, y el señor Stanton encontró mi mirada con un brillo juguetón en sus ojos.

—¿Y ahora usted hará un crumble con ellos? —pregunté.

—Creo que me queda un melocotón más que pescar.

—¿Usted no habla en serio? —Pero en caso que así fuera, di un paso atrás.

Cuando se acercó a mí con una sonrisa traviesa, di la vuelta para correr. Me escondí otra vez detrás de la pila de madera, sabiendo que no era lo suficientemente rápida para escapar de él. Mi única opción era seguir rodeándolo, cambiando de dirección, cada vez que intentaba frustrarme. Me las arreglé bastante bien, pero el señor Stanton arruinó mi plan, trepando por la pila de leña. Solté un chillido infantil y salí corriendo. Diana se rió y los niños vitorearon, cuando me dirigí a la parte trasera de la cabaña. Miré hacia atrás y encontré al señor Stanton acercándose, mi risa incontrolable obstaculizaba mis esfuerzos por escapar. Su mano rodeó mi muñeca y, antes que supiera lo que pasó, me había echado sobre su hombro.

—¡Bájame! —Ahora me reía sin control.

—¿Y permitirle superarme otra vez? ¡Nunca!

Cuando llegamos al frente de la casa, Diana se reía tanto que se apoyaba contra la pared de la cabaña para sostenerse.

Las chicas aplaudieron.

—¡La atrapaste! ¡La atrapaste!

—La tengo... Y ahora los convertiré a todos en el crumble de durazno más delicioso.

Me colocó suavemente junto a los demás y me alisé el vestido, ardiendo de vergüenza por mi reacción de niña.

—Sin embargo, necesitaré un asistente para hacer el crumble. Como la señorita Diana está ocupada, debo visitar a la señorita Abigaíl. —Agradecido que no hubiera tenido la intención de incluirme en el resto del juego, me puse a su lado—. Ahora debo lavarlos, pelarlos, triturarlos, y luego envolverlos en masa para cocinar.

No sabía quién se reía más, si los niños o yo, mientras el señor Stanton pretendía convertirlos en una gran migaja, solicitando de vez en cuando ayuda para ir a buscar el agua imaginaria, o amasar a los niños, haciéndoles cosquillas. Al final del juego, después de haber comido hasta saciarse, los niños felices se colgaron de él, suplicando por más.

—Desafortunadamente, debemos irnos pronto —dije, no queriendo que él fuera portador de malas noticias—. Y necesito ayuda con algunas cosas, antes de irnos.

—¿Cuándo volverán? —Todos los niños gimieron al unísono.

—Pronto —les aseguré, aunque no estaba segura de cuándo sería—. Silas, ¿por qué no vas a buscar el regalo especial que compraste hoy?

Silas se puso de pie de un salto, y sus hermanas lo siguieron con anticipación.

El señor Stanton se paró, quitándose el polvo de los pantalones, mientras yo seguía a los niños. Diana me entregó a Juliet, a quien acurruqué cerca, escapando de la sonrisa acusadora que Diana estaba dirigiendo hacia mí.

—Le mostraré a Silas lo que puede darles a los niños para cenar, y veré si la señora Bragg come o bebe algo, antes que nos vayamos —llamé por encima del hombro—. Diana, ¿podrías bajar algo de ropa seca? —pregunté, esperando evitar que ella me siguiera adentro.

—Por supuesto. —Se dirigió a su hermano en el patio y miré detrás de mí para encontrarla todavía sonriendo salvajemente. ¡Qué aliviada debe sentirse al ver a su hermano de mejor humor, gracias a los niños! No es de extrañar que ella lo hubiera invitado hoy. Tenía que admitir que también me alegró encontrar un lado de él, el cual no había visto antes y que disfruté mucho.

\* \* \*

Logré que la señora Bragg tragara unos bocados de pan y bebiera un poco de agua. Su cuerpo tembló y la cubrí con una manta.

—Silas, intenta darle a tu madre unos sorbos de agua, cada una o dos horas, y continúa preguntándole, si desea comer. —Él asintió, pero me di cuenta que necesitaba toda su valentía para no romper a llorar. Mi corazón se contrajo—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Sí, señorita Abigaíl.

Mientras salíamos de la casa, era muy consciente de cuánta responsabilidad le estaba dando a este niño de ocho años.

—¡Niño valiente! —dije, y la voz de mi padre resonó en mi mente.

Miré entre las tres chicas con los ojos muy abiertos, preguntándome si podría encontrar la fuerza para dejarlas.

—Sean buenas ayudantes para su hermano. Volveremos pronto.

El señor Stanton caminó hacia mi lado, y me pregunté dónde había estado el último rato.

—Señor Silas —dijo—. Espero que no le importe, pero me he tomado la libertad de hablar con la señora Hill. Estará aquí en breve para hacerles compañía hasta la hora de dormir.

El alivio me invadió, ante el gesto del señor Stanton, y noté que la expresión de Silas reflejaba la mía.

—Gracias señor.

Silas llevó a los niños al interior y caminamos hacia los caballos.

Miré el perfil del señor Stanton.

—Eso fue muy considerado de tu parte.

—La señora Hill es una buena mujer cristiana y creo que conoce bien a la familia Bragg, por lo que me pareció una invitación natural.

—Aunque fue muy amable de su parte arreglarlo.

Él asintió sutilmente, aceptando mi cumplido, incapaz de reconocer verbalmente su previsión.

Cuando llegamos a los caballos, me di cuenta de que no tenía idea de la hora, pero estaba segura que nos habíamos quedado más tarde de lo previsto.

—Me alegro que hayas traído los caballos. —Diana caminó hacia el caballo gris y le acarició el cuello con cariño—. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde a cenar.

El caballo negro levantó la cabeza y relinchó. Di un paso atrás y noté lo grande que parecía de cerca.

—¿No podemos llegar a tiempo caminando?

—Me temo que no podemos —dijo con una falsa inocencia—. Debemos montar.

—Pero solo hay dos caballos —respondí, como si un caballo extra hubiera marcado una diferencia en mi disposición a unirme a ellos.

No me perdí la sonrisa traviesa que Diana le envió a su hermano.

—Diana temía que el tiempo empeorara y me pidió que le proporcionara un medio de transporte más rápido, en caso que fuera necesario. Le informé que no montabas, así que me dijo que solo trajera dos caballos si venía: uno para ella. —La comisura de su boca se torció en su momento de vacilación—. Y otro para nosotros.

—¿Para nosotros? —Miré entre los hermanos—. ¿Usted está bromeando?

La sonrisa de Diana se amplió.

—No se puede montar a caballo sin antes aprender a hacerlo, y por el momento no tenemos tiempo para esas cosas. Debes dejar que Edwin te acompañe de regreso a Timpton o llegaremos tarde.

—¡Tú planeaste esto! —Me quedé boquiabierta.

Su hermano la ayudó a montar su caballo y ella me miró.

—¿De qué me acusas? Como si pudiera predecir nuestra salida tardía y necesidad de viajar. —Ella sacudió su cabeza—. Además, Abigaíl, ¿qué propósito tengo al entrometerme en tus asuntos?

—Yo... —Mi cara se sonrojó, cuando pensé cómo expresarme con el señor Stanton cerca, ocupado con los ajustes de su silla. Me acerqué a ella y bajé la voz—. No puedo decir lo que estás haciendo, pero no me subiré a ese caballo.

—¡Oh! Abigaíl, ¿por qué eres tan terca?

—¿Y por qué tienes que ser tan... irritante?

Ella fingió una expresión insultada y apartó su caballo de nosotros.

—A menos que tengas la intención de explicarle a mi madre por qué llegas tarde, y por qué estabas sola con mi hermano otra vez, me subiría al caballo.

¡Mis nervios! Al instante se hicieron evidentes las insoportables similitudes entre los dos hermanos. Le lancé al señor Stanton una mirada suplicante, pero él se limitó a encogerse de

hombros.

—Me temo que ha descubierto uno de los talentos ocultos de los que le hablé antes: ella es una intrigante capaz. —Su tono me hizo preguntarme si ese era uno de los talentos que a él le gustaban.

—¡Criatura maldita! —murmuré, haciendo que el señor Stanton se riera entre dientes.

Dio un paso más cerca y me quedé sin aliento.

—Prometo ser un caballero.

Exhalé un suspiro superficial y asentí en señal de aceptación forzada.

Colocando sus manos en mi cintura, me subió a la silla y se montó detrás de mí.

Tenía la intención de mantener la distancia, tanto como fuera posible, en una silla hecha para uno, pero me sentí insegura con la combinación de los movimientos del caballo y la altura. De mala gana, volví a recostarme en la seguridad de los brazos del señor Stanton, prometiéndome que jamás perdonaría a Diana.

## Capítulo ocho

Seguimos al caballo de Diana y traté de no pensar en la última vez que había estado montada en un caballo, hace tantos años. Después de lo que había vivido, nunca pensé que volvería a montar. Sin embargo, aquí estaba, en los brazos de un hombre tan diferente al que me había obligado a compartir su silla, la última vez. Me concentré en la sensación de seguridad, que me proporcionaba Edwin Stanton.

—¿Se siente mejor? —preguntó, aparentemente notando que mi postura rígida se suavizaba.

—No es tan aterrador, como lo recuerdo, tal vez porque soy mayor y la altura no es tan abrumadora —asentí.

—Entonces, ¿ha montado antes?

—Ya me han transportado a caballo antes. No estoy segura que eso cuente como montar a caballo.

Se sentó en silencio, dándome la oportunidad de terminar, pero no continué. Sentí su pecho subir contra mí.

—Hay pocas cosas que puedo hacer para sentirme yo mismo, pero montar en bicicleta es una de ellas.

Pensé en sus paseos matutinos con Helena y me pregunté, si esos eran los momentos de los que hablaba, aquellos en los que se sentía más él mismo. Me sentí extrañamente decepcionada porque no había podido observarlo, y ella sí. Había algo en ver a una persona como realmente era, cuando salía de los muros, que colocaba a su alrededor para protegerse. Sabía todo sobre proteger lo que se desea ocultar, y lo que otros deseaban ocultar. Esto facilitó las cosas, incluso si a veces parecía engañoso y arduo.

—Fuera de Easton Manor, temo que nunca podré ser yo misma por completo. —No sabía por qué lo había dicho, por qué insinué lo que no podía compartir. Tal vez era una forma de protección para que supiera que algo andaba mal conmigo, permitiéndole mantener la distancia, y decirles a los demás que hicieran lo mismo. Pero su abrazo parecía una excusa hueca. Además, no necesitaba protegerme de él: era de Helena, y él mantendría la distancia sin mis esfuerzos.

\* \* \*

Diana mantuvo una buena distancia, delante de nosotros, hasta que nos acercamos a Timpleton House.

—Quizás deberías acompañarla, Edwin. —Lo animó con una mirada penetrante.

Obviamente, estando de acuerdo con ella, movió una mano hacia mi cintura.

—Agárrate fuerte, mientras bajo.

Agarré el asta de la silla y me sujeté, sintiéndome desequilibrada sin el apoyo del señor Stanton.

—¿Ahora me veo obligada a montar a caballo sin ayuda? —Dirigí mi comentario a Diana, recordando por qué me encontraba en esta situación—. Espero que no tengas que explicarle a tu madre por qué permitiste que un jinete inexperto se cayera del caballo de tu hermano.

Vi que el señor Stanton miraba en dirección a su hermana, pero no pude ver la expresión de su rostro.

—No caerás, Abigail. Edwin no te dejará. —Su confianza me alivió un poco—. Pero creo

que parecerá más apropiado si él te guía.

Entrecerré los ojos.

—¿Apropiado? Entonces, ¿debo asumir que viajar con él parecería inapropiado?

Diana lanzó un suspiro exasperado.

—Solo dije que parecerá más apropiado que él camine, mientras tú cabalgas. En verdad, es en ti, en quien estoy pensando.

—¿En mí? —La miré desconcertada.

—Estoy segura que tu cariñosa prima estará esperando ansiosamente nuestro regreso. Pensé que prefieres no explicarle por qué estabas sentada en un caballo con el hombre que ella añora. ¿Estoy equivocada en mi razonamiento?

Por la tensión en la mandíbula del señor Stanton, me di cuenta que él no apreciaba el comentario de su hermana, pero lo pasó por alto de buena gana. Fijé mis ojos hacia adelante y silenciosamente me hundí en mi irritación, sin querer reconocer que ella tenía un punto válido.

Mientras el señor Stanton nos conducía hacia Timplon House, intencionalmente aparté la mirada de las ventanas, sin querer ver si Diana tenía razón en su suposición.

Diana acercó su caballo, pero me negué a mirarla.

—No te enojas conmigo, Abigail. —La sinceridad en su voz era evidente, pero no sentí ganas de flaquear en mi malestar—. No quise molestarte. Simplemente quería... —Su voz se apagó—. Lo siento.

—No importa. —No dije nada más hasta que llegamos a los establos. El señor Stanton caminó hacia el lado del caballo y me agarró por la cintura, bajándose lentamente al suelo.

Sus manos se demoraron en mi cintura. Entre eso y lo cerca que estaba, mis pensamientos se nublaron y mi irritación disminuyó.

—Lamento haber seguido ese plan —susurró—. Realmente, no teníamos ninguna intención de molestarla.

Él tenía razón. Yo sabía que él había sido un cómplice de la conspiración. Después de todo, él había traído los dos caballos, pero su confesión confirmó su culpabilidad y sentí una exasperación abrumadora hacia él. Era un hombre confundido. Ignorando la sensación que me causaba su cercanía, permití que la ira ocupara su lugar. Sin decir una palabra, le di la espalda y comencé una caminata rápida hacia la casa.

\* \* \*

Mientras salía de los establos, una risa familiar me hizo buscar la escena a mi izquierda. Efectivamente, apareció Helena, escoltada por Lord Ramsby. Al parecer, nuestra ausencia no lo había preocupado lo suficiente como para renunciar a un paseo por los jardines con una acompañante tan encantadora. Ambos parecían agradablemente conversando, cuando Lord Ramsby notó mi expresión de sorpresa.

—Señorita Blakeslee —dijo con menos amabilidad de lo que yo estaba acostumbrada. ¿Helena le había mencionado algo?

—Helena. Señor Ramsby —asentí, a modo de saludo, pero su proximidad y sus brazos entrelazados solo aumentaron mi estado de irritación. Ella no debería estar caminando con otro hombre, cuando deseaba al señor Stanton, especialmente con Lord Ramsby.

Helena me miró por un momento con expresión aprensiva.

—¿Dónde están la señora Ellis y el señor Stanton?

—Supongo que están en los establos con sus caballos. —Me encogí de hombros.

—¿Y dónde han estado ustedes tres todo el día?

—Ayer me quedé con el niño del cementerio. Su padre falleció recientemente y pensé que podría ser de ayuda para su madre. —Mostré poca emoción en mi recuento—. Diana descubrió mi intención y pidió unirse a mí. El señor Stanton me siguió más tarde con los caballos, a petición de su hermana, aunque yo no me enteré hasta su llegada.

—Diana, ¿cierto? —Helena forzó una sonrisa.

—Sí. Diana —afirmé, tratando de tener algo de paciencia—. Es como ella me ha pedido que la llame.

Helena dirigió su sonrisa a Lord Ramsby.

—¡Qué dama tan inusual, esa señora Ellis!

No estuve de acuerdo verbalmente, aunque quería hacerlo.

—Bueno —dijo, mirando hacia mí—. Lord Ramsby y yo regresamos de dar un paseo por los jardines, ya que no estuviste aquí para complacerlo, tal como lo habías prometido.

Debí quedar bastante en ridículo, cuando recordé mi compromiso fallido, porque Helena mostró una expresión de placer.

Mi mirada se posó en Lord Ramsby, que me esperaba, y pensé que por eso parecía agitado conmigo.

—Por favor, perdóneme, Lord Ramsby. Había mucho por hacer y nos fuimos tan pronto como pudimos. —Mi explicación había omitido el asunto que yo lo olvidé por completo, pero una sonrisa iluminó su expresión, y supe que no me guardaría demasiado rencor.

—Todo está bien, señorita Blakeslee —manifestó amablemente—. Parece una razón justificable para su retraso. ¿Quizás podríamos planear caminar mañana?

—Me gustaría mucho eso. Y gracias por su comprensión.

Helena no parecía muy contenta con la buena disposición con la que Lord Ramsby pasaba por alto mi locura, y me reprendí por deleitarme con su disgusto.

Al escuchar las voces de Diana y el señor Stanton desde atrás, me excusé y continué hacia la casa.

\* \* \*

Lydia me presionó sobre los acontecimientos del día y le hablé con entusiasmo de los Bragg, dejando de lado la mayoría de las contribuciones redentoras de los hermanos Stanton. No tenía intención de recordar cuánto había disfrutado de su compañía, cuando todavía estaba furiosa con ambos.

Ella jugueteó con un mechón de mi cabello, que no estaba dispuesto a adaptarse al estilo que estaba intentando.

—¿Escuché al mozo de cuadra decir que llegó en el caballo del señor Stanton? —Sus ojos se dirigieron a mi cara.

—Lo hice, pero no fue por elección.

Dejó de peinarme y esperó a que yo continuara.

Me vi obligada a explicar cómo la intrigante Diana me había obligado a viajar con el señor Stanton, o arriesgarme a una reprimenda por llegar tarde a cenar, o quedarme sola en su compañía.

—¡Traidora! —Lydia me lanzó una mirada de incredulidad, disimulando su sorpresa al mover su mano.

—Lo siento. —Una risa brotó de ella—. Pero no puedo creer que la hayan subido a un caballo. La señora Ellis es más eficaz a la hora de lograr sus propósitos.

—Sí, y a mi costa. —Hice un puchero exagerado.

Los ojos sonrientes de Lydia se volvieron contemplativos.

—¿Por qué se molestaría ella en semejante plan? Parece que ella sabe que el señor Stanton y Helena pronto se comprometerán.

—¿De dónde ha oído eso? —pregunté, sorprendida por la seguridad con la que lo mencionó.

—El personal —dijo, perpleja—. Y usted misma ha mencionado el próximo compromiso. De repente me sentí mal.

—Sí, claro. Yo... quería estar segura, por el bien de Helena, de si se había decidido algo más oficial.

Los ojos de Lydia buscaron los míos, tratando de discernir por qué había divagado con mis excusas.

—¿Cuál es el propósito de la señora Ellis al reunirlos a los dos? —repitió con preocupación evidente en su voz.

—Quizás tenga la intención de abrir una brecha entre su hermano y Helena. —Me encogí de hombros sutilmente.

—Eso parece terriblemente cruel. Helena y el señor Stanton forman una pareja muy guapa. Volteé hacia Lydia.

—Para ser una pareja adecuada hay más que solo la apariencia. —Me sorprendió lo rápido que salí en defensa de Diana—. Diana ama a su hermano y quiere verlo feliz.

Lydia no apartó su mirada evaluadora.

—¿Y usted es la cuñada elegida?

Me sonrojé y fijé mis ojos en mi regazo.

—Quizás no sea la única, pero sí la más práctica.

—Helena es su prima... —El tono decepcionado de Lydia me reprendió.

—Lo sé. No tengo intención de participar en las intrigas de Diana. —Aunque no pude evitar preguntarme si Helena sería tan leal, si se invirtieran las posiciones.

Ella volvió su atención al rizo caído y lo volvió a colocar en su lugar.

—Estoy segura que usted manejará la situación admirablemente.

Asentí brevemente, segura que ella sabía tan bien como yo que manejar situaciones sociales con habilidad nunca había sido uno de mis talentos. De hecho, había pocos logros que pudiera reclamar, pero mi viaje a casa de los Bragg había sido un recordatorio muy necesario de al menos una cosa que era capaz de hacer.

—Debo escribirle a mi padre, antes de bajar. Me temo que la familia Bragg se encuentra en una situación bastante desafortunada. ¿Usted puede difundirlo?

Lydia accedió a hacerlo, recuperó su costurero y se sentó junto a la chimenea. Comencé a escribir, permitiéndome tener la esperanza que mi carta pudiera atraer a mi antiguo padre. Un hombre al que deseaba volver a ver.

\* \* \*

Mi humor había mejorado mucho, cuando bajé a cenar, e incluso le sonreí a Diana al encontrarla mirando, en mi dirección, desde el otro extremo de la mesa. Lord Ramsby me ayudó a sentarme, aunque me sentí afortunada de estar lo suficientemente cerca del tío Stanton para escucharlo contar la historia de cómo había perdido la vista.

—¿Nunca encontró a la dama en el agua? —preguntó Lord Ramsby con preocupación en sus ojos marrones. Me miró, asegurando que había escuchado la desafortunada historia.

—Nunca. Pero su canción está grabada en mi corazón y su belleza en mis ojos oscurecidos.

Me alegré que Lord Ramsby volviera a mirar al tío Stanton porque necesitaba contener una risa con la mano.

—¿Cómo era ella? —preguntó Lord Ramsby—. Me gustaría mucho escuchar una descripción.

Miré hacia el tío Stanton, preguntándome qué diría. No le había dado un retrato de la mujer para que lo recitara.

Solo dudó por un momento.

—Aunque mis palabras nunca podrían hacer justicia a su belleza, intentaré apaciguarlo, Lord Ramsby. —Movió su cuerpo hacia nosotros, su voz ahora era baja—. Sus ojos eran oscuros y atrayentes, atrayéndome a mirar dentro de su alma, pero ocultando lo que deseaba descubrir cuando la buscaba. Su cabello largo y oscuro tenía un destello de luz brillante, que caía sobre sus hombros, flotando interminablemente en el agua oscura.

—Su piel también era oscura, no demasiado oscura para ocultar el rosado de sus mejillas y labios, pero lo suficientemente oscura como para que su contraste iluminara todos sus demás rasgos, como si un sol dorado brillara desde dentro de ella. Y su voz... —Hizo una pausa, como si estuviera tratando de recordar el sonido—. Su voz era embriagadora, y sabía que haría cualquier cosa para escucharla, una vez más... —Dio un suspiro convincente antes de continuar—. Me temo que usted nunca ha contemplado semejante belleza en este mundo, Lord Ramsby.

Lord Ramsby me miró y luego volvió a ver al tío Stanton.

—Creo que acaba de describir a la señorita Blakeslee. —Parecía más desconcertado en su cumplido intencional, y el tío Stanton soltó una risa jovial, llamando la atención de quienes estaban más cerca de él.

—Es posible que haya tomado prestadas algunas ideas de una descripción que recibí de ella recientemente —dijo radiante—. Mi memoria ya no es la que solía ser.

El calor se extendió hasta mis oídos, y supe que mi piel oscura debía verse bastante rosada.

—Y dónde, si puedo preguntar, ¿escuchó una descripción tan falsa, tío? —pregunté, tratando de mantener el lenguaje formal de la conversación y un tono ligero.

—Abigaíl, usted sabe cómo disfruto del mundo a través de mis otros sentidos. Escuchar las descripciones que he recopilado de usted, estos últimos días, me ha dado mucha alegría, aunque no tanta como la que me ha brindado su compañía.

—Es obvio para todos nosotros, tío, que es su compañía la que nos trae tanta alegría.

El tío Stanton agitó la mano con desdén.

—Lord Ramsby, espero que se considere un hombre afortunado por contemplar a una dama tan hermosa... y humilde.

Lord Ramsby parecía haber recuperado la compostura.

—Sé que soy el más afortunado de todos los hombres, tío Stanton. —Su encantadora sonrisa y mirada decidida, en mi dirección, aseguraron que el color no abandonaría mi rostro durante el resto de la reunión.

## Capítulo nueve

Una vez terminada la cena, todo el grupo se reunió en la sala de música. El lugar había sido dispuesto de modo que el fortepiano estuviera centrado contra la pared del fondo con dos filas de sillas inclinadas, a cada lado de un pasillo central. Lord Ramsby tomó asiento, a mi lado, y Lady Eliza presentó la primera pieza. Una de las chicas Dowding se acercó al fortepiano y empezó a tocar el primer movimiento de la *Sonata Claro de Luna* de Beethoven. Era obvio que había practicado meticulosamente la pieza y me sentí cautivada por su precisión.

Unos minutos después de la actuación, el calor de la pierna de Lord Ramsby atravesó la tela de mi vestido. Las notas de la sonata de la señorita Dowding comenzaron a desdibujarse, mientras mi concentración se centraba en lo cerca que estaba sentada. Intenté desplazarme discretamente a una distancia más tolerable y mis pensamientos se adelantaron a la música. ¿Por qué me inquietaba la cercanía de Lord Ramsby? Parecía una reacción extraña, cuando todavía no estaba segura, si me gustaba la idea que él me deseara, o si anhelaba aceptarlo.

—¿Va a actuar esta noche? —me susurró al oído, provocando que la piel de mis brazos me picara.

—Si tuviera suficiente talento para compartir, no lo dudaría, pero me temo que canto y toco muy mal. —Era una excusa que tenía práctica en poner, aunque siempre había deseado que no fuera cierta.

—Quizás en algún momento le solicite un concierto, en privado. No importa cuán pobres crea que puedan ser sus logros, la oportunidad de simplemente contemplar su belleza es motivo suficiente para mi mayor adoración.

Con mejillas cálidas, volví mi atención a la señorita Dowding, que había terminado su pieza, y aplaudí ruidosamente para distraerme de la atenta observación de Lord Ramsby. Cuando examiné la sala en busca del siguiente artista, mis ojos se detuvieron en el señor Stanton, sentado al otro lado del pasillo, mirando en nuestra dirección. Asentí rígidamente para reconocer su comportamiento descortés y volteé hacia Lord Ramsby.

—¿Usted tiene intención de actuar esta noche?

—La señorita Hanford estaba intentando convencerme de cantar a dúo con ella, pero dudo que fuera beneficioso. —Me miró, esperando una respuesta.

—No puedo entender por qué no sería así, especialmente si tiene el deseo y la capacidad para hacerlo.

—¿Y no le importaría si canto con su prima?

—Por supuesto que no.

¿Por qué debería importarme que él cantara a dúo con Helena?

Él debió haberle dado una especie de señal a ella, porque rápidamente Helena y Lord Ramsby estaban al unísono. Él me miró con arrepentimiento y yo sonreí, alentándolo. Se dirigió al centro de la sala, y lo absurdo de mi actitud indecisa me consumió. A veces me sentía bastante feliz en su compañía y lo encontraba muy tolerable, pero también había momentos en que solo deseaba que me dejara en paz. Aparté el desconcertante conflicto de mi mente, cuando alguien se deslizó en el asiento vacante de Lord Ramsby. Miré de reojo, sin sorprenderme en lo más mínimo de encontrar a Diana en su lugar.

—¿En qué andas ahora? —le pregunté sospechosamente.

—Absolutamente nada. He estado deseando disculparme, desde que nos dejaste en los

establos. ¿Puedo contar tus sonrisas dirigidas, durante la cena, como una señal de esperanza que he sido perdonada?

Escuché la voz angelical de Helena trinar a través de las notas, manteniendo mis ojos fijos en ella, para no tener que mirar a Diana.

—No participaré en tu plan.

—¿Una parte de mi plan? —Su tono inquisitivo atrajo mi mirada hacia la de ella—. No tengo intención de utilizarte como pieza de juego, Abigaíl.

Me incliné hacia ella, asegurándome que nadie me escuchara.

—Si esperas separar a tu hermano de mi prima, no participaré en ello. Mi lealtad debe ser para mi familia.

—Entiendo que... —La simpatía llenó sus rasgos.

Lord Ramsby empezó a cantar. Su voz era agradable, aunque notablemente inexperta. Él me guiñó un ojo y yo incliné la cabeza para recuperar la compostura. Cuando estuve segura de haber logrado reprimir la risa, que había intentado escapar, levanté la vista y mis ojos se posaron involuntariamente en el señor Stanton. Si había notado el descarado coqueteo de Lord Ramsby, no había evidencia de ello en sus rasgos, ni su atención se desvió de Helena. Me reprendí, antes de seguir su ejemplo.

Cuando concluyó el dueto, estaba ansiosa que Lord Ramsby volviera a mi lado. Miré a Diana, esperando que renunciara a su asiento. Ella no se movió.

—Bien hecho, Lord Ramsby —dijo, cuando él se acercó—. Hay una cualidad tan agradable en tu voz.

—Gracias —replicó con una pequeña reverencia, deteniéndose junto a ella. Esperó un momento más, antes que sus ojos se dirigieran a mí y de nuevo a Diana. Al darse cuenta que Diana no tenía intención de retirarse, Lord Ramsby volvió a inclinarse y tomó asiento en la última fila. Le dediqué una sonrisa de disculpa, que él me devolvió con una media sonrisa menos entusiasta. ¿Pensó que yo había invitado a Diana, a tomar ese puesto en su ausencia? Tendría que explicarle la situación, y asegurarle que yo había sido una inocente, en la maniobra de Diana.

Después que algunos otros tocaran el fortepiano o cantaran, Lady Eliza se puso de pie para agradecer a todos los que habían compartido sus talentos.

—¿Hay alguien que esperaba actuar y no lo ha hecho? —preguntó, mirando alrededor de la sala. Mantuve la mirada fija en el suelo, haciendo evidente mi falta de deseo.

—Me encantaría oírte tocar, madre —dijo Diana, desde el asiento de al lado—. ¿Quizás podrías acompañar a Edwin al final? —El rostro de Diana resplandeció con esa familiar sonrisa traviesa.

—Muy bien. —Lady Eliza se dirigió a su hijo—. ¿Quieres unirme a mí, querido?

Se puso de pie, mirando a Diana, antes de dar un paso hacia su madre.

—Por supuesto.

Ella se colocó frente al fortepiano y lo miró expectante. Él le murmuró algo y ella asintió. Sin partituras, empezó a tocar una melodía cautivadora, que yo no había escuchado antes. Las notas eran oscuras y melancólicas, y Lady Eliza las tocaba, como si la música surgiera de su interior. El fortepiano se volvió más suave y el señor Stanton empezó a cantar. No podía moverme. Apenas podía respirar y una sensación de hormigueo me subía por la espalda.

Las palabras estaban en otro idioma, pero su voz melódica contaba una historia familiar: una de pérdida y miseria. El sonido profundo y puro se arremolinaba, a mi alrededor, y sentí como si estuviera invadiendo un momento privado de dolor compartido. Un dolor que de alguna manera entendí.

—¿Qué es? —susurró Diana.

Sacudí la cabeza, incapaz de explicar por qué me sentía tan afectada. Su hermano cantó sobre una historia muy parecida a la mía. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. La limpié y otra ocupó su lugar. Podía sentir los ojos de Diana sobre mí y me mordí el labio para calmar el temblor, cuando su mano tomó la mía. Más lágrimas brotaron de mis ojos, y apreté sus dedos con aprecio, perdonándola al instante.

Nos sentamos inmóviles, escuchando. Edwin mantuvo su mirada en las teclas, mientras cantaba, y extrañamente deseé que mirara hacia arriba para permitirnos vislumbrar las emociones escondidas en sus ojos claros. ¿Qué dolor encontraría allí? ¿Reflejaría algo mío?

Cuando terminó la canción, mi corazón estaba apesadumbrado y anhelaba más: una conclusión más feliz. Los aplausos resonaron en la sala y rápidamente me sequé los ojos.

Cuando estuve lo suficientemente serena para hablar, me incliné hacia Diana.

—No me dijiste que tu hermano cantaba tan hermoso.

—Una cosa es hablar de un gran talento. Otra cosa es experimentarlo.

Asentí, recordando la cautivadora voz de Edwin.

—Y Lady Eliza también... —dije, necesitando un cambio de tema—. ¿Te pareces a ella, en este sentido? —Volví a mirar a los artistas y vi al señor Stanton besar la mejilla de su madre, antes de regresar a una radiante Helena.

—Por supuesto que no —dijo Diana, llamando mi atención—. Aunque ella ha influido en mi aprecio por la música. —Sus ojos se dirigieron a su madre—. Yo no tengo un talento excepcional, pero siempre soy un público dispuesto, cuando cualquiera de ellos lo desea.

La sala se llenó de conversaciones y la gente se puso de pie y empezó a moverse. El señor Ellis se puso al lado de Diana.

—Ese fue un gran final, ¿no? —Me mostró su sonrisa, seguida de una risita que sacudía la cabeza dirigida a su esposa y su sonrisa de autocomplacencia.

—De hecho —lo dije, curiosa por saber si había visto mi reacción humillante.

—Y bien hecho, Lord Ramsby. —El señor Ellis extendió la mano para estrecharle la mano, cuando se acercó—. No todos los hombres pueden defenderse al lado de la señorita Hanford, y usted hizo un buen trabajo.

—Gracias. No pretendo tener una voz igual a la de su cuñado, pero un hombre debe hacer lo que pueda para impresionar a una dama.

Diana miró a Lord Ramsby y luego a mí, y estuve segura que había presenciado el enrojecimiento de mis mejillas, ante su comentario.

—Dígame, Lord Ramsby, ¿ha decidido durante cuánto tiempo nos privilegiará con su compañía, aquí en Timpton?

Él tenía una sonrisa brillante, pero la amabilidad no llegaba a sus ojos. Su mirada volvió a mí.

—Aún no lo sé. Depende de algunas cosas.

Me puse rígida, ante su inferencia. Debería sentirme halagada, especialmente por lo mucho que había deseado su compañía minutos antes, y tal vez una parte de mí lo estaba, pero no podía pasar por alto la sensación de recelo que me inquietaba. Acabábamos de conocernos y apenas habíamos pasado más de unos momentos juntos. Era demasiado pronto para formar un vínculo real. Helena y el señor Stanton se conocían desde hacía meses, y él todavía ni siquiera se había ofrecido a ella, y Hannah y Sir Giles, ciertamente, habían estado cortejándose por más tiempo.

—Querido —Diana miró hacia su marido—. ¿No hacen la señorita Hanford y Edwin una pareja encantadora? —El cambio abrupto de tema hizo que mi mirada se dirigiera a la pareja al

otro lado de la habitación, que estaba hablando con Lady Eliza y la señora Hanford.

El señor Ellis pareció confundido, cuando se encontró con la expresión inocente de Diana, pero asintió con cautela.

—¿Sí?

—Todavía estoy asombrada, preguntándome cómo Edwin tuvo la suerte de atraer su atención. Espero que la señorita Hanford no se dé cuenta de lo indigno que es para ella emparejarse con mi hermano, incluso con su riqueza. Qué familia tan noble: los Hanford... Abigaíl, ¿tu tío no era pariente del mismísimo príncipe regente?

Vi a Diana con recelo.

—Lo he oído decir, aunque desconozco los detalles.

—¿El príncipe mismo? —Lord Ramsby preguntó con una ceja levantada—. No creo que conociera el nombre Hanford hasta que llegué a Tipton.

—¿Eso es así? —preguntó el señor Ellis—. Estoy sorprendido: la casa Hanford es muy conocida y de herencia noble.

—Abigaíl —interrumpió Diana, con los ojos iluminados por la emoción—. Dinos sinceramente, ¿son los Hanford tan ricos como dicen?

Intenté disimular mi incredulidad, ante la impertinente pregunta de Diana.

—No estoy segura de la riqueza que tenía mi tío, aunque su casa en Londres es bastante exquisita. Su finca también es grandiosa, pero creo que el sobrino de mi tío la heredó, cuando él falleció.

—Bueno, he oído que la señorita Hanford aportará una notable dote para su matrimonio. Edwin tiene mucha suerte de haberla encontrado. —Diana volvió a mirar hacia ellos con una sonrisa pensativa en los labios. Nuestro grupo siguió el ejemplo de Diana, y el señor Stanton giró para descubrirnos en nuestra observación. Con una ceja levantada, él se dirigió hacia nosotros, y se detuvo para ver si Helena lo acompañaría.

La sonrisa del señor Ellis se amplió pícaramente, ante la hermosa pareja que avanzaba hacia nosotros.

—Y lo que no puedo entender es por qué una dama tan impresionante, como la señorita Hanford, debería corresponder el afecto de tu hermano. En verdad, es un hombre afortunado.

—Quizás tu entusiasmo sea un poco excesivo, señor Ellis. —La mirada mordaz de Diana solo aumentó la intensidad de su sonrisa—. Edwin —dijo, dirigiendo su atención a su hermano—. Sé que probablemente estás molesto conmigo, pero en defensa de mi solicitud, creo que tu desempeño fue muy ventajoso.

—Me atrevo a decir que lo fue. —Helena todavía estaba radiante de orgullo, ante su casi prometido—. No tenía idea que tu hermano tuviera una voz tan celestial. Ni siquiera me dijo que era musical. Pero ahora que lo sé, haremos una gran pareja en futuras presentaciones, porque debo insistir en organizar duetos regulares—. Miró a Diana con cinismo—. Muy ventajoso. ¡Gracias Diana!

Diana se tapó la boca, como si intentara ocultar la risa que crecía en su interior.

—Debo decir —continuó Helena—, Lord Ramsby fue un compañero muy afable y me gustaría mucho cantar otro dúo con él también.

Lord Ramsby asintió hacia Helena, ante su reconocimiento.

—Cantar me parece un pasatiempo muy agradable, y felizmente me uniría a ustedes nuevamente.

—Entonces, no posterguemos las cosas. ¿Nos reuniremos los tres mañana, en la sala de música, después del desayuno, para preparar algunas piezas? —Sus ojos se detuvieron en mí y su

sonrisa se atenuó ligeramente—. Supongo que puede venir con nosotros, Abigaíl.

—¡Qué amable de su parte incluirme, prima! Pero prefiero escuchar el resultado final de la próxima actuación. —Rara vez me importaba ser el público alentador, pero no tenía ningún deseo de ver a Helena hipnotizar a ambos hombres con su talento angelical, especialmente cuando su invitación era una obligación social.

Helena pareció complacida con mi excusa y desvió su mirada hacia el señor Stanton.

—También debo rechazar la invitación —dijo el señor Stanton con firmeza—. Tengo asuntos que atender por la mañana. Ustedes dos sigan adelante sin mí.

—Si está seguro que eso no lo molestará. —Lord Ramsby miró a Helena con una sonrisa sensual, que hizo que su rostro se sonrojara de la manera más halagadora.

—En lo más mínimo —dijo el señor Stanton con confianza.

Miré los rostros que rodeaban a nuestro pequeño grupo, sintiéndome como una espectadora de una representación dramática peculiar. Ellos se merecían un aplauso por sus exasperantes habilidades de actuación, pero yo estaba demasiado intrigada para hacerlo.

—¡Qué sedienta estoy! —dijo Diana con un puchero, aparentemente continuando con la farsa—. ¿Por qué no traen un refrigerio, caballeros?

El señor Ellis no dudó y le dio una palmada en el hombro a Lord Ramsby.

—Lord Ramsby, todavía no he oído... —Su voz se apagó, mientras los dos hombres se dirigían a la mesa de refrigerios, pero el señor Stanton no se movió.

—Creo que a Helena le vendría bien un refrigerio después de su encantador dúo. —Diana lo animó.

El señor Stanton analizó a su hermana, antes de aceptar finalmente lo que yo también había descubierto: era mejor no saber qué estaba haciendo.

—¡Qué hombres tan encantadores! —dijo Diana, cuando su hermano estuvo lo suficientemente lejos, como para no escucharla—. Y aunque amo muchísimo al señor Ellis y a Edwin, ¿cómo se pueden comparar ambos con los encantos de Lord Ramsby? Abigaíl, tienes suerte que esto te favorezca.

Atónita porque consideraba a Lord Ramsby superior a cualquiera de los dos hombres, y muy consciente de la mirada escrutadora de Helena, meneé la cabeza con desdén.

—Él no me favorecerá.

—Señorita Hanford, ¡qué tonta debe ser su prima para pensar que Lord Ramsby no la prefiere! Le aseguro que él es muy inflexible en su deseo de atraparla. —Antes que Helena o yo pudiéramos responder, continuó de manera formal—, y si se casa con él, no solo ganará una fortuna sino también un título: ¡usted y la señorita Hannah ascenderán en la sociedad!

Los ojos de Helena se entrecerraron.

—No me importan los títulos, Diana —dije, repentinamente molesta por este extraño juego al que estaba jugando.

—A ninguna de nosotras le importan esas cosas. —Ella lanzó un profundo suspiro—. Hasta que nos damos cuenta que nos hemos conformado, eso es... —Su voz se volvió tranquila y sus ojos se dirigieron hacia su marido—. Señora Ellis... —dijo reflexivamente. Helena y yo seguimos su mirada hacia los hombres que regresaban con nuestras bebidas. La teatralidad seguramente era parte de su plan. Realmente no se arrepentía de haberse casado con el señor Ellis, ¿cierto? De repente, me sentí muy confundida por lo que Diana estaba tratando de lograr.

Lord Ramsby me trajo una bebida y me alegré que una vez más centrara su atención en mí.

—El señor Ellis me dijo que su padre es un filántropo muy conocido.

Miré al señor Ellis, agradecida por sus amables palabras sobre mi padre. Se paró cerca de

Diana y le susurró algo al oído. Ella se rió y le indicó a su hermano que se uniera a ellos.

—Lo es —confirmé, mirando hacia Lord Ramsby.

—¿Dijo que su padre busca personas en asilos, las capacita para las tareas domésticas en Easton Manor, y luego les encuentra un nuevo empleo entre sus conexiones de gente rica, cuando están listos?

Intenté no mostrar mi sorpresa, ante el conocimiento que el señor Ellis tenía de tales cosas.

—Fue idea de mi madre, pero mi padre la ayudó en sus esfuerzos y ha continuado con la práctica desde su muerte. —No mencioné que Laurence había sido quien se había ocupado de estas tareas durante los últimos años.

—¿Qué iniciativa tan inusual! ¿No teme estar dejando entrar a su casa ladrones y alborotadores? Entiendo que los asilos tienen a la gente más vil. Y luego enviar a aquellos con esos antecedentes a hogares de buena reputación... —Sacudió la cabeza—. Estoy seguro que no podría contratar a un sirviente sin referencias calificadas, y una profunda formación en sus funciones. Los sirvientes deben estar preparados para las tareas.

Lo miré fijamente, sin apenas saber qué decir, o al menos qué decir de lo que no me arrepentiría más tarde.

—Le aseguro que son buenas personas que han atravesado momentos difíciles. Tomemos como ejemplo a la señora Bragg. No ha hecho nada malo, pero ha perdido a su marido y ahora está amenazada con ser enviada a ese lugar. Mi padre les brinda a personas, como ella, una manera de tener otra oportunidad y la mayoría de ellos están agradecidos y trabajan duro.

—¿La mayoría de ellos? —Ladeó la cabeza—. Entonces, ¿hay algunos que no son aptos para el puesto?

—Como es el caso entre todas las clases sociales. —Intenté que mi irritación no hiciera que el comentario pareciera demasiado directo—. Pero si no demuestran una buena ética de trabajo, en Easton Manor, mi padre no les permitiría encontrar empleo entre sus relaciones. Por lo general, lo obtienen y muchas veces se les vuelve a encontrar en los asilos.

—Pero, seguramente, ¿sus sirvientes personales no vinieron de tales circunstancias?

—Sí. —Su sorpresa, ante mi reconocimiento, me obligó a aclarar esto—. Mi doncella, Lydia, ha estado conmigo desde que llegó a Easton, procedente de un asilo, y ha sido de gran valor como compañera y amiga.

Él entrecerró los ojos.

—¿Y su padre no ve ningún riesgo en permitir que alguien así sea una influencia para usted?

¿Alguien así? Las palabras penetraron cada grieta de mi ser hasta que temblé por el exceso. Exhalé lentamente, convenciéndome que él no había tenido la intención de insultar a mi más querida amiga. Sentí un nudo en la garganta.

—Si alguna vez tuviera el privilegio de conocer a Lydia, no cuestionaría la calidad de persona que es. Cualquier influencia que ella haya tenido sobre mí ha sido para mi mejora.

—Quizás tenga razón. —Su expresión se suavizó, aunque no estaba claro si ahora entendía, o simplemente deseaba abandonar el tema—. Estoy seguro que debe haber algunas personas buenas entre los pobres. Y es decente que tu padre lo haga, aunque no creo que esté dispuesto a descubrir quién es digno de una segunda oportunidad.

—De hecho, se necesita un cierto tipo de persona para llevar a cabo tal tarea. —Una sonrisa forzada cruzó mis labios y llegamos a un acuerdo tácito: este no era un tema que valiera la pena discutir, en este momento.

—¿Hablan del trabajo filantrópico de mis tíos? —intervino Helena en voz baja, sin tener en

cuenta nuestra decisión de dejar ese asunto en paz.

—Lo hablamos —dije, esperando que ella reconociera mi deseo de no seguir adelante.

—¡Qué gente tan bendita! Aunque nunca pude entender por qué se agotaban innecesariamente con las preocupaciones diarias de los demás. No puedo evitar pensar que el estrés le pasó factura a mi querida tía: ¡qué santa era! —Me preguntaba cómo podía hablar tan casualmente de mis padres, delante de mí como, si yo fuera una de sus amigas chismosas, que nunca los había conocido—. Pero he reflexionado sobre la situación de tantas personas que necesitan ayuda, y me he dado cuenta que es mejor dejarlos donde el destino los ha colocado. —Ella se negó a hacer contacto visual conmigo, mientras hablaba, aunque yo estaba segura que su mensaje estaba dirigido a mí.

—¿Dejarlos? —Un impulso irracional de abofetear su rostro engreído me atravesó, cuando me encontré con su mirada—. ¡Helena! Ellos son personas con vidas y preocupaciones más extremas de lo que usted pueda imaginar. Actuar como si estuvieran completamente separados del mundo, solo por las circunstancias, nos perjudica a todos.

Helena se burló.

—Prima, me pregunto por qué usted es tan inflexible con el tema.

Reduje mi respiración, dándome cuenta de la necesidad de calmar mi ira, antes de revelar algo que no debía. Miré hacia un incómodo Lord Ramsby, que observaba en silencio nuestro intercambio.

—Entonces, señorita Hanford, su solución... —Edwin Stanton se hizo a un lado del triángulo que habíamos formado—. Sería no hacer nada.

No me había dado cuenta que él escuchó nuestra disputa y, por la expresión de asombro en el rostro de Helena, me convencí que ella tampoco lo había percibido.

—¡Qué injusto de su parte, señor Stanton! No me convierta en la villana. No sugiero que no se deba hacer nada, pero se han establecido instalaciones para ayudar a quienes atraviesan tiempos difíciles. Tomo la postura que debemos confiar en que sean adecuadas, o no las tendríamos. Además, ayudamos a pagar esos lugares, por lo que en realidad, estamos ayudando a quienes encuentran su camino allí.

Recuperando la compostura, ella levantó la barbilla.

—Y debo agregar que no considero inadecuado encontrar una buena causa para apoyar económicamente. Pero hay personas calificadas para dirigir organizaciones benéficas, y es mejor, si les permitimos manejar los detalles de dicho trabajo. No veo la necesidad que las personas desperdicien su tiempo y recursos simplemente para ayudar, a unas pocas almas perdidas, en un mar de ellas, cuando otros son más aptos para la tarea.

Mi idea de permanecer en silencio fue rápidamente reprimida.

—Pero es el acto mismo de ayudar, la obligación que tenemos hacia los menos afortunados, lo que despierta en nosotros la realidad de los demás y, a cambio, nos hace más auténticos. ¿Se puede percibir más claramente con el ligero inconveniente de una donación monetaria, por muy noble o necesaria que sea, o...?

—¿O es más evidente, cuando usted limpia la suciedad de la ropa sucia de otra persona? —El señor Stanton me miró con esa mirada peculiar en sus ojos.

—¿Limpiar? —dijo Helena, arrugando la nariz con disgusto—. ¿Por qué iba a tocar la ropa sucia de otra persona? Esta discusión se ha desviado bastante. Como si una dama distinguida fuera a hacer tal cosa.

—Perdóneme por mencionar algo tan desagradable. —El señor Stanton centró toda su atención en Helena—. Una dama, como usted, nunca participaría en una tarea tan humilde y no

se le debería hacer pensar en ello.

Mi estómago se revolvió ante su crítica. ¿Podría él diferenciar tan fácilmente la raza de Helena de la mía? Podía sentir la rabia hirviendo a la superficie. Quizás, si hubiera sido simplemente a mí, a quien había ofendido, podría dejarlo así, pero no fui la única condenada bajo su juicio despectivo.

—Me alegra que reconozca... —Helena pestañeó, ante el señor Stanton.

—Mi madre estaba dispuesta a dedicarse a cualquier tarea que fuera necesario hacer. —Ignoré el disgusto de Helena por mi interrupción y centré mi mirada en el señor Stanton—. Sin embargo, ella fue una de las damas más valiosas de toda Inglaterra. Sabía que los demás, sin importar su condición, eran *dignos* de nuestra ayuda. —Me alarmó la dureza de mi voz, ante tantos espectadores, pero la culpa debería ser del señor Stanton por ponerse a un lado de mí, después que pensé que su intención era afirmar mi postura.

—¿*Dignos* de nuestra ayuda...? —El señor Stanton pareció desconcertado por mi elección de palabras. Su frente severa bajaba sobre sus ojos analíticos y su mandíbula fija.

—Eso es lo que dije.

Se frotó la apretada mandíbula, como si le hubiera abofeteado.

—Por favor, discúlpeme. —Hizo una reverencia abrupta y se alejó de nuestro grupo.

La mirada gélida de Helena fue suficiente para silenciarme, pero rápidamente dirigió sus refinadas atenciones a Lord Ramsby. Decidió sabiamente dejar el tema y comentó las deseables diversiones de Londres y lo mucho que las añoraba. No me gustaban las falsas bromas, así que me excusé y fui a buscar un compañero más tolerable: el tío Stanton.

\* \* \*

Localicé al tío Stanton hablando con el señor Stanton, el mayor, en un sofá cercano. Sin querer interrumpirlos, regresé para examinar una pintura, mientras esperaba que los dos terminaran de conversar. El cuadro era un retrato de una mujer sorprendente con ojos muy parecidos a los de Edwin, y me pregunté si tendría algún parentesco.

—El tío Edwin solicitó una audiencia conmigo. —Miré por encima del hombro para ver al señor Stanton de pie—. Pero la dejaré en buena compañía. Señorita Blakeslee, ¿le importaría tomar asiento?

—Solo si usted ha terminado con su conversación —dije, maldiciendo interiormente mi impaciencia.

—Ya lo hicimos, aunque le agradezco su consideración. —El señor Stanton me hizo un gesto para que tomara asiento, y una vez más sentí cariño por este hombre al que apenas conocía.

—Incluso si no hubiéramos terminado —intervino el tío Stanton—. Mi sobrino es consciente que su lugar está debajo del tuyo, en mi jerarquía de compañeros deseados. También le he informado del protocolo, si alguien por encima de él desea mi compañía, y lo ha hecho exactamente bien... Ahora ve a cumplir con tu excusa inventada, Ernest, para que pueda hablar con mi invitada favorita.

Ambos hombres sonreían generosamente, y pronto yo adopté una expresión similar.

—Si necesita ayuda para domesticar a este viejo marinero, señorita Blakeslee, no dude en pedírmelo.

—Parece un poco más alegre esta noche, así que mantendré su oferta en primer plano en mi mente. Gracias, señor Stanton.

Con una pequeña reverencia, el señor Stanton nos dejó.

—¿Y cómo te encuentras esta noche, señorita Blakeslee?

—Necesito una distracción.

—¿Eso es así?

Asentí, antes de recordar que necesitaba que respondiera en voz alta.

—Sí. Me temo que he contradicho a Lord Ramsby, he peleado con mi prima y, de algún modo, he ofendido a tu sobrino-nieto, en una sola conversación.

—Tres pájaros de un solo tiro, ¿eh?

—Algo así, aunque no tenía intención de causar angustia. Simplemente, me emociono demasiado discutiendo... ciertos temas.

—¿Supongo que te refieres a la animada conversación que tuviste sobre ayudar a los menos afortunados?

¿La había oído desde aquí? Me sentí nuevamente mortificada por mi incapacidad para contener la lengua.

—Esa es —admití de mala gana.

—No hay necesidad de avergonzarse, me pareció una diversión muy interesante en contraste con las noticias aburridas que Ernest estaba transmitiendo sobre la finca. Además, estoy totalmente de acuerdo contigo.

Sonreí, validé que el tío Stanton estaría de mi lado, y encontré alivio que el padre de Edwin no hubiera escuchado mi apasionado intercambio con su hijo.

—Lo que parece que no puedo entender es la intensidad, tanto en tu creencia como en la pregunta que te hizo tu prima: por qué eres tan inflexible con respecto al tema. Seguramente, no es raro que padres de primer nivel inculquen buenas costumbres en sus hijos, pero tu caso estuvo bien pensado y fue poderoso.

Miré a mi alrededor, asegurándome que nadie estuviera lo suficientemente cerca, como para escuchar la extraña evaluación del tío Stanton. ¿Por qué había buscado su compañía? Debería haber reconocido su capacidad para separar la verdad de las declaraciones más vagas. Necesitaba apaciguarlo sin revelar más.

—Conozco a muchas personas, a las que se les ha ayudado en su sufrimiento.

—Yo también. Pero mi convicción no se acerca a la tuya.

—Entonces, tendremos que atribuirlo a la tonta ignorancia de la juventud. —Forcé una pequeña risa—. Eso y mi incapacidad de contener la lengua cuando el decoro lo exige.

Su expresión no reflejaba mi intento de alegría.

—Está claro que puedes decir lo que piensas, pero no eres ignorante, señorita Blakeslee. Si tuviera que especular, propondría que es todo lo contrario.

No le respondí, sin saber exactamente qué estaba insinuando, o qué traicionaría sobre mí, si continuaba.

—Creo que esa es una conversación para otro momento. —El tío Stanton agitó la mano con desdén—. ¿Disfrutaste cuando volví a contar tu historia? Fue mi primer intento público y, aunque experimenté algunos momentos difíciles, sentí que la interpretación fue adecuada.

Mi postura se relajó, ante el tema elegido.

—Estoy totalmente de acuerdo, aunque debemos encontrar una descripción más prometedora de la dama en el agua. Esa parte me pareció muy insatisfactoria.

Ambos nos reímos y una vez más me alegré de haberme reunido con él.

## Capítulo diez

Me desperté renovada, a la mañana siguiente, y me senté en la cama. Un tenue resplandor iluminó el cielo nocturno y un repentino entusiasmo me invadió por comenzar el día. Dejé el calor de mis mantas y el aire fresco me envolvió, encendiendo mi espíritu con anticipación. Aquí estaba mi oportunidad de finalmente explorar los terrenos nuevamente.

Era demasiado temprano para llamar a Lydia, así que decidí apresurarme y regresar, antes que otros miembros de la casa despertaran. Me moví cautelosamente en la oscuridad hacia el armario y rebusqué en el mismo hasta que encontré un vestido de día que podía ponerme. Después que logré vestirme al azar, y apresuradamente me até el cabello en un moño suelto en la nuca, saqué un sombrero.

Caminar hacia el aire fresco de la mañana me provocó un escalofrío y miré al cielo, esperando ver nubes de lluvia. Afortunadamente, en el suave resplandor, previo al amanecer, las nubes parecían amigables y estaba segura que sería un día agradable. Bajé con cuidado los escalones de la entrada, debatiendo dónde debería aventurarme. Sabía que no podía tardar mucho, si quería volver a pasar desapercibida, así que me dirigí hacia el estanque, en lugar de hacia los fascinantes jardines.

Una ligera niebla flotaba cerca del suelo, dispersándose a mi paso, mientras avanzaba por el borde del estanque. Vi algunos pájaros dormidos, escondidos entre el follaje, y caminé ligeramente, en un intento de no asustarlos. Como las plantas se volvieron demasiado espesas para continuar, tomé un estrecho sendero de tierra, que se alejaba de la orilla del agua, y estaba entre los grandes árboles, que rodeaban la mayor parte de la orilla. El espesor ocultaba Tipton House de la vista, algo de lo que no me había dado cuenta al mirar por la ventana, y me sentí extrañamente liberada al saberlo.

El camino serpenteaba entre los árboles, encontrándose ocasionalmente con la orilla del agua, antes de volver a doblarse hacia el follaje. Me permití perderme en el momento, en la belleza de este lugar, cuando un sonido llamó mi atención. Dejé de caminar, tratando de determinar qué había oído y de dónde venía. ¿Eran voces?

En silencio, avancé por el camino hasta que vi las formas de dos hombres en la penumbra. No estaba lo suficientemente cerca para verlos con claridad ni escuchar lo que decían, pero algo me presionó para acercarme. Casi me resistí, pero escuchar a escondidas siempre había sido el más tentador de mis molestos hábitos.

Con pasos cautelosos, me acerqué a los hombres, pensando en lugares donde esconderme, si se dirigían hacia mí. Sonreí para mis adentros, ante la idea de hacer un plan, recordando al tío Stanton y su advertencia. Esta era una situación en la que un escape premeditado podría resultar útil.

—No creo que sea demasiado difícil, aunque es posible que necesitemos contratar a algunos hombres locales como mano de obra. Hay un comerciante muy conocido llamado Smith que podría ser la persona ideal, a quien acudir, para un trabajo como este.

La voz se escuchó claramente, en las horas de la mañana, y me decepcionó descubrir que solo me había topado con el jardinero. Di un cauteloso paso atrás.

—Comuníquese con él, y vea si consideraría un proyecto de este tipo.

Me quedé paralizada, cuando escuché la otra voz, y me encontré con la necesidad de concentrarme para escuchar lo que el señor Edwin Stanton estaba diciendo por encima del

repentino tamborileo en mi pecho.

—Y por favor no se lo mencione a nadie más hasta que el proyecto esté completo. Tengo la intención de sorprenderla.

¿A ella? ¿Estaba planeando una sorpresa para Helena? ¿Quizás algo que ver con su compromiso? Me encontré avanzando, casi involuntariamente, hasta que emergieron sus figuras en sombras. Un árbol cerca del camino ofrecía una cobertura satisfactoria, a esta distancia, y rápidamente me escondí detrás del mismo.

—Por supuesto, señor Stanton. ¿Y hay algo más?

Miré alrededor del tronco, a tiempo para ver al señor Stanton sacudir la cabeza.

—Eso es todo.

—Muy bien, le haré saber lo que descubra. —El jardinero se fue en una dirección, que no me obligaría a esconderme en el gran arbusto, a mi izquierda, y la tensión en mi cuerpo se alivió ligeramente.

El señor Stanton permaneció cerca de la orilla del agua, inmóvil. Comprendí que debía irme, pero mi determinación no fue suficiente para actuar. Siempre había sido una de mis debilidades, observar a alguien cuando tenía la guardia baja: era una magnífica oportunidad para vislumbrar el alma de otra persona.

Su mirada estaba fijada hacia donde se había ido el jardinero, y anhelaba que cambiara el enfoque. Tal como yo lo deseaba, él giró y miró hacia el lado del estanque frente a nosotros. Tenía la mandíbula tensa y sus ojos estaban llenos de cierta emoción. Mis piernas se debilitaron, debajo de mí, y supe que había invadido demasiado su momento, y visto demasiado vívidamente su dolor. El deseo de retirarme me invadió, y di un paso atrás tembloroso, seguido de otro, hasta que el señor Stanton desapareció de mi vista.

Mientras daba la vuelta para regresar por el sendero, una piedra debajo de mi bota me hizo perder el equilibrio. Cambié mi peso, intentando desesperadamente remediar el paso en falso, pero el terreno irregular en la penumbra solo exacerbó mi situación, y caí de lado con un grito. El impacto fue más suave de lo que esperaba y al menos agradecí haber aterrizado sobre una planta de hiedra y no en el agua, que apenas estaba a unos pasos de donde yo había caído.

Mi shock inicial por la caída se disipó y, en su ausencia, se aclaró la posible consecuencia de mi locura. Respiré hondo y escuché, rezando por haber estado lo suficientemente lejos del señor Stanton para pasar desapercibida.

Pasos pesados llenaron el silencio, y antes que lograra levantarme del suelo y adoptar una posición más femenina, el señor Stanton apareció a la vista.

Sus ojos se abrieron, cuando me vio tirada en el suelo, y corrió hacia mí.

—¿Señorita Blakeslee?

Me obligué a adoptar una posición sentada más adecuada para una dama.

—Señor Stanton —dije con frialdad, como si no fuera inusual estar postrada sobre una planta, en las primeras horas de la mañana, cerca de donde él acababa de estar.

Me ofreció su mano y la calidez de su toque penetró a través de mí, cuando me ayudó a ponerme de pie.

—¿Me estaba espiando? —Entrecerró los ojos, aunque lucía divertido.

—Difícilmente lo llamaría espionaje. —Examiné los daños a mi vestido y me quité un poco de suciedad suelta. Seguramente, Lydia me reprendería por las manchas verdes que había añadido al color.

—¿Cómo lo llamaría, entonces?

—¿Coincidencia? —suspíré.

—¿Coincidencia? —repitió.

—Estaba dando un paseo matinal, alrededor del estanque, cuando lo encontré a usted y a un hombre que supongo es su jardinero. No quería interrumpir, así que retrocedí.

Un lado de su boca se levantó.

—Usted es terriblemente ineficiente para caminar hacia atrás.

—¡Qué astuto de su parte! Aunque si el follaje pudiera hablar, creo que fácilmente habría llegado a la misma conclusión.

—No me refería a su caída —dijo con una sonrisa—. Aunque eso también sería una prueba en su contra. Me refiero a cuánto tiempo tardó en caminar una distancia tan pequeña. —Miró desde donde estábamos ahora hacia el lugar donde acababa de estar—. Si usted se topó conmigo, cuando estaba hablando con mi jardinero, y comenzó a retirarse inmediatamente...

—Yo... —Mi cara se sonrojó y decidí que una confesión sería lo más apropiado para evitar una mayor humillación—. No tenía la intención de invadir su privacidad, pero se veía tan... —No podía decidir qué emoción había visto, y mucho menos verbalizarla.

—¿Atormentado?

—Sí, atormentado —dije asintiendo reflexivamente, dándome cuenta que eso era exactamente lo que había visto en su mirada.

Su expresión era pensativa y me pregunté, si estaría enojado por mi intrusión.

—Debería haber ido directamente... —Bajé la cabeza. ¿Por qué siempre hacía el ridículo, cuando estaba con él? —Perdóneme.

Sentí el calor de su mano, mientras levantaba suavemente mi barbilla.

—Quizás la próxima vez, sea mejor que siga adelante.

Asentí, sin saber si entendía el significado.

—Se le está cayendo el pelo. —Pasó sus dedos hacia abajo, a lo largo de mi cuello, hasta donde un mechón de mi cabello descansaba contra mi hombro. Mi corazón latía tan fuerte, en mi pecho, que estaba segura que él podía oírlo.

—No quería despertar a Lydia. —Levanté la mano para evaluar el daño que mi caída había causado, en mis apresurados intentos de asegurarme el cabello esta mañana. Solo dos de los alfileres que había usado para sujetar el peinado todavía estaban en su lugar, los otros quedaron atrapados entre los hilos sueltos. Rápidamente, recogí cada uno de los que pude ubicar en mi palma, saqué los otros dos alfileres y dejé que mi cabello cayera por mi espalda—. Otra cosa en la que no soy competente. —Levanté la mano con los alfileres y le dediqué una sonrisa tímida.

Su mirada se detuvo en mi cabello y cuello, un momento más, antes de regresar a mi cara.

—Y aún así... se ve encantadora.

Necesitaba pensar en algo más, cualquier otra cosa sobre qué hablar. Una vez más me sentí atormentada por este extraño hombre y los sentimientos que podía provocar en mí. Sí, ¡atormentada!

—¿Por qué está atormentado? —La pregunta salió contundente y sonó insensible, pero fue todo lo que pude hacer en mi estado mental actual.

Me evaluó por un momento y luego se encogió de hombros.

—Deberes, supongo. —Sus palabras se detuvieron, pero pude ver que su mente no lo había hecho, y yo anhelaba que me permitiera confiar en él—. Cuando siento que finalmente soy libre de elegir, las circunstancias me recuerdan que mi vida no me pertenece. Deseo vivir libre de las limitaciones que me atan.

—¿A qué limitaciones está usted sujeto?

Su cabeza se inclinó y sus labios se alzaron en una suave sonrisa.

—No tengo intenciones de agobiarla con mis problemas, señorita Blakeslee. No debería haberlo mencionado. —Hizo una breve reverencia—. Por favor, discúlpeme.

—Supongo que se siente esclavo de la obligación tan intensamente, ¿como yo me siento esclava de mi pasado! —espeté para evitar que se fuera. Su mirada volvió a mí, pasando de la reflexión a la curiosidad, e inmediatamente me arrepentí de mi imprudente impulso.

—¿Qué hay en su pasado que la oprime?

—Yo... —¿Qué estaba haciendo? No podía decírselo—. Debo regresar a la casa —lo dije, alejándome de él.

Su mano se posó sobre la mía.

—Señorita Blakeslee, por favor.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, que no quería que él viera, y agaché la cabeza, permitiendo que mi sombrero oscureciera la vista de mi rostro hasta que un pequeño tirón en la cinta hizo que mi sombrero se deslizara hacia su mano.

—Señorita Blakeslee. —Su voz era suave y cercana—. ¿No me dará alguna indicación de lo que le aflige?

Levanté la vista y una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Realmente, no puedo decirlo. —Él buscó en mi alma la respuesta, pero yo la había escondido tan profundamente en mi interior, que ni siquiera él podría sacármela.

Su mano se acercó cautelosamente, a mi cara, y me secó la lágrima con tanta ternura que, por primera vez, quise decir la verdad. ¡Quería decírsela!

—Seguramente, nada de lo que usted haya hecho podría ser la causa de tal sufrimiento.

—No es algo que yo haya hecho. ¡Es lo que soy! —Su frente se arrugó, confundido ante la pieza parcial, que le había dado del rompecabezas de quién era yo. Le había prometido a mi padre que no se lo diría, y que no rompería una promesa hecha a él, incluso si eso significaba decepcionar a Edwin Stanton.

Él secó otra lágrima de mi mejilla y me abrazó. Sus brazos me rodearon y, por un momento, me sentí deseada y segura. Podía escuchar su corazón latir en su pecho, acompañado del rápido ritmo del mío. Cuando finalmente me soltó, me quedé como una niña llorando, ante él. Me miró con una expresión de angustia, o tal vez de lástima, antes de empujarme hacia adelante y depositar un beso en mi frente.

Lo miré, hipnotizada por el espectro completo de colores que se reflejaban en sus ojos a la luz.

¡La luz!

—Debo irme —dije, dándome cuenta de lo claro que estaba ahora. Esta vez, él asintió con la cabeza. Me deslicé de su abrazo, sintiendo una vez más el frío del aire de la mañana, y comencé a caminar por el sendero, a una velocidad muy poco femenina.

—¡Abigaíl!

Sorprendida al escuchar mi nombre de pila, di la vuelta y encontré a Edwin corriendo hacia mí.

—Quiero decir, señorita Blakeslee —se corrigió con una expresión deliciosamente avergonzada, en su rostro, y un toque de color en sus mejillas.

—¿Qué es? —pregunté con una sonrisa curiosa.

—Pensé que apreciaría su sombrero.

Puse mi mano sobre mi cabeza, habiendo olvidado el estado de mi cabello.

—Gracias. —Se lo quitó y lo ató en su lugar—. Esto pudo haber sido desastroso.

Él hizo una reverencia burlona.

—Me siento honrado de poder servirla. —Él dejó de hablar por un instante—. Y gracias por espiarme hoy —dijo finalmente con sinceridad.

—Fue un placer.

\* \* \*

Regresé a Timplon, enfrentando pocas consecuencias, aparte de una expresión desconcertada por parte del mayordomo, que estaba en el vestíbulo de entrada.

—¡Qué hermosa mañana para caminar! —dije casualmente, mientras subía las escaleras. Sus ojos me siguieron, pero él no dijo nada.

Casi había llegado a mi puerta, cuando escuché el metal de un pomo chirriando. Sabiendo que no llegaría a tiempo, a mi habitación, moví mi cuerpo hacia un lado para ocultar la parte manchada de mi vestido. Helena salió al pasillo, cerró la puerta tras ella, e inspeccionó su traje de montar. Ella asintió con aprobación, antes que sus ojos se posaran en mí.

Su sorpresa inicial rápidamente se transformó en cinismo.

—¿Qué estás haciendo despierta tan temprano? ¿Seguramente no estás pensando en salir con nosotros, en un vestido de día y con el pelo suelto?

—No lo estoy.

—Entonces, ¿qué haces escabulléndote, a esta hora?

—No estoy escabulléndome. Acabo de regresar de un paseo matutino.

—¿Por qué te ves así? —Ella se burló de mí.

—Tenía el pelo recogido, cuando me fui. —Abrí la palma de la mano para mostrar los alfileres desprendidos, como evidencia—. Desafortunadamente, eso no duró mucho. Pero no había planeado ver a nadie.

—¿Y te vio alguien? —Sus ojos se entrecerraron.

—El mayordomo —dije con desdén—. Pero te aseguro que mi apariencia no le molestó tanto como tú crees. —Ella se burló nuevamente, y me di cuenta que mi actitud actual no ayudaba a mi situación—. Pero entiendo tu preocupación y aprecio tu interés en mi nombre. Siempre eres tan... —Intenté que mi voz sonara sincera, sabiendo que Helena tenía debilidad por los elogios—, útil.

No estaba segura que eso hubiera funcionado, pero luego sus ojos recuperaron su forma normal, y su rostro parecía tenso, pero ya no era hostil.

—Supongo que si nadie te vio, poco daño te habrás hecho. Pero incluso tú debes comprender que cualquier caballero sensible no consideraría cortejar a una dama, que anda descuidada al aire libre, como una mocosa de campo. —Su mirada se desvió hacia la gran mancha verde que había intentado ocultar—. Sobre todo cuando la evidencia de tu problemático hábito es frecuentemente obvia.

Me ocupé de la falda de mi vestido, disimulando lo mucho que me dolían sus palabras.

—Seré más cuidadosa.

—Eso sería sensato de tu parte —dijo, y di un paso hacia mi habitación, esperando que hubiera terminado—. Como lo sería dominar tu temperamento y refrenar tu lengua.

Me tragué una defensa rencorosa, antes de devolverle mi atención.

—Mi único lamento será la decepción del tío Miles, cuando tú regreses a Easton Manor, ligeramente mejorada. —Ella inclinó la cabeza y parpadeó con creciente lástima—. Al menos mi conciencia estará tranquila, sabiendo cómo he tratado de aconsejarte.

—Quizás todavía haya esperanza para mí con un tutor tan superior que me ayude. —Reprimí un ceño fruncido.

Sus ojos se iluminaron, pasando por alto el cinismo de mi comentario.

—¡Qué idea tan maravillosa! Reconozco que hablas de mí, pero como pronto tendré poco tiempo para otra cosa que no sean los preparativos de la boda, haré que mamá escriba al tío Miles, y le sugiera que contraten a un tutor social para tu regreso. Con una dirección persistente, todavía puede haber una posibilidad que parezcas una verdadera dama en tu temporada de debut... o al menos podrías avanzar un poco hacia ese ideal...

—Inspirado. —Logré decirlo con una sonrisa forzada. ¿Había sido un tutor social quien le había enseñado a Helena a pronunciar el insulto perfecto, mientras parecía pensativa? Prefiero que me consideren una mocosa de campo que estar bajo la instrucción de alguien que me eduque en el arte del engaño y la insensibilidad.

Helena dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Me ocuparé de ello cuando regrese. Pero ahora debo darme prisa. Odiaría perder mi tiempo viajando con el señor Stanton. —Helena agarró sus faldas y pasó corriendo a mi lado.

Ignoré el matiz de celos y me concentré en el alivio que sentí por su ausencia, entré rápidamente a mi habitación, antes que la tía Marianne tuviera la oportunidad de venir a mí, y agregar sus palabras de disgusto a las de Helena.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, Lydia estaba parada cerca de la ventana con una expresión extraña en su rostro.

—Le preguntaría dónde ha estado y por qué en ese estado, pero la vi salir del estanque.

El mayordomo, Helena y ahora Lydia. Me sentí agotada por el interrogatorio y volví a mirarla con apatía.

—Como ya sabe dónde he estado, no veo por qué me mira, como si tuviera algo que contarle.

Ella me miró con incredulidad.

—¿Le importaría ofrecer detalles sobre su caminata, o debería compartir con usted cómo vi al señor Stanton salir por el mismo camino que usted, antes de llegar a la entrada de Timpton?

—No había planeado encontrarme con Edwin allí, si eso es lo que está insinuando —dije a la defensiva, aumentando la seriedad de la expresión de Lydia.

—No quise decir nada, aunque me preocupa lo que hablamos ayer. No está desarrollando ningún tipo de apego hacia el señor Stanton, ¿cierto? —Dijo su nombre lenta y deliberadamente.

—Por supuesto que no. Ya sabe cuánto he deseado explorar los terrenos. Había asumido erróneamente que sería la única que estaría despierta y afuera al amanecer. —Ella esperó a que continuara—. Me encontré con Edwin y su jardinero. Hablamos brevemente y eso es todo.

—Debo decir que, a pesar de tanta imaginación, fue un recuento muy pobre. Además, Abbie, ya ha llamado dos veces al señor Stanton por su nombre de pila. ¿Están en términos tan familiares el uno con el otro?

Me di cuenta de mi locura y mi cara se calentó hasta la punta de las orejas.

—No, yo simplemente... —¿Por qué había usado su nombre de pila? Seguramente, su desliz al usar el mío no me dio permiso para usar el suyo—. No estoy segura —admití, sintiendo como si nuestra relación hubiera evolucionado de alguna manera, durante nuestro último encuentro, pero incapaz de explicar cómo.

Lydia parecía decepcionada, aunque no podía decidir si era por mi comportamiento, o por lo cautelosa que me había vuelto desde nuestra llegada. Siempre había compartido todo con ella, entonces, ¿por qué deseaba ocultarle la verdad ahora? Quizás fue porque apenas la entendía.

—Casi se lo digo —confesé.

Ella me miró.

—¿Con qué propósito?

—No estoy segura. Apenas puedo entender mis propios sentimientos.

—¿Qué beneficio podría obtenerse de ello?

Estaba segura que no sería bueno compartir quién era, al menos no para mí, pero tal vez simplemente quería dejar de ocultar la verdad.

—Ninguno, excepto fortalecer la determinación del señor Stanton por Helena. —Ese discurso formal se sintió inesperadamente extraño en mis labios.

—¿Es necesario fortalecer su determinación?

No lo creía necesario. Aparte de algún momento ocasional, en el que pude haber malinterpretado sus sentimientos por mi ingenuidad, él siempre favorecía a Helena. Recordando sus miradas severas y reprimendas, su juego infantil y los últimos momentos que habíamos hablado junto al estanque, donde me abrazó y besó mi frente para consolarme, como lo habría hecho Laurence, de repente me di cuenta de cómo me veía... Mi corazón se hundió.

—Creo que él piensa en mí como una hermana pequeña.

¿Y quién podría culparlo? Yo corrí como una mocosa de campo, escupiendo mis opiniones y emociones, demostrando repetidamente que estaba lejos de las damas bien educadas, que él estaba acostumbrado a admirar.

Había preocupación en los ojos de Lydia.

—¿Y es necesario fortalecer su determinación?

Sin responder, me senté frente al espejo, las lágrimas nublaron mi visión. No estaba segura de lo que sentía ni de por qué estaba tan molesta por lo que había descubierto. Ya había oído de él, antes de llegar a Tipton, y nada menos que por mi prima. ¿Por qué me importaba? Él es duro, criticón, engreído, orgulloso e irritante, más allá de toda comprensión. Entonces, ¿por qué tenía ganas de sollozar? Lydia me rodeó con sus brazos y cerré los ojos, rogando a mis lágrimas que no me traicionaran de nuevo.

\* \* \*

Cuando salí del comedor, después del desayuno, Diana me agarró del brazo.

—He estado pensando en cómo todos realizaron un recorrido por Tipton House, antes que llegaras. ¿Alguien te ha dado uno?

—No, pero me he orientado bastante bien y no quiero ser una molestia.

—¡Tonterías! Ya le dije a mamá mi intención. Aunque mi verdadera intención es liberarte de una mañana dedicada a la costura. —Se llevó el dedo al labio, cuando pasamos por la sala, donde se reunían las otras damas.

—Debo admitir que estoy agradecida por la fuga. Nunca he disfrutado realmente la tarea.

—¡Oh! Lo sé. Edwin mencionó que no te gustaba.

—¿Él lo hizo?

—Sí. Aparentemente lo insinuaste tu primera mañana aquí, cuando te encontré caminando por los jardines. Y te confesaré abiertamente, solo contigo, por supuesto, que también detesto eso con todo mi corazón.

Sonreí, aunque no pude evitar que mi mente reflexionara sobre la intención de Edwin al transmitir un detalle tan extraño. Después de dedicar demasiado tiempo a la idea, llegué a la conclusión que, independientemente de mi razonamiento, simplemente agradecería que ella me hubiera salvado de una mañana de tareas monótonas.

Deambulamos por la casa, cada habitación parecía estar conectada con otra. Teniendo en cuenta la forma simétrica de Tipton en el exterior, nadie se daría cuenta del laberinto que era

por dentro. La comparé con los pasillos y la ubicación de las habitaciones intencionales de Easton Manor, preguntándome qué había estado tratando de lograr el arquitecto al construir Timpleton House.

Después de caminar por la sala de billar, salimos a un pasillo considerable con arcos de madera.

—Este es el estudio de mi padre —llamó Diana, tocando la puerta grande.

—¿Deberíamos molestarlo en su trabajo? —susurré.

—Mi padre salió hoy —dijo con una sonrisa—. Pero Edwin debería estar aquí.

La puerta se abrió y Edwin se quedó mirándonos tentativamente.

—Ella aún no ha recibido una gira —dijo Diana, respondiendo a su pregunta tácita—. ¿Nos mostrarás el estudio? —De alguna manera, su petición sonó más como una exigencia.

Él abrió más la puerta.

—Pueden pasar, aunque debo mencionar que tengo una cita en breve.

Diana le hizo un puchero.

—¡Qué terrible momento! Si lo hubiera recordado, no nos habríamos aventurado aquí antes. ¡Oh! Bien. Edwin, hazte cargo de mí hasta que llegue tu cita. Estoy terriblemente cansada de tanto caminar.

—Es un estudio, Diana. —Edwin arqueó una ceja—. Aquí hay poco de interés.

—Quizás entonces le des a ella un recorrido por la biblioteca. Todavía no hemos llegado tan lejos.

Se miraron fijamente en una silenciosa batalla de voluntades. Me moví torpemente, deliberando cuánto duraría esto, cuando Edwin finalmente aceptó.

—¿Le importaría ver la biblioteca, señorita Blakeslee?

Miré a Diana, quien asintió con la cabeza animándose. Le dije que no participaría en sus planes, pero ahora estaba segura que cualquiera que fuera su objetivo al unirnos a Edwin y a mí, el mismo no funcionaría. Él me veía como a una niña, una hermana pequeña muy parecida a ella, aunque menos exigente, estaba segura.

—Lo haré —dije, y él abrió la puerta contigua que conducía a la habitación de al lado, haciéndome un gesto para que entrara.

La biblioteca estaba llena de libros y me recordó a la de Easton Manor con estantes repletos, ventanas grandes y numerosos asientos para leer. Cogí un libro delgado de un estante cercano y lo sostuve en mi mano. Rocé un dedo por el título, *La tempestad*. Había pasado algún tiempo desde que cogí un libro. Mamá me había enseñado a leer y también me había dado la alegría de mundos nuevos e historias inolvidables. Pasé innumerables tardes, acurrucada en una silla de nuestra biblioteca, sin poder dejar de leer, pero cuando mi madre murió, encontré poco placer en nada, incluyendo las cosas que ella me había enseñado a amar.

Edwin miró por encima de mi hombro.

—¿Lo ha leído?

—Por supuesto. —Lo volví a colocar en el estante.

—¿Y supongo que lo disfrutó?

—Mucho... Admito que me siento fácilmente satisfecha con un final feliz. —Mantuve mis ojos buscando en los libros, teniendo pocas ganas de recibir la mirada de censura que me esperaba—. Los escritos de Shakespeare que más disfruto son aquellos que terminan bien: *Noche de reyes*, *El sueño de una noche de verano*, *La fierecilla domada*; aquellos en los que el amor triunfa.

—Creo que es un ideal común entre las mujeres y la razón por la que sus comedias son tan

populares.

Giré hacia él.

—La vida ya está harta de tanta tragedia y dolor. ¿Hay algo de malo en encontrar satisfacción en el amor y en finales felices?

—Lo hay —dijo—. El daño es creer en algo que no es real, señorita Blakeslee. —Se acercó y mis pies flaquearon—. El amor solo trae miseria. Pensar lo contrario es una tontería. Acaba de declarar que la vida está llena de tragedias...

—Y es por eso que se necesita amor.

—No. Eso es lo que causa el amor.

Ninguno de los dos se movió y pude sentir su cálido aliento sobre mí. Solo entonces me di cuenta de lo cerca que estábamos, mi cuello se estiró para mirarlo, aunque no tenía ningún deseo de alejarme.

Me tragué la mezcla de emociones que fluían a través de mí.

—Entonces, usted no entiende el amor —susurré.

El resentimiento en su mirada me tomó por sorpresa.

—¿Y usted lo entiende?

—El amor me ha salvado. —Sus ojos buscaron los míos—. El amor que conozco tiene el poder de elevar y sanar, de ver más allá de la debilidad y convertirla en fortaleza.

—El amor es voluble y le fallará.

—Nunca. No sé qué falsificación describe, pero el amor que he encontrado es fiel e incondicional.

Él no dijo nada y sus ojos se apartaron de los míos en contemplación. Después de respirar profundamente, volvió a mirarme. Tenía la expresión severa que yo había llegado a conocer tan bien y dio un paso atrás.

—¡Espero que tenga razón en su juicio! —dijo, asintiendo enérgicamente.

Cuando dio la vuelta, quise llamarlo, pero estaba demasiado confundida para encontrar una respuesta. Lo seguí al estudio, aturdida. Edwin se colocó cerca del escritorio con la vista fija en el suelo y Diana nos miró, desconcertada.

—¿Cómo es que ya encontraron algo para discutir? Estuvieron allí menos de cinco minutos. Quizás debería asumir el papel de mediadora, en lugar de acompañante para ustedes dos.

Ni Edwin, ni yo sonreímos.

—Esto no servirá... ¿Cuál fue el desacuerdo esta vez?

—No hubo ningún desacuerdo —dijo Edwin—. Bueno, al menos eso no es lo que causó el descontento.

Curiosa por saber cuál pensaba que había sido la causa, miré en su dirección, ansiosa por que terminara. Un golpe interrumpió su revelación.

Diana se puso de pie y extendió su brazo hacia mí.

—Saldremos de la biblioteca.

Edwin bloqueó nuestra retirada.

—Está bien si salen por la puerta del estudio. —Desvió la mirada ante los repetidos golpes—. Adelante.

El mayordomo abrió la puerta con sus ojos recorriendo a Diana y a mí.

—Los Slyton están aquí para verlo, señor Stanton.

—Muéstrales... que entren.

¿Los Slyton? Conocía el nombre, pero seguramente no eran la misma pareja que había conocido. Mi corazón se aceleró independientemente de lo que él me dijera. La puerta se abrió

de nuevo. Tanto una mujer, alta y nervuda, como un hombre, más bajo y corpulento, cruzaron el umbral. Eran mayores y algo más feos, pero, ¡eran ellos! Mis rodillas casi cedieron, y apreté con más fuerza el brazo de Diana para sostenerme.

—Señor. Y señora Slyton, me alegra que finalmente hayan aceptado hacer el viaje a Tipton. Esta es mi hermana, la señora Ellis, y nuestra amiga, la señorita Blakeslee.

La señora Slyton asintió en nuestra dirección, pero abruptamente volvió su atención a Edwin.

—Con una oferta tan amable, ¿cómo podríamos resistirnos? —Su voz ronca me trajo una serie de recuerdos que hicieron temblar mi cuerpo.

Giré con cautela y encontré al señor Slyton inspeccionándome con los ojos entrecerrados. ¿Me reconoció? No lo había visto desde que era niña y esperaba que los años hubieran hecho su trabajo lo suficiente como para disfrazarme. Levanté la barbilla, intentando no parecer afectada por su presencia, y me sentí aliviada, cuando el señor Slyton volteó hacia Diana y la evaluó con la misma mueca repugnante, que me había hecho a mí. Miré a Edwin y lo encontré devolviéndome la mirada con una expresión peculiar.

Edwin se acercó a mi lado y puso una mano firme alrededor de mi cintura, guiándome hacia la puerta. Me zumbaban los oídos y estaba segura que me había dicho algo, pero no podía estar segura. Cuando salimos del estudio, su toque se retractó, y Diana tomó su lugar, guiándome de regreso por el pasillo.

No estaba segura de hacia dónde me llevaban y pronto me encontré sentada en una habitación, que me resultaba familiar.

—¡Traigan refrigerio de inmediato! —La voz de Diana resonó en mi mente. Mi cabeza daba vueltas y la apoyé contra la silla. Mi visión se desvaneció en la oscuridad.

## Capítulo once

Abrí los ojos y encontré a Diana y a Lady Eliza mirándome, oliendo sales en la mano. Me senté, pero mi cabeza daba vueltas, así que la recosté nuevamente.

—¿Cómo se siente, señorita Blakeslee? —Lady Eliza levantó una taza de té con limón y tomé un sorbo. Sus ojos revolotearon alrededor de mi cara, y su frente se arrugó con preocupación.

—Yo... simplemente, me siento mal.

—¿De mal humor? —repitió Diana, luciendo alarmada—. ¡Te desmayaste! ¡Qué suerte haberte llevado a esta silla primero! ¿Qué pasó? En un momento estabas bien y al siguiente parecías rígida y pálida. ¿Seguramente, no fue por tu discusión con Edwin?

La mirada de preocupación de Lady Eliza se dirigió a Diana.

—No —les aseguré a ambas—. Simplemente, fue un mareo.

Diana no parecía convencida.

—Tal vez fue esa manera vil en que te miró el señor Slyton. ¡Ese hombre despreciable! ¡Qué desafortunado debería ser ver a alguien como él, hoy en Timplon House!

—¿Quién es este señor Slyton? —interrumpió Lady Eliza.

—Estoy segura que era un hombre con el que Edwin deseaba hablar sobre la propiedad. Acaba de llegar y trajo a su esposa. No parece amigable de ninguna manera... El señor Slyton parece ser todo un libertino. —Parecía que Diana había dicho algo que no debería haber revelado.

—¿Por qué tu hermano traería gente así a Timplon? —No terminó, pero volvió su atención a mí—. Lo siento si este visitante le ha causado dolor.

El dolor era un eufemismo. Ella nunca sabría qué dolor me había causado esa pareja, y no era asunto suyo.

—Fue solo un mareo. —Sonreí tan auténticamente como pude—. Por favor, no se quede. Me doy cuenta que tiene muchas cosas que requieren su atención.

Lady Eliza buscó mi rostro.

—¿Si está segura que está bien?

—Lo estoy —respondí, impaciente de estar sola—. Gracias.

—Diana, quédate con la señorita Blakeslee hasta que se recupere.

—Por supuesto, madre.

Lady Eliza me apartó un mechón de pelo de la cara y luego me sostuvo la barbilla con la mano por un momento, como solía hacer mi madre, antes de levantarse y alejarse rápidamente.

Diana se sentó a mi lado, durante varios minutos, hasta que mi cabeza dejó de dar vueltas y pude sentarme erguida. Estaba agotada por el incidente, pero el aire fresco sonaba más atractivo que descansar bajo la atenta mirada de Diana.

—Creo que daré una vuelta por el jardín. —Necesitaba estar sola y el jardín me parecía el lugar perfecto para recuperarme.

—Estaré encantada de atenderte.

—Ya has pasado toda la mañana conmigo. No se me ocurriría pedirte más. Además, estoy segura que el señor Ellis te extrañará muchísimo.

Diana me examinó, evaluando claramente, si deseaba o no su compañía.

—Supongo que tienes razón —dijo astutamente—. Aunque me preocupa que sufras otro

hechizo, mientras estás sola.

—Estaré bien. El té ha hecho maravillas, y me siento yo misma otra vez.

Ella sacudió su cabeza.

—Todavía tengo dudas... —De repente sus ojos se iluminaron—. Pero supongo que podría ser ventajoso. Sí, ve a caminar. Te vendrá bien tomar aire fresco.

Reconocí su expresión calculadora, pero estaba demasiado ansiosa por salir para cuestionar sus motivos.

—Me comunicaré contigo más tarde para asegurarte que sobreviví a mi excursión al aire libre.

—Muy considerado de tu parte.

Me dirigí hacia la puerta, pero me detuve, antes de llegar a ella.

—Gracias por todo, Diana.

—A tu orden, mi querida amiga.

No estaba segura si fueron sus palabras o la sinceridad detrás de ellas lo que más me impactó, pero un sentido de pertenencia floreció dentro de mí.

\* \* \*

Diana me había mostrado el camino de regreso a los jardines, pero las habitaciones eran un laberinto, por lo que no estaba segura de poder encontrarlas nuevamente, en mi estado actual. En cambio, fui a salir de la casa por la puerta principal.

—Señorita Blakeslee. —El mayordomo de Stanton se me acercó vacilante, cuando entré al vestíbulo de entrada—. Estaba en camino para buscarla. Hay un joven aquí, señor Silas, solicitando audiencia con usted. Le dije que esperara afuera. Tengo entendido que usted no se siente bien, así que si quiere, puedo decirle que se vaya.

Intenté pasar por alto mi vergüenza porque el mayordomo ya se había enterado de mi episodio de desmayo.

—Eso no es necesario. Estaré más que feliz de hablar con él.

Ver a este chico con tantos problemas pondría los míos en perspectiva. Seguí al mayordomo hasta la entrada principal, cuando apareció a la vista el mismo muchacho, manchado de lágrimas, que había conocido por primera vez.

—Silas, ¿qué pasa? —Corrí hacia él y me agaché para poder ver su rostro más claramente.

—Mamá está enferma y Juliet no deja de llorar. Fui a casa de la señora ‘ill y ella no está allí. No sé qué hacer y dijiste...

—Dije que si necesitabas algo, vinieras a buscarme, y lo has hecho exactamente bien. Permíteme informar a Baldwin que me voy, y partiremos de inmediato.

Giré y encontré la mirada curiosa del mayordomo todavía sobre mí.

—Iré a la casa de los Bragg, si alguien me necesita.

—Muy bien, señorita Blakeslee. ¿Quiere que le traigan el carruaje?

Estaba segura que podríamos llegar casi tan rápido, cruzando los campos, sin causar escándalo.

—Caminaremos, pero... gracias.

Me ofreció una sonrisa cautelosa y se inclinó, antes de regresar a la casa, y cerrar la puerta detrás de él.

Agarré la mano de Silas, bajamos corriendo las escaleras y cruzamos el camino de entrada.

\* \* \*

A medida que nos acercábamos a la cabaña, los penetrantes gemidos de Juliet cortaron el aire estancado, como una advertencia anunciada de lo que me encontraría. Mi corazón se aceleró. Ya había atendido a enfermos antes, pero nunca por mi cuenta. Cuidar a los niños y lavar la ropa era una cosa, aliviar una enfermedad sin supervisión era otra.

Silas no me permitió un momento de pausa hasta que cruzamos el umbral. La gran habitación no había cambiado, incluyendo a la señora Bragg, que yacía en el mismo lugar que yo la había dejado, aunque su respiración ahora era superficial y rápida.

—¿Cuánto tiempo ha estado así? —pregunté, corriendo hacia la cama.

Él se acercó a mí y se encogió de hombros.

—Juliet lloró toda la noche. Tuve que seguir con ella para que mamá pudiera dormir. Estaba tan cansado... que me quedé dormido. —Su voz se apagó y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Cuando desperté, ella estaba así.

La evalué, deliberando qué hacer.

—Silas. —Me incliné y lo agarré por los hombros—. Lo has hecho de manera asombrosa. Y sé que debes estar exhausto, pero necesitamos un médico. ¿Crees que puedes pedir uno por tu cuenta?

Le dio a su madre una mirada prolongada, antes de asentir, y escaparse de mi alcance.

Me incliné sobre la señora Bragg y puse mi mano en su frente. El calor de su piel me atravesó. El grito de Juliet resonó en mis oídos, pero mis instintos me dijeron que necesitaba enfriar a la señora Bragg, y calmar su respiración, antes de atender a los demás.

Rápidamente le quité las mantas, y comencé a desvestirla hasta que se quedó con la camisola.

—Mary querida, ¿puedes traerme un poco de agua? —pregunté, tratando de mantener mi voz tranquila, mientras me apresuraba a quitarle el vestido a la señora Bragg.

Se puso de pie rápidamente y agarró el lavabo, acercándolo con cuidado hasta donde yo estaba.

Cogí un paño limpio, agradecida de haber limpiado la ropa ayer, y tomé la palangana que me tendía Mary. Empapé el paño y lo llevé a la boca de la señora Bragg, apretándolo suavemente para permitir que el agua humedeciera sus labios secos. Ella tragó e hizo una mueca. Moje el trapo en el agua, nuevamente, frotando la tela fría sobre áreas de su piel expuesta y en su frente. Le acaricié el pecho y ella dejó escapar un gemido angustioso. Examiné el área y noté un bulto duro debajo de su camisola. Miré a Juliet que seguía gritando en la cama, y me di cuenta de cuál podría ser el problema. Sin saber cómo proceder, tomé a Juliet y la llevé al lado de su madre.

—Señora Bragg —dije, sin estar segura que pudiera oírme—. Voy a ayudar a Juliet a alimentarse. Creo que te ayudará a aliviar algo de tu malestar. —Busqué torpemente su camisola, sin saber cómo ayudar a un bebé a amamantar, y puse a la señora Bragg sobre su costado. Con cautela, presioné a Juliet contra el pecho de su madre y me alegré al ver que no necesitaba mucho esfuerzo de mi parte. Juliet se prendió y empezó a beber con avidez.

La señora Bragg dejó escapar otro gemido y su cuerpo se puso rígido. Me preocupaba haber hecho algo mal, pero antes que tuviera tiempo de reaccionar, la rigidez disminuyó. El satisfecho amamantamiento de Juliet resonó por toda la cabaña, y continué pasando mi paño por la frente de la señora Bragg.

Silas abrió la puerta y entró corriendo.

—El médico está en camino —dijo, y estaba segura que él se habría sentido orgulloso de sí mismo, si no hubiera estado tan preocupado por su madre. Su mirada se dirigió a Juliet, que se alimentaba satisfecha, y me sonrió, como si hubiera logrado una gran hazaña.

—No trato mucho con niños, y me temo que ayer pasé por alto que tu madre probablemente estaba acostumbrada a alimentar a Juliet. Espero que eso alivie un poco el malestar de ambos.

Silas se sentó a mi lado y ayudó a colocar el cuerpo de su madre sobre su costado. Mis ojos recorrieron la cabaña y se posaron en las niñas con los ojos muy abiertos, que me miraban tentativamente. Sonreí tranquilizadamente a las dos niñas mayores, antes de notar a Rose, acurrucada en el regazo de Patience, temblando. El pánico me invadió. Precisamente ayer, sus mejillas estaban llenas de color. Hoy, su tez estaba pálida y cetrina.

Asegurándome que Silas pudiera apoyar la posición de su madre sin mí, corrí al lado de Rose y puse mi mano en su frente. Ella también tenía fiebre y rápidamente tomé otro paño limpio para frotarle la frente, las piernas y los brazos. Le levanté el pelo del cuello, permitiendo que la humedad de la tela penetrara su piel caliente. Su cuerpo se estremeció violentamente, y empezó a llorar.

—Sé que hace frío, Rose, pero debo hacerlo.

Ella se aferró a Patience, mientras yo seguía frotando su piel. Sus gemidos desgarradores me hicieron sentir, como si estuviera torturando a la pobre y querida niña. Mirando hacia la señora Bragg, me di cuenta que necesitaba cambiar de lado a Juliet, antes que ella estuviera satisfecha y no pudiera aliviar el otro seno. Le entregué a Mary un vaso de agua y me dirigí a su hermana.

—Rose, Mary tiene agua para ti. Necesito que bebas, mientras ayudo a tu mamá. ¿Puedes hacer eso? —Ella asintió con la cabeza y tomó un sorbo, cuando Mary le llevó la taza a los labios.

—Silas, tenemos que llevar a tu madre al otro lado —dudé en pedirle tal cosa, pero como él era el mayor, esperaba que estuviera acostumbrado a que su madre cuidara a sus hermanas. Se puso de pie y el cuerpo de su madre se desplazó hacia su espalda, lo que provocó que Juliet se soltara, y comenzara a gritar en protesta.

Agarré a Juliet, la coloqué en la otra cama y maniobré con cuidado a la señora Bragg hasta que estuvo frente a nosotros. La pared ahora sostenía su espalda, lo que le impedía girar más. Satisfecha con su posición, agarré a Juliet y la coloqué cerca del otro pecho de su madre. De inmediato, ella dejó de llorar y empezó a mamar contenta, otra vez. Froté mi mano a lo largo de la clavícula de la señora Bragg, contenta de ver que el bulto había disminuido en el lado por el que Juliet se había alimentado.

Moví a Rose al lado de su madre, frotando paños húmedos sobre su piel expuesta. Silas se encargó de conseguirles algo de comer a Mary y Patience, antes que yo insistiera en que descansara. Obedeciendo y luciendo exhausto, instantáneamente se quedó dormido y las dos chicas mayores se acurrucaron junto a él, siguiendo su ejemplo. Cuando llegó el médico, Juliet dormía contenta en la cama de los niños con sus hermanos dormidos.

El médico era más joven de lo que esperaba, apenas unos años mayor que yo, y después de una rápida presentación, me hizo preguntas, mientras evaluaba a la señora Bragg y a Rose. Le conté lo que había hecho para bajarles la temperatura y cómo había dado de comer a Juliet para aliviar a la señora Bragg. Solo me sonrojé una vez en mi recuento, pero no pensé que él se diera cuenta de lo concentrado que estaba en la señora Bragg.

—Bueno. —El médico se dirigió hacia mí—. Estoy bastante impresionado con su conocimiento del tratamiento, señorita Blakeslee, especialmente con su decisión de alimentar a la bebé. No es frecuente ver a una dama tan hábil atendiendo a pacientes enfermos. Tuvieron suerte de tenerla aquí. —Se pasó una mano por la mandíbula y una mirada de preocupación llenó sus amables ojos—. Sin embargo, temo por su salud. Creo que han contraído influenza, que es muy

contagiosa. He visto varios casos en Chadsmead y en pueblos cercanos. —Volvió a mirar a la señora Bragg y a Rose—. Es algo extraño, estando tan avanzado el año.

Asentí, aunque sentí poca preocupación por su conclusión. Había estado rodeada de innumerables enfermedades y, sin embargo, no podía recordar la última vez que contraje una.

El sonido de un caballo acercándose llamó mi atención y me dirigí hacia la puerta. Edwin había desmontado y caminaba apresuradamente hacia la cabaña.

—Señor Stanton, ¿qué pasa? —pregunté, dando unos pasos hacia él. La ira que abrumaba sus rasgos me hizo sentir débil otra vez. ¿Me habían reconocido los Slyton, después de todo? ¿Sabía lo que le había ocultado a él y a todos?

—Fui a buscarla después de mi reunión...

—Le informé a su mayordomo que iba a ver a los Bragg —interrumpí, posponiendo lo inevitable—. Pero independientemente de si no se lo dijeron de inmediato, no hay necesidad de preocuparse, así que...

—¿No es necesario, señorita Blakeslee?

El miedo me consumió al escuchar la acusación en su voz, pero me negué a dejarle ver mi estado de pánico.

—No hay suficiente que requiera que usted actúe con tanta presunción. —Mi cuerpo se tensó y le devolví la mirada, preparándome para la acusación que estaba a punto de hacer contra mí.

El médico entró por la puerta a mi lado.

—¿Pasa algo, señorita Blakeslee? —Su mirada inquisitiva se deslizó hacia Edwin—. ¡Oh! Señor Stanton.

—Doctor Walter —asintió Edwin rígidamente sin apartar su atención de mí—. He venido a buscar a la señorita Blakeslee.

Su expresión inquebrantable me desafió a negarme y acepté de buena gana ese reto.

—No me puedo ir. No hay nadie aquí para cuidar a la señora Bragg y a sus hijos.

Apretó la mandíbula, pero finalmente su mirada se desvió de mí.

—Doctor Walter, ¿seguramente, usted conoce a alguna mujer que pueda cuidar de esta familia? Puedo asegurarle que la paga será generosa.

La mirada del doctor Walter se posó en mí, antes de asentir.

—Sí. Estoy seguro que podré tener a alguien aquí, en una hora.

—Gracias. Si les informa que envíen actualizaciones periódicas sobre la condición de la familia, estaremos muy agradecidos. Dirija la correspondencia a la señorita Blakeslee, Tipton House.

—Por supuesto.

—Se ha creado un subsidio en varias de las tiendas a nombre de la señora Bragg, por lo que no debería haber dificultad para obtener cualquier cosa que la familia necesite. Si hay costos o tarifas adicionales, por favor diríjamelos.

—Muy bien, señor Stanton. —Las cejas del doctor Walter se arquearon.

Todavía mi padre no podría haber recibido mi carta, solicitando su ayuda, y mucho menos haberla ofrecido. ¿Edwin había tomado la iniciativa de atender las necesidades de los Bragg, incluso antes de saber que estaban enfermos? La ira que lo impregnaba daba pocos indicios que realmente se preocupara por los Bragg y su angustia.

—La esperaré junto al caballo —me dijo Edwin, antes de darnos la espalda.

Seguí al doctor Walter de regreso a la casa, reconociendo que tendría que despedirme. Todos los niños dormían y no tuve valor para despertarlos. Besé a cada uno en la cabeza y le di

una última mirada comprensiva a la señora Bragg.

—Voy a contratar a una cuidadora capaz, señorita Blakeslee. —El doctor Walter esbozó una especie de sonrisa—. Estarán bien atendidos.

—Gracias. Y si está aquí cuando los niños despierten, dígales que volveré pronto.

—Lo haré. Y cuídese, señorita Blakeslee.

Estaba segura que él hablaba de mi salud, por lo que le ofrecí un gesto tranquilizador. Pero cuando salí por la puerta hacia un inquietante Edwin Stanton, me pregunté, si él iba a decirme algo completamente diferente.

\* \* \*

Edwin no dijo nada, mientras me ayudaba a subir al caballo. Montó detrás de mí y rodeó mi cintura con sus brazos, tomando las riendas con ambas manos. Nos sentamos en silencio, mientras el caballo comenzaba a moverse y los músculos de sus manos se contraían al apretar con fuerza la correa de cuero, en un ritmo repetitivo.

Entramos en el camino que conducía de regreso a Tipton y me debatí, si estaba más enojada con el descaro de Edwin, o intrigada por su generosidad. Sabiendo que últimamente mi temperamento había encontrado más satisfacción que mi curiosidad, y no teniendo ningún deseo de hablar de lo que había causado que él me buscara de ese humor, decidí poner fin al silencio.

—¿Le dio un subsidio a la familia Bragg?

—Sí. —Su voz contenía poca emoción—. Con el acuerdo de mi padre, envié a nuestro mayordomo a la ciudad, esta mañana, para arreglarlo.

—¿Por qué? —pregunté, mirando hacia él, esperando descubrir más que solo palabras.

Sus brazos me rodearon con más fuerza y tiró de las riendas. Su caballo se detuvo obedientemente.

—¿Por qué me sentí obligado a ayudar? No soy tan desalmado como usted cree.

—¿No lo es? —pregunté, buscando en sus ojos. Sinceramente, deseaba entender quién era este confuso caballero: el hombre juguetón que entretenía a los niños Bragg con un tonto juego infantil, o el hombre, aparentemente poco compasivo, que se había puesto del lado de Helena en contra que los pobres fueran *dignos* de nuestra ayuda.

Él encontró mi mirada con una de igual fervor, pero no respondió. Nuestros rostros ahora estaban a solo unas pulgadas, y rechacé el extraño impulso de mirar sus labios.

—¿Por qué usted está tan enojado conmigo? —Me tomó cada gramo de coraje que poseía para finalmente hacer la pregunta—. No puedo imaginar que tenga que ver con los Bragg, ya que usted también les brindó ayuda.

—No salí corriendo ni arriesgué mi salud por ellos.

—¿Y a usted le importan los riesgos que tomo? —Lo miré con incredulidad.

Parecía ofendido por mi pregunta.

—Su bienestar es una gran preocupación para mí. Usted es mi invitada y... —Intentó pensar en un término para lo que yo era para él. Aparentemente, una hermana no relacionada sería considerada inapropiada, por lo que continuó sin terminar—, he oído informes de influenza cerca, así que cuando Baldwin me dijo que había ido a ayudar a la señora Bragg, que se había enfermado... —Sus ojos mostraban una emoción que entendí, una de pérdida y dolor.

—El doctor Walter cree que la señora Bragg y Rose tienen influenza —lo reconocí de manera vacilante.

Sus fosas nasales se dilataron y él cerró los ojos. Pude ver su pecho subir y bajar, la lentitud del movimiento era intencionada. Abrió los ojos y me sorprendió la profundidad de la

preocupación en sus rasgos.

—Entonces, ¿usted podría contraerlo?

—Supongo, aunque no lo creo.

—No puedo imaginar que haya tenido mucha exposición, mientras crecía en Easton Manor.

—Se lo aseguro, la he tenido. —Decidí darle una respuesta parcial—. Mi madre y yo atendíamos a menudo a los enfermos. Ella no fue tan afortunada como yo, y a veces contraía una de las enfermedades que encontramos, pero cuando se recuperaba, salía otra vez y me llevaba consigo. —Sonreí al recordar a mi madre, asegurándole a mi padre que sería más cautelosa solo para encontrarnos unos días después, en medio de un mar de rostros enfermos—. Ella siempre me dijo que había sido bendecida con una buena constitución, así que me sentiría desagradecida, si no la usara para ayudar a los demás.

Edwin me miró con una expresión extraña y estuve segura que de alguna manera estaba satisfecho con mi respuesta. Su mirada se volvió hacia adelante y golpeó con el talón el costado del caballo. Sin estar preparada para el movimiento del ejemplar en movimiento, me tambaleé hacia atrás. El fuerte brazo de Edwin rápidamente se apretó alrededor de mí, atrayéndome a la seguridad de su cuerpo.

—Gracias —susurré.

Aflojó su agarre, pero su brazo permaneció protectoramente alrededor de mí. Era un hermoso día, pero apenas noté nada más que la forma rígida, en que apoyé mi brazo sobre el suyo y el calor de su mano en mi cintura. El caballo caminaba tan lentamente, que estaba segura que podríamos llegar a Timplon más rápido, si caminábamos, pero me alegré de estar cabalgando.

—¿Y cómo se siente usted? —preguntó.

—Bien, gracias.

—Esta mañana, lucía bastante... inquieta.

Me di cuenta que habló sobre mi reacción ante la visita de los Slyton, y una vez más me pregunté qué le habían dicho.

—Experimenté un ligero mareo, eso es todo.

Timplon House apareció a la vista y mantuve mi atención en ella.

—Diana dijo que usted se desmayó.

—Solo por un momento —repliqué, como si eso fuera de alguna manera tranquilizador.

—Parecía asustada, cuando Baldwin mencionó el nombre Slyton, y al verlos... —Su mirada se cruzó con la mía—. ¿Los conoce?

Dudé, sin saber cómo responder.

—¿Seguramente, no afirmaron conocerme? —Mi tono rozó el insulto para disimular mi inquietud.

—Por supuesto que no. Pero lamento si su visita le causó angustia de alguna manera. No son la típica gente que visita Timplon, se lo aseguro.

¿Entonces no me habían reconocido? ¿No habían descubierto mi secreto? Inspiré profundamente, ante el pensamiento, sin darme cuenta que había estado conteniendo la respiración.

—Entonces, ¿por qué vinieron? —pregunté casualmente, ocultando mi desesperación por saberlo.

—Un asunto personal —respondió Edwin de manera muy inútil—. Al final no fue una reunión muy útil, y lamento haberlos traído aquí. Solo lo hice porque no quería dejar Timplon, en este momento.

Mi corazón dio un vuelco al recordar a Helena y me reprendí por mi persistente estupidez. ¿Por qué me seguía encontrando con el pretendiente de mi prima? Torpemente me aparté de su pierna para sentarme.

—¿Diana lo envió a buscarme? —pregunté, conociendo la respuesta de antemano.

—Sí... Está muy preocupada por usted.

Asentí, confundida en cuanto a por qué me sentí decepcionada por su admisión. Por supuesto que sí. Sabía que ella estaba tramando algo, cuando la dejé. Edwin ciertamente no me buscaría por iniciativa propia. Necesitaba encontrar un momento para hablar con ella, decirle que dejara de entrometerse. Sería fácil darme cuenta que a Edwin no le importaba, si Diana dejara de unirnos y no lo enviaba a realizar estas asignaciones calculadas. No es que realmente me importara. Sería más sencillo sin tener que verlo tanto a él.

Cuando nos acercamos a Timpton, Edwin desmontó de su caballo y me acompañó. Guió al ejemplar, colocando su mano firmemente sobre su cuello, caminando lo suficientemente cerca como para atraparme, si yo me caía. Aprecié el comportamiento caballeroso, aunque descubrí que no estaba tan desequilibrada, como cuando me senté sola antes. Nos acercamos a la casa y encontramos a los invitados reunidos junto al estanque y había mantas esparcidas sobre el césped. Vi un grupo de pie formando un gran círculo con Helena, en el centro, con los ojos vendados.

Sonreí.

—¿Están jugando el farol del ciego?

—Parece que lo están. —Edwin no parecía muy emocionado—. ¿Quieres que la deje libre para que pueda participar?

—Si no le importa. —Giré la parte superior de mi cuerpo para tener una mejor vista—. No lo he jugado, pero entiendo que es bastante entretenido de ver.

La risa de Helena flotó hacia nosotros.

—Ciertamente, suena como si lo fuera. —Levantó la mano y agarró mi cintura, antes de bajarme con cuidado. Me sonrojé por nuestra proximidad y agradecí que el caballo nos escondiera de la vista de los demás.

—¿Usted jugará? —pregunté con una sonrisa tentadora.

—No juego, señorita Blakeslee. —Él levantó una ceja

—Seguramente, no puede hacer tal afirmación, porque ayer no solo estuvo en un juego, sino que lo instigó.

—Esa fue una excepción. —Su boca se levantó en una comisura.

—¿Y no habrá otra?

Agarró las riendas del caballo y se lo llevó, respondiendo a mi pregunta.

Corrí hacia donde estaba reunido el grupo. Helena, con los ojos vendados, agarró la solapa de la chaqueta de un burlón Lord Ramsby.

Ella sonrió victoriosa.

—Ahora a descubrir quién es. —Sus manos se posaron sobre las de él y recorrieron la parte superior de ellas hacia el interior de su cuello—. Una buena constitución —dijo lo suficientemente alto, como para que la multitud la escuchara—. Una bonita cabellera. —Sus dedos recorrieron la parte superior de su cabeza y bajaron hasta su frente. Le tomó la cara entre las manos y pasó los pulgares por las cejas, alrededor de los ojos y por el puente de la nariz—. ¡Una nariz muy fina! —Ella se rió de alegría, cuando sus dedos aterrizaron en sus labios.

El gesto íntimo me hizo desviar la mirada. Buscando algo más que mirar, mi mirada se posó en Diana, que tenía una sonrisa divertida.

—Estos labios. —Helena volvió a reírse—. ¡Este tiene que ser Lord Ramsby! —Me arriesgué a mirar a Helena y la encontré quitándose la venda de los ojos entre los aplausos del grupo. Cuando confirmó que era él, aplaudió emocionada, luciendo muy satisfecha consigo misma. Ella le ofreció la mano y él de buen grado le dio un beso de felicitación en los nudillos.

—¿Quién es la siguiente? —preguntó Diana, y la señorita Hawkins dio un paso adelante. La pobre señorita Hawkins no tuvo la misma suerte, a la hora de atrapar a un caballero, pero lo hizo con más gracia de lo que yo le habría dado crédito. Inspeccionó el vestido de Hannah con las manos.

—Debe ser la señorita Hannah porque su vestido es el único que hoy tiene botones tan altos en la espalda, y tiene un borde de encaje alrededor de las mangas y del cuello. —Recibió el reconocimiento de una audiencia impresionada y Diana volvió al centro.

—Creo que casi todo el mundo ha tenido su turno. —Examinó al grupo y su mirada se posó en mí—. Excepto por... Abigaíl.

Me puse rígida, ante las miradas cambiantes en mi dirección.

—No tengo intención de jugar.

—Debo insistir, o tú o Edwin. —Ella apartó su mirada de mí y la seguí hasta donde Edwin acababa de llegar.

—Participaré —expresó Edwin secamente—. Lo digo en serio, entonces, ¿quién de ustedes será...? —Una sonrisa malvada iluminó su rostro.

Lo miré y lo encontré reflejando mi expresión de expectación. Sacudí la cabeza y lo señalé implorante. De mala gana caminó hacia el círculo y se paró frente a Diana.

—Parece que soy el afortunado.

—Te prometo que encontrarás placer en nuestro tonto juego, querido hermano —dijo, antes de atarle la venda y girarlo.

Parecía bastante absurdo caminando con los brazos extendidos moviéndose sin entusiasmo. Los caballeros habían retrocedido y todas las damas se rieron salvajemente, mientras lo rodeaban, intentando ser la persona que él capturaba sin hacer demasiado obvio su deseo. Helena dejó escapar una risa estridente que él seguramente reconocería, cuando se acercara a él. Hizo un intento en su dirección, antes de girarse y tambalearse en dirección opuesta. Diana vino hacia mí y me agarró la mano, acercándose al grupo.

—Solo tengo la intención de mirar —susurré, plantando mis pies.

—Lo sé —murmuró ella en respuesta—. Pero es mejor que tengas una buena vista. No es frecuente ver a Edwin luciendo tan absolutamente ridículo.

Accedí y le permití acercarme un poco más, antes de detenerme de nuevo.

—Abigaíl —dijo con un fuerte susurro—. ¡Vamos!

Sacudí la cabeza y vi a Edwin avanzar hacia Diana con los brazos extendidos. Dejé escapar una pequeña risita, cuando su mano casi agarró la falda de su vestido. Edwin debió darse cuenta que había alguien cerca porque volvió a acercarse en nuestra dirección. Intenté soltar mi mano de la de Diana, pero ella la sujetaba con mano de hierro. La miré justo a tiempo para vislumbrar su sonrisa traviesa alejándose de mí, la fuerza de la rotación estaba lanzándome directamente a los brazos abiertos de Edwin.

Me rodeó con sus brazos con fuerza y apenas contuve una risa.

—Veamos —dijo, permitiéndome dar un paso atrás, pero manteniendo sus manos firmemente en mi cintura. Las mantuvo allí por un momento y me pregunté si quería adivinar quién era yo directamente. Pero antes que pudiera tener esperanzas de salvarme de este espectáculo público, puso una mano en cada uno de mis hombros. Lentamente, sus dedos se

movieron hacia adentro y luego hacia arriba, a lo largo de mi cuello. Temía que mi corazón se detuviera por completo por el agotamiento, ante un ritmo elevado, y podía sentir el calor extenderse, a dondequiera que su piel hiciera contacto con la mía. Cerré los ojos, esperando que si no podía verlo, no me sentiría tan expuesta.

Sus dedos siguieron la línea del cabello y rozaron las puntas de mis orejas. La sensación de sus palmas contra mis mejillas fue suave y cálida. ¡Maldita sea! Cerrar los ojos solo aumentaba las sensaciones de su toque. Me obligué a abrir los ojos de nuevo. Fue entonces cuando me di cuenta que ninguno de nosotros sonreía ni reía, como lo habían hecho los demás. Quería alejarme, escapar de la impresión que me importaba él, cuando todo era por un juego tonto. ¡Qué tonta fui! Ni siquiera había descubierto quién era yo, todavía...

Cuando sus dedos se cernieron sobre mis labios, me quedé sin aliento. Parecía haber notado mi reacción porque dio un paso atrás, bajó sus manos hasta mis hombros y luego las recorrió a lo largo de mis brazos.

—¿Quién se supones que es? —El señor Ross lo llamó riéndose—. Seguramente, ya has tenido tiempo suficiente para formar una conjetura.

Miré en dirección al señor Ross y encontré los ojos deslumbrantes de Helena sobre mí. Aparté mis manos de las de Edwin.

—Reconocería a mi hermana en cualquier lugar —dijo, quitándose la venda de los ojos. Toda la multitud se rió y su mirada se posó en mí—. ¡Oh! Señorita Blakeslee. Es usted. —Agarró mi mano y la besó, como si me ofreciera una disculpa.

Sonreí débilmente, todavía demasiado conmovida por la experiencia, como para ignorarla tan fácilmente, aunque él era capaz de hacerlo. Retrocedí unos pasos.

—¿Qué manera tan entretenida de terminar! —dijo Diana al grupo, y yo de buena gana volví mi atención hacia ella—. ¿Tomamos un refrigerio?

Caminé entre la multitud hacia la orilla del estanque, donde varios de los padres estaban sentados sobre mantas, disfrutando de una limonada.

Alguien pasó su brazo por el mío y no hubo necesidad de confirmar quién era la causante de mi agitación.

—No puedo creer que hayas hecho eso, Diana... Helena está excepcionalmente molesta.

—¿Tú crees? —preguntó Diana inocentemente—. Me pareció que ella disfrutaba muchísimo del juego. Quizás no es porque Edwin se haya topado contigo, pero el hecho que encontrara a Lord Ramsby fue muy apropiado.

—¿Se topó conmigo? —Mantuve mi voz lo más baja que pude en mi exasperación—. ¡Me arrojaste hacia él!

—Eres bastante dramática, Abigaíl. Estaba tratando de esquivarlo y no me di cuenta de lo vulnerable que te dejaría.

—¡Eres la peor mentirosa!

—¿Querido? —preguntó Diana por encima del hombro, y miré para encontrar al señor Ellis, siguiéndonos de cerca—. ¿Escuchas las acusaciones que Abigaíl está poniendo contra mí?

—¿Que literalmente la arrojaste en el camino de tu hermano? —Soltó una carcajada.

Me sonrojé al darme cuenta que él había escuchado toda nuestra conversación.

—¿Te imaginas una idea tan tonta? ¿Qué motivo podría tener para ello?

—Cualquier cosa que estés tratando de lograr, debes detenerte. Tu hermano está enamorado de mi prima. —Entrecerré los ojos hacia ella.

—No lo está —dijo desafiante, fijando la mirada hacia adelante.

—Bueno, él ciertamente la prefiere, y con razón. —Miré hacia donde los dos estaban

sentados, a la sombra de un gran sauce, hablando con el señor Kingman y Lord Ramsby—. Ella es todo lo que yo no soy —me susurré a mí misma.

\* \* \*

Encontré un lugar, sobre una manta, cerca de Hannah y Sir Giles, feliz de poder finalmente pasar el tiempo, hablando con mi prima más amable. No esperaba que ella fuera tan rápidamente arrastrada y estuviera inaccesible, durante mi visita. Sir Giles era un buen hombre, aunque entendí por qué Helena se había referido a él como una serpiente de cascabel, mimando a Hannah, en todo momento, de una manera exagerada, pero tal vez entrañable. Aunque esa atención me resultaría molesta, me alegró ver que Hannah nunca parecía cansarse de recibirla: se sonrojaba apropiadamente y batía sus largas pestañas constantemente.

—Estoy bastante sedienta —dije, dándome cuenta de mi sed—. ¿Alguno de ustedes quisiera volver a llenar sus bebidas?

—Estamos bien por ahora. De hecho, siento la necesidad de estirar un poco las piernas. —Ella miró implorante a Sir Giles, quien se puso de pie rápidamente y le ofreció ayuda para que se levantara—. Encuéntranos más tarde, Abigaíl. Necesito ayuda para decidir el estilo de mi vestido para nuestra boda.

—Me gustaría ayudar. —Aunque ciertamente eso resultaría de poca utilidad en tales asuntos, estaba encantada que ella solicitara mi opinión. Cuando me acerqué a la mesa de refrigerios, donde estaban dispuestas las bebidas y los sándwiches, me saludó la falsa sonrisa de mi tía.

—¡Qué hermoso día! ¿No es así, Abigaíl?

—Ciertamente. —Intenté no repetir el mismo tono poco sincero que escuché en su voz.

—Debo admitir que me sorprendió verte participar en el engaño del ciego, al menos durante el turno del señor Stanton.

Me alegré que no hubiera nadie más cerca para ver la acusación en sus ojos, pero me moví torpemente.

—No era mi intención jugar.

—Por supuesto que no. —Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en rendijas—. Sin embargo, creo que las intenciones tienen poco crédito, cuando nuestras acciones las contradicen.

Miré los refrescos y comencé a llenar una taza de limonada, negándome a enfrentar su mirada penetrante.

—Helena me dijo que tú y la señora Ellis se hicieron amigas rápidamente. ¿Me pregunto cuáles son sus propósitos al buscarte?

—Creo que su intención es ser amigable. —Levanté los ojos vacilantemente.

—Sea lo que sea que esté tramando, no funcionará. No creo que ella se dé cuenta a quién se enfrenta. —La tía Marianne se burló.

—¿Te refieres a tu futura cuñada? —dije, tratando de ayudar a mi tía a ver la ironía en sus palabras.

—Precisamente —confirmó—. Y será prudente mantener la distancia. ¿Nos entendemos? ¿Señorita Blakeslee?

Antes que tuviera la oportunidad de aclarar de quién deseaba que me mantuviera alejado (Diana o su hermano), Lord Ramsby caminó a mi lado con una sonrisa ansiosa.

—¿Necesitaba algo, Lord Ramsby? —pregunté a la ligera, intentando ocultar mi angustia.

—Me prometió un paseo hoy. —Su sonrisa vaciló.

No solo había logrado olvidar la obligación una sino dos veces. Asentí rígidamente a mi tía,

antes de aceptar un brazo extendido con gratitud.

—Ciertamente, lo hice.

El señor Ross y la señorita Hawkins nos esperaban junto al sendero, que seguía al estanque.

—Espero que no le importe, pero invité a otra pareja a acompañarnos.

—En absoluto —dije, conmovida por su previsión. Ofrecí un saludo cortés, cuando nos acercamos a ellos, luego los dos comenzamos a avanzar por el camino.

El señor Ross y la señorita Hawkins se quedaron a una distancia adecuada, lo que nos permitió a Lord Ramsby y a mí conversar en privado. Todavía un poco conmovida por la confrontación con mi tía, escuché a Lord Ramsby hablar sobre cantar a dúo, esa mañana, y cómo hubiera deseado que yo hubiera podido estar con él y Helena, en la sala de música.

Mientras hablaba, evalué su hermoso rostro y sus rasgos oscuros. Lo consideraba muy atractivo, encantador y amable. Entonces, ¿por qué me encontraba recordando continuamente mi encuentro con Edwin, aquí esta mañana? Sacudí los recuerdos de mi mente, pero cuando nos acercamos al mismo lugar donde había estado Edwin, al amanecer, no pude evitar recordar la expresión atormentada de su rostro, incluyendo la tensión de su mandíbula y sus hombros. Anhelaba saber más sobre los problemas de Edwin.

—¿No está de acuerdo, señorita Blakeslee?

Miré hacia Lord Ramsby.

—¿Tal vez? —respondí, pensando que era la respuesta más genérica que podía ofrecer sin dar un sí definitivo a una afirmación desconocida.

Me miró, buscando en mi rostro algún tipo de revelación.

—Perdóneme —dijo de repente—. Probablemente, no sea un asunto deseable. Dejémoslo inmediatamente.

—En verdad, no me importa. —Se despertó mi interés en cuanto al tema que había estado discutiendo y que ahora parecía tan ansioso por olvidar.

—No, esta es una oportunidad única para conocernos mejor. No necesitamos hablar de otros.

—Muy bien, ¿qué prefiere discutir? —Reprimí un suspiro.

—Hábleme de usted, señorita Blakeslee. Deseo saber todo sobre usted.

Conteniendo el impulso de darle la espalda y correr, me concentré en su buena intención: deseaba conocerme sin que nadie forzara su interés. Quizás debería darle una oportunidad justa.

Negándome a dejar que la sensación de picadura en mi estómago me controlara, comencé a idear una respuesta.

—No creo que haya mucho que contar. —O al menos eso pude decir—. Extraño muchísimo a Easton Manor, así como a mi padre y a mi hermano mayor. Mi madre falleció hace casi dos años y me pregunto, si alguna vez podré pensar en ella o hablar de ella sin ganas de llorar. —Me tragué mi emoción—. Solía ser una ávida lectora, pero desde su fallecimiento, no he encontrado mucha alegría en ello.

Miré para ver si estaba satisfecho con mi respuesta hasta el momento, y su mirada intensa confirmó que así era.

—Disfruto dibujar y pintar, pero no me gustan muchos de los talentos, que se supone que deben tener las mujeres. No monto a caballo. No me gustan los grupos grandes. Haré cualquier cosa para evitar los chismes en el salón. Y si pudiera, pasaría todos los días al aire libre. —Inspiré profundamente, contemplando las bellezas que nos rodeaban—. Tengo un temperamento rápido, que mi padre dice que debo aprender a controlar, antes que un caballero considere casarse conmigo.

Darme cuenta de que acababa de hablar de matrimonio, delante de Lord Ramsby, me hizo sonrojar y me apresuré a decir:

—Nunca estoy satisfecha. Mi doncella me elige los vestidos porque sé poco de moda. Y no tengo ningún deseo de ser debutante la próxima temporada ni tampoco en ninguna temporada. ¿Hay algo más que desee saber? —pregunté, mirándolo por el rabillo del ojo.

—¿Cómo lo hace? —Se detuvo y me miró.

—¿Hacer qué?

—Cómo usted puede ser tan peculiar y al mismo tiempo tan cautivadora. —Sus ojos oscuros se iluminaron—. Me parece reconfortante que no pretenda ser lo que no es, sin importar lo que se diga sobre usted o sus habilidades. —Reprimí una burla ante el insulto involuntario—. Tiene puntos de vista extraños, a diferencia de cualquier dama que haya conocido, pero no los evita. Pasa los días ayudando a los demás, lo cual parece completamente extraño, pero eso se suma a esta recopilación, que he estado creando de usted, desde que la vi por primera vez afuera de Tipton House. Estoy desesperado por saber más, escuchar sus oscuras opiniones y quedar completamente envuelto en sus encantamientos.

Estaba segura que sus palabras eran un cumplido y, en cierto modo, me encontraba genuinamente satisfecha con la evaluación que él hizo de mí. Pero me preguntaba si me encontraría cautivadora, si le revelara partes de mi pasado, que me habían influido para convertirme en la persona que sorprendentemente él disfrutaba. Sería más fácil seguir hablando, que insistir en esas ideas.

—Creo que ya se ha visto obligado a escuchar varias de mis extrañas opiniones y debo disculparme por ello. Dos de mis mayores defectos son mi incapacidad para contener la lengua y controlar mi terquedad.

—Debo decir que disfruto mucho viendo ambos. No hay muchas damas que puedan poner a un hombre adulto en su lugar. —Le lancé una mirada perpleja y él me hizo el favor—. Ya la he visto sorprender dos veces al joven señor Stanton con sus habilidades, primero con el debate sobre la aventura y luego con la discusión sobre la caridad. Aunque debo decir que me pareció bastante peculiar lo agitada que se ponía, cuando usted hablaba que los menos afortunados eran *dignos* de nuestra ayuda, porque él usó el término exacto, esa misma mañana, cuando habló con el señor Dowding y mi primo sobre la prestación de ayuda a las familias locales.

Mis labios se abrieron con incredulidad, antes de cerrarlos con fuerza. ¿Por qué Edwin se había sentido tan molesto por mi elección de palabras, cuando usaba las mismas, en su propio razonamiento? Decidí que esto era una distracción para mantener mis pensamientos centrados en Lord Ramsby.

—Bueno, creo que es su turno. —Empecé a caminar de nuevo—. Dígame algo que no sepa sobre usted.

Habló de su madre y de cómo la adoraba, incluso con la presión que ella ejercía sobre él para que encontrara una esposa. Me contó que le había resultado difícil asumir sus responsabilidades, cuando su padre murió, y que todavía se sentía mal preparado para todo lo que se esperaba que lograra. Había estado en Londres dos veces, durante la temporada, pero había optado por pasar seis meses en el extranjero, cuando se dio cuenta que esa podría ser su última oportunidad de visitar el continente, antes de establecerse. Llegó a casa, poco antes de viajar a Londres, y luego inmediatamente a Tipton.

—También debe añorar su hogar —dije.

—A veces, aunque últimamente encuentro que mis pensamientos han estado ocupados con otras cosas.

Bajé la mirada, negándole la oportunidad de explicar si quería aprovecharla. Un crujido despertó mi interés y miré hacia arriba para descubrir a Lord Ramsby sosteniendo una hermosa flor violeta hacia mí.

La acepté e inhalé la dulce fragancia.

—Gracias.

—No se compara con usted en belleza, pero, ¿quién podría?

Me reí de su sentimiento, antes de darme cuenta que mi reacción podría no ser la deseada.

—Creo que la historia del tío Stanton, sobre la dama en el agua, ha influido en su opinión de manera abominable.

—Le aseguro que, por mucho que disfruté su historia, he mantenido esa opinión, desde que nos conocimos por primera vez. —Extendió su brazo hacia mí con una sonrisa inquietantemente hermosa, en sus labios.

Acepté con gusto, sintiéndome sorprendentemente encantada con el cumplido de Lord Ramsby. Quizás, después de todo, había potencial para algo más que una amistad con él.

Cuando terminamos nuestra caminata, Lord Ramsby me llevó de regreso a la mesa de refrigerios.

—Gracias —dije, sorprendida de lo sincera que era mi gratitud—. Disfruté mucho nuestro tiempo juntos.

—Al igual que yo. —Me ofreció una taza de limonada—. ¿Quizás podamos encontrar otra ocasión para conocernos mejor?

Me reí.

—¡Tú has prometido ser un caballero! —Las palabras salieron de mis labios en un tono informal y coqueto, y no estaba segura de quién estaba más sorprendido, si Lord Ramsby o yo.

—No deberías esperar menos de mí. —Tomó mi mano y me dio un suave beso en los nudillos de mi guante.

—Señorita Blakeslee. —Al escuchar la voz de Edwin, dejé caer la mano y giré hacia él.

No saludó a Lord Ramsby, cuando se acercó a mí, pero me tendió una carta.

—Ha recibido una actualización sobre la familia Bragg.

Se la arrebaté y le di a Lord Ramsby una mirada de disculpa.

Miró a Edwin y luego a mí, antes de asentir en señal de comprensión.

—La dejaré leer su correspondencia en privado. Encuéntreme más tarde y continuaremos nuestra conversación.

—Me gustaría eso —dije con una sonrisa de despedida, antes de centrar mi atención en la carta.

“Señorita Blakeslee,

*Soy la señora Reed. El doctor Walter me ha pedido que ayude a la familia Bragg en su enfermedad. Enviaré actualizaciones periódicas, según lo solicitado. Patience también ha desarrollado fiebre, pero tanto ella como Rose parecen estar bien, considerando todo. Sin embargo, lamento informarle que el estado de la señora Bragg es muy delicado. La verdad es que no estoy segura que se quede con nosotros mucho más tiempo. Ella no responde, excepto por un murmullo ocasional. Estoy haciendo todo lo que puedo por ella. Ella duerme ahora, al igual que los niños. Ore para que pueda encontrar la fuerza para recuperarse.*

*Atentamente,  
Señora Reed.”*

Mi cabeza daba vueltas y levanté la mirada lentamente para contrarrestar la sensación. Edwin todavía estaba a mi lado. Mi expresión preocupada estaba aumentando la intensidad de su ceño.

—¿Qué noticias?

—Se ha contratado a una cuidadora, una tal señora Reed —contesté, y él asintió como si reconociera el nombre—. Dice que Patience se ha enfermado y que no sabe si la señora Bragg sobrevivirá. —Mi voz tembló—. ¿Qué harán los niños si les quitan a su padre y a su madre tan repentinamente? —Pensé en sus dulces caras y en las dificultades que traería enviarlos a un orfanato parroquial. Las lágrimas brotaron de mis ojos—. Debería haber reconocido ayer que ella sufrió algo más que dolor. Debería haber buscado ayuda.

—Usted no sabía...

La culpa pesaba sobre mí y moví los pies para compensar el peso.

—Debe descansar, señorita Blakeslee. —Me ofreció su brazo como apoyo—. Ha tenido un día agotador. Déjeme acompañarla a su habitación.

Asentí con desánimo y puse mi brazo sobre el suyo. Quizás necesitaba tiempo para descansar, reflexionar y rezar por la señora Bragg y sus hijos.

—Baldwin, ¿puede enviar a la doncella de la señorita Blakeslee para ayudarla? —preguntó Edwin, cuando pasamos cerca de él, en el céspedes.

—Por supuesto —dijo, indicando a un sirviente, que llevaba refrescos, que viniera a hablar con él.

Entramos al vestíbulo de entrada y subimos las escaleras hacia mi habitación. Cada paso que dábamos en silencio parecía hacerme más consciente de la debilidad infantil, que había mostrado una vez más, en su presencia.

—Es un hermoso día —dije torpemente—. Lamento sacarlo de allí.

—No se arrepienta —afirmó Edwin, mirándome por el rabillo del ojo—. ¿Fue refrescante el paseo alrededor del estanque? —Vi su mirada moverse hacia la flor violeta que todavía sostenía en mi mano.

—Lo fue, gracias.

Él asintió, pero no dijo nada.

—Lord Ramsby mencionó algo sobre lo que quería preguntarle.

—Eso es prometedor —replicó Edwin.

Tomé su comentario como un consentimiento para continuar.

—¿Recuerda nuestra discusión de anoche y lo molesto que se sintió por mi elección de palabras cuando hablé de los pobres?

Mantuvo la mirada hacia adelante, mientras caminábamos por el pasillo.

—¿*Dignos* de ayuda? —Le recordé, cuando él no respondió.

—No fue la elección de las palabras lo que me molestó. —Nos detuvimos. Sus ojos todavía estaban fijos en nuestro destino—. Fue una revelación interna que no estaba preparado para abordar.

—Debe ser toda una revelación que indujo a tal respuesta, especialmente cuando me dijeron que usó esa frase exacta, esta misma mañana, y de una manera muy similar.

Me miró, antes de avanzar nuevamente para llegar a mi habitación.

—Ciertamente, esa fue una revelación impactante —dijo por encima del hombro.

Me apresuré a alcanzarlo.

—¿No ofrecerá más explicaciones?

—No lo haré. —Una sonrisa de reojo apareció en su boca.

—Muy bien —dije, tratando de ocultar lo desagradable que encontraba su secreto, ya que eso solo aumentaría su placer—. También quería agradecerle por hacer una segunda excepción a su estricta política de no jugar. —Mis mejillas se enrojecieron al pensar en sus cálidas manos, en mi rostro, y me reprendí por mi reacción sin sentido—. Espero que se dé cuenta que no tenía intención de jugar y ciertamente no era mi intención que me eligiera. Fue Diana, ella... —Busqué a tientas cómo expresar el rol de su hermana sin sacar a relucir otro tema humillante—. Bueno, ella...

Su rara y amplia sonrisa me robó las palabras.

—Quería elegirte.

—No lo hizo. —Mi mirada de incredulidad hizo que su risa resonara por el pasillo.

—Lo hizo. Pensé que su primera partida de farol del ciego debería ser memorable.

—Pero, adivinaste que era tu hermana.

—¿Entonces, fui convincente en mi estrategia?

Asentí con sospecha y me detuve frente a mi habitación.

—Excepcionalmente.

—Me alegra oír eso... Pensé que era la mejor opción para ambos.

—Usted es incorregible. —Me aseguré que mi voz sonara consternada, aunque no pude ocultar mi sonrisa.

—Y usted es enloquecedora. —Se inclinó para quitarme un mechón de pelo de la cara.

No podía apartar la mirada de la intensidad de sus ojos. La totalidad de mi ser quería que me acariciara la cara o que deslizara sus dedos por mi cuello, como lo había hecho en el juego, pero esta vez, quería que lo dijera en serio. Su mano rozó mi hombro, mientras lo bajaba, deteniéndose tan cerca del mío que sentí el calor, a través de mi guante.

Nuestras respiraciones coincidían perfectamente y no pude evitar que mi mirada se posara en sus labios. Se inclinó ligeramente, o tal vez fui yo, pero estábamos más cerca que antes.

—Edwin, cariño. —La voz de Lady Eliza nos sobresaltó a ambos y él se enderezó, aunque permaneció donde estaba.

Lady Eliza se acercó a nosotros y me sonrió disculpándose, antes que sus ojos regresaran a Edwin.

—Esperaba que pudieras ayudarme con algo, querido.

—¿Qué es? —suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—No deseo aburrir a la señorita Blakeslee con asuntos tan triviales. Si me acompaña abajo, puedo discutirlo contigo en privado.

Edwin dejó escapar un profundo y audible suspiro.

—Por supuesto. —Ofreció su brazo a Lady Eliza—. Por favor, descanse, señorita Blakeslee —dijo en su tono habitual y formal, y los dos se dieron vuelta para caminar de regreso por el pasillo.

Mi cara ardía mucho después que desaparecieron de mi vista. Entré a mi habitación, suplicando, en mis oraciones, por la vida de la señora Bragg y el regreso de mi capacidad para pensar racionalmente.

## Capítulo doce

Pasé el resto de la tarde descansando, rezando y reflexionando, y cuando entré al salón, antes de cenar, sintiéndome algo serena, estuve segura que todo esto había sido beneficioso para mi alma.

Diana me envió una sonrisa incitante y yo la imité con entusiasmo.

—Edwin me dijo que recibiste un mensaje sobre la familia Bragg, una noticia muy triste. Espero que la señora Bragg se recupere pronto. —Parecía preocupada—. Y... ¿Cómo estás? Estoy segura que ha sido un día inusual para ti.

—He tenido días mucho más difíciles —dije, de repente consciente que mi respuesta no fue tan tranquilizadora, como había pretendido.

—Estoy segura de que sí —expresó, extendiendo la mano para apretarme la mano.

—¿Has oído las emocionantes noticias, Abigaíl? —exclamó Helena, casi rebotando contra mí.

Mi pecho se apretó y mi respiración se hizo pesada. La inevitable propuesta había llegado.

—No he oído que fuera oficial —dije entrecortadamente, casi de manera inaudible, tratando de ocultar mi sorpresa. Miré a Diana. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué no me preparó? ¿Era por eso que Lady Eliza había venido en busca de Edwin?

Helena puso su mano en mi brazo.

—Bueno, lo es, ¡y no podría estar más emocionada! Aunque estoy segura que esto tendrá un estilo más sencillo de lo que estoy acostumbrada, será todo un asunto. Tendrá lugar dentro de dos semanas, a partir del viernes.

Mis piernas se debilitaron debajo de mí.

—¡Tan pronto!

—Pensé exactamente eso —dijo, como si estuviera sorprendida por mi intuición—. En Londres, es apropiado tener al menos un mes de antelación para un baile, pero no estamos en Londres, y debo acostumbrarme a las extrañas costumbres de la vida en el campo.

—¿Un baile? —La miré fijamente.

Helena miró hacia Diana, antes de ofrecerme una leve sonrisa.

—¿No acabo de transmitir exactamente eso?

Me atraganté con la mezcla de mis palabras y mis pensamientos.

—Sí, claro. ¡Qué maravilloso! —El alivio me inundó y una sonrisa genuina se formó en mis labios.

Helena se rió, en nuestra aparente emoción compartida.

—Debo ir a buscar a mamá, porque tendremos mucho que discutir. Estoy segura que será una ocasión trascendental. —Se deslizó por el salón y me di cuenta que cuando llegara el compromiso de Helena, no habría indulto.

—Eso fue revelador —dijo Diana, obligando a que mi atención volviera a ella.

—¿Qué? —Seguramente, mi sorpresa no fue una traición a los sentimientos más profundos que ocultaba.

—¿Asumiste que Edwin le había propuesto matrimonio a la señorita Hanford?

—No pensé que se pudiera generar tal nivel de emoción al anunciar un baile.

—Deja de mirarme de esa forma. —Diana sonrió y arqueó las cejas, en señal de acusación—. Abigaíl, te estás sonrojando de la manera más culpable. —Mis labios se abrieron con

incredulidad.

—Cualquiera que deba verse bajo una *sonrisa tan implicate*, como la que tú eres capaz de dar, haría lo mismo.

Su risa fue inmediata y no pude evitar sonreír, ante su incapacidad para detenerse.

—El señor Ellis apreciará mucho la descripción que acabas de dar. ¿Cómo la llamas ahora? ¿*Sonrisa implicate*? —Se secó las lágrimas de los ojos y sacudió la cabeza—. A falta de un nombre mejor, te refieres a ella como “*mi habilidad irritante*”. Estoy segura que él te estará muy agradecido.

—¿Qué es tan gracioso? —Edwin se acercó a su hermana y sus ojos claros se movieron entre nosotras con curiosidad.

—Abigaíl —respondió Diana.

Sus cejas se alzaron, implorándonos a una de nosotras que continuara.

—Aparentemente, he descrito un hábito molesto de Diana de una manera que le pareció muy esclarecedora.

—Me pareció entretenido —corrigió ella—. ¡A Ellis le resultará esclarecedor!

El señor Ellis apareció al otro lado de Diana.

—¿Qué encontraré esclarecedor?

—Abigaíl ha descrito mi *habilidad irritante* de una manera que creo que te resultará muy satisfactoria.

Ahora fue el turno del señor Ellis de evaluarme con las cejas arqueadas.

—Lo llamé una *sonrisa implicate* —dije en un tono poco impresionante.

Su expresión se volvió pensativa y luego asintió con entusiasmo.

—Esa es una descripción bastante perfecta, aunque lamento, si te hizo soportar una. Tenía la impresión que ella reservaba ese talento solo para mí. —Miró a Diana con tal expresión de cariño, que me hizo sonreír de nuevo.

—Normalmente lo hago, cariño —le aseguró, apoyando su mano en su brazo—. Bueno, tú y Edwin. Pero era absolutamente necesario, te lo aseguro. —Edwin y el señor Ellis se miraron con curiosidad, pero Diana negó con la cabeza—. No puedo decirte el motivo. Odiaría implicar a la pobre Abigaíl dos veces y delante de caballeros... Ella nunca me perdonaría.

Su determinación actual de discreción no me alivió en absoluto. ¿Qué pasaría si le informara más tarde al señor Ellis (o peor aún, a su hermano) de lo que supuso haber visto en mi reacción?

—Además, Edwin —continuó Diana—, quería preguntarte si te reuniste con el señor Stimpson sobre la potra que estás vendiendo.

—Aún no he hecho la consulta. —Edwin negó con la cabeza.

—Dijiste que estabas pensando en comprarla, y que sería la incorporación perfecta para los establos de Tipton. —Diana hizo un pequeño puchero—. ¿Quizás podríamos programar una cita para ir a verla, a principios de la próxima semana?

Edwin consideró a su hermana por un momento.

—Supongo que no estaría de más escribirle al señor Stimpson y preguntarle si está dispuesto a mostrarla. —Diana chilló y Edwin señaló con el dedo a su hermana—. Pero, si doy mi consentimiento para traerla, debes aceptar no enamorarte de la criatura, antes que pueda asegurar un precio razonable y verificar su pedigrí. No arriesgaré una inversión tan grande en un ejemplar de mala crianza.

Mi corazón vaciló ante su declaración.

—¡Acordado! —Diana sonrió triunfalmente—. Y tú debes venir, Abigaíl. No se puede

esperar que cumpla mi palabra sin el apoyo adecuado.

Asentí distraídamente y ella entrecerró los ojos, pero antes que pudiera interrogarme, Baldwin anunció la cena. La atención de Edwin pasó de mí a Helena y viceversa.

—Continúa —dije, no queriendo que él eligiera a Helena, antes que a mí—. Tu obligación es con mi prima. Además, esperaba entrar con el tío Stanton, esta noche. —Examiné el salón hasta que localicé al tío y corrí hacia él sin mirar atrás.

—Tío, ¿estás dispuesto a acompañarme a cenar?

—Seguramente, los caballeros presentes no son tan descabellados, como para permitir tal cosa. —La decepción saturó su voz.

—Tuve que luchar contra los pretendientes para llegar a ti, pero ahora que están confundidos, no debes negarme el placer.

Extendió la mano y lo ayudé a ponerse de pie.

—Será mi mayor placer —dijo con una sonrisa.

Al sacar al tío Stanton del salón, noté que Lord Ramsby me observaba. En mi prisa por huir de la situación con Edwin, había olvidado que probablemente debería buscarlo como escolta. Le envié una sonrisa de disculpa y él aceptó generosamente, asintiendo antes de voltear para ofrecerle el brazo a una encantada señorita Emma Dowding.

Una vez que el tío Stanton estuvo ubicado, encontré mi asiento al lado de Diana.

—¡Qué suerte que finalmente podamos estar lo suficientemente cerca como para conversar durante la cena!

—Muy afortunada —respondí, antes de notar el brillo familiar en sus ojos. Curiosa, miré hacia la mesa y encontré a Lord Ramsby, ubicado en medio de casi todas las damas elegibles presentes—. ¿Por casualidad, no tuviste nada que ver con la disposición de los asientos de esta noche? —susurré, colocando mi servilleta en mi regazo.

—¿Cuál sería mi propósito al asumir una tarea tan tediosa?

Al otro lado de Diana, el señor Ellis apretó los labios.

—¿Con qué propósito? —repliqué.

—¿De qué hablan? —preguntó Helena desde el otro lado de la mesa, mirándonos afablemente a Diana y a mí.

—Le estaba preguntando a Diana cómo realiza la disposición de los asientos, cada noche —dije, viendo a Edwin, que estaba sentado frente a Diana, a la izquierda de Helena. Me di cuenta de que su mirada estaba fija en Helena, mientras hablábamos, y traté que eso no me importara.

Helenaladeó la cabeza.

—Es responsabilidad de la señora de la casa encargarse de la tarea. Una anfitriona debe considerar muchas cosas al momento de sentar a sus invitados: qué invitados toleran la compañía del otro y cuáles no; qué invitados sentados, uno cerca del otro, lograrán conversaciones más ventajosas; y qué huéspedes podrían necesitar adaptaciones especiales —dijo Helena, como si estuviera recitando un pasaje textual, que hubiera memorizado sobre el tema—. Sin mencionar que siempre se debe considerar el rango, la edad, el sexo y el estado civil. ¿Eso responde a tu pregunta, Abigail?

Fingí interés al volver a alinear los cubiertos para evitar su expresión mordaz.

—Perfectamente. Gracias Helena.

Sentí la mirada de Diana sobre mí y me pregunté si Edwin mostraría una similar, de lástima. Miré en su dirección, pero tenía la cabeza gacha y cuando levantó la vista, sus ojos se dirigieron, una vez más, a una victoriosa Helena.

—Es una suerte que tú todavía no seas responsable de tal tarea. —Diana me sonrió—. Estoy

segura que harías un gran desastre con todo: sentarías al borracho junto al abstemio, al conservador al lado del liberal, y al tentado frente al tentador. —Cuando terminó de hablar, la mirada de Diana pasó de mí a Edwin, haciendo que mi cuello picara de calor.

La mandíbula de Edwin se apretó y fijó su mirada en Diana. Helena miró de él a su hermana. Sus ojos se entrecerraron brevemente, antes de ofrecer una sonrisa forzada.

—Señorita Hanford —dijo Edwin, todavía mirando a Diana con el ceño fruncido—. ¿Quizás podría convencerla para que le ofrezca lecciones a mi hermana sobre el decoro adecuado de una anfitriona? Lo más oportuno sería impartir instrucciones sobre cómo anteponer las necesidades de los invitados a las propias.

Diana le devolvió la mirada con una de igual intensidad.

—Eso suena muy esclarecedor, querido hermano. Quizás consideres acompañarme. Estoy segura que a la señorita Hanford le encantaría compartir lo que piensa sobre cómo debe ser un caballero amable.

Mojé mi cuchara en la sopa y miré hacia la izquierda. ¡Qué lamentable que me hubieran colocado al lado del señor Dowding! Él parecía totalmente involucrado en una discusión con el grupo a su lado.

—Dígame, señora Ellis. —Helena finalmente interrumpió el ruido ensordecedor de los cubiertos—. ¿Con qué frecuencia el señor Ellis y usted visitan Tipton House?

Diana levantó la barbilla y se encontró con la mirada de Helena.

—Siempre que podemos.

—¡Qué suerte! —respondió Helena con una sonrisa—. Aunque supongo que una pareja tan recién casada desearía pasar tiempo lejos de su familia. Parece difícil aprender a confiar en su marido, cuando todavía está tan apegado a los demás. ¿Pero tal vez me equivoque? —Helena miró expectante al señor Ellis y a Diana.

—Es todo lo contrario —replicó Ellis—. Cuando aprendes a abrazar a las personas que tu cónyuge ama, con el tiempo te conviertes en parte de ese amor, lo que a su vez solo aumenta el amor entre la pareja. La familia de Diana es mi familia ahora, y estoy feliz de pasar aquí todo el tiempo que ella desee.

Diana le sonrió al señor Ellis y la vi acercándose a él debajo de la mesa. Él agradeció el gesto y entrelazó sus dedos con los de ella. Fue una muestra de afecto tan simple, pero me sentí extrañamente conmovida por ello. Diana era fuerte e independiente, aunque ese firme apoyo la fortaleció aún más.

—Bueno, simplemente no puedo estar en desacuerdo con un argumento tan pintoresco, señor Ellis —dijo Helena, señalando con la cabeza, en su dirección, con una sonrisa entrañable—. Espero que, cuando me case, mi marido sea tan comprensivo con mis sentimientos, como lo es usted con los de la señora Ellis.

Ante su inferencia, mi mirada se posó en Edwin, que estaba sentado, mirando su plato. Él levantó la mirada hacia sus ojos expectantes.

—Señorita Hanford, espero lo mismo.

Helena le ofreció una hermosa sonrisa y lo miró por debajo de sus largas pestañas. Me obligué a prestar atención a la comida que un sirviente acababa de colocar delante de mí, pinchando una verdura perdida con el tenedor con tanta fuerza que rodó por mi plato. Pude detectar a Diana, mirándome de nuevo, pero le negué mi cortesía y miré más allá de ella hacia el otro lado de la mesa.

Lord Ramsby parecía completamente entretenido entre las cariñosas mujeres que lo rodeaban, y maldije en silencio a Diana por interferir con la disposición de los asientos. Puede

que no siempre prefiera la compañía de Lord Ramsby, pero sentarme cerca de él sería más placentero que verme obligada a ver a Edwin y Helena interactuando.

Cuando trajeron el último plato, apenas levanté la vista del mío. Al parecer, Diana se había tomado en serio la reprimenda de su hermano y permitió que Helena dominara la conversación, durante la cena, sin siquiera una respuesta sarcástica. Los otros tres comentaron solo lo suficiente para animar a Helena, y ahora ella parloteaba sobre la vez que conoció al príncipe regente, y cómo él la había llamado una belleza eterna.

No había dicho una palabra desde la primera conversación y anhelaba estar libre de este comedor, de la gente que estaba allí, de Edwin y su observable devoción por Helena.

—Abigaíl —susurró Diana, y de mala gana miré hacia ella—. ¿Estás bien?

Casi me burlé de la expresión de preocupación en su rostro. Después de todo, ella había sido la que había provocado mi mal humor con sus interminables manipulaciones.

—Solo estoy cansada —dije, más cordialmente de lo que merecía su comportamiento.

—Yo... —Hizo una pausa, pareciendo insegura sobre qué decir—. Lo lamento.

Había algo en la sinceridad de sus ojos que me suavizó.

—Lo sé.

Extendió la mano y agarró la mía, debajo de la mesa. Una repentina necesidad de llorar me invadió y apreté los labios para evitarlo. Una lágrima se deslizó por mi mejilla y rápidamente la sequé, reprendiéndome por lo irracional que me había vuelto desde que llegué a Timplon House.

\* \* \*

—¿Disfrutó la cena? —preguntó Lord Ramsby, al encontrarme sola junto al fuego, cuando los caballeros se reunieron con las damas, después de tomar oporto.

—Debo admitir que me sentía mal —respondí.

—¿Ha peleado con alguien? —Sus labios carnosos se apretaron, y de inmediato me arrepentí de haberle respondido honestamente.

Esbocé una sonrisa convincente, prefiriendo ocultar mis sentimientos, en lugar de explicar mi estado mental irracional.

—No, nada de eso. Soy culpable de sentir nostalgia. Pero acabo de salir a tomar un poco de aire y me siento mucho mejor. ¿Cómo se encuentra, esta tarde? —pregunté, esperando cambiar el tema—. Parecía que se estaba divirtiendo durante la cena.

—¿Me estaba mirando? —Su hermosa sonrisa y su tono sensual aliviaron mi mal humor.

—Es posible que haya mirado en tu dirección, una o dos veces. —Una vez más, me sorprendió la facilidad con la que había coqueteado.

—Me alegra oírlo. —Lord Ramsby se acercó un paso y bajó la voz—. Y por más contento que pareciera, estaba lejos.... Apenas podía apartar mis ojos de ti... todavía no puedo...

Mis mejillas se calentaron, pero no rehuí como solía hacer. Independientemente de su sinceridad, agradecí que él me notara. Anhelaba que él continuara con ese lenguaje menos formal, y que me hiciera sentir digna de atención.

—Debes ser la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo, aparentemente realizando mi deseo.

—Quizás estás cegado por lo que crees que soy —susurré, deseando momentáneamente que no fuera cierto.

—¿Cómo podría no estarlo? ¡Eres embriagadora! De alguna manera pierdo el control de mis sentidos, cuando estoy cerca de ti. —Sus ojos buscaron los míos, antes de levantar su mano, a un lado de mi cara, y colocar un mechón de cabello, detrás de mi oreja. Su toque se sintió

extraño, en mi piel, y me puse rígida, maldiciéndome por alentar su coqueteo. Aparté la mirada brevemente, preguntándome dónde estaban Diana y sus instintos entrometidos, ahora que la necesitaba.

Su mano rozó la mía, cuando la bajó y me sonrió, entrelazando nuestros dedos. Me quedé paralizada, incapaz de pensar. El hermoso rostro de Lord Ramsby se parecía demasiado al mío.

—Señorita Blakeslee. —Edwin se puso a mi lado, dándome un sobresalto—. ¿Puedo hablar con usted?

Busqué el rostro de mi salvador, sin saber si estaba contenta o agitada porque sería él.

—¿Qué es? —Desenredé mis dedos de los de Lord Ramsby, antes que Edwin se diera cuenta y diera un paso atrás. Había mayor distancia entre ambos caballeros y eso alivió mi respiración.

—Diana ha solicitado una audiencia con usted. Dijo que era urgente. —Solo cuando terminó de hablar, dejó que su mirada penetrante pasara de Lord Ramsby a mí.

Lord Ramsby meneó la cabeza con incredulidad, pero se quedó quieto, cuando Edwin dio un paso de advertencia hacia él.

Instintivamente, puse mi mano en el brazo de Edwin, deteniendo cualquier avance de su parte.

—Pido disculpas, Lord Ramsby. Por favor, perdone la interrupción. —Ofrecí una sonrisa tímida para apaciguar la decepción, en el rostro de Lord Ramsby, antes de ir hacia Edwin, quien me esperaba con el brazo extendido hacia mí. Lo agarré vacilantemente, y él me condujo a través de la sala de estar.

—¿Está segura que se encuentra bien, señorita Blakeslee? Se ve pálida.

—No es nada de qué preocuparse.

Sentí sus ojos sobre mí, pero él no dijo nada.

Cuando llegamos junto a Diana, rápidamente bajé su brazo. No podía explicar por qué él estaba abrumadoramente enojado y avergonzado, pero estaba segura que era su culpa.

—No tenía intención de volver a molestarla, por favor, pídale disculpas a Helena.

Sus ojos permanecieron fijos en mí, la tenue luz y su frente baja intensificaron la severidad debajo de ellos. Parecía como si quisiera hablar, pero en lugar de eso apretó la mandíbula, antes de alejarse.

—Ahí estás, Abigaíl —susurró Diana, agarrándome del brazo y empujándome hacia un círculo donde el señor Ross encantó a un pequeño grupo con una historia. Escuché el relato animado de una broma escolar que una vez instigó, antes de acercarme nuevamente a Diana.

—¿Deseabas discutir algo conmigo? —susurré.

Ella me miró con una expresión vacía en su rostro.

—Tu hermano —dije, señalando donde acababa de estar—. Me dijo que deseabas hablar conmigo. Mencionó que era urgente.

—¿Qué extraño! —Ella levantó los hombros en un inocente encogimiento de hombros—. Pero me alegro de que te haya traído a mí. De hecho, estaba a punto de buscarte. Anteriormente, habíamos hablado de jugar a las cartas y, por mucho que amo al señor Ellis, es un terrible jugador de cartas. ¿Dices que te asociarás conmigo y evitarás que me den una paliza?

Asentí distraídamente y mis pensamientos se dirigieron a Edwin. ¿Diana realmente no lo envió a buscarte? Entonces, ¿por qué me había buscado? Miré detrás de mí, examinando al grupo de personas. Quizás las respuestas a mis preguntas serían evidentes en sus rasgos. Mis ojos se encontraron con los suyos, y la intensidad de su ceño fruncido obligó a mi mirada a regresar a la seguridad de la sonrisa de Diana. Cualquiera que hubiera sido su razonamiento, simplemente,

eso no debía importarme.

## Capítulo trece

Después de vestirme para el día, bajé al comedor. No escuché ninguna voz desde adentro y esperé que la información de Lydia (que la mayoría de los invitados preferían tomar el desayuno del sábado, en sus habitaciones) fuera correcta. Lentamente, abrí la puerta.

El salón estaba vacío y el aparador estaba lleno de pescado, pasteles, huevos y jamón. Cogí con entusiasmo un plato y comencé a servirme. Necesitaba darme prisa, si quería pasar suficiente tiempo caminando por los jardines, antes de partir hacia la iglesia.

Un sonido fuera de la puerta hizo que mi corazón se acelerara, pero solo entró un joven sirviente con una jarra. El alivio me invadió y me moví para tomar asiento en la mesa.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita. —Dejó la jarra junto a los vasos. No me miró, sino que se situó junto al aparador y fijó su mirada en el rincón más alejado del salón.

Volví mi atención a mi plato, planeando qué parte del jardín debería explorar primero, mientras comía.

La puerta se abrió de nuevo y mis ojos se dirigieron hacia la misma. Esta vez se me había acabado la suerte. Edwin entró en el salón, y al instante lamenté mi falta de previsión al no pedirle a Lydia que subiera una bandeja. Miró alrededor del salón, grande y vacío, sus ojos se encontraron con los míos, momentáneamente, antes de asentir con un saludo poco entusiasta.

Se acercó al aparador y tomé algunos bocados, rápidamente, con la esperanza que mi plato pareciera lo suficientemente vacío, como para que mi partida no pareciera ligada a su llegada. Cuando miré la comida que no había consumido, me regañé por mis porciones poco femeninas, que frustraron una retirada apresurada. Seguramente, no tenía esperanzas de irme en poco tiempo. Respiré profundamente, resignándome a actuar cortésmente, si surgía la necesidad.

Edwin tomó asiento frente a mí y comenzó a comer sin levantar la vista.

Seguí su ejemplo y cogí uno de mis pasteles. El lugar permanecía inquietantemente silencioso, solo el ruido metálico de los cubiertos sobre la porcelana llenaba el silencio. Miré al sirviente, cuyos ojos permanecían fijos al otro lado del salón, pasando por alto la tensión entre nosotros.

Me obligué a tomar otro bocado.

Finalmente, miré a Edwin, que comía sin pausa con los ojos fijos en el plato. ¿Seguramente, no estaba enojado conmigo por lo de anoche? Si alguien tenía derecho a enojarse, yo debía sentirlo por la forma inconsistente en que él actuó. Además, si estaba tan molesto, ¿por qué había elegido el asiento frente a mí? ¡Este hombre irritante! Di otro mordisco, negándome a poner fin al silencio.

La puerta se abrió de nuevo y el señor Dowding entró. Nos miró con aprensión, asintió y caminó rápidamente hacia el aparador.

—¿Tiene la intención de ignorarme por el resto de su estancia? —me preguntó Edwin en voz baja, lo que me hizo hacer una pausa, a mitad del bocado.

Mi mirada se encontró con la suya.

—¿Yo? —Mantuve mi volumen a un nivel similar al suyo—. No me considero culpable.

—¿Cómo se justifica tal cosa? No ha dicho una palabra desde que entré. —Un lado de su boca se torció.

—¿Y qué palabras usted ha dicho? —Me burlé. El volumen de mi voz subió.

Los ojos de Edwin se dirigieron al señor Dowding. Cuando la atención de ese caballero no se desvió de la selección de pasteles, continuó:

—Te ofrecí un saludo, cuando entré por primera vez, el cual no devolviste.

Consideré si había respondido o no a su breve asentimiento, antes de darme cuenta que podría tener razón.

—Bueno, infórmeme, señor Stanton, ¿cómo se debe responder en el futuro a una bienvenida tan inhóspita? ¿Una mirada severa y un asentimiento involuntario justifican una sonrisa falsa? ¿Quizás debería pestañear, ante su severidad, como lo hace Helena? Es evidente que le agradan esas tonterías.

Edwin juntó los labios, antes de cubrirse la boca con el puño, y sus ojos claros me miraron pensativamente. Finalmente, él asintió.

—Sí, eso es lo que yo aconsejaría. ¿Por qué no pruebas ambos, y le diré cuál prefiero?

Mi boca se abrió con incredulidad y entrecerré los ojos hacia él.

—¿Usted no puede hablar en serio!

—¿Y si lo hiciera?

—Si lo hiciera, creo que se sentiría muy decepcionado, al igual que yo.

Bajó la barbilla y se aclaró la garganta, y estuve segura de haber vislumbrado una sonrisa en sus labios. Mientras lo evaluaba, el señor Dowding cruzó detrás de su silla, llevando un plato lleno de comida y un periódico bajo el brazo. Al instante, bajé la mirada. ¿Me había sorprendido el señor Dowding observando a Edwin? Escuché una silla moverse varios lugares, lejos de nosotros, y comí otro trozo de jamón sin levantar la vista.

—¿Hay algo de interés en la publicación, señor Dowding? —preguntó Edwin.

—Depende de si eres un Whig o un Tory —respondió el señor Dowding, sacudiendo la cabeza—. Te lo dejaría tener, cuando termine, pero cometí el error de llevarlo conmigo en mi paseo matutino. —Dirigí la vista con interés, cuando él levantó el papel arrugado como prueba—. Me temo que no le gustó la lluvia.

—¿Está lloviendo otra vez? —lo interrumpí, la decepción me invadió al darme cuenta que otro paseo por el jardín había sido frustrado.

—Esto acaba de comenzar —replicó el señor Dowding—. No es una lluvia fuerte, solo fue lo suficiente para hacerme entrar y arruinar mi periódico. —El señor Dowding ladeó la cabeza y examinó mi rostro descorazonado—. No permita que esto la angustie, señorita Blakeslee. Creo que debería aclararse, antes que tomemos los carruajes para ir a la iglesia.

Sonreí tan amablemente, como pude, antes de volver a centrar mi atención de mala gana en mi comida, permitiendo que los hombres continuaran su discusión sobre los acontecimientos actuales. Fingí desinterés, mientras hablaban del Parlamento y de las últimas huelgas de trabajadores. Cuando terminé mi desayuno, me levanté, disculpándome.

—Señorita Blakeslee —dijo Edwin, levantándose—. ¿Puedo tener una palabra con usted?

Miré al señor Dowding, quien volvió a mirar con entusiasmo su periódico hecho jirones, antes de asentir vacilantemente. Edwin me recibió en la puerta y la abrió, colocando su mano en mi espalda para hacerme pasar. Ignoré la sensación que me causó, deteniéndome directamente afuera, esperando a que se cerrara la puerta.

—¿Qué desea discutir?

Miró hacia el pasillo y hacia mí, vacilando.

—¿Quizás podría acompañarme a la biblioteca?

Pensé en la lluvia y en que ahora no tenía ningún otro lugar donde estar hasta que nos fuéramos a la iglesia.

—Muy bien.

Caminamos en silencio hasta que llegamos a la gran puerta de madera, al lado del estudio, y él me hizo un gesto para que entrara.

—¿Nos sentamos? —preguntó, y yo asentí una vez más, siguiéndolo hasta un pequeño sofá cerca de la ventana.

Me coloqué al otro lado del sofá, donde él estaba sentado. Se movió, como si intentara encontrar una posición cómoda, pasándose la mano por el pelo y frotándose la barbilla. Volvió a moverse.

—¿Qué es? —pregunté con inquietud.

Su mirada se encontró con la mía.

—Señorita Blakeslee —comenzó, pero se detuvo.

—¿Cómo se siente usted?

—¿Cómo me siento? ¿Seguramente no tenía que traerme aquí para tal investigación? —Le di una sonrisa tensa, intentando aliviar mi propia ansiedad.

No me la devolvió, pero volvió a moverse inquieto. Me dio un vuelco el estómago, y tuve una premonición repugnante sobre lo que estaba a punto de revelar.

—Usted tiene razón. —Respiró profundamente, pero se negó a mirarme—. Necesito discutir un tema bastante delicado. —Sus ojos finalmente encontraron los míos—. Tengo dudas porque no estoy seguro de cómo usted lo recibirá.

El zumbido en mi cabeza me desorientó.

—Creo que ya sé lo que desea discutir. —Preparándome para escucharlo decir las palabras en voz alta, bajé la mirada a mi regazo. Pensé en mi padre y en cómo había afirmado que ciertos temas a menudo eran más fáciles de abordar, cuando nos familiarizábamos con ellos. Esta debía ser una de las excepciones.

—Tengo en mente lo mejor para usted, señorita Blakeslee. No quiero que la lastimen.

Asentí, lo miré y sonreí en lo que estaba segura era un intento absolutamente lamentable.

—Le creo. —Mi labio tembló y rápidamente bajé la mirada de nuevo, sintiéndome tonta, si él debería sentirse obligado a prepararme. Este anuncio había sido fijado desde antes de mi visita, sin embargo, había llegado a temerlo con todo mi ser.

—Ya la he molestado y ni siquiera he empezado. —Lo sentí moverse de nuevo y estuve segura que se había acercado a mí.

—Por favor —dije, simplemente deseando terminar con esto—, siga...

Edwin apoyó su mano suavemente en mi espalda y quise decirle que solo lo estaba poniendo más difícil al tratar de consolarme, pero la verdad era que no quería que se moviera. Me encantó la fuerza y el placer que me dio su toque. Incluso cuando estaba a punto de confirmar sus sentimientos por otra persona, extrañamente lo quería aquí, rodeándome con su brazo.

—Muy bien —suspiró—. Debo advertirle.

Levanté la vista y fruncí el ceño por la confusión.

—¿Advertirme?

Él asintió.

—Entiendo que usted tiene un gran respeto por Lord Ramsby, pero creo que es mi deber advertirle contra él.

—¿Advertirme contra Lord Ramsby? —pregunté, todavía confundida—. ¿Eso es lo que desea discutir conmigo?

—Los vi a los dos juntos anoche en el salón. Su familiaridad mutua, sin mencionar su

proximidad, fue bastante alarmante. —Sus cejas se juntaron.

El alivio y la ira me llenaron simultáneamente, y me reí a carcajadas, ante la locura de todo aquello.

—Lamento que lo alarme ese deseo de él de estar conmigo, aunque me sorprende que usted se haya fijado en mí con Helena a su lado.

Edwin echó la cabeza hacia atrás y se pasó las manos por el cabello, apretando los dedos en los mechones, como si quisiera arrancárselos de la cabeza.

—¿Sabía que sería así? Pensé que no se arrepentiría por su comportamiento.

—¿Mi comportamiento? —Me burlé—. No hice nada de qué avergonzarme, más allá de corresponder un coqueteo inofensivo.

—¿Inofensivo? Lord Ramsby es un sinvergüenza. —La voz de Edwin se hizo más fuerte—. Está intentando encontrar una novia dispuesta a exhibirla en el castillo de Handsbury. Pensé que todas las damas presentes estarían por encima de un intento tan apresurado y superficial. Aparentemente, me equivoqué en cuanto al buen sentido y carácter de usted.

Lo miré con incredulidad. Momentos atrás, temía perder a Edwin ante Helena, ahora lo único que deseaba era deshacerme de él y su mal carácter.

—Usted es un hombre presuntuoso y arrogante, y aparentemente no sabe nada de mi buen sentido y mi carácter. —Me levanté, dirigiéndome hacia la puerta.

—Señorita Blakeslee. —Su voz era suave y me detuve, pero no lo miré—. Hablé descaradamente. No fue mi intención... —Su voz se apagó.

Permanecí perfectamente quieta con los hombros rígidos y la barbilla en alto.

—¿Por qué nada puede ser fácil para usted?

No me moví.

—Perdóneme. Simplemente, no quiero verla herida.

Había sinceridad en su tono y finalmente giré para mirarlo. Sus ojos claros llenos de tristeza disiparon la ira que yo tanto intentaba mantener.

—Ciertamente, tengo talento para hacer un desastre. —Bajó la mirada al suelo, frente a donde yo estaba.

—Ciertamente lo tiene —suspiré. Mi conciencia me picaba para perdonarlo por sus buenas intenciones mal ejecutadas. Regresé al sofá, esta vez acercándome más a él—. Como yo también lo tengo.

No hablamos durante varios minutos, el silencio entre nosotros ya no se sentía tenso. Edwin se movió hacia mí y su rodilla presionó la mía. Mi corazón entró en frenesí, ante su toque, e intenté convencerme que eso no significaba nada.

—Prométame que tendrá cuidado —dijo finalmente, mirándome.

—Lo prometo —repliqué.

—Lord Ramsby es un pretendiente encantador y aparentemente muy capaz de...

—Él simplemente está enamorado de mí —dije, haciendo que las cejas de Edwin se alzaran con desaprobación. Me reí—. Solo quise decir que le gusta la idea que tengo de mí, la persona que él creó en su mente.

—¿Y su creación es tan diferente de usted?

Lo pensé por un momento.

—No muy diferente, supongo. Aunque creo que el relato que hizo el tío Stanton de la dama en el agua puede haberlo perjudicado, en cuanto a lo hermosa que ahora me considera. —Edwin se rió entre dientes y me pregunté, si debía continuar—. La disparidad proviene de su incapacidad para darse cuenta del pasado, que me ha convertido en quién soy.

—¡Oh! Sí, el pasado misterioso que usted ha eludido —dijo Edwin con una sonrisa de reojo. —¿Sigue siendo un misterio también para Lord Ramsby?

Asentí.

—Quizás algún día tenga la suerte de contar con su confianza. —Edwin se animó un poco.

Estudié su expresión esperanzada, dudando de repente, si incluso él podría pasar por alto una historia tan contaminada.

—¿Y alterar la forma en que usted me mira? —Bromeé—. ¡Nunca!

—Dudo que esa sea la consecuencia —respondió solemnemente.

—No estoy segura que valga la pena correr el riesgo —susurré, extrañamente deseando que él no estuviera de acuerdo.

Él me miró fijamente hasta que mi piel comenzó a ponerse rosada, bajo su mirada atenta.

—Hasta que no confíe en mí, es difícil saberlo. —Levantó su mano hacia mi cara y rozó mi mejilla con su pulgar.

Hice una pausa, el miedo dentro de mí se separó el tiempo suficiente para intentar confiar en él.

—No soy realmente...

—¡Ahí están ustedes dos!

Salté ante la voz y giré en mi asiento. Diana estaba en la puerta, mirándonos con una sonrisa en los labios. Sus ojos iban y venían entre nosotros.

—Perdónenme. ¿He interrumpido el tête-à-tête?

—Difícilmente puede ser un tête-à-tête, cuando dejé la puerta abierta —confirmó Edwin bruscamente.

—De todos modos, es una suerte para ambos que fui yo quien se topó con ustedes. —Caminó hacia nosotros—. Esa posición, que vi por primera vez, es bastante incriminatoria.

Junté las manos sobre mi regazo, esperando parecer imperturbable, ante su conclusión.

—Solo estábamos hablando.

La mirada de Diana recorrió nuestra posición y levantó una ceja.

—¿Y qué tema requeriría tanta proximidad en una habitación vacía?

Observé a Edwin, quien ahora miraba a su hermana.

Ella se rió.

—¡Oh! ¡Dímelo! No puedes parecer tan irritado sin tener una buena causa.

Él se negó a complacerla.

—Estaba transmitiendo la noción que la gente suele aceptar más a una persona, cuanto menos la conocen —ofrecí esa respuesta.

La mirada de Diana pasó de la mía a la de Edwin, como si intentara descifrar si dije la verdad.

—Muy bien —dijo Diana, aparentemente apaciguada—. Y por mucho que me encantaría escuchar la refutación convincente de Edwin, nuestra madre ha solicitado una audiencia con nosotros.

—¿Ahora? —Él apretó la mandíbula.

—Me temo que sí. —Diana parecía realmente arrepentida.

Miré a Edwin.

—Quizás, señor Stanton, ¿podemos terminar nuestra conversación en otro momento?

Dejó escapar un lento suspiro y se pasó una mano por la barbilla, antes de asentir en señal de aceptación.

—Pronto, entonces. —Edwin se puso de pie, el vacío que dejó detrás me hizo cambiar.

—Tendremos los carruajes listos para partir en una hora —aclaró Diana, lo que me hizo apartar la mirada de Edwin—. Insisto en que vengas conmigo a Chadsmead.

Miré entre los hermanos.

—¡Estaré encantada!

Edwin hizo una reverencia y siguió a su hermana fuera de la habitación.

Caminé hacia la ventana y miré la mañana gris con una sonrisa. Cuando mis pensamientos se dirigieron a Edwin, ya no me decepcionó la lluvia imprevista. Había estado tan cerca de decírselo, de permitirme confiar en él. ¿Cómo habría respondido a la verdad? Un aleteo interior me hizo tener esperanzas que sería con comprensión y amabilidad.

Me alejé de la ventana y miré los libros que tenía por delante. Por primera vez desde la muerte de mi madre, sentí el deseo de perderme en una historia. Me dirigí con entusiasmo al estante, donde Edwin y yo habíamos hablado durante mi recorrido. Agarré *La tempestad* y regresé al sofá, abrí la tapa y pasé ansiosamente a mi parte favorita: cuando Miranda y Ferdinand se conocen y enamoran instantáneamente.

\* \* \*

Cuando comencé a bajar la escalera principal, Diana corrió a mi encuentro.

—Estaba a punto de enviar a Edwin a buscarte.

Examiné los cinco vagones alineados a lo largo del camino.

—Espero no haber causado un retraso en nuestra salida —dije sin darme cuenta que había llegado tarde—. Estaba leyendo en la biblioteca y perdí la noción del tiempo.

Diana sonrió.

—No te preocupes. No eres la última de los invitados, y te he reservado un asiento en nuestro carruaje. Simplemente, esperaba enviar a Edwin a buscarte.

—Diana, debes dejar de intentar unirnos. Tu hermano está casi comprometido con mi prima.

—¿Yo? —Miró a su alrededor, antes de acercarse más—. Odio contradecirte, pero no tuve nada que ver, las últimas veces que lo viste. —Una sonrisa traviesa iluminó su rostro—. ¿Quizás no soy la única que desea unirlos a los dos?

La miré con incredulidad.

—¿Me estás acusando de intentar interponerme entre mi prima y tu hermano? —pregunté en un susurro agudo.

—No te estoy acusando de nada, Abigaíl —dijo con cautela, colocando su brazo sobre el mío y abrazándolo con fuerza—. Sé dónde está tu lealtad... Solo quise burlarme de ti... Ven, vamos con los demás.

Seguí a Diana hasta el carruaje principal. El señor Ellis nos saludó, cuando nos acercamos, y extendió su mano para ayudarnos a entrar.

—Abigaíl. —Di la vuelta y encontré a mi tía casi encima de nosotros—. ¿Estabas planeando viajar con los Stanton, querida? Esperaba que vinieras a la ciudad conmigo. Siento que apenas he tenido un momento para hablar contigo desde que llegaste.

Miré a Diana, quien tenía una expresión cautelosa.

—Le había dicho a Diana que viajaría con ella...

—Y me sentiría muy mal, si te obligara a romper tu compromiso. —Su voz estridente superó fácilmente a la mía—. Pero debo insistir. Es difícil conversar contigo, siempre ocupada en otra parte. ¡Y debemos dedicarle tiempo a la familia!

Le envié a Diana una mirada arrepentida, dándome cuenta que no podía ignorar los deseos

de mi tía.

—¿Quizás debería volver a casa contigo?

—Por supuesto —dijo, soltándome el brazo para que pudiera dirigirme hacia mi tía, que me hacía señas.

Los labios de la tía Marianne se dibujaron en una sonrisa tensa y me pasó el brazo por el hombro, dirigiéndome hacia la puerta abierta del carruaje.

—Me alegro mucho que pudieras dedicarme un momento de tu tiempo. Sé que no es fácil cumplir con las obligaciones familiares, cuando hay tantas distracciones.

—Estoy feliz de poder complacerte, tía —dije tan convincentemente como pude.

—Hannah y Sir Giles también viajarán a Chadsmead con nosotros, así que por favor compórtate lo mejor posible. No quiero que Sir Giles piense que se está casando con gente pobre.

Me quedé inmóvil, ante sus críticas, observando aturdida, mientras un sirviente la ayudaba a subir al carruaje. Su piel gruesa se había debilitado, en los últimos años, y su flagrante maltrato me resultaba desorientador. Respiré profundamente, ansiosa por calmar mis nervios, antes de colocarme detrás de ella.

—¡Abigaíl! —exclamó Hannah, haciéndome espacio, en el asiento, junto a ella—. Estoy muy feliz que viajes con nosotros.

—Como yo. —Me moví a su lado. Una vez más, el alivio que me trajo su presencia fue instantáneo—. ¡Qué hermosa estás hoy, prima!

—¿No es ella encantadora? —preguntó Sir Giles, aunque no estaba segura que su pregunta estuviera dirigida a mí por la forma en que mantenía sus ojos en Hannah.

—Por favor, Sir Giles. No siempre puedo ser deslumbrante. —La sonrisa coqueta de Hannah contradijo sus palabras.

—No estoy de acuerdo. —Extendió su mano hacia la de ella y, cuando ella le hizo el favor, le dio un beso muy generoso.

Contuve una risa y miré a mi tía, quien discretamente puso los ojos en blanco, antes que su mirada se encontrara con la mía. Sus ojos se entrecerraron, devolviéndome la mirada atenta, y rápidamente me corregí, viendo a la feliz pareja.

—¿Y cómo está Lord Ramsby? —preguntó Hannah con una sonrisa maliciosa—. Los vi a los dos hablando junto al fuego, después de cenar, y debo decir que parecían estar en términos bastante familiares.

Mi cara se llenó de calidez, sorprendida que preguntara tal cosa delante de los demás.

—Te lo aseguro, las apariencias engañan.

La nariz de Hannah se arrugó y me evaluó.

—¿Lo estás cortejando, oficialmente?

—No —dije con firmeza—. No somos...

—Pero, ¿seguramente, él dio a conocer sus intenciones?

—Él no ha... —Podía sentir la mirada de mi tía ardiendo en mí.

Hannah sonrió.

—Bueno, será pronto. Es evidente cuánto te prefiere. Quizás este verano haya dos bodas.

—Seguramente, ¡habrá dos bodas este verano! —espetó mi tía, mirando a Hannah, como si ella la hubiera ofendido personalmente.

Hannah sonrió con más rencor de lo que yo había pensado que era capaz de hacer.

—No he oído que el señor Stanton haya propuesto matrimonio oficialmente. Perdóname, madre.

Parecía que tía Marianne esperaba que sus siguientes palabras pudieran herirla.

—¡Niña tonta!

Mi mirada se dirigió a Sir Giles, quien parecía apenas consciente de la tensión que lo rodeaba.

—Bueno, sin duda será el verano más feliz de mi vida —dijo descuidadamente.

Hannah le ofreció una débil sonrisa, antes de mirar por la ventana. Siguiendo su ejemplo, volví mi atención a mis manos. Nos sentamos en silencio hasta que se acercaron voces fuera del carruaje. Edwin apareció a la vista con una risueña Helena en su brazo.

Mientras se acercaban, la tía Marianne asomó su cabeza por la puerta.

—Helena, querida, me temo que no hay lugar para ti en nuestro carruaje, porque Abigaíl ocupa tu asiento. ¿Quizás podrías viajar con el señor Stanton y su familia? —La miré con incredulidad, y de repente me di cuenta por qué me habían invitado a subir a ese carruaje.

—Madre —dijo Helena con un puchero—. ¿No te lo he dicho ya? Hasta que las cosas sean más oficiales, el señor Stanton no cree que sea apropiado que se nos vea llegando juntos a la iglesia.

—Recuerdo la conversación —dijo la tía Marianne con una inocencia ensayada—. Pero tenía la impresión que quería decir que ustedes dos solos no podrían tomar el carruaje, lo cual obviamente sería bastante impropio. No pensé que se refería simplemente a viajar juntos, en el mismo carruaje, con su familia. Nunca he oído que se tomen tales precauciones, en una pareja que se está cortejando.

—Madre, no lo presiones tanto. Realmente, no me importa meterme aquí. —Helena miró a Edwin por debajo de su sombrero. Estaba segura de eso, aunque no podía verla bien desde donde estaba sentada, mientras que sus ojos azules brillaban implorantes bajo sus pestañas—. No comprometeré sus deseos, señor Stanton, a pesar que su carruaje tiene capacidad para seis personas y el nuestro solo para cuatro.

Él miró vacilantemente hacia el frente de la fila de carruajes.

—Por supuesto que debería viajar con nosotros, señorita Hanford. No deseo tenerla apretada, en un carruaje, cuando fácilmente podemos llevarla en otro.

—¡Qué generoso de su parte! —Helena sonrió triunfalmente a su madre—. Pero solo si usted está seguro.

Él respondió con un rápido movimiento de la barbilla.

—Nos veremos allí, ¡mi querida muchacha! —gritó la tía Marianne a Helena, que se alejaba, antes que la puerta se cerrara, bloqueándola de nuestra vista—. Espero el anuncio en cualquier momento. —Desvió la mirada por la ventana y no estaba segura de si la declaración estaba destinada a Hannah o a mí.

Pasamos todo el viaje hasta Chadsmead sin decir una palabra más. Incluso el pobre Sir Giles pareció notar el inquietante silencio, y su mirada se dirigió a cada uno de nuestros rostros, y volvió a mirar por la ventana repetidamente. Soltó un audible suspiro de alivio, cuando nos detuvimos frente a la iglesia familiar.

La puerta se abrió y la tía Marianne salió elegantemente del carruaje y caminó recto sin mirar atrás.

—¿Sir Giles? —Hannah le dirigió a su prometido una mirada suplicante—. ¿Le importaría darnos a Abigaíl y a mí, un momento a solas?

—Por supuesto —respondió Sir Giles con entusiasmo—. No me importaría, en lo más mínimo, si eso es lo que usted desea. —Bajó del carruaje y cerró la puerta.

Vacilante, me dirigí hacia Hannah.

—Abigaíl, debo advertirte que mi madre cree que quieres robarle el señor Stanton a Helena.

—La miré fijamente sin pestañear—. Le dije que sería una tontería pensar que se podría favorecer a alguien tan descarado como el señor Stanton, cuando tienes al encantador Lord Ramsby para distraerte, pero ella no se dejará convencer de lo contrario.

—¿Y qué pruebas tiene ella para tal conclusión? —pregunté, esperando no parecer demasiado ansiosa en mi tono.

—La intuición de una mujer... Además de eso, no puedo decirte más... No suelo estar al tanto de sus intrigas como lo hace Helena. Ella simplemente me dijo que estuviera atenta a cualquier intento que pudieras hacer para asegurarlo.

—Helena es mi prima —dije, ignorando la culpa que punzaba mi conciencia.

—Le dije eso mismo. —Ella se encogió de hombros—. Pero ella te ve de manera más formidable, dado tu pasado.

—Lo veo... —Mi voz se quebró.

—Una vez que el señor Stanton le proponga matrimonio, ya tú no serás una amenaza. — Hannah intentó ofrecerme consuelo, pero esto solo sirvió para inquietarme aún más—. Ya escuchaste a mamá, en cualquier momento será oficial. Hasta entonces, ten cuidado en tus interacciones tanto con él, como con la señora Ellis. Mamá puede ser bastante cruel, cuando no se sale con la suya, y no me gustaría verte a ti, en el lado de las víctimas.

—Gracias. —Hice una pausa sin estar segura de lo que debía seguir diciendo—, por la advertencia.

—A tu orden. —Hannah inclinó la cabeza y me evaluó con una mirada de lástima—. Será mejor que entres, antes que mamá sospeche que estoy divulgando su secreto.

Abrió la puerta y agarró de la mano de Sir Giles, quien la esperaba. Pasearon por el césped, mientras yo permanecía en el silencio del carruaje vacío, dejando que la conversación se repitiera, en mi mente.

Independientemente de lo que pensara mi tía, no tenía intención de robarle a Edwin a Helena. Quizás, en ocasiones, disfruté de su compañía y anhelé estar cerca de él, pero seguramente eso no era evidencia de traición. ¿Pero qué hay de disfrutar de sus brazos, a mi alrededor, las dos veces que compartimos una silla de montar? ¿O la forma en que se sintió su piel sobre la mía, cuando me quitó un pelo de la cara? ¿O la forma en que deseaba, que él me mirara a mí, en lugar de a Helena?

Las pruebas autoincriminatorias me revolvieron el estómago.

—Soy una tonta —murmuré—. ¿Cómo me había permitido desarrollar sentimientos tan fuertes por Edwin, cuando él cortejaba a Helena? Me había escondido detrás de buenas intenciones y excusas, que ya no estaban dispuestas a ofrecerme cobertura, y la motivación detrás de mis esfuerzos se volvió clara frente a mí: quería que Edwin me eligiera a mí, antes que a mi propia prima.

La gravedad de mi situación me dominó. ¿Qué dirían mi padre y Laurence, si la tía Marianne les escribiera sobre el asunto? La vergüenza se sintió paralizante. Si tan solo hubiera hecho caso a la advertencia de Lydia, y me hubiera separado de Edwin, antes que el proceso se volviera insoportable y el dolor de su ausencia fuera tan conmovedor. Pero no la había escuchado y ahora sufriría las consecuencias.

—Ahí estás —dijo Diana, entrando en la puerta del carruaje, haciéndome jadear—. El sermón comenzará pronto y te reservé un asiento. —La preocupación tocó su frente, cuando no le respondí—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

Suspiré, sabiendo lo que tenía que decir:

—Revelador.

—Como lo fue el mío. —Diana extendió su mano para ayudarme en mi descenso—. Espero de todo corazón no haber tenido que soportar simplemente un vislumbre de mi futuro.

Cuando mis pies estuvieron seguros en la tierra, me dirigí a la iglesia.

—Diana, he decidido que sería mejor evitar interacciones innecesarias con tu hermano.

—¿Has decidido esto? —preguntó Diana, tratando de mantener el ritmo.

Me detuve y volteé hacia ella.

—Sí... Tu hermano tiene la intención de casarse con mi prima. Sé que hemos tenido esta discusión antes, pero esta vez tengo la intención de honrarla, honrar a mi familia y, sinceramente, honrarme a mí misma, y a lo que sé que es correcto. ¡No cambiaré de opinión!

—Abigaíl...

—Sé que no deseas que Helena se case con Edwin —dije, sin querer dejarla hablar—. Pero claramente no es tu elección, es la de ellos. Edwin ha elegido a Helena e independientemente de lo que pienses, Helena lo ama y será una esposa adecuada para él. En consecuencia... —Hice una pausa, dudando si debía seguir—. Si deseas continuar con nuestra amistad, debes darte cuenta que no toleraré más planes para separarlos.

Diana me miró por un momento, luego bajó la barbilla y asintió.

—Muy bien. No más planes.

—Lo siento, Diana, desearía...

—¿Qué tema divertido están discutiendo ustedes dos para que perderse el comienzo del sermón parezca una alternativa aceptable? —Edwin se puso a nuestro lado, y levantó la ceja con un tono burlón detrás de su expresión severa.

—No hay nada de qué preocuparse, hermano —dijo Diana secamente—. Ya vamos.

Los ojos de Edwin se dirigieron hacia mí y bajé la mirada, sabiendo que no podría encontrar la fuerza para hacer lo que necesitaba, si veía la preocupación en su rostro.

—Creo que entraré y buscaré un asiento.

Diana no dijo nada y entré delante de ellos.

Los bancos estaban casi llenos y me sentí aliviada al encontrar a Hannah haciéndome un gesto para que me sentara con ellos. Corrí a su lado, ansiosa por parecer separada de Diana y Edwin, quienes pronto me seguirían. Un movimiento en mi periferia me hizo preocuparme por mi vestido, e hice lo mejor que pude para ignorar a los hermanos, que pasaban por nuestro banco hacia el banco delantero, donde una eufórica Helena estaba sentada con la familia Stanton.

Intenté concentrarme en las palabras de los himnos que cantábamos y en el vicario, mientras daba su sermón, procurando no maldecirlo por haber elegido el amor divino como tema.

Cuando finalmente terminó el servicio religioso, necesitaba aire y una diversión.

—Hannah, ¿cuánto falta para que los carruajes regresen a Tipton?

—En un día hermoso como hoy, supongo que al menos una hora.

—Maravilloso —dije, feliz que la lluvia de esa mañana hubiera llegado y se hubiera ido—. Intentaré regresar, antes que te vayas, pero si no llego a tiempo, continúa sin mí... Caminaré...

Hannah ladeó la cabeza y apretó los labios.

—¿Debería preguntarte a dónde vas?

—No estoy muy segura de a dónde iré. Simplemente, necesito algo de tiempo a solas.

—Muy bien —dijo Hannah, encogiéndose de hombros—. Pero, ten cuidado.

—Lo tendré —prometí, aunque me di cuenta que no era necesario dada la velocidad con la que ella devolvió su atención a Sir Giles y a los demás.

Decidida a pasar desapercibida, me acerqué a un grupo de feligreses, que salían del edificio. Una mujer mayor me miró extrañada, cuando se dio cuenta que yo no era parte de su grupo, pero

continué de todos modos, ofreciendo una sonrisa tímida, como compensación por mi extraño comportamiento.

Cuando salí, me separé de los demás y corrí hacia la carretera. Estaba impaciente por escapar, y miré hacia atrás, solo una vez, para asegurarme que nadie me había seguido. Satisfecha que mi rápida salida había sido un éxito, reduje la velocidad a un ritmo pausado, y comencé a subir por la carretera. El aire fresco y el sol sanaron mi alma.

—¡Señorita Abigaíl! —Silas vino corriendo hacia mí desde el patio y me rodeó la cintura con sus brazos. No me había dado cuenta de hacia dónde me llevaban mis pies, pero aquí estaba, frente a la cabaña de los Bragg.

Sonreí, disfrutando de la cálida bienvenida.

—Me alivia ver lo bien que te ves. ¿Cómo están los demás?

La sonrisa se desvaneció de la boca de Silas.

—Mamá no está mejorando. —Su labio tembló cuando habló—. El médico dijo que pronto se unirá a papá. —Una lágrima rodó por su mejilla y lo atraje hacia mí. Dejó escapar un sollozo desgarrador.

Sabía que había poco que pudiera decir para ofrecerle consuelo, así que me quedé allí abrazándolo y sosteniendo su cuerpo tembloroso. Me dolía por él. Es agotador actuar con fuerza, e intentar soportar dificultades mucho más allá de las capacidades al sentirse tan débil. Después de varios minutos, finalmente me soltó y se enderezó.

—Eres un chico valiente, Silas. —Me incliné y besé la parte superior de su cabeza.

—Ojalá no tuviera que ser valiente. —Se secó las lágrimas de la cara.

—Ojalá tú tampoco lo fueras. —Las lágrimas brotaron de mis propios ojos, ante su lamento.

Nos quedamos inmersos en un momento de dolor compartido, antes que él tomara mi mano y comenzamos a caminar hacia la cabaña.

—Me alegro que hayas venido —dijo Silas, abriendo la puerta para llevarme al interior.

Una mujer, que supuse era la señora Reed, estaba inclinada sobre la señora Bragg, empapando su piel con un paño húmedo.

—¿Cómo está ella? —pregunté, lamentando inmediatamente mi decisión de no anunciarme directamente. La pequeña mujer de cabello gris se levantó y se cubrió el corazón en estado de shock.

—Perdone mi reacción... No esperaba a nadie. Usted debe ser la señorita Blakeslee. Soy la señora Reed. —Se arregló las faldas y el pelo despeinado—. No pensé que usted pasaría por aquí hoy, siendo sábado, pero no es ninguna molestia. Como puede ver, solo estaba atendiendo a la señora... Ah, sí, y para responder a su pregunta, me temo que no ha mejorado mucho desde mi última carta. —La mirada de la señora Reed volvió a posarse en el cuerpo inmóvil de la señora Bragg, y me pregunté, si la quietud de alguna manera acentuaba su pecho, que subía y bajaba rápidamente—. Supongo que deberíamos considerar una bendición que todavía está con nosotros.

—Sí —dije, apartando la mirada de la señora Bragg y recordando mis modales—. Y por favor perdone mi interrupción. Estaba en la iglesia y pensé en pasar para ver si podía ser de ayuda.

La señora Reed miró por encima de mi vestido, antes de ladear la cabeza y apretar los labios.

—¿Quizás podría llevar a los tres sanos a caminar? He estado ocupada con los pacientes desde que llegué, y los pobres han recibido pocas de mis atenciones. Creo que el aire fresco y una compañía dispuesta serían justo lo que les levantaría el ánimo.

Asentí en señal de aceptación y ella volteó hacia Mary, que observaba con anticipación.

—¿Sería eso aceptable, pequeña?

Mary se puso de pie de un salto con entusiasmo y corrió a mi lado.

—Ven, Juliet. —Recogí a la bebé de ojos azules de la cama, donde dormían sus hermanas —. Nos vamos a la aventura.

—Ella está completamente alimentada y no debería ser un problema para usted. —La señora Reed sonrió cansada, pero antes que pudiera responderle, Mary tomó mi mano para llevarme afuera.

—No tardaremos mucho —llamé por encima del hombro, cruzando el umbral.

—¿A dónde quieres ir? —Silas lucía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Por allá! —Señalé en dirección opuesta a la iglesia.

—Esperaba que dijeras eso. Hay un estanque justo más allá de ese lugar, donde pesco ranas —dijo, abriendo el camino.

No era una caminata muy larga, y cuando llegamos al pequeño estanque, Silas se sentó y comenzó a quitarse los zapatos y las medias.

—Supongo que no esperas atrapar ranas con un vestido tan bonito —preguntó, arrugando la nariz.

—Será mejor que no lo haga hoy. —Volví a acomodar a Juliet en mis brazos—. Pero observaré de cerca tu técnica. La captura de ranas siempre ha sido uno de mis pasatiempos favoritos.

La expresión de sorpresa en el rostro de Silas valió la vergonzosa admisión, y no pude evitar reírme de nuevo.

—Pensé que se parecía a alguien que sabía cómo atrapar ranas, señorita Abigail.

Al darme cuenta que un niño de ocho años probablemente consideraba eso como el máximo cumplido, sonreí al aceptarlo.

—No pretendo ser un talento excepcional de ninguna manera, por lo que cualquier consejo que se te ocurra darme será muy apreciado.

Se lanzó al agua con toda la confianza del mundo.

—Seguro.

Sus movimientos hicieron que una rana saliera de su escondite con un chapoteo.

—¡Ahí, Silas! ¡Allá! —gritó Mary, señalando con el dedo y moviéndose con entusiasmo.

Silas se orientó hacia donde le indicaba su hermana, antes de quedarse quieto.

—Silencio, Mary, o sabrá de qué se trata.

Me tapé la boca para asegurarme que mi risa no asustara a la rana.

De repente, Silas saltó hacia adelante, ahuecó el agua y causó un gran chapoteo.

Juliet chilló de alegría y pateó con entusiasmo.

—¡La tengo! —Silas levantó triunfalmente sus brazos empapados con una gran rana, colgando de una de sus manos y croando desenfrenadamente.

Me estremecí de la risa.

—Ciertamente, lo hiciste. Pero me temo que te moviste demasiado rápido, como para que yo me diera cuenta de tu método.

—Así es como lo hago. —Caminó por el agua hasta la orilla, donde estábamos—. Tengo que ser más rápido que la rana para atraparla.

—Supongo que ahí radica mi problema —dije, todavía sonriendo—. No soy capaz de moverme tan rápido. Ahora tráela aquí y déjanos ver tu captura.

Silas corrió hacia nosotras y mostró con orgullo la gran rana.

—Bueno, no es la más grande que he atrapado, pero servirá.

—¿Qué harás con ella, ahora?

—Simplemente, la pondré en mi bolsillo. —Silas maniobró al involuntario anfibio hasta el fondo de su bolsillo.

—El beneficio de los pantalones, supongo.

Silas atrapó tres ranas más, antes que yo anunciara de mala gana que era hora de regresar. Obedientemente, salió del estanque y recogió sus zapatos para seguimos a mí y a sus hermanas.

Habíamos regresado a la colina y comenzamos bajar por el sendero, cuando un graznido grave llamó mi atención. Miré a Silas a tiempo para presenciar una gran rana escapar de su bolsillo.

—Silas, ¿cuántas ranas guardaste? —pregunté, lista para estallar en carcajadas.

—Traje dos. Una para Rose y otra para Patience. Se llevó la mano a los bolsillos y abrió mucho los ojos cuando encontró uno vacío.

Señalé a la criatura que saltaba, a unos pasos de distancia.

—Parece que tendrán que compartir.

Silas corrió tras la rana con tal determinación que no pude quedarme de brazos cruzados, y seguía riéndome.

—Parece más difícil atrapar a una rana que salta que a una que nada —le dije a Mary, quien asintió vertiginosamente—. ¿Quizás podrías sostener a Juliet, mientras ayudo a Silas en su persecución?

Mary rápidamente se arrodilló y extendió las manos hacia su hermana. Con cuidado, puse a Juliet en el regazo de su hermana y me uní a Silas en la persecución. La tarea era más complicada de lo que había imaginado, y mi risa interminable parecía solo hacer la situación más difícil.

—Quizás si voy por el otro lado —dije, caminando en un amplio círculo hacia donde la rana se había posicionado para saltar. Silas esperó hasta que estuve en ese lugar y la rana saltó cerca, acercándose a mí. Rápidamente me agaché y cubrí a la rana, donde aterrizó—. La tengo —llamé, antes de mover con cuidado una mano debajo y presionarla contra mi palma, como mi padre me había mostrado. Me levanté para mostrársela a Silas—. ¡La tengo! —Me reí—. ¡La tengo!

Silas corrió a mi lado y con cuidado le entregué la rana. No podía dejar de sonreír. Cómo había necesitado esto hoy, una distracción de las tareas que tenía por delante.

Cuando regresamos donde Mary y Juliet, mi sonrisa se desvaneció. Edwin estaba cerca de las chicas con una sonrisa intrigada en sus labios.

—¿Qué tienes? —insistió Edwin.

Miré a Silas, deseando que no me traicionara.

—Una rana. —Silas ya corría hacia él con el espécimen extendido—. Estaba llevando a dos del estanque, pero una se escapó, así que la señorita Abigail me ayudó a atraparla.

La sonrisa de Edwin se amplió de la manera más irritante.

—Como que ella es una cazadora de ranas bastante hábil.

—Es uno de mis talentos menos conocidos. —Pasé junto a Edwin hacia los niños—. Vengan queridos. Déjenme llevarlos a casa.

Me agaché y agarré a Juliet de manos de Mary, antes de ofrecerle mi mano y ayudarla a ponerse de pie. Caminé rápidamente junto a Edwin, y solo reduje la velocidad, cuando me di cuenta de cómo Mary trotaba para seguir mi ritmo.

—Señorita Mary, ¿le gustaría que la cargue? —ofreció Edwin, acercándose a mi lado y haciendo que me detuviera.

Ella extendió los brazos hacia él, quien se inclinó y la levantó en brazos. Me negué a notar la forma en que ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello sin una pizca de vacilación y en lugar de eso, acomodé a Juliet en mis brazos.

Continuamos en silencio y maldije a Edwin, en voz baja, por arruinar el final de nuestra caminata. Sentí que Silas miraba de Edwin a mí, y pensé en lo infantil que yo debía lucir, en mi repentino mal humor.

—Silas, ¿vas a ponerles nombre a tus ranas? —pregunté, tratando de aliviar la tensión.

—Voy a dejar que Patience y Rose las nombren —respondió—. Pero tal vez pueda convencerlas que le pongan a una... tu nombre, Abigaíl.

Inconscientemente, miré de reojo a Edwin, quien intentaba, sin éxito, evitar sonreír.

—Eso sería un gran honor. —Mi risa me traicionó—. Tal vez puedas convencerlas que nombren a la otra, Edwin. Noté una similitud peculiar entre la rana más grande y el señor Edwin.

—¿Eso es así? —Edwin arqueó una ceja.

—No quería señalarlo, pero ahora que lo han mencionado, las ranas cierran la boca de una manera muy similar.

—¿Ahora que lo han mencionado? —preguntó Edwin riéndose y sacudiendo la cabeza—. ¡Increíble!

Silas sonrió con facilidad, todavía mirándonos a uno y a otro.

—Tal vez las ranas se enamoren y nos den una vieja familia de ranas para tener como mascotas.

Mi corazón fue llamado al arrepentimiento. La decepción me invadió, cuando me di cuenta de lo fácil que había permitido que Edwin volviera a mi corazón. Tenía que ser más fuerte.

—Espere aquí, señor Stanton —dije, cuando la cabaña apareció a la vista—. No quiero dar otra impresión equivocada hoy.

Él me envió una mirada burlona, pero en lugar de explicarme, me moví para quitarle a Mary. Envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y Edwin la ayudó a desplazar su peso sobre mi cadera libre. Su mano la estabilizó y luego se dirigió a mi brazo. La sensación de su piel sobre la mía me atormentaba, y rápidamente le di la espalda, sabiendo que no era lo suficientemente fuerte para soportarlo a él.

Cuando llegué a la puerta, el peso de ambas niñas parecía apenas sostenible y rápidamente bajé a Mary. Le pedí disculpas a la señora Reed por la ropa mojada de Silas y por las ranas, pero ella me aseguró que no había ningún problema, y me agradeció excesivamente por el pequeño servicio que había prestado. Prometió enviarme una actualización, esa misma noche, y le agradecí su consideración.

Besé a Juliet y a Mary, y abracé a Silas, diciéndole que les informara a Patience y Rose que volvería pronto para visitarlas, y que seguiría orando por todos ellos, especialmente por su madre. Él me agradeció por el paseo y entró con una rana en cada mano, ansioso por mostrársela a sus hermanas.

Dejé escapar un profundo suspiro, exhortándome a ser más fuerte, mientras regresaba a donde me esperaba Edwin.

Apareció a la vista y mi corazón se apretó al verlo como el traidor que era.

—¿Qué está haciendo usted?

Un lado de su boca se elevó en una sonrisa parcial.

—Esperando obedientemente, donde me dijo.

—Quiero decir, ¿qué está haciendo aquí usted, conmigo?

Bajó la mirada momentáneamente, antes que sus ojos se encontraran con los míos

nuevamente.

—Esperaba continuar nuestra conversación de antes.

Mi estómago se apretó al recordar lo cerca que había estado de contarle todo.

—¿Helena sabe dónde está usted?

—Le dije que tenía que hablar con un inquilino. —Sacudió la cabeza.

—¿Le mentiste?

—No le mentí. Los Bragg son una de nuestras familias inquilinas y hablé con el señor Silas, el hombre de la casa.

Sacudí la cabeza y suspiré.

—Creo que es mejor que se vaya.

Me miró con incredulidad.

—Usted es la mujer más exasperante que he conocido. —Su voz se había vuelto rígida—. En un momento, creo que realmente disfruta de mi compañía, y al siguiente estoy seguro que me aborrece.

—No lo aborrezco.

—¿Entonces, qué es? ¿Solo puede tolerarme por períodos cortos?

—Creo que será más fácil, si dejamos de reunirnos. Helena es mi prima, y sé que se sentiría decepcionada, si se enterara de esto... —Hice un gesto entre nosotros, antes de darme cuenta de lo que él podría pensar que estaba insinuando—. Esta... amistad. —Resoplé mi frustración

—¿Amistad? —repitió Edwin con un gesto exagerado.

Tragué, ignorando su conmovedor desaire sobre lo que sentí que había sido una conclusión mutua.

—Helena te admira...

—Y yo la admiro —dijo Edwin bruscamente—. ¿Sin embargo, es esa razón suficiente para casarse con alguien?

—No estoy segura de cuál es la razón suficiente —dije honestamente—. De lo que estoy segura es de la devoción que Helena siente por usted, y del hecho que será una esposa extraordinaria.

—No lo sé —dijo, pasándose la mano por el cabello con agitación.

—Entonces, por qué usted no ha preguntado... —Hice una pausa, dándome cuenta de repente del anhelo interno que influía en mi pregunta. No podría pedírselo. Él no sentía por mí lo que yo sentía por él. ¿Por qué fue tan difícil convencerme de ello? ¿Para convencerme que su respuesta no sería la que deseaba? Nunca confesaría que fue su amor por mí lo que le impidió seguir adelante con Helena. Él no podía amarme. Ni siquiera sabía quién era yo.

Además, ¿cómo podría volver a enfrentarme a mi familia, a mi propio padre, si por algún milagro esto fuera cierto y Edwin me aceptara? No haría nada que hiciera que mi padre pensara menos de mí, que cuestionara la forma en que había elegido criarme. Mi resolución se fortaleció, ante el pensamiento. Si no podía hacerlo por mí misma, tenía que hacerlo por mi padre.

—Tienes que pedirle a Helena que se case contigo. —Las palabras casi me ahogan.

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros. Mi mente y mi cuerpo vacilaron en su determinación.

—¿Eso es lo que realmente usted quiere?

Junté mis manos, detrás de mi espalda, para que no pudiera verlas temblar y asentí, incapaz de decir la mentira.

La mirada de Edwin sostuvo la mía, buscando la verdad en mi alma.

—Veo... Perdóne mi interrupción. —Hizo una enérgica reverencia—. Debería volver con

los demás.

Me quedé inmóvil, viéndolo alejarse. Intenté felicitarme por la hazaña que había logrado, pero la pérdida me pareció demasiado grande para fingir lo contrario. Me tapé la boca, ahogando un sollozo, y me desplomé en el suelo en completa desesperación.

## Capítulo catorce

Cuando regresé a la iglesia, no me sorprendió encontrar que los carruajes ya no estaban, y el patio estaba despejado. Lentamente, regresé a Timplon House, negándome a pensar en las últimas veces que había hecho el viaje con Edwin. La brisa fresca se arremolinaba, a mi alrededor, pero ya no me sentía animada por ella.

Cuando finalmente llegué a Timplon, me sentí vacía. Cómo desearía que nunca me hubieran obligado a venir aquí. Que nunca hubiera conocido a los Stanton y a Edwin. El día se había nublado apropiadamente, pero la suave luz solo acentuaba la belleza, a mi lado, y la maldije por sus trucos. Maldije todas las cosas que hacían que este lugar fuera tan atractivo y aquellas que me habían hecho comenzar a sentirme viva, nuevamente después de tanto tiempo: el estanque, la casa, los jardines, Diana, Edwin... y luego Edwin, una y otra vez.

El sonido de una puerta cerrándose interrumpió mis maldiciones y volví la mirada para ver a Lord Ramsby, bajando las escaleras de la entrada. Estaba solo y rápidamente, me escondí detrás de un árbol cercano, desesperada por no ser vista. No podía fingir ahora. No podía ser lo que se esperaba que fuera.

Caminó hacia el estanque, se detuvo en la orilla del agua para mirar a su alrededor, y luego desapareció entre el follaje, a lo largo del sendero. Una vez que se fue, corrí hacia la entrada, esperando que él estuviera lo suficientemente ocupado, y así yo podría entrar sin ser vista. Me acerqué a las escaleras y eché una última mirada por encima del hombro para asegurarme que no estaba a la vista.

El sonido de una puerta abriéndose envió mi mirada hacia lo alto de las escaleras. Antes que tuviera tiempo de entrar en pánico, Helena salió por la puerta y la cerró detrás de ella. Se puso el sombrero y empezó a atarlo en su lugar.

—Helena —la llamé, no queriendo asustarla, cuando me descubrió parada allí.

Su mirada se posó en mí y luego pasó a mi lado, antes de ofrecer una plácida sonrisa.

—¿Y de dónde vienes, Abigail? ¿Seguramente no acabas de regresar de Chadsmead?

—Vengo de... —Empecé a subir las escaleras—. ¿Y hacia dónde te diriges?

—No eres la única que prefiere las caminatas, en el día de reposo. —Los ojos de Helena se entrecerraron.

—Por supuesto que no —repliqué, sorprendida por la insensibilidad en su voz. ¿Se había dado cuenta de a dónde había ido Edwin, cuando vino a hablar conmigo? No quise ofenderla con esa pregunta. Solo intentaba ser civilizada—. Perdóname.

—No importa. —Helena se arregló los guantes, pellizcándose las mejillas—. Creo que el mal humor de Edwin se me ha contagiado otra vez. Quizás debería ser yo quien te pida perdón.

Al parecer, esa fue su disculpa, porque no ofreció otra.

—Creo que descansaré hasta la cena —dije, calmando el absurdo deseo de preguntar sobre el temperamento de Edwin—. Disfruta tu paseo.

—Creo que lo haré. —Había un tono de picardía en su voz. Incluyó ligeramente la barbilla en mi dirección, y luego se deslizó escaleras abajo hacia el jardín delantero.

El vestíbulo de entrada estaba vacío, cuando entré, y subí corriendo las escaleras, antes de tener que explicarle a alguien dónde había estado durante tanto tiempo. Cuando abrí la puerta de mi habitación, me sentí simultáneamente decepcionada y aliviada al descubrir que Lydia no me estaba esperando. No creía que fuera capaz de transmitirle mi debilidad, pero temía estar a solas

con mis pensamientos.

De mala gana, me subí a la cama, esperando que el sueño me diera un respiro del dilema que me había envuelto. Incluso una pesadilla parecía más prometedora que la situación en la que me encontraba, y la oscuridad de las pesadillas no era ajena a mí.

\* \* \*

Cuando Lydia finalmente regresó, llegó el momento de empezar a prepararme para la cena. Me sentí aliviada de verla, habiendo olvidado que le había dado el día libre para asistir a la iglesia con los sirvientes, así como a un picnic ofrecido por algunos de los feligreses de la ciudad. Si lo hubiera recordado, habría pensado en buscarla, antes de caminar sola a casa. Pero por la forma en que sonrió, me alegré de que no hubiera sido sometida a mi humor sombrío.

El brillo de sus ojos se transformó en preocupación.

—¿Cuál es el problema?

—No es nada. —Caminé hacia ella, poniendo cara de valiente—. Cuénteme todo sobre su día.

Su sonrisa volvió y habló alegremente del picnic, de las deliciosas comidas que se habían servido y de un hombre apuesto, que se había ofrecido a llevarle limonada, y luego no se apartaba de su lado. Ella se sonrojó maravillosamente, cuando me contó que él había pedido volver a verla y agradecí lo feliz que parecía.

—Todo suena maravilloso —dije, sentándome frente al espejo, mientras ella me peinaba.

—He estado extrañando desesperadamente Easton Manor —susurró—. Pero hoy fue un buen día.

Mis ojos se dirigieron a su reflejo, mientras ella trabajaba, y una culpa se sumó a mi carga.

—No he sido muy buena amiga desde que llegamos a Tipton, ¿cierto?

Su mirada se encontró con la mía.

—Usted ha tenido que lidiar con sus propias luchas. No quería molestarla con más.

Me dolió el corazón de nuevo, me levanté y rodeé a Lydia con mis brazos. Ella jadeó sorprendida.

—Estoy muy agradecida de su ayuda. Perdona mi necedad. Me esforzaré por ser una amiga más digna de usted.

—Usted puede ser muy dramática, Abbie. —Ella soltó una carcajada—. Ahora siéntese y déjeme terminar para que no llegue tarde a cenar.

Regresé obedientemente a mi asiento, y ella sacó un puñado de pequeñas flores blancas de su bolsillo.

—Encontré estas en mi camino a casa, y pensé en lo bonitas que quedarían con su vestido para esta noche.

—¡Qué hermosas son! Gracias.

—¿Abbie? —Colocó una de las flores en mi cabello—. ¿A dónde fue usted, después que terminó la iglesia?

—Necesitaba un momento para mí. —Me encontré con su mirada en el reflejo del espejo—. La tía Marianne cree que estoy tratando de robarle Edwin a Helena.

Ella asintió, sin parecer sorprendida en lo más mínimo por mi revelación.

—Nunca hubiera querido traicionar intencionalmente a mi propia familia, pero admito que me he equivocado al permitirme inconscientemente desarrollar sentimientos por Edwin. —Levanté la barbilla—. Debí haberte escuchado.

—Quizás, pero quizás no.

Entrecerré los ojos, confundida, pero ella no me ofreció una explicación.

—Les he dejado claro tanto a Diana como a Edwin, que no traicionaré a Helena. Nunca me perdonaría arruinar su felicidad y distanciar a nuestras familias... Le dije a él, que debía ofrecerse por ella.

Lydia abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

—¿Seguramente, no lo hizo? —preguntó Lydia con incredulidad.

—Lydia, cuanto antes él lo haga, podré recuperar la cordura.

—¿Qué pasaría si...? —Lydia hizo una pausa, pareciendo vacilante a la hora de continuar —, ¿qué pasa si Helena no es la dama adecuada para el señor Stanton?

Me burlé.

—Por supuesto que ella lo es. No debo permitir que mis sentimientos heridos lo prejuzguen a él contra ella. Ella lo ama y será una esposa excepcional. —Me había repetido la frase tantas veces, en las últimas horas, que casi parecía natural al salir de mi boca, a pesar de la formalidad de hablar con una criada—. Él debe ser el pretendiente de mi prima.

Lydia lanzó un profundo suspiro.

—Muy bien —dijo, dando un paso atrás para admirar su trabajo—. Estoy orgullosa de su lealtad, independientemente de si es merecida.

Un golpe en mi puerta la hizo apresurarse a abrir. Diana entró, caminando tímidamente hacia mi lado.

—Pensé en ver, si estabas lista para bajar a cenar.

—Creo que lo estoy. —Miré hacia Lydia, todavía tratando de darle sentido a su último comentario.

—Prometo que me comportaré de la mejor manera. —Diana nos miró a Lydia y a mí con arrepentimiento—. No te arrepentirás de haberme perdonado por mis maneras entrometidas.

—Estoy segura que no lo haré... —Le ofrecí una sonrisa y ella pasó su brazo por el mío. Antes de salir al pasillo, miré hacia atrás—. Lydia, gracias.

—Por supuesto, Abbie. —Ella me dio una sonrisa de complicidad, y el agarre de Diana en mi brazo fue lo único que me impidió volver corriendo para preguntarle qué sabía.

—¿Cómo están los Bragg? —preguntó Diana, y supe que debía haber hablado con Edwin.

—Hay pocos avances con la señora Bragg, pero Silas dijo que el médico espera que Rose y Patience se recuperen por completo.

—Esos pobres niños —susurró Diana—. ¿Cómo se las arreglarán, si pierden a su querida madre?

—No lo sé —respondí honestamente.

Cuando nos acercamos a la puerta de la sala de estar, hice una pausa, tomándome un momento para calmarme y pedirle al Señor fuerza para seguir en el camino decidido. Edwin no podría significar nada para mí.

—Si necesitas un momento...

—Estoy lista. —Me aferré con fuerza a su brazo.

Cruzamos las puertas y encontramos a la mayoría de los invitados, conversando entre ellos. Diana me llevó hasta el señor Ellis, quien hizo una gentil reverencia.

—¿Cómo estuvo su camino a casa desde Chadsmead, señorita Blakeslee? —Miró a Diana en busca de una aparente aprobación del tema elegido.

—Sin incidentes —respondí con una sonrisa.

—Me alegra oír eso. Edwin... —Se detuvo abruptamente y pude ver a Diana sacudiendo la cabeza sutilmente, en mi periferia—. Algunos de nosotros —corrigió—. Estábamos preocupados

por dejarla caminar a casa sin supervisión.

—Aprecio la consideración —dije, preguntándome por qué, incluso después de nuestra conversación, a Edwin debería importarle si caminaba sola.

—¿Y disfrutaron el sábado? —pregunté, mirando entre ellos.

—Mucho —dijeron al unísono.

—¡Maravilloso! —La conversación se sintió forzada y no me agradó. Quería que me hablaran como siempre lo hacían, pero sabía que había sido mi propia condición la que justificaba la precaución.

—Ahí está, señorita Blakeslee —dijo Lord Ramsby, acercándose a mi lado—. Siento que apenas la he visto desde ayer.

—Ha sido un día ajetreado.

—Esperaba que descansara bien.

—Lo hice, gracias —dije, preguntándome cómo sabía que había estado descansando, cuando Helena fue la única persona a la que le había hablado de mis intenciones—. ¿Y cómo pasó la tarde?

—Realmente no hay nada importante que mencionar —respondió.

Helena apareció a mi otro lado.

—¿Nada importante? Lord Ramsby, ¿seguramente, pasó la tarde de manera más placentera de lo que usted cuenta?

Lord Ramsby y Helena intercambiaron una mirada tensa, antes que él volviera a mirarme.

—Estoy seguro que no hay nada que la señorita Blakeslee encuentre de interés.

—Creo que mi prima encuentra poco interés en la mayoría de las cosas que se dicen, pero eso no la ha detenido antes. —Helena soltó una risa estridente.

Me sentí demasiado desorientada por su ofensa.

—Helena, ¿por qué usted dice eso?

—¿Por qué? Porque lo único que parece digno de su atención es atender a los enfermos y vagar por el campo sin vigilancia.

Me quedé sin aliento al darme cuenta. Ella lo sabía. Debió haber descubierto que Edwin había venido a hablar conmigo. Era la única razón por la que sería tan inusualmente impertinente delante de los demás.

—Helena, puedo explicarlo...

—¿Explicar qué...? —preguntó con una mirada furiosa en mi dirección.

Miré vacilantemente a Diana, quien sacudió sutilmente la cabeza.

—¿Qué puede explicar? —repitió Helena irritada, y de repente me pregunté si realmente sabía por qué estaba tan enojada conmigo.

—¿Cuál parece ser la conmoción? —preguntó Edwin, acercándose a nuestro pequeño grupo.

—Nada en absoluto —dijo Helena con un tono engañosamente dulce—. Abigaíl estaba a punto de explicarnos algo. ¿No es así, Abigaíl?

Una opresión en mi pecho me hizo sentirme mareada y sentí que la sala daba vueltas debajo de mí. Extendí una mano para estabilizarme.

La mano de Edwin llegó a mi espalda, en el mismo momento en que Diana y Lord Ramsby me alcanzaron. Mi cuerpo se sintió repentinamente pesado y débil, pero después de un momento, el apoyo que me ofrecieron alivió la extraña sensación.

—¿Necesita sentarse, señorita Blakeslee? —preguntó Lord Ramsby, evidentemente preocupado.

—Creo que fue solo un mareo. —Negué con la cabeza.

—Al menos déjeme apoyarla hasta que estemos seguros que ha pasado.

—Muy bien. —Solté la mano de Diana y acepté el brazo extendido de Lord Ramsby—. Eso es muy amable de su parte.

Sentí que Edwin quitaba su mano de mi espalda y miré en su dirección. Permaneció rígido con los ojos fijos en el frente, y la mandíbula apretada.

—Espero que aún escucharemos su explicación —dijo Helena con una sonrisa maliciosa—. Debo admitir que realmente ha despertado mi interés.

—Quizás más tarde —dije en tono complaciente, esperando que ella se tranquilizara, y dejara el tema atrás.

—Señorita Hanford —intervino Diana—. Esperaba que pudiera volver a contar su historia del príncipe regente. Estaba tratando de contárselo a mamá, y parece que he olvidado las palabras exactas de su cumplido.

Helena sonrió y asintió, antes de comenzar. Miré a Diana con aprecio y ella me dio una mirada breve y comprensiva.

\* \* \*

Durante la cena, me sentí más que feliz de encontrarme sentada entre Diana y el tío Stanton, con Lord Ramsby frente a mí, y Edwin y Helena al otro extremo de la mesa. Sabía que esto debía haber sido obra de Diana, y agradecí que su deseo de ser mi amiga, no se hubiera basado únicamente en sus intenciones que yo separara a su hermano de Helena.

Los caballeros no tomaron oporto, más bien se reunieron con las mujeres directamente en la sala de estar, después de cenar. Cuando Lord Ramsby me pidió que jugara con él, un juego de cartas, acepté rápidamente, una vez más agradecida por sus atenciones. Hice lo mejor que pude para fingir que no estaba sufriendo, pero sabía que solo estaba actuando, cada vez que sonreía a Lord Ramsby, o me reía de un chiste. Al final del juego, estaba exhausta, y me sentí aliviada, cuando entró el mayordomo con una nota de la señora Reed.

—Por favor, discúlpeme. —Me puse de pie y examiné la sala en busca de un lugar privado para leer la nota, cuando mi mirada se detuvo en Edwin. Él asintió levemente, en mi dirección. Independientemente de nuestra conversación anterior, sabía que él también estaba preocupado por el contenido del mensaje. Le ofrecí una sonrisa vacilante y él asintió sutilmente, en señal de comprensión. Sus ojos permanecieron fijos en mí hasta que la tía Marianne lo agarró del brazo, exigiendo su atención. Con entusiasmo, me dirigí a un sillón apartado.

*“Señorita Blakeslee,*

*Poco ha cambiado desde su visita. Ambas niñas continúan mejorando y me alegra informarle que Rose comió un poco de caldo y pan en la cena. La señora Bragg todavía está con nosotros. Su respiración no ha mejorado, pero tampoco ha empeorado. Las niñas se alegraron, cuando vieron las ranas que usted y Silas pescaron; las llamaron Abigaíl y Edwin. Descanse bien y le enviaré una actualización por la mañana.*

*Señora Reed.”*

Sentí la mirada de alguien sobre mí y levanté la vista para ver si era Edwin quien esperaba la noticia. Se me revolvió el estómago, cuando me di cuenta que la tía Marianne se encontraba

parada frente a mí con una expresión severa.

Dio unos pasos más, cerrando el espacio entre nosotras.

—¿Esa es una noticia sobre la familia pobre a la que has estado ayudando?

No me sorprendió que hubiera oído hablar de ello, pero me confundió la severidad de su tono.

—Así es.

—No sé por qué te preocupas por tales causas. Me recuerdas a mi hermana, en este sentido. Esas nociones románticas, siempre la necesidad de rescatar a los oprimidos. —Ella bajó la voz—. Pero me pregunto si no es una estratagema tuya, asumir tus nobles acciones para convencer a un caballero, ¿o tal vez a varios?

—No tengo ningún deseo de engañar a nadie, haciéndoles creer que soy alguien que no soy. —Mi pecho se apretó, cuando me di cuenta de la ironía de mis palabras.

—¿Tú no? —La mirada de escepticismo de la tía Marianne profundizó el calor en mis mejillas—. ¿O realmente has llegado a creer que eres una de nosotras? ¿Que mereces las mismas conexiones y oportunidades que mis hijas? —Sus ojos estaban llenos de ira—. Nunca debí haberle mencionado tu nombre a Lady Eliza, permitiendo que por lástima te consiguiera una invitación a Tipton House, que no mereces.

Mi corazón se aceleró, haciéndome sentir débil otra vez.

—¿Le dijiste a Lady Eliza?

—No, aunque no puedo evitar pensar que debería haberlo hecho. —Hizo una pausa, tal vez preguntándose si había dicho lo suficiente. Al parecer, no lo había hecho—. Te había mencionado en una conversación: la hija socialmente incómoda de mi pobre hermana fallecida. El aplazamiento de tu primera temporada después que mi cuñado gastara fondos exorbitantes para conseguirte los mejores vestidos, todo porque tenías demasiado miedo de dejar Easton Manor...

Sus ojos recorrieron mi vestido de noche, antes de posarse nuevamente en mi rostro.

—Aparentemente, Lady Eliza sintió la necesidad de incluirte. Después de todo, eras como algo de la familia... Pero me atrevo a decir que se arrepintió de su decisión, en el momento en que te vio, y con razón. —Consciente que no había más oídos para escuchar que los míos, la falsedad en su voz, a la que estaba tan acostumbrada, había desaparecido, y me encontré anhelando ese regreso—. Es obvio que no perteneces aquí. Nunca puedes fingir ser lo que no eres, por muy fina que sea tu apariencia y por excesivos que sean los medios que usas para atrapar a los caballeros.

Las lágrimas nublaron mis ojos. ¿Cómo podía alguien sentir que tenía derecho a ser tan brutal con sus palabras? Incluso si lo que dijo tuviera algo de verdad, ella era parte de mi familia.

Como si hubiera leído el dolor en mis ojos y hubiera visto los pensamientos detrás de ellos, levantó la barbilla.

—No eres de la familia. ¡Nunca serás más que una pupila de huérfana con un benefactor misericordioso!

No podía creer que acabara de decir la verdad en voz alta. Presa del pánico, me levanté para huir. Cuando mi mirada se desvió de su rostro engreído, mis ojos se posaron en Lord Ramsby, cuyos ojos estaban muy abiertos e inmóviles, manteniéndose de pie directamente detrás de ella. Miró de mí a mi tía. Luego giró y salió por la puerta.

Lo seguí frenéticamente.

Me acerqué al final de las escaleras y lo llamé, antes que llegara arriba. Se detuvo, pero no volteó hacia mí.

—¿Eso es verdad? —preguntó—. ¿Usted es la pupila de Lord Blakeslee?

—Soy su pupila, pero mis padres me criaron como a una hija.

Dio la vuelta y me miró con ira brillando en sus ojos.

—¡Mentiste!

—No lo he hecho —le dije, implorándole que me creyera—. Simplemente, no he podido decir toda la verdad.

—La intención era la misma. ¡Usted quería engañarme! Quería hacerme creer que es la verdadera hija de un lord.

—Lo siento. —Bajé la cabeza sin poder contener más las lágrimas.

—¡Qué tonto fui, pensando que usted es alguien que no es!

—¿He cambiado de alguna manera? —Mi voz era desesperada. Si alguien que me había admirado tanto como Lord Ramsby no lo entendía, ¿cómo me aceptarían los demás? Levanté la vista—. ¿Seguramente, mi ascendencia no cambia quién soy?

—Esto lo cambia todo. —Escupió—. ¿Usted cree que mi madre me permitiría casarme con una pupila? ¡Soy un lord! ¡Tengo una responsabilidad que defender! El Cielo sabe de dónde viene. —Su mirada de disgusto me traspasó y estaba segura que no habría mirado a un perro callejero con más repulsión que la que ahora me miraba a mí—. ¿Quedó huérfana? ¿Usted sabe quiénes eran sus padres?

Las lágrimas fluyeron, cuando mi dignidad fue arrancada de mis manos. Mi silencio fortaleció su determinación y él giró, subiendo rápidamente el resto de las escaleras y desapareciendo por el pasillo. Me quedé mirando el lugar donde acababa de estar, sintiéndome entumecida. ¿Qué iba a hacer ahora? Un ruido detrás de mí me hizo dar vueltas. Diana y Lady Eliza estaban cerca de la entrada de la sala de estar con las manos sobre la boca y los ojos muy abiertos.

Derrotada, caí al suelo y comencé a sollozar.

\* \* \*

Diana pronto estuvo a mi lado, frotándome la espalda. Ella no habló y, unos minutos después, sentí los fuertes brazos de Edwin acunándome. Enterré mi cara en su pecho, sin importarme siquiera adónde me llevaba. Después de un minuto, me dejó suavemente en un sofá y se sentó a mi lado, rodeándome con su brazo. No pude hablar. Apenas podía respirar entre mis sollozos.

Diana tomó mi mano y se acercó.

—Todo estará bien, Abigaíl. Ya verás. —Sus promesas vacías hicieron poco para calmarme y todo mi cuerpo tembló de emoción. Lady Eliza le entregó a Edwin una manta y él me envolvió con ella. Después de varios minutos, mis sollozos disminuyeron y, aunque todavía corrían lágrimas por mis mejillas, sabía que tendría que dar una explicación a los rostros pacientes que me observaban.

Me pasé una mano por la cara hinchada y manchada.

—Lo siento.

—No te arrepientas —dijo Diana amablemente—. ¿Lord Ramsby dijo la verdad? ¿Eres realmente una pupila de Lord Blakeslee?

Las cejas de Edwin se arquearon en señal de confusión, y me di cuenta que no había escuchado mi conversación con Lord Ramsby. Lamentablemente, asentí con la cabeza.

—Mis padres, Lord y Lady Blakeslee, tuvieron dificultades para tener hijos. Perdieron dos hijos en la infancia, antes que naciera mi hermano Laurence, y mi madre tuvo múltiples abortos

espontáneos, mientras intentaban tener otro hijo. Finalmente, pudieron tener una niña sana y llena de vida. La llamaron Grace.

Mi voz vaciló con mi temblorosa exhalación.

—Cuando tenía nueve años empezó a cansarse todo el tiempo y a quejarse de dolores de cabeza. Mis padres se preocuparon. Los médicos no estaban seguros qué le aquejaba. Un día, de repente, palideció y empezó a vomitar, negándose a comer y beber. Mis padres la acostaron, pensando que estaba enferma... más tarde esa noche, cuando su niñera fue a despertarla, ella no se despertaba. Ella nunca recuperó el conocimiento y falleció unos días después.

—Mis dos padres, pero especialmente mi madre, sintieron un profundo vacío con su muerte. Poco después que me fuera a vivir con ellos, ella me dijo que al verme era la primera vez en años que no se sentía perdida en el vacío. Creo que traje una nueva esperanza, una curación. Aunque nunca pude reemplazar a Grace, fui un recordatorio para ellos que a través de la pérdida, aún se puede encontrar la bondad.

Cuando nadie dijo nada, continué:

—Y todo lo que hice para ayudarlos a sanar, fue su amor lo que me salvó.

Edwin parecía confundido.

—¿Su amor la salvó?

Al darme cuenta que todos merecían una explicación y al sentirme incapaz de continuar con mi engaño, asentí débilmente.

—Me trasladaron al orfanato de Burrowsly y me encontré en problemas con una de las señoras por mi lengua afilada. Lady Blakeslee, que formaba parte de la junta directiva del orfanato, entró mientras yo recibía correazos. —Diana apretó más su mano—. Me dijo que ni siquiera me había inmutado, cuando bajaron la correa de cuero, y se preguntó cuánto dolor había soportado para causar tal entumecimiento. Detuvo a la señora inmediatamente y me llevó a casa, ante un muy sorprendido Lord Blakeslee.

—Después de una reunión privada, los minutos más largos de mi vida, decidieron que me criarían como a su hija. Me cambiaron el nombre a Abigaíl, diciendo que les recordaba la historia bíblica de Abigaíl: tener que soportar el peso de la transgresión de otra persona. Al instante, fue como si realmente me hubiera convertido en suya. Su esperanza era mantener la verdad oculta, tanto como fuera posible, para permitirme las oportunidades, que me habrían dado, si realmente hubieran sido mis padres. Obviamente, algunas personas sabían que yo no era su hija real, pero a quienes necesitaban una explicación se les dijo que era un pariente, que había quedado huérfana, y que ahora sería criada como hija propia. Solo a mi tía Marianne se le dijo la verdad, ya que confiaban en que ella no traicionaría sus deseos.

Levanté la vista y encontré a Lady Eliza pálida y quieta, con ambas manos sobre la boca, como si estuviera a punto de enfermarse. Debería haber sabido lo horrorizada que estaría por mi confesión, y no me sorprendió, cuando salió apresuradamente de la sala de estar. Volví mi mirada a la seguridad de las llamas.

—Abigaíl. —La voz de Diana era amable y cálida, y con cautela giré para mirarla. Buscó mis ojos y me sentí aliviada, cuando una sonrisa comprensiva apareció en sus labios—. Para mí, eres más hija de Lord y Lady Blakeslee que nunca.

—Gracias —susurré.

—¿Edwin? —dijo Diana alentadoramente.

Vacilante, me volví hacia Edwin, temiendo ver en sus ojos la misma decepción, que acababa de presenciar en los de su madre. Su mirada estaba fija en el fuego.

—¿Usted recuerda mucho, antes que los Blakeslee la encontraran?

—Sí —dije, deseando poder olvidar algunas de las cosas que recordaba.

—¿Qué recuerda?

Miré a Diana, quien asintió animándome.

—No fui a un orfanato parroquial hasta los ocho años, aunque, sinceramente, ni siquiera estoy segura de si esa era mi edad exacta. El vicario no sabía nada de mí, cuando aparecí, y me negué a decirle lo poco que sabía —dudé, sin estar segura si tenía la fuerza para continuar, aquella para arriesgarme a perder el último trozo de dignidad, que aún conservaba.

La concentración de Edwin permaneció hacia adelante.

—¿Qué no le dijo al vicario?

Nos sentamos en silencio hasta que me convencí que merecían saberlo, y no deseaba mantener nada más oculto independientemente del resultado.

—Recuerdo que me enviaban de familia en familia, a quien le sobraba algo de comida o necesitaba ayuda extra. Algunos no fueron tan horribles, mientras que otros... —Tragué, obligándome a enfrentar lo que deseaba ocultar—. Otros fueron crueles. —Los recuerdos inundaron mi mente y luché desesperadamente para no ser consumida por ellos.

Cerré los ojos y respiré profundamente, unas cuantas veces, intentando reorientarme.

—Soy ilegítima —susurré, decidida a continuar—, desde mis primeros recuerdos, me dijeron que era malvada, que mi madre biológica había pecado y que sus malas acciones me marcarían para siempre. Una especie de excusa para tratarme como ellos, supongo. Pero aún así, esto me siguió a dondequiera que fuera. No recuerdo a mi madre, pero estaba claro que me había abandonado por su vergüenza.

—Cuando tenía alrededor de ocho años, me transportaban a caballo, a mi siguiente purgatorio, cuando decidí que no podía soportarlo más. Intenté liberarme del hombre que me sujetaba, pero sus fuertes brazos se negaron a soltarme. Desesperada, giré y comencé a arañarle la cara. Mi única ventaja era que estábamos sentados en un caballo, que se había vuelto inquieto, ante mi intento de liberarme. El caballo se sobresaltó y salí volando de espaldas al suelo.

—El hombre controló el caballo y me miró desde su silla como si... —Mi voz se apagó, cuando recordé la furia en sus ojos, una que conocía bien, pero que me costaba describir, así que sacudí la cabeza y continué sin decir nada con refinamiento—. Me levanté rápidamente, salí corriendo de la carretera, y atravesé el refugio de árboles y maleza. No paré hasta que ya no pude moverme por el cansancio. Recuerdo haber encontrado un arroyo donde bebí, y me quedé dormida.

—Un hombre amable me encontró magullada y sacudida, pero intacta. Como no quería que supiera dónde debía llevarme, le dije que tenía que ir a la iglesia. Me habían llenado de historias sobre orfanatos parroquiales y los lugares horribles que eran, recordándome constantemente cómo las familias que me albergaron me habían salvado de tan cruel destino. Pero estaba desesperada y sentí que no podía ser tan terrible como lo que había experimentado. El hombre me llevó a la parroquia más cercana y, después que le expliqué al vicario que había quedado huérfana, me enviaron a vivir a un orfanato parroquial cercano.

—Pasé tres años allí, antes que lo cerraran. Había oído hablar a los gobernadores y, como tenía once años, la intención era enviarme a un asilo. De alguna manera, supongo que debido a lo joven que parecía, cuando los grupos se separaron, me colocaron en una manada de niños, que estaban siendo transferidos al orfanato en Burrowsly, donde mi madre me encontró.

Vi que la mandíbula de Edwin se tensaba y finalmente se dirigió hacia mí con una mirada de rabia en sus ojos.

—¿Conocía a los Slyton? —preguntó con un tono acusatorio.

Asentí, mis manos temblaban en mi regazo.

—Él era el hombre del caballo.

La respiración agitada de Edwin pareció resonar en el lugar silencioso, y sus manos se apretaron en puños.

—¿Por qué no lo dijo? —exigió.

Lo había engañado a él. Los había engañado a todos.

—Quería...

Edwin se levantó rápidamente y pude ver resentimiento en sus ojos.

—Debo irme —dijo, reprimiendo sin éxito su rabia—. Perdónenme.

Mi mirada buscó la seguridad del fuego. Sin embargo, escuché sus botas retirándose por el pasillo y saliendo de mi vida para siempre.

## Capítulo quince

—Debería habértelo dicho, Diana. A todos ustedes. —Mi voz era débil, apenas más que un susurro.

—No te culpo por no contárselo a nadie. Mira cómo hemos reaccionado todos. Y mira el dolor que te produce contar semejantes horrores. —Ella me rodeó con sus brazos—. Lo siento mucho, Abigaíl.

Diana me mantuvo en silencio hasta que el fuego se apagó.

—Déjame ayudarte a llegar a tu habitación. —Ella me sostuvo por el codo y me ayudó a levantarme—. Estoy bastante fatigada, como estoy segura que tú también lo estás.

Subimos las escaleras y sentí como si estuviera soñando, como si estuviera flotando justo encima de mi cuerpo, sin querer ver la realidad de lo que había ocurrido.

Cuando Diana abrió la puerta de mi habitación, los ojos de Lydia brillaron con preocupación y corrió a mi lado. A la tenue luz de las velas parpadeantes, las dos mujeres intercambiaron preguntas y respuestas en silencio, antes que Diana volviera hacia mí.

—Iré a ver cómo estás a primera hora de la mañana. Las cosas se verán mejor mañana. —Se inclinó y me dio un ligero beso en la parte superior de la cabeza, luego dejó a Lydia para que me atendiera.

Mientras Lydia se apresuraba a quitarme las horquillas del pelo y ayudarme a desvestirme, yo miraba a lo lejos. No me quedaban emociones que sentir. Yo era un vaso roto, no quedaba nada dentro porque todo se había drenado.

—¿Necesita algo más? —preguntó Lydia en voz baja.

Negué con la cabeza.

Bajó las mantas sin decir una palabra más, me metí y cerré los ojos. Sabía que no podía dormir, pero no podía afrontar la realidad de lo que este mundo me había dado. Intenté llenar mis pensamientos con imágenes de mi hogar, pero todas volvieron a convertirse en la rabia de los ojos de Edwin, su rechazo hacia mí y hacia quién era yo realmente, una y otra vez.

\* \* \*

El sol brillaba en mi habitación, cuando me desperté, y supe que era mucho más tarde de lo habitual.

—Hice que le trajeran el desayuno. —Lydia se acercó a mi cama y se sentó a mi lado. Cuando me senté, ella me limpió con ternura el pelo enmarañado de la cara—. Parece que durmió casi tan mal, como su noche.

—Descubrieron que estoy bajo tutela —dije con seriedad.

—Lo sé. Lo oí susurrar entre los sirvientes. Al parecer, se supone que Lord Ramsby partirá pronto, y el señor Edwin Stanton ya lo ha hecho.

Tragué, sintiendo una opresión en la garganta.

—¿El señor Stanton ha dejado Timpton?

—Temprano, esta mañana —asintió.

Podía entender que Lord Ramsby se marchara, pero aquella era la casa de Edwin. Mi estómago se revolvió de vergüenza, ante mi capacidad de hacer que un hombre huyera de su propia casa.

—Hablaré con Lady Eliza y veré si podemos organizar el transporte a casa. Si no puede, escribiré a Laurence y le diré que envíe nuestro conductor, inmediatamente.

Ella asintió nuevamente y se puso de pie.

—¿La preparo, entonces?

Por mucho que deseara permanecer escondida en mi habitación, sabía que mi único camino a casa sería buscar a Lady Eliza. Me quité las mantas de las piernas y seguí a Lydia hasta el espejo. Mi camisola estaba arrugada y mi cabello hecho un desastre, pero fue mi cara hinchada lo que llamó mi atención. Cuando regresara al salón no habría dudas de cómo había pasado la noche.

Lydia desenredó suavemente mi cabello anudado, mientras yo reflexionaba sobre lo que le diría a Lady Eliza. Un golpe seco en la puerta detuvo la mano de Lydia y mi corazón.

—¿Quién es? —pregunté con mi voz casi entrecortada.

—¡Helena! —Un escalofrío recorrió mi espalda, ante el hielo en su voz.

Mi mirada se dirigió a Lydia, quien parecía tan preocupada como yo.

—Adelante —la llamé.

Cuando se abrió la puerta, apareció a la vista el rostro surcado de lágrimas de Helena.

—¡Esto es tu culpa! —gritó, apuntándome con el dedo—. ¡El señor Stanton se fue y ahora Lord Ramsby dijo que no puede quedarse! ¡Has venido a Timplon para arruinarme! ¡Te odio! ¡Odio que mis tíos alguna vez hayan acogido a una huérfana sucia en su casa! ¡Siempre te he odiado!

Miré a Lydia, su expresión me advertía de no contestarle.

—No quise hacerte daño —dije con calma, poniéndome de pie para mirarla—. Lo siento.

—¡Pero tú tienes la culpa! ¡Me has quitado al señor Stanton y ahora has ahuyentado a Lord Ramsby! ¡Todo es culpa tuya!

—¿Por qué debería importarte que Lord Ramsby se vaya? —pregunté, sin querer insistir en que esa era la razón detrás de la partida de Edwin.

Su mirada se posó en Lydia y luego volvió a mí con una expresión de vacilación discernible en sus rasgos.

Un repentino recuerdo de las inferencias de Diana me inundó.

—¿Te preocupas por Lord Ramsby?

—De todos modos, nada de eso importa. ¡Se marcha al cabo de una hora y nunca lo volveré a ver! —Un fuerte sollozo escapó de su boca.

Mis ojos se entrecerraron.

—¿Qué pasa con el señor Stanton? ¿Pensé que lo amabas?

—¿Amarlo? ¿Quién tiene la oportunidad de casarse por amor? —preguntó con una mirada de disgusto, ante mis ideales poco realistas—. Por supuesto, pensé que haríamos una unión ventajosa, pero si existe la oportunidad de llegar más alto, seguramente debería aprovecharla. ¿Quién quiere vivir a la sombra de su hermana menor?

—¿Y la pareja más ventajosa sería Lord Ramsby? —pregunté con incertidumbre.

—El señor Stanton no puede ofrecerme un título. Lord Ramsby podría haberlo hecho, si no hubiera estado cegado por tus mentiras.

No me sentí enojada por sus palabras, solo sorprendida.

—Bueno, ya no estás cegada por ellas.

Poco a poco, su amargura se convirtió en una mirada de confusión.

—Él todavía está aquí, ¿no?

—¿Sí? —respondió con cuidado.

Mi traición final hacia Edwin sería por su propio bien.

—Quizás deberías pedirle que se quede. Infórmale que me iré pronto y que desees arreglar las cosas entre ustedes.

Ella me miró de la misma manera calculadora en la que su madre era tan hábil.

—¿Y qué pasará cuando regrese el señor Stanton?

—Él te dejó. En el momento en que lo necesitabas, se fue. —Sentí las palabras pesadamente en mi propio corazón, sabiendo que en realidad la verdad era mía.

Ella contempló mis palabras y una sonrisa apareció en su rostro.

—Parece bastante presuntuoso rogarle a Lord Ramsby que se quede, ¿no?

—Suenaba bastante romántico. —Le devolví la sonrisa.

Helena consultó a Lydia, en busca de una segunda opinión, y Lydia asintió con la cabeza en señal de acuerdo conmigo.

Helena se inclinó para mirarse en el espejo, se secó la cara y se pellizcó las mejillas, antes de dejar escapar un suspiro audible.

—Te será muy útil que parezca que acabas de terminar de llorar —dije con una sonrisa alentadora—. Creo que a los caballeros les gusta saber que somos más que buenos modales, frases ingeniosas y buenos logros.

Ella se enderezó y una sonrisa genuina iluminó su rostro. Era deslumbrante y creía que Lord Ramsby sentiría lo mismo.

—Debo darme prisa, antes que se vaya. —Y con esa resolución, salió corriendo de la habitación de una manera muy poco femenina.

—¿Ella no lo ama? —me susurré a mí misma.

—Perdóneme por no haberle dicho algo. —Lydia tomó mis manos entre las suyas—. Lo sospechaba ayer, pero aún no estaba segura, así que me mordí la lengua...

Pensando en todo lo que ocurrió anoche, recordé su inferencia sobre que Helena no merecía mi lealtad.

—¿Qué le hizo sospechar que su apego había cambiado?

—Ayer, cuando caminaba a casa después del picnic, con el grupo, nos encontramos con Lord Ramsby y Helena abrazados.

—¿Junto al estanque?

Lydia asintió.

Helena debía haber planeado encontrarse allí con Lord Ramsby. Pero, ¿cómo pudieron ellos actuar de manera tan egoísta, cuando se suponía que sus intereses estaban en otra parte?

—Debe haber sido por eso que Helena estaba tan molesta anoche. —Todas las piezas comenzaron a encajar en su lugar—. Debe haber sido desanimada por la atención de Lord Ramsby hacia mí después de su... reunión.

—Ha habido rumores que se produciría tal encuentro entre ellos. Pero es difícil saber qué creer en el fondo, porque también escuché rumores de encuentros similares entre usted y el señor Stanton que sabía que eran falsos... o que al menos tenían intenciones inocentes.

Me sonrojé al pensar que había sido tema de discusión entre los sirvientes, y mucho más sobre ese tema.

—Creo que usted tomó la decisión correcta al presionar a Helena para que persiguiera a Lord Ramsby. —Lydia me rodeó con sus brazos—. Encajan bien.

—No fue una elección —dije, derritiéndome en su abrazo—. Ella no ama a Edwin. Él necesita a alguien que lo haga. —Aunque ya sabía que ese alguien no sería yo.

\* \* \*

Encontré a Lady Eliza en el salón con varias damas, cada una trabajando en su costura, como si nada inusual hubiera ocurrido. Ni siquiera la tía Marianne parecía afectada por los acontecimientos de la noche anterior y charlaba ociosamente con la señora Dowding. Sin embargo, al acercarme a Lady Eliza, sentí que varias de las miradas se dirigían hacia mí, seguidas por el sonido de susurros.

—Lady Eliza —dije en voz baja, cuando me paré frente a ella—. Esperaba hablar con usted por un momento.

Levantó la vista de su costura. Su rostro estaba ligeramente hinchado y con manchas, como si también hubiera pasado la noche anterior llorando. Probablemente, me odiaba por el escándalo que yo había provocado, por ahuyentar a su hijo, y ahora estaba segura que me odiaría más por animar a la chica con la que se suponía que se casaría, a perseguir a otro hombre. Se puso de pie, caminó hacia la puerta y salió. Observó a mi alrededor, frente a las miradas críticas, y yo la seguí tímidamente.

—Quizás una prostituta francesa... es demasiado oscura para ser de sangre inglesa. —Sin querer mirar quién había dicho el comentario rencoroso, me apresuré a cruzar la puerta.

Lady Eliza giró y bajé los ojos al suelo, sin querer enfrentar la mirada punzante de horror, que había presenciado en ellos la noche anterior.

—Puede escribir a mi padre y pedir que envíen nuestro carruaje, a recogerme inmediatamente, a menos que prefiera ofrecirme un medio de transporte, que permita nuestra salida más pronto. Estoy segura que mi padre le reembolsará el problema. —Mis palabras salieron anormalmente rápido, ya que solo quería estar en casa y deshacerme de estos sentimientos de vergüenza. Nunca volvería a dejar Easton Manor.

—¿Por qué debería irse?

La amabilidad en la voz de Lady Eliza me sobresaltó. Levanté la vista y la encontré mirándome con expresión preocupada.

—Supuse... —No estaba muy segura de cómo expresarlo—. Supongo que todos desearían mi partida, después del descubrimiento de anoche.

—Nuestro deseo es que usted se quede. —La sinceridad en sus ojos, una vez más, me confundió.

—Pero seguramente usted no querrá que el buen nombre de Stanton se manche por esta relación.

—No veo ninguna razón para avergonzarse de nada de lo que haya hecho, o de quién es usted. Se lo aseguro, todos tenemos cosas en nuestro pasado que deseamos mantener ocultas. —Parecía como si deseara estar libre de sus propios engaños, como lo estaba yo ahora.

Recordando a Helena, negué con la cabeza.

—Le agradezco su comprensión, Lady Eliza, pero creo que sería mejor estar en casa con mi familia.

Sus ojos reflejaban una tristeza que yo no estaba preparada para afrontar.

—Muy bien. Tendré preparado al conductor. Puede partir dentro de una hora.

—Gracias. —Estaba ansiosa por informarle a Lydia, que comenzara a empacar para nuestro regreso a casa—. Me gustaría despedirme de Diana, antes de irme. No la vi en el salón. —Intencionalmente, no mencioné cómo ella se había olvidado de venir a mi habitación esta mañana, como había dicho que haría.

—Ella no ha bajado todavía esta mañana. El señor Ellis dijo que la noche anterior se había quejado de agotamiento y de un molesto dolor de cabeza, antes de acostarse. Probablemente, todavía está descansando.

Seguramente, esto fue porque se había quedado despierta hasta muy tarde consolándome.

—¿Cree que sería aceptable, si la visitara, antes de irme?

—Ella insistiría en ello. —Lady Eliza esbozó una sonrisa reservada.

\* \* \*

Me costó recordar qué puerta era la de ella, ya que solo la había visto brevemente durante nuestro recorrido por la casa, así que llamé silenciosamente a la que creía más probable. Me pareció oír una voz, aunque no pude distinguir lo que decía. Abriendo un poco la puerta, entrecerré los ojos en la oscuridad. Las cortinas todavía estaban cerradas, pero al ver la disposición de la habitación, estuve segura que era la de ella.

—¿Diana? —susurré, moviéndome silenciosamente hacia la cama—. He venido a decir adiós.

Cuando ella no respondió, dudé. No quería despertarla, pero estaba segura que se molestaría demasiado, si me iba sin decir una palabra. Además, sabía que ella no sentiría ni una pizca de culpa al despertarme del sueño, si los roles se invirtieran. Exhalé, sintiéndome solo parcialmente convencida de mi razonamiento. Subiendo el volumen de mi voz, la llamé de nuevo.

Un murmullo indistinguible me hizo acercarme. Mis ojos habían comenzado a adaptarse a la oscuridad, y pude ver su figura acurrucada bajo las pesadas mantas. En silencio, caminé hacia el lado de la cama y escuché.

—¿Diana?

Otro gemido hizo que mi corazón se acelerara. Extendí mi mano y la puse ligeramente sobre su frente. ¡Estaba ardiendo! Rápidamente, le quité las mantas, y ella se estremeció ante el cambio de temperatura, gimiendo de nuevo.

—¡Diana, estás enferma! ¡Debo buscar ayuda! —Pensé en llamar a la criada, pero me di cuenta que no debía haber nadie cerca de Diana para evitar que la enfermedad se propagara.

Corrí todo el camino hasta el salón, disminuyendo la velocidad solo para entrar. Los ojos muy abiertos de Lady Eliza vislumbraron la urgencia en los míos. Esperé hasta que ella se paró a mi lado en la puerta, antes de inclinarme para susurrar:

—Es Diana. Ella está enferma.

Lady Eliza asintió con la cabeza, alejando el miedo de sus ojos, y giró uniformemente hacia el grupo que observaba con miradas curiosas.

—Parece que se necesita mi ayuda. Continúen con su costura, o no duden en llamar para pedir un refrigerio. Volveré en breve.

Una vez que estuvimos fuera del alcance de las demás y camino a la habitación de Diana, le conté a Lady Eliza mis temores.

—Creo que es influenza.

—¿Influenza? ¿Qué tan segura está usted? —Su frente se arrugó con preocupación.

—Muy segura.

Cuando entramos a la habitación y cerramos la puerta detrás de nosotras, corrí las cortinas, dejando entrar una pequeña cantidad de luz. Lady Eliza se sentó en el borde de la cama con el ceño arrugado por la preocupación.

—¿Diana? ¿Cómo te sientes, cariño? —Lady Eliza se apartó el pelo de la frente febril. Diana susurró algo ininteligible y apartó la cara de la luz.

Agarré un recipiente con agua y un paño limpio de una mesa cercana, saturándolos para comenzar a refrescarla.

—Debemos llamar al doctor Walter —dije con autoridad—. Me quedaré con Diana y

mantendré baja su temperatura.

Asintiendo distraídamente, los ojos de Lady Eliza examinaron a Diana por última vez, antes que ella saliera apresuradamente de la habitación.

Tomé un vaso de agua y le levanté suavemente la cabeza para permitirle beber, pero ella se negó, y solo gimió ante mis esfuerzos.

—¡Debes beber, Diana!

Ella sacudió la cabeza hacia un lado en mi siguiente intento. Decidiendo que tendría que gotear el agua en su boca, encontré otro paño limpio, lo empapé y se lo llevé a los labios. Diana luchó por tragar.

—Es tu garganta —dije, dándome cuenta de cuál era probablemente la dificultad—. Debe estar cruda. —Cerré la puerta y llamé a su doncella.

Pasaron solo unos minutos, antes que sonara un golpe, y su criada preguntó, a través de la puerta, si la señora Ellis necesitaba algo.

—Ellis necesita limones, miel y agua caliente. Y por favor, dese prisa.

A pesar de lo extraño que probablemente sonó mi petición, a través de una puerta cerrada, me alegré cuando ella regresó rápidamente con los artículos. Abrí la puerta solo lo suficiente para agarrar la bandeja, le di las gracias y la cerré de nuevo. Mezclando el agua tibia en un bol con el limón y la miel, llevé la cuchara a los labios de Diana. Ella echó la cabeza hacia un lado, lo que provocó que derramara el líquido pegajoso sobre la ropa de cama.

—Diana, esto te ayudará con el dolor —dije, como si fuera capaz de razonar en su estado actual. Hice un segundo intento, pero ella nuevamente se negó a obedecer.

Sonó otro golpe ligero y volví a colocar la cuchara, antes de dirigirme a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Lady Eliza.

Giré la llave en la cerradura y Lady Eliza entró corriendo.

—¿Cómo está ella?

—Ella se niega a beber. Creo que es porque tiene la garganta en carne viva, pero es imperativo que la mantengamos hidratada. —Caminé hacia la cama, con Lady Eliza a mi lado.

—¿Qué debemos hacer?

Noté el cuerpo esbelto y la mirada cansada de Lady Eliza.

—La mantendré quieta, si usted está lista con el líquido.

Ella asintió de nuevo.

Me moví hacia la cama de Diana y me deslicé detrás de ella. Envolviendo mis brazos con fuerza alrededor de sus hombros y pecho, la levanté hasta que estuvimos en posición vertical. Diana luchó débilmente contra el encierro.

—Por favor, confía en mí, Diana —susurré—. Necesitamos que mejores. Necesito que mejores.

Cuando sus movimientos disminuyeron, asentí para que Lady Eliza continuara. Con cautela, acercó la cuchara a los labios de Diana, quien intentó darse la vuelta, pero yo la agarré con más fuerza y coloqué mi cara junto a la de ella como barrera. Sin otra opción, Diana tragó.

Cuando llegó el doctor Walter, habíamos logrado que Diana bebiera varias cucharaditas de la mezcla. Cada una había sido más fácil de administrar que la anterior. Me quedé con Lady Eliza, esperando nerviosamente la evaluación del doctor, mientras él revisaba su pulso y su respiración.

—Es un mal año para ello. —Caminó hasta donde Lady Eliza y yo esperábamos, cerca—. Las altas temperaturas parecen estar provocando un estado de delirio. Lo extraño es que parece

ser más difícil para los adultos. —Hizo una pausa, como si estuviera tomando notas mentales de sus observaciones—. Deje entrar al salón la menor cantidad de gente posible, y le insto a que realoje a los invitados en Tipton por el momento. En cuanto al tratamiento, me temo que hay poco que hacer, salvo esperar.

—¿Debe haber más que podamos hacer por ella? ¿Quizás un tónico o una tintura? —Lady Eliza parecía desesperada y su mirada lo instaba a reconsiderarlo.

—Le recetaré dos tinturas: una para la fiebre y otra para aliviar el dolor de garganta. Desafortunadamente, he visto poca evidencia que las mismas sean realmente eficaces contra esta enfermedad. Lo mejor que puede hacer es continuar con lo que ha estado haciendo la señorita Blakeslee: mantener hidratada a la señora Ellis y controlar su temperatura. Puedo hacer arreglos para que alguien la atienda, si parece una tarea demasiado exigente.

—Yo la atenderé —dijo sin dudarlo.

Lady Eliza me miró, aparentemente sorprendida por mi oferta.

—¿Pensé que se estaba yendo?

Miré hacia Diana.

—Ella no me dejaría y yo no la dejaré. Además, la traje a la cabaña de los Bragg, así que la culpa es mía.

—Esto no es su culpa. —Lady Eliza tomó mi mano y la apretó suavemente. Aprecié su amabilidad, pero no estaba segura de sentir lo mismo ni tampoco Edwin cuando le llegara la noticia.

—Avíseme, si cambia de opinión —dijo el doctor Walter—. Y si necesita algo, o si su condición empeora, envíe un mensaje de inmediato.

Lady Eliza lo acompañó hasta la puerta.

—Gracias por venir.

—Puedo salir por mi cuenta. —Ofreció una breve reverencia y un último gesto alentador en mi dirección.

Lady Eliza cerró la puerta detrás de él y suspiró.

—Los hombres salieron temprano esta mañana a cazar y aún no han regresado. Enviaré un sirviente a buscar al señor Ellis y le informaré del estado de Diana.

—¿Y qué hay de su marido y su hijo?

—El señor Stanton tiene asuntos que atender en Londres. Le escribiré para informarle, pero como lo esperamos de regreso pasado mañana, no estoy seguro que sirva de mucho. —Hizo una pausa y sus ojos recorrieron mi rostro, como si estuviera indecisa—. Y no me gusta admitirlo, pero no sé adónde ha ido Edwin. Dejó una nota, diciendo que necesitaba atender un asunto personal, aunque lo repentino parece extraño.

Sentí que mi rostro se calentaba y me moví hacia la mesa auxiliar de Diana, ocupándome de limpiarla.

—Iré a transmitir nuestra situación a los invitados. Lo más probable es que Sir Giles pueda ser el anfitrión de la fiesta sin demasiados inconvenientes y, si no, los Hawkins seguramente estarán ansiosos por agasajar.

La miré y vi una expresión de angustia llenar sus rasgos. Lo más probable es que fuera debido a la preocupación por su hija, pero no la culpo por sentir miedo, ante la tarea que tenía por delante.

—Volveré pronto —dijo Lady Eliza, dejándome con mis deberes.

Había poco que hacer, mientras Diana dormía, así que me senté en la cama junto a ella y acaricié suavemente su largo cabello.

—Lo siento, Diana. —Fue una disculpa general. Había tantas cosas por las que me lamentaba. Lamenté que ella se hubiera enfermado y yo no. Lamenté haberle mentido y haber provocado un escándalo en su casa. Lamenté haber enviado a su único hermano corriendo, cuando debería haber estado aquí con ella. Y lamenté mucho no poder ser una mujer, a la que su hermano pudiera amar.

## Capítulo dieciséis

Cuando Lady Eliza regresó, me informó que los invitados irían a casa de Sir Giles con la excepción del señor Ellis y el tío Stanton, aunque, para su decepción, al tío Stanton se le prohibiría visitarla hasta que estuvieran seguros que Diana ya no era contagiosa. Lady Eliza mencionó que le había sorprendido saber que Lord Ramsby, que se había arrepentido de haber partido temprano esa mañana, había decidido ahora quedarse con los demás. Sonreí interiormente, ante la noticia, feliz que las súplicas angelicales de Helena hubieran funcionado. Sin duda harían una pareja encantadora.

Luego, Lady Eliza me entregó una nota de la señora Reed, disculpándose porque la habían dejado en mi habitación con la esperanza que la recibiera allí, y una carta de mi padre, que acababa de llegar. Abrí la nota de la señora Reed, ansiosa por ver cómo les iba a los Bragg. Una vez más me informó que había pocos cambios, y sentí que mi respiración se hacía más fácil.

Luego volví mi atención a la carta del padre. Mi corazón se hinchó al ver la escritura familiar y comencé a leer.

*“Mi querida Abigail,*

*Espero que estés disfrutando de tu estancia en Tipton House y que la compañía no sea tan tediosa como pensabas. Tu ausencia aquí se siente profundamente, y no estoy seguro de quién de nosotros, Laurence o yo, te extraña más.*

*Tengo poco que contarte desde tu partida, pero quería hacerte consciente de lo orgulloso que estoy de ti. Sé que esto no es fácil para ti y no me avergüenza admitir que ha sido más difícil para mí de lo que podía haber previsto, pero no puedo evitar pensar que al final saldrán muchas cosas buenas de ello.*

*Te quiero mi muchacha. Por favor escribe pronto y alivia el corazón preocupado de tu padre.*

*Todo mi amor,  
Tu padre.”*

Cómo lo extrañé. Cuánto deseaba estar en casa en Easton Manor, donde me amaban por completo, sin excepción. Pero tenía que atender a Diana, así que doblé la carta y traté de no sorprenderme por la decepción que compartiría mi padre, cuando le escribiera para contarle, cómo había salido a la luz la verdad. Seguramente, él sentiría dolor por mí, adolorido por la desgracia de la que deseaba librarme.

El señor Ellis nos acompañó, en la habitación, tan pronto como fue informado del estado de Diana. Le aseguré que mantendría una vigilancia atenta, pero él no estaba dispuesto a apartarse del lado de Diana, tomándole la mano y acariciando su cabello, como lo había hecho yo. Me pareció fascinante que un mismo gesto pudiera tener sus raíces en tipos de amor tan diferentes, y el pensamiento evocó el recuerdo de Edwin y la forma en que me había besado en la frente, en el estanque. Lo había asociado con algo que Laurence o mi padre harían para consolarme, pero me preguntaba si habría significado algo diferente para él. Aparté el pensamiento.

Diana murmuró en sueños, lo que hizo que los tres nos apresuráramos a ir al lado de su cama. Ella sacudió la cabeza, su piel estaba hosca y pálida. Lady Eliza y el señor Ellis me miraron con desesperación en sus ojos.

—Es la fiebre. —Intenté parecer serena, tocando suavemente su frente. Su temperatura había vuelto a subir, y podía ver su pulso acelerado bajo su piel húmeda—. Necesitamos enfriarla. Señor Ellis, tome el recipiente con agua.

Se apresuró, derramando agua en su prisa.

Agarré la ropa en el agua, exprimí un poco y comencé a frotarla por su frente y mejillas. Moje la tela nuevamente y repetí el proceso, pasando desde las mejillas de Diana hasta su cuello. Ella gimió al tocar la tela en su pecho y el señor Ellis me lanzó una mirada preocupada, cuando su barbilla tembló incontrolablemente.

—Tiene frío. ¿No deberíamos cubrirla con más que esta fina sábana?

—Sé que parece contradictorio, pero debemos calmarla. Es su alta temperatura lo que le hace sentir frío, y cubrirla solo aumentará más su temperatura. —La levanté suavemente y toqué la tela fría en su espalda. Ella dejó escapar un gemido que intensificó su ceño.

—A ver si puede hacer que beba algo, mientras la tengo sentada. —Esperaba que una tarea significativa ayudara a aliviar su ansiedad—. Y Lady Eliza, si desea tomar otra ropa de cama, puede ayudarme hasta que veamos una mejora en su temperatura.

Ambos se pusieron a trabajar, obviamente agradecidos por encontrar una dirección en la que centrar sus preocupaciones. El señor Ellis apoyó a Diana contra él, y me emocionó ver que la convenció de tomar unos sorbos de agua.

Lady Eliza y yo trabajamos juntas para refrescarla, y no pasó mucho tiempo, antes que consiguiéramos que la temperatura de Diana alcanzara un nivel tolerable. Su respiración se hizo más lenta, su ritmo cardíaco disminuyó, y me sentí aliviada por lo bien que había respondido su cuerpo, a nuestros esfuerzos.

—Quizás deberíamos idear un horario entre nosotros —dije, mirando del señor Ellis a Lady Eliza, y los círculos oscuros alrededor de sus ojos se profundizaron a la luz del final de la tarde—. Dos de guardia, mientras el otro descansa.

Ellos asintieron, en señal de acuerdo.

—Descanse primero, le dije resueltamente a Lady Eliza. Cuando despierte, el señor Ellis tomará su turno, y luego yo lo haré.

Parecía como si fuera a protestar.

—La despertaré, si la necesitamos —prometí.

—No sé cómo voy a dormir, pero lo intentaré.

Besó a Diana en la cabeza y le dio al señor Ellis un apretón de mano tranquilizador, antes de caminar hacia mí.

—Gracias señorita Blakeslee. —Ella tomó mi mano—. Su madre estaría muy orgullosa de usted.

La emoción subió a mi garganta y tuve que esforzarme para no dejar que se formaran las lágrimas, cuando me vino a la mente la imagen del rostro sonriente de mi madre.

—Gracias —susurré.

Miró sombríamente a Diana, exhaló y salió de la habitación.

—Haré que suban la cena —le dije al señor Ellis, intentando llenar el silencio—. Necesitamos mantener nuestra fuerza.

Él asintió de nuevo, acariciando el cabello de Diana, mientras ella dormía.

—¿Se recuperará, señorita Blakeslee?

Había tal profundidad de angustia en su voz que provocó que se me formara un nudo en el estómago.

—Ella se recuperará —expresé firmemente—. Me aseguraré de ello.

Sus ojos finalmente encontraron los míos.

—Le creo.

Le ofrecí una débil sonrisa y él volvió a mirar a Diana.

\* \* \*

—¿Cómo está la señora Ellis? —preguntó Lydia, cuando entré tambaleándome en mi habitación poco después de la medianoche.

—Me temo que no se encuentra bien. —Mis emociones instantáneamente salieron a la superficie, en presencia de mi más querida amiga.

Lydia se acercó y me abrazó con fuerza.

—Ella estará bien, Abbie. Ella la tiene a usted, cuidándola.

—Nunca debí haberla llevado a visitar a los Bragg.

—Usted no lo sabía. —Lydia me acarició la espalda—. No podría haberlo sabido.

Lydia no me apresuró, permitiéndome confiar en su fuerza hasta que estuve lista para encontrar la mía nuevamente. Finalmente, me enderecé y ella suavemente puso sus manos alrededor de mi cara, limpiando mis lágrimas con sus pulgares.

—Sé que esto ha sido duro para usted, todo esto, pero lo ha manejado con dignidad. Usted ha pasado por más dificultades que nadie que yo conozca, pero no ha permitido que la derriben. Usted es mucho más que todas sus decepciones, mucho más fuerte. Ayudará a la señora Ellis a superar esto, como ha ayudado a muchas personas, antes que a ella.

No contesté. No estaba segura si ella tenía razón.

Dejó caer las manos, agarró las mías y me llevó a la cama, retirando las mantas. Subí a su comodidad, completamente exhausta. Luché contra la pesadez en mis ojos, queriendo agradecerle a Lydia por estar aquí para mí, y ser el apoyo que siempre fue. Abrí la boca para hablar y ella me acarició la cara con ternura.

—Duerma —dijo sonriendo—. Ya sé lo agradecida que se siente.

Sonreí ante su discernimiento y permití que mis ojos se cerraran.

\* \* \*

—¡Señorita Blakeslee! ¡Señorita Blakeslee!

Mis ojos se abrieron de golpe, ante la oscuridad. Percibí la débil silueta de una mujer encima de mí. Enfoqué mis ojos, tratando de encontrarle sentido a la voz, desorientada por el cansancio.

—Señorita Blakeslee, por favor venga rápido.

La súplica de pánico de Lady Eliza me sacó de mi confusión. Me levanté, el miedo me consumía.

—¿Qué ha sucedido?

—La temperatura de Diana se ha disparado y no baja. Ha comenzado a convulsionar.

Tiré las mantas de mi cuerpo.

—Pídale a un sirviente que traiga un frasco de vinagre —le dije, siguiéndola hacia la puerta—. ¡Dígale que se dé prisa!

Lady Eliza bajó apresuradamente las escaleras y yo corrí por el pasillo hasta la habitación

de Diana. La puerta estaba abierta y, cuando entré, el fuego parpadeante y la suave luz de las velas perfilaban al señor Ellis sosteniendo firmemente a Diana, en sus brazos, mientras su cuerpo convulsionaba violentamente.

—¿Qué se puede hacer? —suplicó el señor Ellis.

Toqué su piel abrasadora.

—Debemos enfriarla.

—Lo hemos intentado, pero no ha funcionado.

—¿Cuánto tiempo lleva convulsionando?

—Parece una eternidad —dijo, buscando en su mente—. Tal vez tres o cuatro minutos.

Lady Eliza corrió por usted, cuando empezó.

Me acerqué a Diana, cuyo cuerpo rígido y agarrotado era apenas reconocible.

—Ayúdeme a desnudarla.

Dudó solo un momento, antes de acostarla suavemente para ayudarme a quitarle el camisón.

Agarré el recipiente con agua y le entregué un paño.

—Siga intentándolo —ordené, corriendo hacia las ventanas para dejar entrar el aire fresco. La brisa nocturna era más cálida de lo que esperaba, y mis pensamientos examinaron mis recuerdos, en busca de qué más se podría hacer por Diana, e incluso qué haría mi madre.

Si hubiera pensado en sacar el vinagre antes, podría haberlo aplicado y esperar que la evaporación enfriara su piel, pero sin el mismo, no estaba segura qué probar. Miré a mi alrededor con desesperación. Necesitaba algo para enfriarla rápidamente. Arranqué la sábana de su cama y la sumergí en el lavabo, empapándola, antes de extenderla y colocarla sobre su abdomen y piernas.

El señor Ellis y yo frotamos frenéticamente su piel expuesta, y volvimos a humedecer la ropa hasta que casi nos quedamos sin agua.

—¡Diana, no nos dejes! —Mi voz sonó distante en mis propios oídos, suplicante—. ¡Te necesitamos, Diana! ¡Por favor!

—Por favor, Diana —repitió desesperadamente el señor Ellis.

Como si hubiera escuchado nuestras súplicas, su cuerpo dejó de convulsionarse y una extraña quietud tomó su lugar.

—¡Diana! —El miedo llenó todo mi ser—. ¡Diana! —Puse mi mano sobre su cuerpo inerte, esperando que terminara la quietud, suplicando que terminara. Su pecho se elevó y luego bajó—. ¡Ella está viva! —grité, mirando al aterrorizado señor Ellis.

No pudo soportar más y brotaron lágrimas de alivio.

—Diana. —Se acostó a su lado y la acercó, besando su rostro, una y otra vez—. ¡Gracias al Cielo!

La puerta se abrió y mi mirada se posó en Lady Eliza. Se quedó helada, mirando desde nuestros rostros llenos de lágrimas hasta la quietud del cuerpo de su hija.

—Ha dejado de convulsionar —dije, esperando aliviar la expresión de angustia en su expresión.

Lady Eliza se tapó la boca con una mano y se desplomó en el suelo.

Corrí a su lado. Todo su cuerpo tembló y la rodeé con mis brazos.

—Ella está viva. ¡Está viva! —repetí para los dos.

Un golpe en la puerta hizo entrar a Baldwin, sin aliento y desaliñado, con el vinagre en la mano. Los ojos del mayordomo recorrieron la habitación en penumbra y se posaron en la figura arrugada de Lady Eliza, acercándose a ella. Sus ojos se dirigieron a la cama.

—¿Cómo está ella? —preguntó, la angustia se apoderó de sus rasgos.

—Mi querida Diana está viva —dijo Lady Eliza, temblorosamente, con un sollozo detrás de sus palabras.

El alivio en su voz me provocó un escalofrío. ¡Qué miedo debió haber sentido al pensar que su hija se estaba muriendo, mientras corría a buscar ayuda! ¡Qué podría regresar y encontrar que su única hija se ha ido de esta vida! El dolor la habría destruido.

Ayudé a Lady Eliza a ponerse de pie y la llevé a la cama de Diana, antes de recuperar el vinagre de manos de Baldwin.

—Gracias, Baldwin.

—¿Hay algo más que usted necesite?

—Si puede llamar al médico de inmediato, creo que podemos encargarnos del resto.

—Muy bien, señorita Blakeslee. —Hizo una reverencia y cerró la puerta detrás de él.

Caminé hacia la cama, los susurros del señor Ellis y Lady Eliza se detuvieron cuando me acerqué.

—¿Por qué tuvo convulsiones? —preguntó Lady Eliza, cuando me acerqué.

—No estoy segura —lo reconocí—. He oído hablar de niños que tienen ataques de fiebre, debido a que su temperatura aumenta demasiado rápido. Quizás esto sea similar.

—¿Y los niños se recuperan completamente? Después de la convulsión, quiero decir...

—Creo que sí —dije, esperando estar en lo cierto.

Lady Eliza volvió a mirar a Diana y la preocupación le arrugó la frente.

—Deberíamos reemplazar la sábana mojada con una manta liviana —dije, pasando a Lady Eliza para agarrar la ropa de cama empapada—. No queremos causarle escalofríos, ahora que su temperatura es más baja. —Lady Eliza se secó la piel y le puso una fina manta, mientras yo cubría la sábana sobre un sillón cerca del fuego para que se secase. Me dolía el cuerpo y me toqué la frente, aliviada que no tuviera fiebre. Simplemente, debía estar exhausta.

Regresé a la cama.

—Debe terminar de descansar —instó Lady Eliza, aunque pude distinguir la preocupación detrás de su amabilidad—. Son solo las dos en punto. No debe haber dormido mucho, antes que la despertara.

—Creo que será mejor si me quedo —dije, esperando no insultar a Lady Eliza o al señor Ellis con mi afirmación—. Quizás, si no lo encuentra inapropiado, ¿puedo descansar en el sofá, cerca del fuego, para asegurarme de estar aquí si es necesario?

Lady Eliza ofreció una sonrisa de agradecimiento.

—Creo que sería más que adecuado, considerando la situación. Déjame buscarte una almohada y una manta.

Mientras la esperaba en el sofá, dejé que el calor del fuego penetrara a través de mí, muy consciente que el entumecimiento dentro de mí no se debía al frío.

Cuando Lady Eliza regresó, colocó la almohada a un lado y me indicó que me acostara. Yo obedecí de buena gana, y ella desdobló la manta y me cubrió con ella. Cerré mis ojos. Un ligero beso en mi mejilla hizo que los abriera de nuevo y sonreí, ante el rostro amoroso de Lady Eliza. El gesto debería haber resultado extraño, pero no lo fue, o tal vez estaba demasiado cansada para darme cuenta. Como una niña acostada en la cama, la calidez de su amabilidad me rodeó y cerré los ojos para dormir.

\* \* \*

Un suave golpe me despertó sobresaltada. La luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas abiertas y me senté, sintiendo el calor del fuego, recién encendido, calentando mi

cuerpo adolorido. Se abrió una puerta y miré para encontrar a Lady Eliza conduciendo al doctor Walter al interior de la habitación. Intenté no prestar atención a cómo debía lucir, cuando me levantara para reunirme con ellos.

Lady Eliza puso una mano sobre la mía, cuando me acerqué.

—Lamento haberla despertado.

—No importa. Estoy ansiosa por ver cómo le ha ido a Diana en las últimas horas.

Lady Eliza señaló a una Diana dormida.

—Todavía está caliente, pero su temperatura no ha vuelto a subir desde las convulsiones.

—La fiebre tiende a ser más alta durante la noche —dijo el doctor Walter—. Lo más probable es que eso haya causado la convulsión: el aumento repentino de la temperatura. Lo vemos más en niños, pero no es inaudito en adultos.

—¿Y se recuperará? —preguntó Lady Eliza con la preocupación arrugando su frente.

—¿Cuánto duró el episodio?

Ella me miró, antes de responder.

—Concluimos que unos seis o siete minutos.

Exhaló y miró a Diana, deteniéndose, como si estuviera haciendo un gran cálculo mental.

—Esa es una pregunta bastante larga —dijo finalmente—. Pero es prometedor que no haya tenido otro. Y aunque no siempre es así, los efectos a largo plazo de un solo episodio de convulsiones son raros.

Lady Eliza asintió en señal de comprensión y una sonrisa de alivio apareció en sus labios.

—¿Puedo examinarla? —preguntó el doctor Walter, mirando al señor Ellis y a Lady Eliza en busca de permiso.

—Por supuesto —respondió el señor Ellis, levantándose de su posición junto a Diana en la cama.

El doctor Walter agarró la mano de Diana y presionó dos dedos en su muñeca.

—¿Ha bebido?

—Sí —replicó el señor Ellis—. Además de un poco de caldo.

El doctor Walter asintió.

—¿Y ha expresado alguna queja? ¿Dolor de cabeza, dolor de garganta, dolor de cuerpo, náuseas?

El señor Ellis me lanzó una mirada preocupada.

—Ella no ha hablado desde que enfermó. Algunas veces abre los ojos brevemente o gime, pero... no, no hay quejas.

La respiración constante y los movimientos lentos del médico no traicionaban lo que pensaba de la información, y el silencio se volvió ensordecedor. Después de un minuto, él volteó hacia nosotros, y su rostro era más solemne de lo que me hubiera gustado ver. Una pesadez se instaló en mi pecho, sabiendo ya lo que él estaba a punto de decir.

—Como he dicho antes, es un mal año para quienes padecen influenza. Ya hemos perdido a varias personas en los pueblos vecinos, una cantidad inusual de adultos sanos. —El doctor Walter sacudió la cabeza y exhaló—. La temperatura de Diana sigue siendo alta, su ritmo cardíaco demasiado rápido y su respiración demasiado rápida. Sus convulsiones y ausencia de respuestas son señales que su cuerpo está teniendo dificultades para luchar. Aunque espero que sea en vano, me prepararía para lo peor.

Me tapé la boca con incredulidad y una sensación repugnante me consumió. Mis ojos se dirigieron al señor Ellis, con la cabeza gacha y las manos agarrando con fuerza el marco de la cama. Lady Eliza parecía tan aturdida como yo, con la mano sobre su corazón y los labios

apretados con fuerza en un intento de contener sus emociones. Debía estar equivocado. ¡No podíamos perder a Diana ahora! ¡No!

Evalué a Diana. Tenía el ceño fruncido, como si todavía estuviera luchando, incluso mientras dormía. ¡Cuánto se parecía a su hermano!

Sin permiso, mis pensamientos se dirigieron a Edwin, y traté de ignorar la vívida imagen en mi mente de cómo se vería cuando regresara, y encontrara a su hermana enferma, o peor aún, desaparecida. La tensión en su mandíbula, su postura rígida, la tristeza en sus ojos... podía imaginarlo con tanta claridad. Cómo me odiaría y yo no lo culparía por ello.

No podía darle otra razón para odiarme.

—¡Ella se recuperará! —dije con firmeza, levantando la barbilla—. Aprecio que no desee darnos falsas esperanzas, doctor Walter, pero le aseguro que Diana vivirá.

Lady Eliza y el señor Ellis me miraron con cautela, sin saber si confiar en mi declaración. El doctor Walter no se inmutó, ante mis palabras y, por la expresión de lástima que se distinguía en sus rasgos, estaba segura que esta no era la primera negación en el lecho de muerte, que escuchaba de los familiares de sus pacientes. Esta vez, sin embargo, debía estar equivocado.

—Rezo para que tenga razón, señorita Blakeslee —manifestó amablemente.

—La tengo. —En ese momento, el temor que había estado luchando por controlarme dentro de mí desapareció. Si fuera simplemente por mi terquedad, renunciaría a mi resolución, pero en el momento en que pronuncié las palabras, pude sentir su verdad resonar, a través de mí, disipando cualquier duda.

—Muy bien. La visitaré de nuevo mañana. —Hizo una reverencia, ante Lady Eliza, asintió con la cabeza hacia el señor Ellis y se dirigió hacia mí, deteniéndose, antes de despedirse. Me miró un momento con su mirada firme y confiada, y luego sonrió—. Sabe, señorita Blakeslee, si alguien puede producir un milagro, creo que es usted.

Le devolví la sonrisa.

—No puedo atribuirme el mérito de las acciones del Señor, pero estoy feliz de ayudarlo en lo que pueda.

—Entonces, mañana —asintió pensativamente.

\* \* \*

—¿Diana? —Escuché la voz alarmada del señor Ellis atravesar el aire y corrí hacia la cama, casi tropezando por la prisa.

Seguí la mirada del señor Ellis hasta el rostro de Diana. Tenía los ojos abiertos y una leve sonrisa en los labios.

—Te ves tan triste —le susurró a su marido, mirándolo a la cara.

—¡Ay, Diana! —dijo, llevándose la mano a sus labios y besándola—. Estás equivocada, ¡estoy muy, muy feliz!

El alivio llenó mi alma al verla despierta, pero retrocedí, antes que ella me viera. La pareja merecía un momento privado.

—¿Dónde están mi madre y mi padre? —Su voz era ronca y tranquila.

—Tu padre aún no ha regresado de Londres y tu madre está descansando. ¿Quieres que la despierte?

—No, no la molesten... —dijo Diana—. Déjala descansar.

—Probablemente, eso sea lo mejor. Han sido unos días tediosos.

—¿Días? —cuestionó, sonando confundida—. ¡Qué extraño! Aunque, siento como si hubiera estado atrapada en una terrible pesadilla durante años.

—Bueno, entonces tu despertar nos ha sacado a ambos de una pesadilla.  
Escuché al señor Ellis inclinarse y besarla, y me ocupé con la ropa de cama.

—Y Abigail, ¿dónde está?

El señor Ellis me miró incitantemente.

—Ella está aquí.

Mis pasos eran ligeros, cuando me llamaron.

—¿Cómo te sientes, Diana?

—Bastante demacrada. Me duele el cuerpo y me palpita la cabeza, pero viviré.

—Ciertamente lo harás. —Apreté su mano—. Y estaré eternamente agradecida por ello.

—¿Y dónde está Edwin? —preguntó Diana, intentando manifestar un tono travieso, aunque no tenía su fuerza habitual.

El señor Ellis me lanzó una mirada vacilante. Desde la enfermedad de Diana, el señor Ellis, Lady Eliza y yo habíamos llegado a un acuerdo tácito de permanecer concentrados en la tarea que teníamos entre manos, y no discutir asuntos del pasado.

—Aún no ha regresado de su viaje —dijo, tratando de mantener un tono de indiferencia.

—¿Viaje? —La frente de Diana se arrugó—. No me mencionó que se iba.

—No se lo mencionó a nadie. Dejó una nota para tu madre con pocas explicaciones.

Bajé los ojos, sin querer ver en los ojos de Diana la comprensión de dónde debía colocarse la culpa.

—Estoy segura que es importante, si se fue con tanta prisa —dijo afablemente.

Levanté la mirada para encontrarme con una suave sonrisa dirigida a mí.

—Bueno, cuando regrese, me aseguraré de no informarle que preguntaste por la señorita Blakeslee, antes de preguntar por él. —El señor Ellis le dedicó a Diana una sonrisa burlona.

Diana parecía tentada de reír, pero no parecía encontrar fuerzas.

—¡Qué cansada estoy! —se quejó, cerrando los ojos momentáneamente, antes de obligarlos a abrirlos nuevamente.

Extendí la mano y toqué su piel.

—Todavía tienes fiebre. Necesitas descansar.

Cerró los ojos, como si hubiera estado esperando permiso, y el señor Ellis la abrazó, vigilando a su esposa dormida.

Regresé al sofá junto al fuego. Quizás ya podía descansar un poco.

\* \* \*

El doctor Walter tomó el pulso de Diana, mientras dormía, y luego asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—No estoy seguro, pero parece que ya pasó lo peor. Todavía pasarán varios días, antes que le baje la fiebre, y varias semanas hasta que se pueda esperar una recuperación completa.

Lady Eliza me lanzó una sonrisa de satisfacción, ante la evaluación del doctor Walter. Diana había mejorado mucho desde que se despertó la noche anterior. Su fiebre se había mantenido constante, pero con mucha diligencia no había vuelto a subir, y las pocas veces que había hablado, no había mostrado ningún descuido.

—Volveré en uno o dos días, pero estoy muy satisfecho con su mejora hasta el momento. ¡Bien hecho!

—¿Y cómo está la familia Bragg? —pregunté ansiosamente. No había oído nada desde ayer por la tarde y el silencio me preocupaba.

—Me temo que la señora Bragg ha sido golpeada mucho más que Diana. Para ser honesto,

después de examinarla ayer, no pensé que sobreviviría la noche. Pero la señora Reed envió un mensaje, esta mañana, diciendo que nos ha sorprendido una vez más. Debe saber que todavía hay una razón para vivir. —Lady Eliza y yo asentimos con la cabeza—. Rose y Patience están mejorando de forma lenta, pero segura. Y los otros tres niños todavía están lo más sanos posible.

—Si los ve, dígales que iré a visitarlos tan pronto como la señorita Diana se recupere lo suficiente.

—Estarán muy contentos de escuchar esto. —Recogió su bolsa de instrumentos.

—Gracias por controlarlos. —Lady Eliza dirigió su atención a Diana—. Y si ve al señor Ellis al salir, convéncelo que descanse. Lo máximo que pudimos convencerle fue que diera un rápido paseo hasta los establos para comprobar cómo estaba su caballo.

Acompañé al doctor Walter hasta la puerta del dormitorio, antes de reunirme con Lady Eliza, que estaba sentada cepillando el cabello de Diana, mientras ella dormía. Me senté a su lado y tomé la mano de Diana. Su respiración era constante y lenta, y nuevamente agradecí que su enfermedad no hubiera llegado a sus pulmones, como le había sucedido a la señora Bragg.

—Nos ha prestado un gran servicio, señorita Blakeslee. —Lady Eliza llevaba el pelo medio suelto y los largos mechones color miel, que rodeaban su rostro, aportaban una suavidad a sus rasgos, que acentuaba su belleza juvenil.

—Quizás esto comience a anular los perjuicios que surgieron durante mi visita. —Mi mirada se desvió hacia Diana.

—Esto no es obra suya —aclaró Lady Eliza, claramente pasando por alto el escándalo que yo había provocado con mi estancia en Tipton—. Usted no sabía que la señora Bragg estaba enferma. Y lo que hizo por esa familia fue excepcional.

—Hice poco en comparación con la ayuda que brindó su familia. —Esa expresión vaciló, como si su rol no estuviera claramente relacionado con ella, y me sentí obligado a explicarle—. Una cuenta creada a nombre de la familia, así como el costo de la atención tanto del doctor Walter como de la señora Reed.

—Deberíamos recibir poco crédito por ello —respondió—. Edwin fue quien propuso la idea y la llevó a cabo. Mi marido y yo simplemente dimos nuestra aprobación. —Ella sostuvo mi mirada—. Edwin es un buen hombre, señorita Blakeslee. —La forma en que lo dijo me hizo preguntarme si pensaba que yo lo dudaba.

—Sé que lo es. —Y, aún con mi corazón herido, lo sabía.

—Puede que no muestre sus sentimientos para que todos los vean, pero eso no significa que no se vea profundamente afectado por ellos. Edwin ha tenido que superar algunas circunstancias difíciles, y con cada una, parece agregar una capa para protegerse a sí mismo, y es alguien que realmente se está alejando cada vez más de nosotros.

Mientras confiaba en mí, me sorprendió lo mucho que había apreciado su compañía, estos últimos días. Había una facilidad en nuestras interacciones, algo natural y familiar.

—Me temo que mi propia influencia no ha ayudado a mejorar la situación. Con frecuencia le he inculcado la necesidad de reprimir los propios sentimientos, de actuar con sabiduría y prudencia, de estar siempre alerta y actuar dentro de los límites del honor. Pensé que aliviaría el dolor que surge al abandonar tales principios, pero ahora me pregunto, si he causado un conflicto más profundo dentro de él, si lo he obligado a traicionar sus sentimientos por sus deberes.

Pasó un momento de silencio, antes que encontrara el coraje para expresar mi curiosidad.

—Diana mencionó que algo sucedió, algo que lo llevó a creer que su posición como heredero de Tipton es su única contribución a una unión.

Lady Eliza asintió.

—Fue hace unos años. Edwin estaba en Londres para pasar la temporada y se enamoró de una joven debutante: la señorita Madeline. Ella era todo lo que un joven caballero podía pensar que deseaba. Él la adoraba incansablemente y, finalmente, ella le dio permiso para cortejarla. Su familia era rica, pero como la nuestra, no tenían ningún título. Parecía una combinación muy adecuada y Edwin se sentía el hombre más afortunado de Londres.

Me moví, tratando de no parecer afectada por la idea que Edwin estuviera tan completamente enamorado de esta señorita Madeline.

—Hizo un viaje rápido a casa, a mitad de la temporada, para ayudar a su padre, y cuando regresó, lo esperaban los rumores sobre la señorita Madeline. Varios amigos la habían visto interactuando con cierto caballero, en términos muy familiares. Pero para Edwin, la señorita Madeline no podía equivocarse. Sintiendo la urgencia de confirmar su afecto, se ofreció por ella.

Lady Eliza suspiró.

—Ella lo rechazó con la mayor crueldad, explicando que nunca debería haber considerado la solicitud de alguien con tan poco que ofrecer, y que sus padres solo habían tolerado, que le permitiera experimentar hasta que apareciera una pareja más calificada. Resultó que el otro caballero era un barón. Podría darle a la señorita Madeline un título y una conexión con una familia noble que Edwin no podía.

Su mirada se cruzó con la mía.

—Usted verá... El bisabuelo de mi marido hizo la fortuna que heredará Edwin, lo que convierte a Stanton en poco más que un nombre oscuro y de dinero nuevo. Solo es una oferta tentadora para aquellos que temen no poder lograr más con un matrimonio.

—Logro y matrimonio parecen ser términos bastante contradictorios.

Lady Eliza me sonrió dulcemente, tal vez por mi ingenuidad.

—Estoy de acuerdo, pero me temo que con demasiada frecuencia se trata solo de logros personales, como hemos visto, una y otra vez, en debutantes, como la señorita Madeline.

—Pero seguramente Edwin... me refiero al señor Stanton —me corregí tímidamente, y una fugaz sonrisa tocó los labios de Lady Eliza—. ¿Entiende que la señorita Madeline no podría haberlo amado?

—Ella fue bastante convincente en su afecto hacia él. Incluso yo no pude determinar la falsedad de esto al principio. Y su amor por ella se sentía verdadero, lo que lo confundía aún más. Temo que su experiencia le haya llevado a creer que una mujer no es capaz de otra cosa que un falso amor y solo buscar su beneficio. Y me temo que los últimos dos años, no han demostrado lo contrario. —Pensé en Helena y en cómo ella también lo había engañado. Cómo nos había engañado a todos.

—Entonces, se ha resignado a una vida sin amor... —Las palabras de Diana resonaron en mi mente.

—Sí. Eso es lo que todos temíamos, hasta hace poco.

Mi estómago se hizo un nudo, ante lo que ella insinuó. ¿Creería que acababa de arruinar la oportunidad de amar de Edwin, al animar a mi prima a acercarse a Lord Ramsby? ¿Animándola a hacer lo mismo que la señorita Madeline le había hecho a él? No habría instado a Helena, si no hubiera descubierto su falsedad, pero estaba segura que Lady Eliza y Edwin aún no habían reconocido el engaño, y podían dudar que mis intenciones fueran protegerlo de alguien que no lo amaría.

Lady Eliza me miró y me di cuenta que había tardado demasiado en responderle.

—Lo siento, Lady Eliza... —Se me hizo un nudo en la garganta, mientras buscaba las palabras para decirle lo que había hecho. Quizás si supiera mi razonamiento, se daría cuenta qué

es lo mejor—. Nunca pude...

Un golpe en la puerta me robó el coraje.

Lady Eliza mantuvo sus ojos en mí, aparentemente intrigada por las palabras que estaba a punto de decir. Pero volvieron a llamar a la puerta y se perdió la oportunidad.

—Adelante —dijo Lady Eliza con su voz teñida de arrepentimiento.

La puerta se abrió y mi corazón casi se detuvo. Edwin había regresado a Tipton.

## Capítulo diecisiete

Edwin miró fuera de sí con preocupación. Me puse de pie, alejándome de la cama para dejarle un lugar al lado de Diana. Mostró entusiasmo sin dar una respuesta.

—¿Cómo está ella?

Lady Eliza lanzó una rápida mirada en mi dirección.

—El doctor Walter dice que ha mejorado mucho.

Ante la imagen contradictoria de su pálida hermana inmóvil, Edwin no parecía convencido.

—Tuvimos algunos sustos. Pensamos que podríamos perderla, pero estamos seguros que lo peor ya pasó. —Lady Eliza caminó hacia su lado y le puso una mano tranquilizadora en el hombro—. Tomará tiempo, pero volverá a ser ella misma.

Ya no podía ver su rostro, pero podía sentir su angustia, cuando agarró la mano de Diana, la besó y se la puso en la mejilla.

—Lamento mucho no haber estado aquí, Diana —dijo en voz baja.

Mi corazón tembló dentro de mí. Yo era la razón por la que había huido, y ahora había regresado, pensando que yo me iría, solo para encontrar más daño, que yo había causado. Lentamente, retrocedí, queriendo darles su privacidad y necesitando que me sacaran de la intensa culpa que me estaba ahogando. Salí por la puerta abierta y comencé a caminar por el pasillo hacia mi habitación.

Me reprendí a fondo en mi camino. Si hubiera sabido que Edwin iba a regresar, me habría ido, antes de su llegada, y le habría ahorrado la incómoda necesidad de ignorarme en el lecho de enfermedad de su hermana. Incluso habría evitado el tormento de volver a verlo.

La puerta de mi habitación apareció a la vista. Le diría a Lydia que hiciera las maletas para nuestra partida inmediata. La idea de dejar a Diana, antes que se recuperara por completo, me hizo sentir una sensación de abandono, pero, ¿qué más podía hacer?

—¡Señorita Blakeslee!

Me detuve al oír la voz de Edwin y di la vuelta cautelosamente hacia él.

—Señor Stanton —logré decir temblorosamente, preparándome para la reprimenda que seguramente vendría.

Él se acercó.

—Gracias por cuidar de Diana.

Bajé la mirada.

—Era lo menos que podía hacer.

—¿Lo menos que puede hacer? ¿Usted no puede hacerse responsable de su enfermedad?

Respiré hondo.

—La llevé a los Bragg.

—Le permitiste que te acompañara. Si usted no lo hubiera hecho, ella habría aparecido sin su permiso.

—Pero debí haberme dado cuenta que la señora Bragg estaba enferma. Las señales estaban a la vista y las pasé por alto.

—No es necesario que lleve todas las cargas, señorita Blakeslee. Ya ha tenido bastante que soportar, usted no necesita aceptar aquellas que no le pertenecen.

Apreeí su voluntad de pasar por alto mi culpa, pero el contraste de su respuesta fue tan diferente de lo que esperaba, que me resultó difícil conciliar las dos cosas.

—Lamento haberme ido con tanta prisa de Tipton —continuó, cuando no respondí—, debería haber estado aquí.

Su tono arrepentido me confundió aún más. Una cosa era pasar por alto mi responsabilidad en la enfermedad de Diana, y otra muy distinta actuar como si mi escándalo no lo hubiera enojado mucho. Levanté la vista, preguntándome si sería capaz de distinguir la ira en sus rasgos, que estaba ausente en su voz. Para mi sorpresa, sus ojos eran cálidos, instándome a perdonarlo por dejarnos cuidando a Diana. Quizás por eso podría perdonarlo, pero no por la razón por la que realmente se había ido.

—¿Cómo se enteró de la enfermedad de Diana? —pregunté, necesitando entender la verdad de lo que sentía.

—Me temo que me atraparon en mis primeros momentos de descubrimiento. Regresaba a casa, cuando vi al doctor Walter, en el camino a Chadsmead. Me dijo que acababa de llegar de Tipton para ver cómo estaba Diana. No estoy seguro que haya percibido mi sorpresa, mientras me informaba sobre el estado de Diana y lo bien que usted la había cuidado. Aparentemente, entre tu cuidado de los Bragg y ahora de Diana, él está bastante impresionado por sus habilidades de enfermería. Te llamó hacedora de milagros. —Su sonrisa hizo que mi corazón latiera con fuerza, y mi mente se llenara de perplejidad.

—¿Por qué regresó, entonces?

—¿Por qué regresé... a mi propia casa? —Parecía perplejo por mi extraña pregunta.

—No pensé que volvería, mientras yo todavía estuviera aquí. —Mi cara se calentó.

Su mirada buscó la mía con el ceño fruncido.

—Usted pensó que... —La mirada en sus ojos insinuaba pena, y dio un paso más cerca, agarrando mis hombros—. ¿Pensó que me fui porque la rechacé por lo que nos dijo?

—Usted estaba muy enojado, cuando lo dije, y luego... luego usted se fue.

—Admito que estaba enojado, pero no por usted. ¡Nunca fue por usted! —Él hizo una mueca.

¿Qué defecto podría encontrarle en todo esto?

El desconcierto en su voz provocó una inesperada ola de emoción dentro de mí. Pero lo sofoqué nuevamente. La falta de culpa no equivale a aceptación.

—¿Por qué se fue, entonces? ¿Y sin explicación?

—Venga... Se lo diré. —Antes que pudiera responder, me agarró la mano.

Me llevó de regreso a la habitación de Diana, su mano agarró la mía, como si pensara que podría huir a la primera oportunidad. Traté de no notar la forma en que sus dedos grandes y ásperos envolvieron los míos protectoramente, y el calor de su piel rozaba contra la mía. Cuando entramos, Lady Eliza esperaba expectante en una silla junto al fuego. Edwin me acompañó hasta el sofá, frente a ella, y se paró entre nosotros con los ojos iluminados por la anticipación.

Lady Eliza entrecerró los ojos.

—Edwin, ¿qué estás haciendo?

—He pasado los últimos días verificando la historia de la señorita Blakeslee.

Lady Eliza me miró con cautela, evidentemente percibiendo la incredulidad que yo sentiría ante su declaración. ¿Había pensado que mentí al volver a contarla? ¿Que la trágica historia que le había contado era un plan, una historia dramática como la que creé para el tío Stanton? ¿Qué esperaba lograr algo a través de ese plan? ¿Obteniendo su lástima? Seguramente, eso ya lo había temido.

La sonrisa obstinada que apareció en su rostro no ayudó a aliviar mi irritación. Me preparé para irme, ya que no tenía ningún deseo de sentarme, y que me hicieran sentir como una tonta,

una vez más. Rápidamente, ella caminó hacia mi lado y puso su mano ligeramente sobre mi hombro, aparentemente sintiendo mi renuencia a escuchar qué más él tenía que decir.

—Hice una visita a los Slyton, a quienes usted admitió conocer, y a la última familia con la que tuvo alguna interacción, antes de ir al orfanato parroquial. Después de varios intentos de negarlo, el señor Slyton finalmente encontró razón al contar toda la verdad y su historia fue confirmada.

Sentí una opresión en el pecho, como si me hubieran atado una cuerda alrededor de las costillas y la estuvieran apretando, a mi alrededor. ¿Edwin se había reunido con los Slyton, otra vez? ¿Y esta vez respecto a mí? ¿Cómo había logrado arrancarles la verdad?

Su mano permaneció en mi hombro, como para anclarme a donde estaba sentada.

—También he visitado a los Humphrie, los Mead, los Dyke, los Grey y los Wares.

Cada nombre que pronunciaba añadía otro lazo de cuerda, en mi cuerpo, inhibiendo mi capacidad de respirar hasta que mi cabeza daba vueltas.

Lady Eliza lo miró sin parecer entender el significado de los nombres.

—Esas son las familias con las que la señorita Blakeslee se había quedado desde su nacimiento. Wares fue un nombre que encontré en los libros de contabilidad de Kempton Hall hace un año. —Él la miró, como si la información fuera a ser significativa—. Un nombre que ha recibido un pago anual durante los diecisiete años anteriores.

El rostro de Lady Eliza palideció y se tapó la boca con la mano. Lentamente, ella me miró y las lágrimas llenaron sus ojos. Miré entre su mirada de asombro y la sonrisa de satisfacción de Edwin. ¿Dónde estaba Kempton Hall? ¿Qué vínculo tenían con los Wares y conmigo? ¿Y cómo pudo Edwin haber descubierto información sobre mí hace un año? Demasiadas preguntas intentaban formarse, en mi mente, al mismo tiempo.

—Me temo que no entiendo. —La afirmación pareció quedarse muy corta.

—Kempton Hall no está a cinco millas de aquí. —La voz de Lady Eliza tembló, cuando habló—. Aquí es donde crecí. —Miró con los ojos muy abiertos a Edwin, quien se arrodilló junto a ella y le tomó la mano—. Hace años, tuve una hija, una niña, que me fue arrebatada y entregada a otra familia para que la criaran sin mi consentimiento... —Las lágrimas corrían por sus mejillas y sus hombros temblaban, mientras lloraba.

Miré a Edwin, mi cabeza daba vueltas en un intento de procesar lo que estaban diciendo.

—A una familia se le pagó para que cuidara a la niña —continuó refiriéndose a su madre—, y esa familia eran los Wares. La familia que te cuidó por primera vez hace dieciocho años.

Mis recuerdos de aquella familia se habían desvanecido, eran distantes, pero seguían ahí.

—¿Creen que soy la hija perdida de Lady Eliza? —pregunté consternada—. ¿Cómo puede ser? —Me quedé mirando a Lady Eliza, sin saber cómo debería sentirme, y qué debería hacer, si su conclusión era cierta. Había pasado toda mi vida, imaginando cómo sería conocer a mi madre biológica. A veces, esos pensamientos incluían correr para abrazarla, pero a menudo llevaban a darle la espalda y nunca mirar atrás. Haciendo lo mismo que ella me había hecho a mí. Sin saber qué pensar y si realmente lo creía, me senté en silencio y escuché.

—Hace un año, el sobrino de Lady Eliza, que había heredado el condado de su padre, deseaba vender algunas de sus propiedades menos visitadas para liberar algunos activos, uno de los cuales era Kempton Hall. Lo convencí que me dejara revisar los libros de contabilidad, antes de venderlo. Sin darse cuenta de lo inflexible que su abuelo se había mostrado en contra de la idea, o simplemente sin importarle, accedió.

—Al principio no pude encontrar nada significativo entre los libros, pero luego encontré un libro de contabilidad escondido y separado de los demás. Cuando lo abrí, había varios gastos,

aparentemente no relacionados con las actividades, uno de ellos era un pago anual a un hombre llamado Richard Wares. Los pagos comenzaron al mismo tiempo que se llevaron a la niña. La gran suma se pagó cada año, durante los últimos diecisiete años, sin estipulaciones, excepto un aviso de suspensión de pago que se implementaría después del decimoctavo año. —Me miró, su mano estaba acariciando tiernamente la espalda de su madre, cuyos sollozos se habían convertido en un temblor entrecortado.

—Fui directamente a Wares y pregunté por la niña. Después de algunas preguntas estratégicas para descubrir su oscura historia, descubrí que después de cuatro años sin que nadie los controlara, decidieron vender a la niña a los Grey, una familia que había quedado encantada con ella, y que sentían que podía ofrecerle una mejor situación.

Me estremecí cuando pensé en los Grey y la crueldad con que me habían tratado.

—Los Wares continuaron recibiendo el pago anual hasta mi visita. Los amenacé con presentar cargos, si no me daban la información de los Grey, y ellos inmediatamente cumplieron. He pasado el último año averiguando el paradero de la niña desaparecida. Hubo muchos callejones sin salida, desinformación y dificultades para localizar a cada familia, pero finalmente llegué a los Slyton. Les escribí y respondieron con una historia familiar de verdades a medias y deseo de obtener ganancias financieras. Queriendo hablar con ellos, pero obligado a quedarme en Tipton, les preparé alojamiento para que me visitaran, y les ofrecí un incentivo monetario tentador.

—¿Y fue entonces cuando los vi? —pregunté.

Edwin asintió.

—Una vez que los Slyton llegaron aquí y fueron recompensados con el dinero del soborno, me dijeron que la niña se había escapado. Les pregunté a dónde creían que había ido, pero fue en vano. Me di cuenta que realmente no sabían adónde había ido. Estaba furioso, incapaz de aceptar la derrota. El señor Slyton me informó dónde había estado, cuando la niña escapó, y mi próximo intento sería interrogar a todos los lugareños, con la esperanza que alguien recordara a una joven que fue encontrada hace tantos años. Es decir, hasta que escuché tu historia. Cuando hablaste, tu pasado coincidía demasiado con lo que yo había construido de la niña perdida: cambios de familia y los malos personajes con los que te quedaste. Y luego confirmaste que conocías a los Slyton.

—¿Por qué no dijiste algo? —preguntó Lady Eliza, secándose los ojos.

—No te dije nada porque sé cuánto has sufrido por la pérdida de tu hija, y no quería darte falsas esperanzas. —Volvió su mirada hacia mí—. Y no te dije nada esa noche porque quería asegurarme que mi conclusión fuera correcta. Verte contar tu pasado parecía una tarea de lo más difícil. No quería hacerte daño, haciéndote discutirlo más y más profundamente, especialmente si esto no llegaba a nada.

—Sabía cómo obtener la información y nunca tendrías que ser tú quien la dijera. Y, sinceramente, no estaba seguro de poder soportar más de tu historia esa noche. Nunca antes había sentido tanto rencor, imaginándote de niña, bajo la influencia de algunas de las personas que había conocido. Siempre sentí simpatía, cuando pensé en la pobre niña, que tuvo que soportar tales circunstancias, pero cuando pensé en ti como esa niña, apenas pude soportar la ira. —Su mirada sostuvo la mía—. Mi cabeza estaba nublada por esto, y necesitaba actuar sin demora.

Tenía tantas preguntas, pero un pensamiento llenó mi mente, dejando todo lo demás al margen.

—Si soy la hija de Lady Eliza. —Mi boca se sentía rígida, como si todo mi ser se rebelara

contra la revelación que seguiría a mi pregunta—. ¿Eres mi hermano?

No sabía por qué, durante una revelación tan trascendental, no podía pensar en nada más.

Edwin me miró con extrañeza, al igual que Lady Eliza.

—Seguramente, sabes que Lady Eliza no es mi madre. Al menos no por nacimiento.

Mis labios se separaron y lo miré estúpidamente. ¿Cómo pude haberme perdido algo tan significativo?

—Lady Eliza se casó con mi padre, cuando Diana y yo éramos niños. Mi madre había muerto por una enfermedad muy parecida a la que ahora tiene Diana. —Pensé en la mirada que me había dado Edwin, después de enterarse que los Bragg habían contraído influenza, entendiendo ahora de dónde había venido su angustia—. Supongo que pensé que era de conocimiento tan común entre nuestros conocidos, que nunca pensé en explicarlo.

Aunque todavía no podía formar las palabras, asentí lentamente. Edwin Stanton podría considerarme una hermana pequeña, pero afortunadamente, por mi propio bien, no teníamos ningún parentesco consanguíneo.

—Edwin y Diana tienen un gran parecido con su madre —destacó Lady Eliza temblorosamente—. Ella era muy bella.

—¿Ella es la mujer del retrato? ¿El que está en el salón de abajo?

Ambos asintieron y mi mente se centró en la llamativa mujer con los ojos de Edwin. ¡Debería haber sabido esto antes!

Lady Eliza puso su mano sobre la de Edwin para indicar que estaba lista para dar sus explicaciones.

—Tenía diecisiete años y sentí que estaba preparada para mi primera temporada en Londres. Sin embargo, mi padre insistió en que todavía no era lo suficientemente madura. Tenía poca tolerancia hacia las molestias, como las llamábamos, así que me dejó en Kempton Hall con mis dos hermanas menores. Sin confiar en mi juicio y mi libertad, mi padre me contrató a una compañera, pero lo habían engañado respecto a su carácter. Aunque no la culpo, ella me permitió cualquier diversión, que creyera adecuada, y una de esas diversiones fue un hermoso mozo de cuadra.

Su labio tembló y sus ojos permanecieron en su regazo, mientras hablaba.

—Era amable y encantador, y yo estaba segura que lo amaba. Rápidamente nos familiarizamos demasiado, mientras mi compañera se hacía la vista gorda, ante nuestro creciente afecto. No me di cuenta que había quedado embarazada hasta que mi familia regresó de Londres. Cuando mis padres descubrieron mi situación, se sintieron realmente angustiados y mi padre estaba más que furioso. Mi hermana se había comprometido con un marqués, y les preocupaba que si se supiera que yo estaba embarazada, podría romper su compromiso. Inmediatamente, me llevaron de Kempton Hall a una remota casa de campo para terminar mi embarazo y tener al bebé.

—Parecía que había estado olvidada durante esos meses, sin siquiera una carta sobre la boda de mi hermana, y cuando llegó el momento de dar a luz, solo estaban mi sirvienta y la partera. No estaba preparada y estaba aterrorizada. —Ella se detuvo y sus ojos se encontraron con los míos—. Hasta que naciste y te pusieron en mis brazos. ¡Te amé al instante!

Las lágrimas nublaron mi visión y rápidamente las sequé.

—Te sostuve durante horas, simplemente observando cada detalle maravilloso. —Su mirada se volvió distante y su sonrisa tierna, y supe que ella estaba momentáneamente de regreso en esa cabaña, sosteniendo a su hija recién nacida, abrazándome a mí—. Tu rostro perfecto y tu cabello oscuro y espeso. La pequeña marca de nacimiento en tu hombro derecho. —Recordé cómo Lady

Eliza lo había pasado con el pulgar, el día que me ayudó a quitarme la ropa mojada. ¿Había sospechado, entonces, que yo era su hija?

Sus ojos volvieron a centrarse en mí.

—Agotada, finalmente me convencieron para que me durmiera y me aseguraron que estarías bien atendida. —El rostro de Lady Eliza mostró una emoción, que no había visto en ella antes, y su intensidad me provocó un escalofrío—. Cuando desperté, la partera ya no estaba ni tú. Salté de mi cama, gritando de dolor y traición, sin saber qué debía hacer y solo sabiendo lo desesperada que estaba por tenerte de vuelta. Cuando llegué a la puerta exterior, me habían fallado las fuerzas y caí al suelo derrotada. Te habías ido y lo sabía. —Sus ojos me imploraron que le creyera para ver el dolor que había sentido por mi pérdida. El dolor que había cargado durante todos estos años—. No me lo habían dicho. Ni siquiera me dejaron despedirme.

Las lágrimas ahora corrían por nuestros rostros. Ella se puso de pie y vino hacia mí, sentándose a mi lado y tomando mis manos entre las suyas.

—Estaba angustiada, deseando morir, si no podía tenerte. Durante meses, me quedé en mi dormitorio, sin salir nunca de la cabaña, donde sabía que pasaría el resto de mi vida, llorando tu pérdida. Entonces un día, sin previo aviso, llegó un conductor para devolverme con mi familia. En Kempton Hall, mi familia, así como nuestras relaciones más cercanas, actuaron como si no estuvieran al tanto de toda la situación. Al parecer, les habían dicho que me habían enviado para que actuara como acompañante de la anciana tía de mi madre.

—¿Y qué pasa con el mozo de cuadra? —pregunté, incapaz de llamarlo mi padre.

—Despedido. Al igual que mi acompañante y varios sirvientes de la casa. No quedaba nadie a quien preguntar, y nunca tuve el valor de preguntarle a mi padre a dónde lo había enviado. Cuando regresé por primera vez, él había dejado muy claro que nunca debía hablar de lo que había ocurrido, o me encontraría expulsada para siempre, trabajando en los famosos burdeles de Londres, a los que pertenecía. Hice lo que me pidió, pero mi espíritu estaba destrozado y no podía fingir lo contrario. Mi padre insistió en que asistiera a la siguiente temporada, pero a las pocas semanas de llegar a la ciudad, se dio cuenta de que era un esfuerzo inútil. Me envió de regreso a Kempton Hall, jurando que un error más me costaría todo. Sabía que el primer error ya lo había cometido.

—Después de dos años, viviendo con poca compañía, además de mis sirvientes, mi padre me envió un mensaje que había hecho arreglos para que me reuniera con el señor Ernest Stanton, un joven viudo. No me gustaba la idea, pero parecía mejor que una cadena perpetua, así que accedí. Me alegró descubrir, en nuestro primer encuentro, que era un buen hombre y al instante adoré a sus hijos. Diana, solo un poco mayor de lo que habrías sido tú, trajo sanidad a mi corazón. Como sospecho que lo hiciste con Lady Blakeslee. Cuando Ernest me pidió la mano, supe que no podía engañarlo y le conté mi pasado. Sin dudar un momento, me abrazó y me aseguró que nuestros errores nos hacen quiénes somos, y que el sufrimiento que había soportado me había convertido en la mujer que amaba.

Ella sonrió, su cariño por su marido era evidente.

—Él me rescató. Me dio algo a lo que aferrarme, algo que esperar. Él sabía que nunca estaría completa sin mi hija, pero me aceptó y me amó a través de eso. Antes de casarnos, le pidió a mi padre información sobre tu paradero, aunque la conversación terminó bastante mal y perdí la esperanza de reunirme contigo alguna vez. —Su mirada agradecida se volvió hacia Edwin y yo la seguí. Edwin se quedó mirándonos con los ojos llenos de lágrimas, le devolvió la sonrisa y luego me dio la mía.

—¡No puedo creer que realmente seas tú! Mi niña —dijo, mirándome con amor. Ella se

acercó y tocó mi mejilla, su mano suave y cálida rozó mi piel—. Desde que llegaste por primera vez a Timplon, no he podido apartar mis ojos de ti. Te pareces mucho a tu padre, y exactamente a lo que había imaginado que sería mi hija: hermosa y oscura. ¡Y me parecías muy familiar!

—Entonces, cuando vi la marca de nacimiento en tu hombro... —Su voz se apagó—. Me parecía un pensamiento ridículo, una esperanza traicionera, pensar que mi propia hija podría terminar en Timplon por su propia voluntad, especialmente cuando sabía que tenías tu propia familia, así que alejé ese pensamiento de mí. Me convencí que eras un fantasma enviado para irritarme, y coloqué capas sobre mi corazón, en un intento de no ser afectada por tu presencia.

Ella exhaló.

—Me temo que incluso la otra noche, cuando contaste tu pasado y todo mi corazón gritó que eras mía, te aparté de mí, sin querer decepcionarme y enfrentar más pérdidas. ¡No pude soportarlo más! Esa noche me enfrenté a mis demonios. Mi cabeza me decía lo improbable que era que una huérfana de Burrowsly pudiera ser mi hija, mientras mi corazón intentaba convencerme de lo contrario. Pero eres mía y finalmente me siento completa.

Sin más demora, caí en sus brazos, nuestro abrazo eclipsó años de pérdida y dolor. Las lágrimas corrieron por mis mejillas hasta que no hubo más que caer. Aunque no estaba segura de lo que significaba todo esto, ahora estaba contenta. Me habían buscado. Siempre me habían querido.

—¿Madre? ¿Abigaíl? —La voz tranquila de Diana nos envió ansiosamente a su cama.

—¿Qué pasa, querida? —Lady Eliza se sentó junto a Diana y extendió su mano hacia mí, acercándose. Diana miró de un lado a otro entre nosotras—. Me pareció oír un llanto.

Lady Eliza me dio una breve sonrisa, antes de mirar a Diana.

—Así fue... pero fue de alegría que lloramos. Tu hermano ha descubierto que Abigaíl es mi hija desaparecida.

Los ojos de Diana se agrandaron, y su brillo contrastaba con las ojeras y la piel pálida.

—Pensé que su historia sonaba demasiado familiar para ser una coincidencia, aunque no quería decir nada hasta poder hablar contigo o con Edwin en privado. —Una pequeña sonrisa apareció en su rostro—. Y eso te hace casi como mi hermana —dijo, mirándome—. Aunque todavía preferiría que te casaras con mi hermano para hacerlo oficial.

Mis mejillas se calentaron y me negué a mirar a Edwin, quien estaba segura había escuchado el comentario de su hermana. Edwin se acercó detrás de mí y quedó a la vista de su hermana, y mi miedo se confirmó.

—¿Sabes que estoy parado aquí, Diana?

—No lo sabía —dijo, mirando en su dirección con su entrañable sonrisa—. Aunque esperaba que lo estuvieras.

Obviamente, aliviada por el espíritu optimista de Diana, Lady Eliza se tapó la boca en un intento de disimular su diversión, pero cuando la risa de Edwin resonó en la habitación, fue difícil para el resto de nosotros no seguir hablando con ella.

—Parece que volverás a tus intrigas, en poco tiempo —dije con una sonrisa. Ahora había dos personas, fuera de Easton Manor, que sabía que me amaban, y eso me parecía suficiente. Casi...

\* \* \*

—Voy a buscar al señor Ellis. —Lady Eliza se puso de pie. Me apretó el brazo con cariño, cuando pasó a mi lado al salir.

Ocupé el lugar donde había estado Lady Eliza.

—¿Puedo traerte algo, Diana?

—Mi marido me atenderá cuando llegue, pero gracias. Por ahora, creo que es mejor, si cierro los ojos y descanso hasta que él regrese.

Sabía que debía estar agotada, pero la forma en que rodó hacia el lado opuesto, dándonos la espalda a Edwin y a mí, me hizo preguntarme, si ya estaba volviendo a sus tácticas traviesas.

Me quedé inmóvil, todavía frente a Diana, mientras reunía las fuerzas que necesitaba para enfrentar a Edwin. Cuando finalmente giré, encontré su mirada fija en mí con una expresión amable.

—Naciste el veintidós de enero. Cumplirás diecinueve el año que viene. —Él sonrió y extendió su mano hacia la mía—. Pensé que te gustaría saberlo.

Puse mi mano temblorosa en la suya, sin saber qué decir. Nunca pensé que sabría la fecha de mi nacimiento. El silencio entre nosotros me instó a llenarlo.

—Gracias por... —Las palabras parecieron tan triviales—. Por todo.

—Fue realmente un placer. —La forma en que sonrió hizo que mi corazón tartamudeara—. Solo lamento haberme ido sin una explicación. En mi afán no anticipé cómo percibirías mi ausencia. Pero espero que te des cuenta que hay pocas cosas que me hagan pensar menos en ti.

Mi pecho se apretó, ante su declaración. Todavía había una cosa que él no sabía que había hecho. Con razón, pensaría menos en mí, cuando supiera que había alentado a mi prima a perseguir a Lord Ramsby, inspirando a Helena a hacer exactamente lo que la señorita Madeline le había hecho a él. Lo mismo que le había hecho perder la fe en el amor. Aparté mis ojos de él.

—¿Qué es? —preguntó, dando un paso más cerca.

Su proximidad no ayudó a mi coraje, y miré su gran mano todavía apretada alrededor de la mía.

—Los otros invitados se han mudado a la finca de Sir Giles...

—¿Lo han hecho? —Los ojos de Edwin buscaron los míos.

—Creo que Helena estará ansiosa por hablar contigo.

Se quedó cerca un momento más, antes de soltar mi mano, y dar un paso atrás.

—Por supuesto. Y estoy ansioso por hablar con ella. —Sus ojos se dirigieron a la puerta.

Intenté convencerme que no me ofendería su confesión.

—Deberías irte —dije con pesar.

Apretó la mandíbula y me miró a los ojos por última vez.

—Sí, debería. Te enviaré sus saludos. —Cuando dio la vuelta para irse, me pregunté si alguna vez me perdonaría por lo que había hecho.

\* \* \*

Caminé hasta la ventana y miré los jardines. Parecía una eternidad desde que había llegado a Timpleton por primera vez. La vista me atraía, pero parecía que la única manera de disfrutarla era a través del cristal de una ventana. El sonido de la puerta abriéndose me hizo girar.

Lady Eliza fue escoltada por su marido, seguida por el señor Ellis.

—Mira a quién encontré —dijo, sonriéndole al señor Stanton. Sus ojos primero miraron a Diana dormida y luego a mí, con una cálida sonrisa en sus labios.

—Finalmente, te hemos encontrado —dijo, llevando a Lady Eliza a mi lado y dejando caer suavemente su brazo, antes de envolverme en un abrazo. Aunque me sorprendió su gesto, fue fácil acogerlo. Podía sentir su amor y aceptación, y supe que agregarían otra persona a su lista. Se apartó para mirarme—. Y he oído que has sido indispensable en el cuidado de Diana.

—En verdad, no fue nada. Diana habría hecho lo mismo por mí.

—De todos modos, has hecho algo venerable, hija mía. Estoy eternamente agradecido. —Él sonrió y su mirada se posó en Diana, que ahora le sonreía al señor Ellis—. ¿Y cómo te sientes, mi querida muchacha?

—He estado mejor. —Tenía una sonrisa cansada—. Aunque estoy segura que estaré bien pronto.

Le dio un beso en la mejilla.

—Lamento no haber estado aquí para ti.

—Te aseguro que me atendieron bien y, para ser honesta, difícilmente me habría dado cuenta, si hubieras estado aquí.

Le acarició el cabello suavemente y Lady Eliza se inclinó hacia mí.

—¿A dónde fue Edwin?

—A la finca de Sir Giles —dije, forzando mi voz para no mostrarme como afectada.

Podía sentir su mirada sobre mí.

—Estoy segura que mi prima está ansiosa por hablar con él —dije, incapaz de mirar en su dirección.

—Estoy segura que lo está —confirmó Lady Eliza, como si ya supiera lo que quise decir.

Volviendo cautelosamente mi mirada hacia ella, encontré una de complicidad.

—Tu tía me escribió ayer, preguntando por Diana. —Sentí que el color desaparecía de mi rostro, ante el incriminatorio aumento de sus cejas—. Lamentó mencionar cierto afecto, que había comenzado a presenciar entre la señorita Hanford y Lord Ramsby, y lo que podría significar para la futura alianza de nuestras familias.

Mi conciencia culpable me obligó a admitir mi rol en la conexión.

—Me temo que fui yo quien animó a Helena a perseguir a Lord Ramsby.

Lady Eliza asintió.

—Ella mencionó algo parecido.

Mis ojos se abrieron, ante su admisión, y frente a la leve expresión de diversión en su rostro.

—Ella no lo amaba —dije, bajando la mirada—. Pensé que lo estaba salvando de un matrimonio sin amor, pero resulta que, sin saberlo, reproduje el mismo destino que la señorita Madeline le impartió hace años.

Lady Eliza me rodeó con su brazo.

—Es a través de las cosas difíciles, que a menudo aprendemos más sobre nosotros mismos y de lo que el amor es capaz de hacer.

Asentí de nuevo, pero la idea de causarle dolor a Edwin de repente me abrumó.

—Si Diana está bien atendida, creo que daré un paseo por los jardines. Creo que me vendría bien un poco de aire fresco.

Lady Eliza se inclinó y me besó en la mejilla, antes de caminar hacia el lado del señor Stanton, permitiéndome despedirme.

## Capítulo dieciocho

No había salido en días y el aire fresco fluyó a través de mí, reduciendo instantáneamente mi actual aprensión. Cuando pasé por la entrada del jardín, comencé a bajar por un sendero con grandes setos, que llegaban hasta árboles, a ambos lados. El camino era ancho con grandes arbustos adornados como diferentes animales. Pasé mi mano por las formas, determinando lo que cada una había sido podada para representar.

Cuando terminé de admirar un arbusto con forma de pavo real, vi un banco de madera escondido detrás del seto envolvente. La calidez de la luz del sol era atractiva y parecía un lugar adecuado para ordenar el caos de mis pensamientos: lo que había aprendido recientemente, y lo que me resistía a descubrir al regreso de Edwin.

Cuando mi mente se sintió un poco menos confusa y la sombra del seto bloqueó el calor del sol, me levanté y caminé de regreso por el sendero. La luz a mi alrededor parecía más suave, casi mágica, y me pregunté cuánto tiempo había estado perdida en mis reflexiones.

Antes de abandonar el jardín para regresar a la casa, encontré un sendero estrecho, que aún no había divisado. Las flores que crecían a lo largo del camino de piedra eran espesas y salvajes. Cada tono de color era visible entre ellos, y supe que no podría resistir su tentación. Las plantas se hicieron más espesas y altas hasta que quedé sumergida en su belleza. Un hilo de agua apagado me atrajo hacia adelante hasta llegar a una pequeña abertura, donde terminaba el camino.

Me quedé sin aliento frente a la vista que tenía ante mí. Un gran muro de piedra con hiedra trepadora se alineaba en la parte trasera del nicho privado, donde una pequeña cascada conducía a una estatua de tamaño natural en su base. La estatua estaba hecha de mármol reluciente y mostraba a una mujer sosteniendo a una bebé en brazos. La mujer estaba de pie, su vestido y su cabello parecían flotar a su alrededor con el viento, y miró el pequeño bulto que sostenía. Me acerqué asombrada. Su rostro era solemne y su expresión retrataba una emoción que ni siquiera sabía que podía plasmarse en piedra: la preocupación. Tenía los hombros hacia adelante, como si quisiera proteger a la niña de un gran peso que la presionaba. Extendí la mano para tocar a la niña y el frío de la piedra me atravesó.

—Es una sorpresa para Lady Eliza.

Al oír la voz de Edwin, me sobresalté, pero me negué a voltear para mirarlo a los ojos.

—Mi padre y yo vimos la escultura, mientras estábamos en Londres, y sabíamos que tenía que venir a Timplon.

—Es hermosa.

—Se la mostraremos una vez que el hombre contratado termine la cascada. —Miré hacia un lado y solo entonces me di cuenta que la piedra aún no estaba terminada.

—¿Fue este el proyecto del que le hablaste a tu jardinero? —pregunté, tratando de retrasar la inevitable acusación que se avecinaba.

—Lo es... ¿Crees que le gustará?

—Es perfecto —susurré.

El silencio se apoderó de nuestra conversación y todavía no podía encontrar fuerzas para mirarlo. El sonido de sus pasos se acercaba.

—¿Por qué me enviaste a hablar con tu prima?

Pensé que la respuesta sería obvia con su declaración de sentimientos hacia Lord Ramsby.

¿Había visto a Edwin y cambiado de opinión? La sola idea hizo que me doliera el corazón.

—Sabía que Helena deseaba hablar contigo. —Mi tono traicionó mi incertidumbre.

—¿Para que pudiera decirme que había desarrollado un afecto por Lord Ramsby?

Esperé pacientemente y supe que probablemente quería que le explicara mi participación en su traición, antes de presentar su acusación. Tomé una respiración profunda.

—La animé.

—¿Por qué? —Su voz era suave, pero exigente.

—Sé que tú no crees en el amor, pero yo sí. No podía permitir que te casaras con alguien que no te amaba.

Sentí el calor de su mano sobre la mía. Me giró hacia él, levantando mi barbilla para que mis ojos se encontraran con los suyos.

—¿Por qué?

—Porque conozco la soledad que trae vivir sin amor. —Mis palabras llegaron rápidamente, como si tuviera solo un momento para hacerle entender, antes de que me cerrara su corazón para siempre—. Porque sé la influencia que puede tener el amor, si lo permites. Y porque mereces ser amado por lo que eres, no por lo que puedes ofrecer.

Estaba tan cerca que ahora podía sentir su calor penetrando a través de mí.

—¿No hay otra razón para tu interferencia, además del altruismo?

Me retiré. Seguramente, no podía considerar mis acciones egoístas. ¿Qué motivación tuve para separar a Edwin de mi prima, aparte que me importara lo que él tuviera que soportar? Y de repente, supe lo que él me estaba preguntando.

Mis pensamientos se aceleraron para seguir el ritmo de mi corazón. ¿Me estaba preguntando qué sentía por él? ¿Si había intervenido porque no podía soportar que se quedara con Helena? Estaba segura que esa no había sido mi motivación. Si no hubiera sido consciente que ella realmente no se preocupaba por él, estaba dispuesta a irme sin decir una palabra. Mi única preocupación era verlo feliz, o al menos satisfecho con su elección.

Pero mi razonamiento me traicionó, porque sabía lo excepcionalmente complacida que me había sentido ante la confesión de Helena. Cómo había sentido la necesidad de justificar mis acciones al animarla a alejarse de Edwin. Mi culpa era prueba suficiente de mi egoísmo. Aunque no había actuado intencionalmente por mi propio interés, mi corazón verificó que había hecho exactamente eso. No quería que él estuviera con Helena porque quería que él estuviera conmigo.

Se me hizo un nudo en la garganta, e intenté ocultar el descubrimiento, antes que él pudiera verlo dentro de mí. La mirada atormentada, en sus ojos, se debía a mí, porque convencí a Helena de cambiar de rumbo. Sabía que Edwin y ella habrían estado contentos el uno con la otra, y que él no podría perdonarme por hacer lo que había hecho.

Sus ojos todavía buscaban los míos, ansiando mi honestidad. Pero no podía mentir, así que no hablé.

Llevó su mano a mi cara y frotó suavemente su pulgar sobre mi labio, donde yo lo estaba mordiendo para evitar que temblara.

—Quizás estoy haciendo la pregunta equivocada. —Su voz se volvió suave—. Sabes que he perdido toda confianza en el amor. Ha demostrado no solo ser inútil, sino también una emoción engañosa. Sin embargo, a pesar de mi razonamiento bien ideado, ¿me has informado que tienes una opinión diferente?

—No es una opinión —dije con tono decidido—. Por muy bien ideadas que sean tus razones, no estás considerando el amor sino solo las imitaciones del amor. Es imposible llegar a una conclusión precisa, basándose en información errónea.

Una sonrisa apareció en un lado de su boca.

—Olvidé que eres una experta en el tema. —Me burlé, pero él continuó—, lo consideraré algo bueno porque en mi estado actual necesito iluminación. —Él dio una sonrisa arrepentida—. Una vez un hombre amó a una chica. Ella era hermosa y vivificante y exactamente lo que él creía que quería. Él la adoraba y ella lo halagaba sin cesar, consumiendo sus pensamientos sobre la próxima vez que pudiera verla. —Sus ojos recorrieron mi rostro, pero me negué a revelar mi irritación por su descripción de la señorita Madeline—. Sabía que a ella le gustaba la idea de su riqueza y a él le gustaba la idea de tenerla como esposa, una especie de premio para exhibir. Además, eran una buena pareja y era seguro que podrían encontrar felicidad juntos. —Él se detuvo—. ¿Eso no es amor?

—Para aclarar, nunca dije que era una experta. Pero si debo emitir un juicio, no creo que eso sea amor. Quizás esto tenga piezas que se parezcan al amor, pero una falsificación no es convincente, si no contiene algo de verdad, por retorcida que sea.

—¿Una falsificación? —Tuve la clara impresión que él me estaba provocando.

—Sí. El amor no es enamoramiento ni ambición. Esta chica de la que hablas era aparentemente encantadora, y parece evidente que había atracción entre ustedes... me refiero a ellos —dije decididamente, pero con más dureza de lo que pretendía. Para mi consternación, el único efecto que tuvo fue ampliar la sonrisa de Edwin—. Aunque el deseo natural de cercanía es parte del amor, cuando es la única parte que se convierte en enamoramiento, que ciertamente es una imitación. —Él asintió con aire de suficiencia, pero yo aún no había terminado—. Y la ambición es egoísta, lo que la hace contraria a la verdad que el amor es incondicional. Por lo tanto, elegir a alguien en función de lo que te puede ofrecer no puede ser amor.

—Una conferencia muy interesante, señorita Blakeslee. —Su ceja se arqueó de manera divertida.

—Fuiste tú quien buscó mi opinión —respondí, desinteresado por su aparente disfrute.

—¿Y me concederás otro análisis? —Antes que pudiera negar mi consentimiento, él comenzó—, un hombre se ha dado cuenta que está completamente enamorado de una mujer. Piensa en ella constantemente, en mirar sus fascinantes ojos, pasar los dedos por su suave cabello y besar sus perfectos labios.

Me sonrojé cuando su mirada se detuvo en mis labios. ¡Este hombre insoportable! Este seguramente sería mi castigo por lo que había hecho: recibir sus descaradas burlas, mientras expresaba sus sentimientos por mi prima.

Y el deleite en su mirada me dijo que eso era exactamente lo que era.

—Pero también piensa en su amabilidad, su personalidad entrañable y la forma en que ella le hace querer ser mejor, para ser digno de ella... Ella significa mucho para él y él haría cualquier cosa para protegerla y honrar a la mujer que es brillante, cautivadora y encantadora, más allá de toda descripción.

No quería validarlo. Admitirlo sería como incriminarme a mí misma. Vacilantemente, confirmé lo que él ya sabía.

—Eso suena más a amor. —Mi corazón dio un vuelco y volví mi atención a la estatua—. No me di cuenta que te sentías así... Perdóname.

No quería, pero volví a mirar el dolor que llenaba sus ojos, deseando que viera lo arrepentida que yo estaba realmente.

—No debí haber interferido. No me di cuenta del fuerte afecto que sentías por Helena, aunque ahora estoy segura que ella no te lo correspondió ni lo merecía.

Su frente bajó, y su cabeza se inclinó hacia un lado.

—Debes saber... —Una sonrisa apareció, una vez más, en sus labios—. Permíteme modificar la lista que acabo de dar. Resulta que, aunque brillante, puede que no sea tan astuta como le he dado crédito. O, en una evaluación más probable, me faltan muchas habilidades para expresar mi punto de vista.

Ahora estaba completamente confundida. ¿No había descrito sus sentimientos por Helena? Mis ojos se movían de un lado a otro entre los suyos, tratando de discernir su significado.

—Permíteme ser más directo. Abigaíl, eres la mujer más encantadora que he conocido. Has encontrado tu camino en cada uno de mis pensamientos, cada una de mis acciones y cada uno de mis deseos. Creo que tenías razón en tu evaluación de cómo me siento, aunque puede que me haya llevado un tiempo aprender lo que tú ya sabes sobre el amor verdadero.

Me llevé la mano a la boca, en un silencio atónito.

—Abigaíl, eres absolutamente exasperante y te amo.

Extendí la mano hacia él para estabilizar mis piernas.

—¿A mí?

—Por supuesto, a ti. —Parecía dispuesto a reírse.

—Pero... pero te ibas a casar con Helena. ¿No te decepciona que la haya animado a perseguir a Lord Ramsby?

—¿Helena? —Él levantó una ceja con fingida incredulidad—. Acabo de confesarte mi amor insondable por ti, sin mencionar mi renovada creencia en el mismo, ¿y quieres hablar de otra mujer? Realmente, ¡eres exasperante! —Dejó escapar una pequeña risa, pero cuando seguí mirándolo con los ojos muy abiertos, me dio una sonrisa comprensiva—. Puedo ver que es necesario apaciguar tu curiosidad, antes que la mía pueda aplacarse.

—Siempre supe que la señorita Hanford no me amaba y, como yo no creía en el amor, estaba dispuesto a aceptar ese hecho. No tenía esperanzas de sentirme diferente, y cuando Lady Eliza me contó los deseos de su tía de venir a Timplon y promover la conexión entre nuestras familias, decidí que si no era ella, sería otra como ella. Entonces, acepté, cansado de posponer lo inevitable. Los primeros días que estuvo en Timplon, me comprometí plenamente con la idea y mencioné mis intenciones de pedirle la mano. Entonces, de la nada, tú llegaste. Desde el primer momento en que te vi, quedé hechizado, no solo por tu belleza sino por la bondad que emana de ti. —La forma en que me sonrió hizo que mi corazón latiera con fuerza, y moví ambas manos hacia mi pecho, en un intento de contenerlo.

—Esa primera noche, cuando me presentaron tu naturaleza genuina y tu temperamento luchador, comencé a proteger mi corazón para no traicionarme, para no permitirme volver a sentir. Aunque no lo admitiría, ante mí mismo, no tenía ninguna posibilidad. Desde ese primer intercambio, ansiaba estar contigo. Y cada encuentro confirmó esa verdad, una y otra vez. Pero me obligué a alejar mis deseos aparentemente desesperados y a ti con ellos.

Su boca se alzó en las comisuras.

—¿Recuerdas la vez que pensaste que estaba enojado contigo por tu elección de palabras en nuestra discusión sobre la ayuda a los pobres?

—Que los pobres son dignos de nuestra ayuda —dije con una sonrisa temblorosa.

—Precisamente. —Él se rió suavemente, aparentemente recordando la confrontación, antes de explicar el humor que había en ella—. Mi fuerte respuesta surgió de una total frustración. Estaba en medio de una reprimenda interna por estar de tu lado y no de Helena, cuando dijiste la frase exacta que yo había dicho esa misma mañana sobre la responsabilidad de un terrateniente de ayudar a las familias locales necesitadas. Instantáneamente, eso me llevó a la locura: darme cuenta que tú eras todo lo que necesitaba y que no podía tenerte. —Sacudió la cabeza—. Me vi

obligado a irme o arriesgarme a revelar el descontento que había dentro de mí. Estaba cortejando a la señorita Hanford, y casi había prometido que ella esperaba una oferta. No podía faltar a mi palabra, simplemente porque mi intención había flaqueado.

—¿Como lo había hecho contigo la señorita Madeline?

Él asintió, aparentemente sin estar sorprendido que supiera su nombre.

—Ese primer día, cuando Lord Ramsby apareció inesperadamente con Ross y Kingman, me permití tener la esperanza que él atraería la atención de la señorita Hanford con su título, liberándome de mi obligación. Pero incluso, antes de llegar a Tipton, ¿a quién debería ver, sino a ti? —Edwin negó con la cabeza—. Su interés inmediato era obvio.

Su mirada estuvo momentáneamente distante y su mandíbula se apretó, recordándome su aspecto, cuando me presentaron a Lord Ramsby. Y todo este tiempo pensaba que había recibido noticias perturbadoras.

Él soltó una risa irónica.

—Me confundía lo mucho que me enfurecía, cada vez que él buscaba tu compañía. Y creo que no hice un buen trabajo ocultando mi irritación.

Hizo una pausa, esperando a ver si contradecía su admisión, pero cuando todo lo que le ofrecí fue una débil sonrisa, asintió.

—No quería nada más que estar contigo, y encontré todas las excusas dentro de mis límites para hacerlo, pero sentí que estaba confundido, deseando estar contigo, cuando mi obligación hacia tu prima me lo impedía. Además, estaba seguro que no tenía ninguna posibilidad de ganarme tu afecto, incluso si lograba liberarme de mi compromiso con la señorita Hanford, así que continué por mi camino preconcebido.

—¿Qué te llevó a creer que no te devolvería tu afecto? —pregunté, dándome cuenta de repente que había muchas razones por las que podría haber llegado a esa conclusión. La mayoría de ellas estaban relacionadas con mi lengua afilada y mi temperamento apresurado.

—Ciertamente, la hija de alguien tan respetado como Lord Blakeslee pondría sus esperanzas en un matrimonio más altas que en las de un nuevo rico sin título. Además, Lord Ramsby es un tipo aparentemente encantador con mucho que ofrecer... —Su voz se apagó—. Y ese día que hablamos en la biblioteca, asumí que tu descripción del amor tenía como objetivo declarar tus sentimientos hacia él, una corrección discreta de mis atenciones no deseadas.

—¿Pensaste que el amor que me salvó era el de Lord Ramsby? —pregunté, recordando mi confusión, ante su extraña reacción.

Sus mejillas se oscurecieron, ante su admisión, y no pude evitar sonreírle.

—Me avergüenza decir que, en mi estado irracional, lo hice. No fue hasta que hablaste de tus padres, la noche en que les contaste que te habían acogido y cómo su amor te salvó, que finalmente hice la conexión. ¡Esto me dio esperanzas! Espero que tal vez aún no hayas decidido tus sentimientos.

—No habría importado cuáles fueran mis sentimientos. Lord Ramsby no me habría aceptado con mi pasado contaminado. —Edwin dio un paso más cerca, cerrando el espacio entre nosotros y haciendo que mi voz se entrecortara—. Él ni siquiera sabía una pequeña parte de lo que pasé y no podría aceptarme. —Mi voz se volvió más tranquila y sentí la calidez de la mano de Edwin sobre la mía dándome fuerzas para continuar—, no es que quisiera su aceptación, pero me hizo preguntarme si otros podrían aceptarme cuando se enteraran, si tú lo harías...

Una de sus manos llegó a mi cintura y la otra acunó la parte posterior de mi cabeza, enviando una sensación cálida a través de mí.

—No podrías decirme nada que me hiciera amarte menos. De hecho, estoy seguro que cada

cosa nueva que aprendo sobre ti solo aumenta mi admiración y devoción.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. ¡Edwin me amaba! Me aceptó con todos mis defectos y con todo lo que había pasado. Apenas podía respirar al darme cuenta.

—Y ahora es tu turno. —Me atrajo hacia él.

—¿Mi turno? —Logré preguntar, mirando sus ojos claros.

—Para aplacar mi curiosidad. —Sus perfectos labios se curvaron en otra encantadora sonrisa.

Levantando mis brazos alrededor de su cuello, me incliné aún más hacia él, nuestros labios estaban casi tocándose.

—Bueno, señor Stanton... —dije, con la voz temblorosa.

—Edwin, por favor. —Su aliento era cálido en mi cara.

—Edwin... —susurré fácilmente. Pero, ¿cómo podría expresar con palabras todo lo que sentía, todo lo que él había hecho por mí y lo que significaba para mí? Miré desde sus labios hasta sus ojos, que esperaban ansiosamente mi confirmación. Pero el momento y su cercanía me dejaron sin palabras. No había manera de decírselo adecuadamente.

Sin decir una palabra, apreté mis brazos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí, cerrando el último espacio entre nuestros labios. Con mi beso, permití que cada sentimiento y emoción, dentro de mí, fluyera hacia él. Le dio la bienvenida y pasó sus manos desde mi cintura hasta mi cuello y viceversa, antes que sus brazos me envolvieran y me atrajeran con fuerza contra él. Su pecho subía y bajaba debajo del mío. Pasé mis manos por su cabello hasta su mandíbula, sintiendo el movimiento de su beso bajo mi mano.

Nuestro beso disminuyó y sus manos llegaron a mi cintura. De mala gana, se retiró justo fuera de mi alcance. Su hermosa sonrisa era de absoluta satisfacción.

—Creo que tu elección de comunicación fue la más... efectiva.

Mi cara se sonrojó y puse mis manos sobre su pecho, su corazón latía casi al ritmo del mío.

—Parecía una forma más directa de expresar lo que siento. —Levanté la mano y froté suavemente su rostro erizado. Tracé sus labios carnosos con mi dedo y no pude resistirme a acercar mi boca a la suya y darle un suave beso. Cerró los ojos, pareciendo grabar el sentimiento en su mente.

—Te amo. —Mi voz era tranquila, pero segura.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Y estaré agradecido todos los días de mi vida por ello. —De repente, me levantó en el aire y me hizo girar. Me reí sin control, antes que él me dejara frente al muro de piedra, manteniéndome cerca en su abrazo—. Suponiendo que te cases conmigo.

—No hay nada que quiera más. —Sonreí.

—¡Me has salvado! —La seriedad en sus ojos detuvo mi corazón—. No fue una tarea fácil enseñarme a amar, a un hombre tan arrogante y engañado como yo, pero lo has logrado maravillosamente.

Me miró tan intensamente que estaba segura que estaba buscando en mi alma, pero esta vez lo dejé voluntariamente, porque sabía que no encontraría nada que cambiara su amor por mí. Sus dedos rozaron mi mejilla, antes que su pulgar se posara en mis labios y me quedé sin aliento. Como si recién entonces se hubiera dado cuenta de su caricia, los ojos de Edwin se dirigieron a mi boca. Arrastró su pulgar hacia abajo, haciendo que mi labio inferior se separara, y lentamente entrelazó sus labios con los míos.

Su beso fue lento y contenido, y deslicé mis brazos debajo de su abrigo y alrededor de su espalda, envolviendo mis dedos en su camisa y atrayéndolo contra mí. Un deseo irracional surgió

a través de mí, mientras nos besábamos, y luego, una vez más, él se alejó, esta vez poniendo más distancia entre nosotros.

—Creo que deberíamos regresar a la casa. —Su pecho nuevamente subía y bajaba con movimientos amplificados—. Ahora comprendo plenamente lo que Lady Eliza me ha inculcado todos estos años: incluso los hombres mejor intencionados pueden tropezar con la tentación adecuada. —Una pequeña sonrisa apareció en su boca, pero supe que hablaba en serio porque yo también lo sentí.

—Creo que es una elección acertada. —Acepté el brazo que me ofreció, maldiciéndolo a medias por haber elegido ser un caballero en el momento más inoportuno.

Cuando entramos a la habitación de Diana, las cuatro personas que nos esperaban compartieron miradas de complicidad.

—¿Es oficial, entonces? —preguntó Diana sin dudarlo.

Edwin se rió entre dientes.

—Aún debo pedirle permiso a su padre, pero creo que te saldrás con la tuya. —Me miró con una sonrisa entrañable—. ¿Estás segura que puedes soportar tener una hermana tan entrometida?

—De alguna manera me las arreglaré.

Le envié a Diana una sonrisa agradecida.

Lady Eliza corrió hacia donde estábamos y nos rodeó con sus brazos.

—No podría estar más feliz por ustedes dos.

—Gracias —dije.

La expresión de Edwin se volvió traviesa.

—Lady Eliza, también debo agradecerte por enseñarme el arte del autocontrol. Ahora veo la lógica de tus años de advertencias y, en particular, de tu reciente advertencia en contra de encontrarme a solas con Abigaíl.

—Su anhelo mutuo era más que evidente. —Lady Eliza me sonrió disculpándose—. No deseaba ver a ninguno de los dos herido por las consecuencias de la pasión.

—Y con razón. —Edwin me agarró la mano—. Casi nunca he sentido tanta falta de autocontrol, como cuando estaba besando a Abigaíl hace un momento en el jardín. —Una sonrisa exasperante iluminó su rostro y me quedé paralizada por el shock—. Creo que sería preferible un compromiso breve, ¿no estás de acuerdo, cariño?

Mis labios se abrieron con incredulidad y toda la habitación se llenó de risa.

Llevando su mano a mi barbilla, él calmó su propia risa.

—Lo siento —dijo, bajando su boca hacia la mía y besándome delante de todos—. Simplemente, no quería que pensarán que había esperado tanto para finalmente besarte. —Miré a mi alrededor, a los rostros sonrientes, agradeciendo que no pareciera afectada por tal exhibición pública—. Y no te avergonzaré más al divulgar el talento natural que posees para la actividad.

Empujé mi codo hacia su costado.

—¡Eres insoportable!

—Y tú eres completamente enloquecedora. —Acercó sus labios a los míos de nuevo. Pensé en rechazarlo, pero descubrí que no podía hacerlo.

## Capítulo diecinueve

Diana tardó varias semanas en recuperarse y, mientras lo hacía, Edwin y yo disfrutábamos nuestros días con todo tipo de diversiones. A menudo, caminábamos hasta la cabaña de los Bragg para jugar con los niños y hablar con la señora Bragg, que todavía estaba débil, aunque se estaba recuperando, poco a poco. El doctor Walter lo llamó una recuperación milagrosa, y no dudé de su afirmación ni por un momento, aunque estaba segura que nadie merecía un milagro más que estos dulces niños.

La señora Bragg se mostró muy agradecida por nuestra ayuda, pero no tanto como se mostró Silas, cuando Edwin le dijo que le enseñaría a montar y le ofreció un trabajo como aprendiz de mozo de cuadra. También le ofreció a la señora Bragg un trabajo como una de las lavanderas de Tipton, cuando se recuperara por completo. Le llevarían la ropa y la recogerían para que pudiera quedarse en casa con sus hijos. Me sorprendió escuchar el salario de una lavandera en Tipton, aunque me pregunté, si no habría recibido una inflación caritativa por la forma en que los ojos de la señora Bragg se iluminaron ante la oferta.

Edwin se propuso ayudarme a superar mi pasada aversión a montar a caballo, y me sorprendió lo natural que pronto se sintió, sentándome muy por encima del suelo, cuando tenía el control de las riendas. Lo encontré bastante liberador y divertido, aunque todavía prefería compartir la silla con Edwin con sus fuertes brazos rodeándome. Estos fueron algunos de los únicos momentos que tuvimos para hablar a solas, considerando que el mozo de cuadra se mantuvo a una buena distancia de nosotros, mientras cabalgábamos. Solo una vez, cuando nos detuvimos a hacer un picnic, una tarde, el mozo necesitó aclararse la garganta para recordarnos su presencia.

El resto de nuestro tiempo lo dedicamos a hacerle compañía a Diana, a tener conversaciones estimulantes con el tío Stanton, o a hablar con Lady Eliza sobre los planes de boda. Suponiendo que mi padre no tendría muchas ganas de arreglar esas cosas, y sintiendo que era su obligación maternal, ella asumió gustosamente la responsabilidad.

Lady Eliza envió una carta a Sir Giles haciéndole saber que, si el grupo así lo deseaba, el doctor Walter había considerado que Tipton era seguro para los visitantes nuevamente. Sir Giles respondió insistiendo en que disfrutaba mucho siendo anfitrión y, si no fuera demasiado atrevido, que preferiría mantener el acuerdo actual. Lady Eliza no insistió en el tema, pero envió una respuesta, asegurando que recibiría una invitación para el baile prometido, una vez que se determinara la fecha.

Edwin le escribió a mi padre para invitarlo a él y a Laurence a Tipton. Expresó su esperanza de anunciar nuestro compromiso, en el próximo baile, si mi padre, al conocer a Edwin, lo encontraba digno de mi mano. Me encantó que el padre aceptara la invitación sin demora.

\* \* \*

Miré al pequeño grupo que se había reunido para dar la bienvenida a mi padre y a Laurence. Me alegré especialmente que Diana se sintiera lo suficientemente bien, como para acompañarnos, aunque el señor Ellis la sostuvo firmemente por el codo, mientras esperábamos. Ahora podíamos ver su carruaje acercándose y sonreí emocionada. Pronto, todas las personas que más amaba estarían en un solo lugar. Apreté la mano de Edwin y lo miré, sorprendida al

encontrar una mirada distante en sus ojos.

—Es uno de los hombres más amables que jamás hayas conocido y sabes que Laurence no es diferente. —Le di un beso rápido en la mejilla—. Te amarán como yo.

Me concedió un pequeño levantamiento de las comisuras de su boca.

—Tengo poco que ofrecerte. —Sus ojos parecían pesados al darse cuenta de su declaración—. Podrías tener a cualquier hombre. Tu padre seguramente pensará que te estás conformando.

—¿No recuerdas cómo reaccionó Lord Ramsby, cuando descubrió mi pasado? Estoy segura que apenas hay un número limitado de caballeros dispuestos a pasar por alto semejante historia. Simplemente, estoy agradecida de haberme enamorado de alguien que lo haría.

—Ramsby es un tonto —dijo con dureza.

Miré con preocupación su mandíbula apretada.

—Lo siento. —Me miró y soltó una profunda exhalación—. Simplemente, no sé qué haré si tu padre me rechaza.

—Él no hará tal cosa, Edwin. A mi padre solo le importa mi felicidad.

Me miró con anhelante desesperación, como si la dicha que habíamos estado viviendo le fuera a ser arrebatada para siempre.

Estuve tentada de restarle importancia a su preocupación innecesaria, pero no podía burlarme de él en su dolor. Sabía que la idea de no ser suficiente alguna vez había tenido un efecto perjudicial en él.

—Mi padre no es el padre de la señorita Madeline. Si eres suficiente para mí, serás suficiente para él.

El carruaje se detuvo y le di un apretón tranquilizador en la mano, antes de avanzar hacia él con anticipación. Laurence saltó primero desde la puerta y me envolvió en su abrazo fraternal.

—¡Oh! Cuánto te hemos extrañado, Abbie. —Se apartó y me evaluó—. Aunque me pregunto, si nos has echado de menos —dijo riéndose.

—Saben que los he extrañado muchísimo a ambos.

Mi padre caminó hacia mí con los brazos extendidos. Me envolvió en un abrazo y me abrazó más tiempo del que esperaba, pero lo acogí con mucho gusto.

Finalmente, soltó su agarre y se dirigió hacia Lady Eliza.

—¿Y tú eres Lady Eliza, supongo?

Cuando ella asintió, él se acercó a ella y le tomó las manos afectuosamente.

—Cómo debes haber sufrido por tu hija. —Sabía que él estaría feliz de conocerla, después de recibir su respuesta a mi carta, aunque me emocionó ver que la mirada nerviosa en el rostro de Lady Eliza se disipaba ante la amabilidad de mi padre hacia ella.

—Como estoy seguro que comprenderás —dijo amablemente.

Estuvieron un momento, en su dolor compartido, antes que él se volviera hacia el señor Stanton y le estrechara la mano, intercambiando saludos.

—Ahora Abigaíl, ¿dónde está ese compañero tuyo? Veamos si es digno de mi pequeña.

A medida que nos acercábamos, Edwin se movía nerviosamente.

—Padre, este es el señor Edwin Stanton.

Edwin hizo una rígida reverencia y enarcó las cejas.

—Me alegro de conocerlo por fin, Lord Blakeslee.

Hacía semanas que no veía a Edwin tan severo y mi padre me lanzó una mirada inquisitiva.

—Es un privilegio estar aquí. Gracias por la invitación.

—Es maravilloso verte de nuevo. —Laurence dio un paso adelante con la mano extendida. Edwin pareció aliviarse un poco, cuando estrechó la mano de Laurence.

—Ha pasado demasiado tiempo. Si hubiera sabido que tenías una hermana tan encantadora, te habría invitado hace mucho tiempo.

Todos se rieron y di una vuelta para presentarles a mi padre y a Laurence al resto del grupo.

Cuando entramos a la casa, Laurence habló de su viaje desde Easton Manor y reflexionó sobre lo aburrido que había sido sin mí allí.

—¿Y cómo le ha ido a Lydia? —Laurence sonrió alegremente, pero lo conocía lo suficiente como para ver la preocupación detrás de su pregunta.

—Muy bien —le aseguré—. Creo que hay un pretendiente del pueblo persiguiéndola, aunque ella duda en hablar de ello.

—Eso no me sorprende —asintió pensativamente.

—¿Qué? —pregunté, confundida por su expresión melancólica.

Él levantó las cejas, como si no estuviera seguro sobre qué estábamos hablando en ese momento.

—¿Lo cual no es sorprendente? ¿Que un pretendiente persiga a Lydia o que ella no quiere hablar de ello? —aclaré a mi manera.

—¡Oh! Supongo que ambas cosas.

La decepción por la respuesta de Laurence afectó mi discernimiento de hermana y supe que tendría que volver a esta conversación más tarde, en privado.

—Debe estar cansado del viaje. —La observación del señor Stanton a mi padre me llamó la atención—. ¿Le importaría descansar antes de cenar?

—Si no se opone, creo que me resultará más fácil descansar, una vez que haya hablado con su hijo en privado, y haya analizado cada detalle de su carácter. —Edwin se puso rígido a mi lado, cuando mi padre volteó hacia nosotros, con una mueca fingida en su rostro—. ¿Debemos?

Pensé en regañar a mi padre por su farsa elegida de intimidar al patriarca, pero antes que pudiera hacerlo, Edwin asintió brevemente y se apartó de mi lado. Caminaron en dirección al estudio y mi mirada se detuvo en ellos hasta que desaparecieron de mi vista. A pesar de mi confianza en que mi padre no rechazaría el matrimonio, no pude convencer a mis nervios que se calmaran.

El resto de nosotros nos dirigimos a la sala de estar, donde los Stanton entablaron una conversación con Laurence. El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba cada segundo alargado. Los minutos transcurridos desde que se fueron parecieron casi tan largos, como aquellos, cuando llegué por primera vez a Easton Manor. Nuevamente, me sentía como una huérfana bajo consideración. Mirando hacia la puerta, me pregunté si podría encontrar una manera de pasar desapercibida para asegurarme que todo iba bien.

Mientras reflexionaba sobre un plan para disculparme, Diana se acercó a mí.

—Siempre me pregunté qué hablaron el señor Ellis y mi padre, cuando me pedía la mano. —Ella ofreció una sonrisa traviesa—. Te excusaré, si deseas escucharlos.

Sonreí apreciativamente y, sin mirar atrás, salí corriendo de la sala.

Me acerqué al estudio en silencio y pegué la oreja a la puerta. Podía escuchar voces apagadas en el interior, pero no podía descifrar lo que decían. Al darme cuenta que la madera era demasiado gruesa y que el ojo de la cerradura era más seguro que el nuestro en Easton Manor, fui a ver si la puerta de la biblioteca contigua podía ofrecerme un lugar más ventajoso para escuchar a escondidas.

Eché un vistazo a la biblioteca y me complació descubrir la puerta del estudio ligeramente entreabierta, en el otro lado de la habitación. Ahora pude discernir la voz de mi padre y me dirigí ansiosamente hacia ella. En mi impaciencia, rocé una mesa donde descansaba una pequeña pila

de libros. La pila se movió hacia el borde cuando pasé, y rápidamente extendí mi mano para estabilizarla. El movimiento apresurado hizo volar el libro superior, e hice una mueca, cuando golpeó el suelo con un ruido sordo.

¡Maldición! Contuve la respiración, esperando a ver si me descubrían. Después de varios largos momentos, me sentí aliviada que mi locura hubiera pasado desapercibida y con más cautela, terminé mi caminata por la habitación.

—... ¿Aunque podrías ofrecerle poco más que tu devoción? Tengo una herencia suficiente para ella y para mi amor. Ella necesita más. —Mi aliento pareció abandonarme, sin ganas de regresar. Mi padre parecía molesto, una emoción que rara vez escuchaba a menos que... Me puse rígida. A menos que me estuviera defendiendo. Pero, seguramente él no se opondría. No después de años de preocuparme solo por mi seguridad y felicidad—. Necesita un hombre que la impulse a alcanzar su máximo potencial en la sociedad. ¡La he criado para ello y lo exijo!

No podía entender por qué diría tal cosa.

—Pero, Sir... —La voz de Edwin sonaba rígida sin emoción.

—No me digas Sir... ¡No te casarás con mi hija y eso es definitivo!

El corazón me dio un vuelco en el pecho y salté por la puerta, sin estar segura de mi siguiente acción, pero estaba segura que tenía que hacer algo.

—¡Padre! —grité, corriendo hacia él y agarrando su brazo—. ¡No puedes decir eso en serio! —Levanté la vista y encontré una expresión divertida en su rostro. Miré a Edwin, que tenía una sonrisa de disculpa.

—¡Tú! —Di un paso atrás y señalé a mi padre acusadoramente, antes de señalar a Edwin—. ¡Y tú! ¡Nunca los perdonaré a ninguno de los dos! ¡Qué truco tan asqueroso!

—No lo... culpes... Abigaíl... todo... fue idea mía... —Mi padre apenas podía pronunciar cada palabra entre carcajadas—. Escuchamos el ruido en la biblioteca y estaba seguro que eras tú, mi hija, siempre curiosa, que había venido para asegurarse que su padre fuera justo con el hombre que ama. Insistí en que Edwin me acompañara y ¿cómo podría él rechazar a su futuro suegro? ¡Soy un hombre muy intimidante! —Había pasado mucho tiempo, desde la última vez que había visto a mi padre riéndose tan fuerte, e incluso en mi irritación, una sonrisa apareció en mis labios.

—Ambos son incorregibles y espero no vislumbrar mi futuro, si ustedes dos toman partido en mi contra.

Le lancé a Edwin una mirada penetrante, pero fue ineficaz por la forma en que sus hombros ahora temblaban de risa. Caminó hacia mí con un aire de total satisfacción.

—Será mejor que tengas cuidado de no parecer tan encantadora, cuando estés enojada, o temo que me esforzaré en provocarte con regularidad.

—Creo que has señalado ese punto con bastante frecuencia desde mi llegada. —Le entrecerré los ojos.

Sonrió de manera demasiado entrañable y se llevó mi mano a los labios.

—Debes encontrar esta cualidad encantadora, si te has enamorado de mí.

—Me he enamorado de ti, a pesar de ello —dije con una sonrisa burlona—. Piensa cuánto te amaría si dejaras de irritarme persistentemente.

—Pero el amor es incondicional, Abigaíl. Tú misma lo dijiste. —Él levantó una ceja juguetona.

—Él te tiene allí. —Mi padre estuvo de acuerdo. Su rostro todavía brillaba de risa, pero su voz se volvió sincera—. Has encontrado un caballero admirable, Abigaíl. Uno con mucho que ofrecer. Es el tipo de hombre que tu madre y yo esperábamos que encontraras, y no siento

ninguna reserva a la hora de dar mi consentimiento para tu matrimonio.

Salté a sus brazos y lo abracé con fuerza alrededor de su cuello.

—Aunque debo exigirte que no pases todo tu tiempo lejos de mí. En Easton Manor todo ha sido tremendamente aburrido con la única compañía de Laurence. —Se apartó hasta tomar mis manos, frotando la parte superior de ellas, como siempre hacía. Su mirada se dirigió a Edwin—. ¡Eres es un hombre afortunado! No creo que haya una mujer más bella ni más valiente.

—Estoy seguro que no la hay. —Edwin pasó su brazo alrededor de mi cintura—. Y nunca dejaré que lo olvide, Sir.

—¿Sir? Insisto en que me llames padre. —Soltó mis manos y apoyó pesadamente su mano derecha sobre el hombro de Edwin—. Estoy seguro que Abigaíl, ciertamente debe llamar madre a Lady Eliza y padre al señor Stanton. La transición será bastante fácil y nadie se dará cuenta.

Escuchar su permiso para llamar a Lady Eliza como madre me tomó por sorpresa, pero sonreí ante la idea y su generosidad al ofrecerlo.

—Ahora necesito un refrigerio. ¿Me acompañarán ustedes dos, a través de este laberinto, para que ninguno de nuestro grupo se pierda en el camino? —Su guiño en nuestra dirección trajo color a mis mejillas—. No me gustaría que el señor Stanton y Lady Eliza me acusaran de eludir mis deberes de acompañante.

\* \* \*

Cuando entramos a la sala de estar, todos dejaron de hablar y miraron con aprensión en nuestra dirección. Las sonrisas en nuestros rostros confirmaron la buena noticia y aplaudieron emocionados.

—¿Por los aplausos deduzco que todo ha ido bien? —preguntó el tío Stanton, emocionado—. ¿Edwin se ha convertido en el hombre más afortunado de toda Inglaterra?

—Es oficial, tío. Soy el hombre más afortunado del mundo. —Edwin me sonrió, antes de volver a mirar al tío Stanton—. Supongo que te gustaría alardear por tu previsión sobre el tema y tu conocimiento del carácter superior de Abigaíl.

—¿No es irónico que el hombre sin vista fuera el que mejor viera la situación? —Una sonrisa de autocomplacencia llenó su rostro—. Pero no nos detengamos en mí y en mis habilidades excepcionales, en este momento, porque habrá mucho tiempo para eso más adelante. ¡Ofrezcamos nuestras felicitaciones!

Como si les hubieran concedido permiso, los Stanton se levantaron de sus asientos. Lady Eliza llegó primero, muy contenta.

—¡Oh! ¡Edwin, Abigaíl, estoy muy feliz!

Le di la bienvenida a su abrazo.

—Gracias madre.

Ella se echó hacia atrás, sus ojos se llenaron de lágrimas al escucharme llamarla como había estado anhelando.

—Mi querida hija. Me cuesta creer cómo ha resultado todo esto. —Ella me dio un beso en ambas mejillas—. Hace unas semanas, nunca hubiera pensado que algo así fuera posible. Pero aquí estás... —dijo, frotando mi mejilla suavemente, antes de voltear hacia Edwin—. Y tú la has encontrado para mí.

—La encontré para los dos —dijo Edwin, tomando mi mano y llevándola a sus labios.

—No me olvides. —Diana rodeó mi cuello con sus brazos—. He necesitado desesperadamente una hermana toda mi vida y debo decir que él ha elegido bien para mí. Es bueno que Edwin no sea tan tonto, como había pensado todo este tiempo. No todos los hermanos

siguen el consejo de su hermana menor, por muy sabia que ella sea. —Le dio a Edwin una mirada juguetona, antes que los dos se abrazaran.

—Parece que toda la familia te apoya, Abigaíl. —El señor Stanton me dio un beso en la mejilla—. Permítanme decirles lo emocionado que estoy de darte la bienvenida a nuestra familia, una vez más.

Apenas sabía qué decir a todas las caras de admiración, así que no hablé, sino que me senté, sonriendo y sumergiéndome en toda una vida de amor. Después que Laurence y el señor Ellis nos felicitaran, nos sentamos a hablar y contar historias durante horas, con Edwin sentado cerca, tal como yo prefería. Mi padre y Laurence contaron todas las experiencias vergonzosas que pudieron imaginar, que me involucraban, pero esto pareció un intercambio que valió la pena escuchar, ya que los Stanton también hablaron sobre Edwin.

Cuando llegó el momento de prepararnos para la cena, mi padre me acompañó a mi habitación. Le mostré la vista desde mi ventana y su expresión se volvió solemne.

—Perdóname, si te causé dolor al pedirte que mantuvieras tu pasado en secreto. No me avergüenzo de ti. —Me miró con fuerza a los ojos, asegurándome la verdad en su declaración—. Simplemente, no quería que nadie más te lastimara.

Levanté la mano y puse mi mano en su mejilla.

—Lo sé, padre.

—Con demasiada frecuencia la gente está ciega a la bondad de una persona, debido a circunstancias en las que no tuvieron elección. Tu madre y yo queríamos protegerte de eso. Pensamos que otros, tal vez, no lo entenderían.

Pasé mi brazo por el suyo y apoyé mi cabeza en su hombro, dirigiendo mi atención hacia el sol poniente en el horizonte.

—Y pocos lo entendieron, pero los que lo hicieron son los que vale la pena mantener.

Él besó la parte superior de mi cabeza.

—Mi muchacha valiente.

La puerta se abrió y volteamos para encontrar a Lydia, luciendo mareada de emoción.

—¡He oído que es oficial! —Ella corrió hacia nosotros—. Lord Blakeslee —dijo, cuando él extendió los brazos para darle un abrazo—. Es tan bueno verlo.

—Gracias por cuidar de mi muchacha y por esas actualizaciones ocasionales. —Miré a Lydia sorprendida y ella susurró un rápido “lo siento” en mi dirección—. Apenas recibí una carta de Abigaíl, cuando ella me escribió sobre el descubrimiento con Lady Eliza y su amor por Edwin... Me habría sorprendido muchísimo, si usted no hubiera mantenido informado a Laurence.

Volvió su mirada hacia mí, pero yo mantuve mis ojos en Lydia, preguntándome qué había considerado relevante decirle a mi hermano, y por qué no me había dicho nada al respecto.

—No te sientas traicionada, Abigaíl. Ella te prestó un gran servicio con sus explicaciones, presentándote como la heroína de tu historia. En todo caso, deberías agradecerle y prometerle recompensarla, como ella crea conveniente.

Mis ojos se dirigieron a su amplia sonrisa, que tanto amaba.

—Una recompensa suficiente sería dejarme con usted cuando se case.

—No pensaría en tener a nadie más.

La sincera sonrisa de Lydia se volvió calculadora.

—¿Y tal vez un vestido nuevo?

Me reí y tomé su mano.

—Seguramente, tendrá un vestido nuevo, porque no estaría bien que usaras nada más que la

última moda para mi boda. Sea lo que sea...

Ella se rió.

—Además, usted asistirá a todas las festividades de la boda, como mi más querida amiga.

—Pero soy una sirvienta, eso seguramente es inaudito. —Lydia parecía atónita.

Sonreí.

—Los Blakeslee no son personas que se ajusten a las costumbres superficiales de la sociedad, ¿o no ha oído esto? Usted ha sido mi compañera más querida desde que llegué por primera vez a Easton Manor, por lo que es muy apropiado que sea parte de todo.

—No creo... —Lydia miró de mí a mi padre y luego de nuevo a mí.

Le di la mirada más severa que pude reunir en mi emoción.

—Debo insistir.

—Y debo estar de acuerdo —dijo mi padre de manera firme—. Con usted, la señora Ellis y Lady Eliza ayudando con los planes, Abigaíl puede tener una boda elegante, después de todo.

—Gracias por tu confianza en mí, padre —dije, fingiendo estar ofendida.

—Todos debemos tener debilidades, mi querida muchacha. —Giró para caminar hacia la puerta, todavía con una sonrisa en sus labios—. Te veré en la cena.

Cuando se fue, volví a mirar a Lydia, que rebosaba de alegría.

—Gracias —dijo, caminando hacia mi lado y envolviéndome con sus brazos.

—Gracias por todo —le repliqué.

## Capítulo veinte

Los siguientes días estuvieron llenos de preparativos para el baile. Iba a ser un simple baile campestre, tal como yo prefería, con solo unos pocos amigos, vecinos y parientes cercanos. La noche del baile, Lydia actuó más allá de sus capacidades habituales y me sentí extraordinariamente hermosa, cuando vi mi reflejo. Ella había elegido el vestido de muselina rosa con bordados dorados, y yo estaba complacida con el suave brillo dorado que arrancaba de mi piel, así como con el rosado de mis mejillas y labios.

Diana se asomó a la habitación.

—¿Estás lista, Abigaíl? Los invitados llegarán pronto. —Con cada paso que daba hacia mí, su sonrisa crecía en intensidad—. No puedo esperar a ver la expresión del rostro de Edwin, cuando te vea.

Miré a Lydia, que estaba hermosa con uno de mis vestidos, peinándose ella misma frente al espejo.

—¿Quieres que te esperemos? —le preguntó Diana a Lydia—. ¿O podría enviar a buscar a mi doncella para que te ayude a prepararte?

—¡Oh! No, tengo bastante práctica en arreglarme el pelo. Además, Laurence... me refiero al señor Blakeslee... —Lydia miró a Diana, que no parecía afectada por la familiaridad—. Me acompañará, antes que comience el baile. Mientras no me desmaye del miedo, estaré bien.

—Será mejor no hacerte sufrir con la monótona bienvenida de los invitados, aunque la pobre Abigaíl no tiene otra opción. —Diana me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta.

—La veré allí abajo —le dije a Lydia, todavía emocionada porque ella aceptó venir con nosotros con solo una cantidad extremadamente implacable de persuasión de Laurence y de mi parte.

—Por supuesto —dijo, todavía sonriendo, cuando salimos por la puerta.

Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, pude ver a Edwin hablando con el señor Ellis, en el vestíbulo de entrada de abajo. Parecía especialmente guapo con su frac formal y el pelo ondulado hacia delante. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, cuando di mi primer paso hacia él. El señor Ellis le dio un codazo a Edwin, quien inmediatamente volteó hacia nosotras. La expresión de su rostro no me decepcionó. Se quedó congelado con la boca ligeramente abierta, observando cada uno de mis movimientos, mientras descendíamos. Mis mejillas ardieron bajo su atenta mirada.

—Señor Ellis —dijo Diana, cuando nos acercamos al final de las escaleras—. Tal vez podrías seguir el ejemplo de mi hermano y ser un poco más ostentoso en tu admiración por mí. El romance no es solo para los solteros.

Una sonrisa apareció en el rostro del señor Ellis.

—Si pudieras ver mi corazón, no me regañarías tanto. Estoy tan asombrado como lo está Edwin ahora. Simplemente he tenido más tiempo para practicar y recordarle a mi mandíbula que se quede quieta para no parecer un idiota desconcertante, cada vez que me encuentro con tu belleza.

Edwin no apartó los ojos de mí, pero rápidamente cerró la boca, lo que provocó que el señor Ellis se riera entre dientes.

Diana aceptó el brazo del señor Ellis con una cálida sonrisa, y los dos se dirigieron al salón. Edwin se inclinó hacia adelante y me dio un beso prolongado en la mejilla.

—Eres impresionante.

Mi mirada lo recorrió.

—Entonces, supongo que estaremos igualados durante la noche.

—No creo que alguna vez seré igual a ti, en este sentido. —Metió mi brazo debajo de su codo con una mirada entrañable—. Pero me consuela saber que sería imposible para cualquier caballero lograr tal hazaña, así que no te hará ningún daño a mi compañía.

Mi cara todavía estaba sonrosada de color, cuando cruzamos la puerta de la sala de estar para unirnos a los demás.

—¡Qué hermosa te ves! —dijo mi padre, acercándose para besarme en la mejilla, mientras Edwin continuaba hablando con su padre.

Las lágrimas nublaron mi visión, ante la mirada de admiración sin reservas en sus ojos, y mi sonrisa tembló.

—Cómo me gustaría que mamá pudiera estar aquí con nosotros.

—Pero está aquí, mi querida muchacha. —La expresión de mi padre estaba llena de comprensión y levantó su mano hacia mi mejilla—. Todo lo mejor de ella se refleja en ti. En tu bondad. En tus capacidades. En tu amor por los demás. Tu madre está aquí, siempre, en ti.

La verdad de su declaración se filtró en mí, y una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Ven ahora, padre. —Laurence se acercó a mi lado con una sonrisa—. Abigail usa bien la mayoría de las cosas, pero las lágrimas no son una de ellas. Seguramente, no querrás que reciba a los próximos invitados con la cara manchada y los ojos hinchados.

Le di un manotazo a Laurence, pero mi risa traicionó mi intención de mostrar exasperación, ante su broma fraternal. Y cuando mi padre volteó para hablar con el tío Stanton, Laurence me pasó un brazo por el hombro.

—Quería agradecerte por invitar a Lydia para estar con nosotros esta noche.

Lo evalué.

—Ella es mi amiga más querida —dije simplemente—. Independientemente de lo que otros puedan pensar, quiero que ella sea parte de las festividades.

Él asintió, pero su rostro comenzó a enrojecer bajo mi mirada persistente.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Sus ojos sostuvieron los míos por un momento, antes de negar con la cabeza.

—Nada que no pueda esperar. Esta noche se trata de ti, querida hermana. —Le golpeé la costilla con el codo y él se rió entre dientes—. Estoy orgulloso de ti —dijo con una mirada de reojo y su voz se volvió seria.

Apoyé mi cabeza en su hombro, permitiéndole acercarme más.

—Estoy muy feliz que estés aquí.

Mi padre se aclaró la garganta y la atención del grupo se centró en él.

—Creo que debemos discutir cómo proceder esta noche.

Mi madre me miró, antes de devolverle la mirada a mi padre.

—¿Supongo que te refieres a qué verdades debemos revelar y cuáles no?

—Precisamente —dijo, asintiendo—. Creo que sería prudente que lleguemos a una decisión unificada, antes de separarnos.

Ella me miró.

—¿Qué sería más fácil para ti?

Mi rostro se calentó, cuando la atención colectiva se centró en mí.

—Creo que lo que algunos saben es suficiente. Soy una pupila huérfana que ha sido criada como la hija de Lord y Lady Blakeslee.

—Estoy dispuesta a compartir mi pasado —dijo la madre—. No quiero que cargues con el peso de todo.

Miré de ella a mi padre, que observaba pacientemente. Aquí tenía la oportunidad de declararme oficialmente hija de Lady Eliza. Una oportunidad para compartir algo de la carga de mi pasado. Ya no tendría que ocultar quién era. ¡Podría liberarme!

Pero cuando miré de mi madre a Diana, y luego a la mirada amorosa de Edwin, supe que ya había sido liberada. Esa redención no se produjo, aplacando la curiosidad de los demás, sino compartiendo la verdad con aquellos que me importaban.

—Valoro tu disposición, madre, pero no veo el motivo para ello. De todos modos, habrá pocos cambios en la forma en que me ven, mantengamos lo que sabemos entre nosotros.

—Pero anhelo hacer las cosas bien —dijo, suplicando con su voz, que se hicieran las paces.

—Lo has hecho. —Caminé para pararme frente a ella—. Los años de sufrimiento que has enfrentado, seguramente te han absuelto de cualquier delito hace mucho tiempo. Y el amor que nunca dejaste de tenerme me ha devuelto a ti. —Ella se secó una lágrima de la cara y me rodeó con sus brazos.

El grupo permaneció sentado, observando en silencio hasta que entró Baldwin.

—Ha llegado el primer carruaje. La señora Hanford, sus hijas, Sir Giles y Lord Ramsby.

El señor Stanton miró el reloj.

—Llegan temprano —dijo, mirando a mi madre para saber cómo proceder.

—Iremos enseguida —confirmó ella, mirándonos con aprensión a Edwin y a mí. Baldwin asintió y salió de la habitación para informar, a los que llegaban, que estaríamos allí en un momento—. Hay sabiduría en el consejo que habló Lord Blakeslee, cuando llegó por primera vez, será más fácil disfrutar de nuestra noche, si primero nos encargamos de la tarea más difícil, que tenemos entre manos.

Edwin se puso a mi lado y me ofreció su brazo, con una expresión de acuerdo en su rostro. El grupo siguió al señor Stanton y a mi madre hasta el vestíbulo de entrada, y pude sentir la mirada de Edwin sobre mí.

—¿Qué pasa si ella está furiosa conmigo, si siente que de alguna manera la engañé?

—Creo que sobreestimas su apego hacia mí, Abigail.

Llegamos a la entrada y la mirada de Helena se posó en mi mano, apoyada en el brazo de Edwin. Sus ojos se entrecerraron. Me moví incómodamente, pero antes que pudiera quitármela, él levantó su otra mano y la colocó firmemente sobre la mía.

—Marianne —dijo mi padre cálidamente—. ¿Cómo estás?

Ella rápidamente dominó la conmoción en su rostro y agradeció su abrazo.

—Muy bien, aunque no esperaba encontrarte a ti y a Laurence entre nuestra compañía esta noche.

—Tal como han resultado las cosas, sentimos que la visita era necesaria.

Ella se puso rígida y me pregunté si el tono inculpatorio de la voz de mi padre había sido una reprimenda intencionada, aunque sutil, por su falta de discreción.

—Helena y Hannah, ¡qué hermosas están las dos! —Su voz se aligeró, cuando pasó de la tía Marianne a mis primas.

—Tío Miles —dijeron casi al unísono. Helena le lanzó a su hermana una mirada irritada, antes de volver a mirar a mi padre—. Es bueno verte.

—¿Y quiénes son estos encantadores jóvenes caballeros?

Hannah le sonrió a Sir Giles.

—Este es mi prometido, Sir Giles Wycliffe.

—Es un placer conocerlo, Lord Blakeslee —dijo Sir Giles con una gran sonrisa.

—Es un placer conocerlo también —ratificó mi padre, antes de volver su mirada expectante hacia Helena.

—Este es mi prometido, Lord Ramsby del castillo de Handsbury.

Me quedé sin aliento y miré con los ojos muy abiertos a Edwin, cuyo rostro se iluminó ante la revelación.

—Bueno, bueno... —Podía escuchar la sonrisa en la voz de mi padre, aunque estaba de espaldas a mí—. Marianne, parece que tus hijas han hecho parejas excepcionales.

—Sí, claro —dijo, aunque su mirada se posó en mi madre—. Lamento nuestra llegada anticipada, pero sentí que debíamos compartir con ustedes nuestras noticias, antes que llegaran los demás invitados.

—Tenemos nuestras propias buenas noticias que transmitir —dijo mi madre, mirándolos.

Las cejas de tía Marianne se arquearon con curiosidad y los ojos de Helena se dispararon en nuestra dirección.

—He pedido la mano de Abigaíl —dijo Edwin, sonriéndome—. Y, afortunadamente, ella aceptó.

A Helena se le escapó un pequeño grito ahogado y rápidamente se llevó la mano a la boca, antes de devolverla al brazo de Lord Ramsby. Se movió torpemente y evitó mirarnos. Hannah sonrió aparentemente divertida, al igual que Sir Giles.

—Noticias excepcionales. —La tía Marianne lucía su típica sonrisa falsa—. Tres bodas. ¡Qué maravilloso!

La conversación pareció estallar ante la idea y las parejas se separaron para saludarse.

Hannah llevó a Sir Giles hacia nosotros y me rodeó el cuello con los brazos.

—Estoy muy emocionada por ustedes dos. Aunque no me gusta admitir que mamá tiene razón. ¿Cuándo será la boda?

—Tan pronto, como podamos arreglarlo —dijo Edwin.

—Entonces, es muy posible que se casen antes que nosotros —dijo Hannah, mirando con simpatía a Sir Giles—. Madre dice que debemos casarnos en la iglesia de St. James en Londres, aunque no estamos seguros de cuándo podremos arreglarlo con tantas novias que esperan casarse allí. Al menos me siento aliviada por Helena, y convencí a mamá que una doble boda estaba fuera de discusión.

Me reí ante el alivio, en el rostro de Hannah. La idea que Helena compartiera el día de su boda con alguien, especialmente con su hermana, era demasiado divertida para considerarla.

—Bueno, tal vez puedas encontrar alguna diversión al ofrecer tu ayuda para planear nuestra boda.

El rostro de Hannah se iluminó de emoción.

—Ciertamente. ¿Y a quién más le has preguntado? Lady Eliza y Diana, por supuesto...

—Y Lydia... —asentí.

—¿Lydia? —La frente de Hannah se arrugó.

—Mi sirvienta.

Hannah procesó el hecho momentáneamente, antes de aceptar mis extrañas costumbres.

—Muy bien. ¿Alguien más?

Miré vacilante a Helena. Ella era mi prima, en cierto sentido, pero parecía una elección bastante extraña con todo lo que había pasado entre nosotras. Sin embargo, tal vez existiera una posibilidad de curación.

—Helena, aunque no me sentiría insultada si ella se negara.

Hannah miró hacia Helena y luego a mí con incredulidad.

—No me gustaría que ella me ayudara con la mía, aunque mamá dice que es necesario. No creo que debas sentirte obligada a preguntárselo.

Me cuestioné solo por un momento, antes de tomar una decisión. Somos una familia. Necesitaba hacer todo lo posible para arreglar las cosas entre nosotras, independientemente de si ella lo agradecería o no.

—¿Están hablando de mí? —Helena arrastró a un vacilante Lord Ramsby.

—¿Qué te dio esa impresión? —Hannah sonrió.

—Tu flagrante incapacidad para ejercer la discreción.

Me aclaré la garganta, llamando la atención de las hermanas.

—Le estaba preguntando a Hannah, si tú me ayudarías con los planes de mi boda.

—¡Qué delicioso! —replicó Helena con la boca apretada en una sonrisa.

—¿Y puedes ofrecer tu experiencia también? Creo que se necesitará un equipo de damas para compensar a alguien tan elegantemente ignorante como yo.

Los ojos de Helena se llenaron de sospecha.

—¿Deseas obtener mi opinión?

—Eres mi prima —le dije con una sonrisa nerviosa—. Y me gustaría mucho que fueras parte de mi boda, si así lo deseas.

Ella miró a Hannah con los ojos entrecerrados, como si esperara encontrarse en el centro de algún tipo de broma.

—Muy bien —dijo, cuando estuvo segura de mi sinceridad—. Aunque no estoy segura de cuánto tiempo puedo dedicar a esta tarea, ya que mis propios planes de boda tendrán prioridad.

—La mirada de Helena se dirigió a Edwin—. Me sorprende lo beneficiosas que han resultado las cosas. Seguramente, cada uno de nosotros ha encontrado una pareja más adecuada.

Me tensé ante el desaire, pero Edwin me sonrió.

—Creo que tienes razón, señorita Hanford. —Sus labios se curvaron para mostrar una sonrisa de lo más desgarradora—. Innegablemente correcto.

Helena dirigió rápidamente su atención a Lord Ramsby, y Edwin envolvió mi mano en la suya con una expresión de admiración en su rostro.

Cuando se reanudó nuestra conversación, miré alrededor de la sala y encontré los ojos ansiosos de mi madre puestos en mí. Le sonreí y asentí, asegurándole que todo estaba bien. Pareció aliviada y volvió a mirar a la tía Marianne, y dio un paso más hacia el señor Stanton. Me di cuenta de lo cerca que yo estaba de Edwin y me pregunté, si ella siempre estuvo tan cerca de su esposo, porque él le proporcionaba fuerza de la misma manera que Edwin lo hacía conmigo. Apreté afectuosamente la mano de Edwin y él volvió a prestarme atención.

—Te amo —susurré.

—Y yo te amo —susurró, haciendo que mi corazón tartamudeara.

\* \* \*

—Creo que ya están todos —dijo Lady Stanton, volviéndose hacia nosotros, después que los recién llegados hubieran sido conducidos al salón de baile. Los músicos habían empezado a tocar y se estaban sirviendo refrescos—. ¿Entramos?

Mis piernas se sentían inestables, debajo de mí, cuando entramos en el área espaciosa, y me alegré por el apoyo de Edwin.

—Te estás mordiendo el labio otra vez —susurró Edwin, mirándome—. ¿Pasa algo?

—¿Alguna vez mencioné que no me gustan los bailes? —Mi voz tembló cuando hablé.

—No creo que lo hayas dicho abiertamente, pero no negaste que temías la idea de un baile, esa primera mañana, en el jardín. —Le lancé una mirada para reducir su sonrisa malvada, pero eso solo lo hizo reírse.

—¡Hombre exasperante! —Hice lo mejor que pude para no reírme.

—Pero, ¿conoces los bailes?

—Bastante bien, aunque apenas los he bailado con compañeros que no sean Laurence o mi padre.

Un brillo de emoción brilló en sus ojos.

—Entonces, apenas los has bailado.

El señor Stanton se aclaró la garganta ruidosamente y el salón quedó en silencio.

—¡Qué contentos estamos de tenerlos aquí con nosotros! Por mucho que disfrutemos un baile, el mismo tiene un propósito especial: un anuncio... Mi hijo Edwin pronto se casará con la señorita Abigaíl Blakeslee, hija de Lord Blakeslee. —Mi padre saludó con la mano, ante la mención de su nombre, aunque todo lo que le ofrecí fue una sonrisa nerviosa—. Estamos más que emocionados con esta unión...

—Aquí, aquí —llegó la voz retumbante del tío Stanton, haciendo que el salón resonara en risas.

El señor Stanton asintió, antes de continuar:

—Como pueden ver, estoy emocionado, y realmente sentimos que el destino los ha unido. —Miré al señor Stanton, mientras hablaba, y él me guiñó un ojo. Siempre le había tenido cariño—. Ahora será un honor para nosotros que lideren el baile.

Edwin me llevó con confianza al centro de la pista. Diana y el señor Ellis nos siguieron, y pronto, otras parejas se alinearon, cada uno frente a la otra, a tiempo para que comenzara la música. Me alegré de ver a Lydia asociada con Laurence, y luciendo más serena de lo que yo sentía. Era un baile country sencillo y de algún modo conseguí seguir los pasos, aunque sabía que mi estilo no parecía tan elegante como el de las otras damas.

—Lo estás haciendo bien —dijo Edwin, mirándome.

—Me temo que seré una compañera bastante aburrida, ya que debo concentrarme en los pasos.

Edwin sonrió alentadoramente, aunque pude ver la travesura creciendo detrás de eso.

Con cada cambio de compañero en la fila, adquirí más confianza en la repetición de los movimientos.

—Estás lista. —Edwin sonrió.

—¿Para qué? —pregunté, mientras nos reuníamos de nuevo.

—Para empezar a bailar. —De repente, sentí su mano en la parte baja de mi espalda con más firmeza de lo que había permitido anteriormente. Me quedé sin aliento, pero mis pies lograron seguir moviéndose, a través del patrón. Lo seguí cuando dimos media vuelta, y comenzamos a regresar en la dirección por la que habíamos venido, sintiéndome cálida bajo su atención concentrada.

Cuando nos unimos a los demás y cambiamos de pareja, estaba desesperada que él regresara. Los pasos eran los mismos, pero la mirada en los ojos de Edwin, su cercanía y pensar en la presión de su mano mantuvieron el color en mis mejillas, asegurándome que el baile que hacía ahora difería mucho del que empezamos. Mi cuerpo tembló y mi corazón se aceleró, pero mis pies me obligaron a seguir adelante. Me preguntaba cómo algo tan público podía parecer tan íntimo.

—¿Cómo te sientes? —Edwin me rodeó de nuevo, ahora a solo unas pulgadas de mi cara, y

mostrando la misma sonrisa traviesa de antes.

Mis manos temblorosas insinuaron el efecto de la firmeza de su toque, pero simplemente sonreí.

—Bastante confundida.

Cuando nos reunimos de nuevo y bailamos entre las filas de parejas, él me lanzó una mirada inquisitiva.

—Pensé que era un baile country simple, incluso aburrido, cuando empezamos —dije, girándome hacia donde acabábamos de llegar, sintiendo el calor de la mano de Edwin en mi cintura guiándome.

—¿Y ahora?

—Y ahora tiene elementos de gentileza, gracia y pasión que no hubiera creído posibles. —Analiqué al hombre que personificaba mis sentimientos sobre el baile y él me sonrió, su cálida y hermosa sonrisa me hizo querer besar sus labios—. Para ser honesta, la idea que alguien pueda estar mirándonos me hace sentir cohibida —admití—. Parece algo demasiado personal para compartirlo con los demás.

—Odio decepcionarte —dijo, cuando nos reunimos nuevamente—, pero creo que no puedes ser tan encantadora sin las repercusiones.

Miré a mi alrededor y encontré innumerables ojos sobre nosotros. Incluso los demás bailarines parecían haberse dado cuenta. El calor subió por mi cuello hasta llenar toda mi cara.

—No me gusta verte desconcertada —dijo Edwin—. Pero no puedo evitar amar la forma en que se te pone la cara, cuando te avergüenzas.

Me alegré cuando terminó la música y la atención se centró en los músicos.

El señor Ellis llevó a Diana hasta donde estábamos y ella nos miró fijamente, aunque apareció una sonrisa en sus labios.

—Me temo que mamá insistirá en que vayas con una acompañante para tu próximo baile.

—Es por el bien de la educación —replicó Edwin—. Estaba demostrando la diferencia entre conocer los pasos y realmente bailarlos.

Ella soltó una risa débil.

—Entonces, el resto de nosotros debíamos haber estado simplemente dando un paso.

—Cariño —le dijo el señor Ellis a Diana con una expresión de preocupación en sus rasgos—. Creo que te has esforzado caminando por el salón conmigo. He reservado una silla para tu uso exclusivo esta noche, y con gusto te acompañaré hasta ella, cuando desees descansar.

Diana puso los ojos en blanco y lo golpeó juguetonamente.

—No soy una vieja matrona que requiere que se hagan arreglos extravagantes en tu nombre, señor Ellis. —Ella apretó los labios pensativamente—. Sin embargo, podría cambiar de opinión, después del próximo set, así que no me abandones ni a otras, todavía. —Diana desvió su mirada hacia mí.

—Tengo una cosa que necesito mencionarle a mamá. Si nos disculpan.

Mi mirada siguió a la pareja hasta que se reunieron con los demás: todas las personas que más amaba, de pie juntas disfrutando de la compañía del otro. Hice una pausa para asimilarlo.

—¿Qué es? —preguntó Edwin con el ceño arrugado por la preocupación.

—Cuando llegué por primera vez a Tipton House, estaba segura que ningún lugar sería tan querido para mí como Easton Manor. Allí tuve una segunda oportunidad, encontré una familia y descubrí el amor. —Lo miré y una lágrima se deslizó por mi mejilla—. Y ahora he sido bendecida con esas mismas cosas, aquí en Tipton, y estoy segura que no podría amar más ningún otro lugar.

El placer en su expresión era innegable, y extendió la mano para limpiar suavemente la lágrima que corría por mi mejilla.

—¿Vamos con los demás? —pregunté, mirando nuevamente hacia el grupo de personas que nos observaban con mirada expectante.

Cuando nos acercamos, Diana ansiosamente tomó su brazo del mío y el señor Ellis se acercó a nosotros, guiando al tío Stanton.

—Esta será una gran historia. —El tío Stanton se rió entre dientes—. ¡Es decir, si alguien pudiera creerla! —El tío tomó mi mano y yo sujeté la suya, haciendo que su sonrisa se iluminara para igualar el resto de las nuestras. El señor Stanton se acercó y mi madre me dio un beso en la mejilla. Miré a mi padre, a Laurence y a Lydia, quienes me miraban con afecto, y cuando la mano de Edwin se movió hasta mi cintura, envió una ola de calidez a través de mí. Parada aquí, envuelta en tanto amor, me sentí verdadera y completamente feliz.

**El fin.**